

A movie poster featuring a muscular man from the chest down, wearing a red and black plaid kilt and a black leather belt. He is holding a large sword diagonally across his body. The background shows a coastal landscape with a stone wall and a blue sky with clouds.

# LA MISIÓN

TRILOGÍA CUNNINGHAN - 3

# DESTY MOORE

# LA MISIÓN



DESTY MOORE



©DESTY MOORE

La misión

Primera edición, Junio 2024

Publicaciones Ricardo

Todos los derechos reservados.

Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## Sinopsis

**Dividida entre el deber hacia su padre y su nación, o el hombre que le ha robado su corazón.**

Tras escapar de sus captores escoceses con una información vital para su padre, **Sophie Dupont** debe encontrarlo antes de que sus enemigos den con ella. Pero no contaba con toparse en su camino con un escocés herido.

**Duncan MacAlpin** es herido en una misión para su rey. Sabe que está rodeado de espías, y solo confía en la sanadora francesa que le salvó la vida con sus cuidados, aunque algo en ella le dice que le miente.

¿Podrá Duncan confiar sus secretos a la mujer que le debe la vida? ¿Podrá perdonar a Sophie cuando descubra que es la hija bastarda del rey, con información transcendental para los dos países?

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

# Capítulo 1

*Escocia, 1299*

El rumor de los cascos llenó el aire cuando el contingente de caballeros se acercó.

Lady Sophie Eleonor Dupont corrió más deprisa. Cayó de rodillas, apartó de un empujón la maraña de maleza y empezó a escabullirse por debajo. Se detuvo.

Fragmentos de luz de luna dejaron al descubierto el contorno de una forma masculina grande y musculosa.

El hombre se volvió. Su rostro, oscurecido por las sombras, se centró en ella. Incluso a la débil luz, su mirada ardía en la de ella con feroz intención.

Unas ramitas se enredaron en su pelo y ella retrocedió bruscamente. Con la respiración acelerada, se atrevió a echar un vistazo hacia los jinetes que avanzaban antes de enfrentarse al guerrero solitario. No podía abandonar su cobertura, ni ponerse en un nuevo peligro.

El retumbar de los cascos crecía.

Con una plegaria, y con cuidado de mantener la distancia, se abrió paso bajo la maleza.

Los caballeros pasaron atronando, los cascos de sus monturas arrojando polvo, hojas y palos a su paso.

A través de las ramas, la mirada del desconocido seguía clavada en ella. Con el pulso acelerado, retrocedió.

El desconocido se abalanzó sobre ella. Con un gemido, se desplomó en el suelo. Sophie vaciló.

Otro suave gemido resonó en la noche.

Estaba herido. Con los nervios de punta, escudriñó el bosque oscurecido por donde los jinetes habían desaparecido en el horizonte. ¿Quizás se había equivocado y los caballeros estaban cazando a este hombre? Por mucho que quisiera creerlo, no podía correr el riesgo. Furioso porque la hija bastarda del rey Felipe había escapado de su encierro, nada disuadiría al duque inglés de Bernard en su empeño por recapturarla.

Con un gemido, el herido rodó sobre su espalda. Debía marcharse. Huir mientras pudiera.

Sophie hizo una mueca. Como si pudiera alejarse del herido sin preocuparse. El aroma de la tierra se fundió con el de las hojas y el calor de la noche de primavera tardía mientras se acercaba. Se detuvo a un palmo de distancia.

Una flecha se extendía desde su hombro izquierdo.

Por sus respiraciones agitadas y sus suaves gemidos, ella podía decir que le dolía.

La flecha debía salir.

«¡Debe salir!». Aunque se permitiera el lujo de disponer de tiempo, él era un desconocido y ella no sabía qué le había llevado a ese final desesperado.

Pero, ¿y si era inocente de un crimen?

¡Maldita sea! Apretó los dedos contra los músculos bien acordonados de su cuello. Su fuerte pulso latió contra su piel.

Un lobo aulló en la distancia, otro respondió cerca.

A la sedosa luz de la luna, sacó la daga asegurada entre los pliegues de su vestido mientras escrutaba a su alrededor. Un lobo podía detectar el olor de la sangre a gran distancia. Si le atacaban, este hombre no tendría ninguna posibilidad de sobrevivir.

Incapaz de discernir ningún peligro inmediato, envainó su arma y volvió a centrarse en el desconocido. Toda su vida se había dedicado a ayudar a los necesitados; ¿cómo podía dejarle aquí para que muriera? Tampoco podía demorarse. Le ayudaría hasta que su recuperación fuera segura y luego se marcharía.

Ahora, a buscar un lugar donde esconderse. Sophie escrutó el paisaje cubierto de hierba y árboles.

Una densa negrura asomaba entre la maraña de ramas que tenía delante.

¡Una cueva!

Las ramitas crujieron mientras ella se arrastraba detrás del guerrero. Con cuidado de mantener inmóvil su hombro izquierdo, deslizó las manos por debajo de sus hombros.

Él gimió.

—Debo moverle, monsieur —susurró ella. El sudor cubrió su frente y cada músculo se rebeló mientras ella lo arrastraba a través de la maleza. Era un Goliath de hombre, más alto y musculoso de lo que ella había creído al principio.

Tras varias breves paradas para descansar entre tirones, llegó a la entrada de la cueva. Con los músculos doloridos, se desplomó contra el saliente rocoso y miró hacia el cielo.

La luna se había puesto y los primeros rayos de sol surcaban los cielos en un prisma de azules y morados. Sophie frunció el ceño. Trasladarlo le había llevado más tiempo del que esperaba. Ignorando las protestas de su cuerpo, lo arrastró hacia el interior y luego lo colocó sobre su lado no herido. Abriendo su bolsa de agua, se la puso en los labios.

—Beba.

Con una mueca, su boca trabajó al tragar, luego apartó el agua.

Frotándose el cansancio de los ojos, Sophie aseguró su bolsa y la dejó a un lado. Le serviría por ahora.

—Descanse. Volveré pronto.

Un rápido barrido de su camino con una rama de pino borró cualquier señal de su presencia. Después, recogió varias hierbas que necesitaría para curar las heridas del hombre y luego juntó trozos de ceniza, madera que ardería sin dejar rastro de humo.

La luz del sol se filtraba por el bosque para cuando Sophie hizo arder las primeras brasas dentro del montón de musgo y ramitas secas. Después de echar al fuego varias ramas más grandes, se dio la vuelta.

Se le cortó la respiración.

Hasta ese momento, había vislumbrado al guerrero a través de destellos de luz de luna. Ahora, abrazado por la luz del día, contempló al feroz guerrero. Una larga cabellera color whisky descansaba sobre unos anchos hombros afilados por la musculatura. Planos duros e implacables esculpían su rostro. La inquietud la recorrió. Hasta que no llegara hasta su padre y le informara de la traición del duque de Bernard, no podría confiar en nadie.

Volviéndose a su tarea, Sophie se arrodilló junto al guerrero. Agarró firmemente la flecha con ambas manos.

Su boca se tensó mientras la miraba a través de los párpados medio levantados. Su mirada, incluso resguardada bajo unas pestañas oscuras, caló hondo en su conciencia con un potente recordatorio del riesgo que suponía ayudar a aquel desconocido.

No obstante, si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir por sí mismo, la flecha debía salir. Con un tirón, encajó la flecha lo más cerca posible de la piel.

Él jadeó y luego se desplomó hacia atrás.

Agradecida cuando permaneció inconsciente, le despojó de la cota de malla y el gambesón, con cuidado de no rozar la flecha incrustada.

Cuando empezó a quitarle la camiseta interior, se detuvo.

Espirales de pelo oscuro se arremolinaban alrededor de cicatrices envejecidas, historias desconocidas cinceladas sobre un campo de batalla de músculo nervudo.

Como sanadora, había ayudado a muchos hombres heridos en combate, pero este luchador devastado por la guerra desprendía un peligroso halo. Se alejó un poco más. Solo una tonta se permitiría ofrecer su confianza a este curtido guerrero.

Confianza.

Su corazón se apretó al recordar el precio de permitirse tener fe en cualquier hombre.

Un error que no volvería a cometer.

Sophie apartó sus pensamientos. Debía terminar de quitar la flecha, no revolcarse en recuerdos dolorosos.

Tras quitarle la flecha del hombro, cauterizó la carne desgarrada. Una vez hubo aplicado milenrama y linaria sobre la herida, aseguró la cataplasma con tiras que había arrancado de su vestido y rezó para que no le subiera la fiebre.

Con el cuerpo gritando su cansancio, Sophie se tumbó y cerró los ojos. Una cálida bruma empañó su mente. Imágenes de su huida de los caballeros de Bernard, del terror guiando cada uno de sus pasos mientras huía, parpadearon en su mente. Agotada, hizo a un lado sus temores y cayó en el bienvenido abrazo del sueño.

## Capítulo 2

Duncan McAlpin, el conde de Donnells, se movió hacia su lado izquierdo. Un dolor le desgarró el hombro. Maldiciendo, rodó sobre su espalda y su cuerpo se golpeó contra una forma suave y flexible.

¿Qué demonios?

Mareado, abrió los ojos y se incorporó. La luz del sol entraba a raudales en una cueva en la que no recordaba haber entrado. Las cenizas de una hoguera recién encendida humeaban a poca distancia. Y a su lado dormía una mujer increíblemente hermosa.

Una mujer que no había visto en su vida.

El pelo del color de la miel caía en una masa sedosa a su alrededor, y su boca llena se curvaba en una sonrisa mientras su cuerpo ágil y bien formado se apretaba contra el suyo. ¿Quién era ella? Hubiera recordado haberse acostado con semejante hechicera.

Y lo que era más importante, ¿cómo habían acabado los dos aquí?

Luchó contra el dolor de su hombro mientras buscaba en sus borrosos pensamientos para recordar. Como un asalto despiadado, las imágenes acuchillaron su mente. El juramento hecho a McNaughton, mientras su amigo yacía moribundo, de que entregaría la cédula al rey Felipe. Siendo perseguido por los hombres del duque de Bernard. Una flecha clavada en su hombro y su escapada por los pelos.

Luego, la negrura.

¡El escrito!

Como un loco, Duncan se agarró la camisa interior, agradecido cuando sus dedos chocaron con el documento oculto. Con cuidado de no hacer ruido, retiró el cuero encuadernado y extrajo el pergamino enrollado.

El sello de Robert Bruce, conde de Carrick, Guardián del Reino de Escocia, permanecía intacto.

La pena le quemó la garganta al pensar en McNaughton. Ni siquiera había tenido tiempo de enterrar a su amigo. La ira de una espada, su vida no sería dada en vano. ¡La orden sería entregada al rey Felipe de Francia!

La mujer a su lado soltó un largo suspiro.

Le lanzó una dura mirada. ¿Había visto ella la cédula? Si era así, la había dejado intacta. ¿De dónde había salido la muchacha?

Su sencillo atuendo atestiguaba su vida como mendiga. O tal vez una sirvienta. Por su brillo saludable, él elegiría lo segundo. ¿Se había tropezado con él mientras recogía hierbas para

su señor y le había salvado la vida? Si era así, se lo agradecería. Pero antes de permitirle partir, descubriría si ella había visto el documento del Guardián de Escocia.

Tras ocultar el escrito, Duncan dio un codazo a la muchacha.

Su nariz se crispó en un delicado respingo y continuó durmiendo.

—Muchacha— —murmuró, con la desconfianza haciendo ásperas sus palabras.

—*¿Qu'est-ce que tu fais?* —murmuró ella.

Atónito, entrecerró la mirada. ¿Qué hacía una francesa en los densos bosques de las Tierras Altas? La inquietud le recorrió. La hija bastarda del rey francés había sido raptada por los caballeros del duque inglés y escondida en las Tierras Altas. Esta era la razón por la que llevaba el escrito al rey Felipe, para explicarle que los escoceses no estaban detrás de esta traición.

¿Podría tratarse de lady Sophie Dupont?

De nuevo, evaluó a la adormilada muchacha con su mundano atuendo. Se burló. Sí, como si el duque inglés permitiera que su cautiva, vestida con poco más que harapos, vagara por las colinas sin escolta. Un mareo le invadió y Duncan se esforzó por aclarar su mente. Dondequiera que el duque de Bernard retuviera a la hija bastarda del rey, estaba bien custodiada.

Como si la hubiera invocado un hada, la frente de la mujer se arrugó en un delicado arco al levantar los párpados. Unos ojos del color del musgo se clavaron en él y se aclararon. La sorpresa y luego el miedo los ensancharon.

La muchacha se puso de rodillas y empezó a retroceder, pero Duncan la agarró de la muñeca.

—No voy a hacerte daño.

—Suéltame —jadeó.

—¿Me has atendido? —preguntó él, con la voz áspera por la impaciencia.

Unos ojos sagaces le estudiaron como si deliberaran sobre la conveniencia de una respuesta.

—Bien, entonces. Primero, promete no huir. —Le dolía el hombro por el escaso esfuerzo e inspiró hondo para mantenerse alerta mientras su imagen empezaba a difuminarse. Lentamente, su visión se aclaró. Maldita sea, con las piernas tan largas como la potra más preciada de un rey, si huía, Duncan dudaba que fuera capaz de perseguirla, y mucho menos de permanecer consciente. Antes de desmayarse, necesitaba descubrir si ella suponía algún tipo de amenaza para su misión.

Ladeó la mandíbula.

—Podría haberte dejado solo y herido.

Lo que hablaba bien de su carácter. O indicaba que su presencia aquí estaba planeada.

—Pero no lo hiciste.

—No. —Su mirada se desvió hacia los dedos de él enroscados alrededor de su muñeca—. Ahora libérame.

—Tendré tu palabra de que no huirás.

Tras un largo momento, ella asintió.

—Tienes mi palabra.

Duncan la soltó y apoyó la mano en el suelo.

—¿Por qué te preocupaste por mí?

—Estabas herido.

La sinceridad de sus palabras le sorprendió.

—La mayoría habría dejado morir a un hombre herido. Especialmente a un extraño.

Sus ojos se entrecerraron.

—Le expliqué mi razón. —Una razón que invitaba a más preguntas—. Necesita descansar, monsieur. Si se mueve, reabrirá su herida. Por favor. La flecha estaba profunda. Su hombro tardará en curarse.

Se puso rígido. Tiempo que no tenía.

Una marca furiosa en su mejilla llamó su atención. Duncan pasó el dedo por encima de la piel oscurecida, curiosa, cuando ella se echó hacia atrás.

—Tiene un moratón.

Sus pestañas bajaron para proteger sus ojos, pero no antes de que él viera el miedo.

—No es nada.

—Le han golpeado —afirmó él, indignado de que alguien se atreviera a tocar a esta gentil mujer que había ofrecido ayuda a un extraño...

— Yo... me caí.

Por su evasiva, tampoco ella admitiría la verdad. Duncan la estudió y su instinto le aseguró que algo iba mal. Hacía tiempo que había aprendido a hacer caso a sus instintos. Hasta que se separaran, la vigilaría de cerca.

La mujer empezó a levantarse.

Él la cogió del brazo.

—¿Su nombre?

—¡Suélteme!

Ante la bofetada dictatorial de sus palabras, él obedeció y ella se puso en pie. ¿Qué demonios? Se puso en pie de un empujón, se revolvió y se estabilizó. Ella le había hablado como una mujer acostumbrada a dar órdenes y a que las cumplieran.

¿Estaba aliada con Bernard? Las sospechas de Duncan se multiplicaron por diez. ¿Se había vuelto contra su rey y se había unido a la lucha de Inglaterra para reclamar Escocia como suya? Si era así, ¿por qué no había roto el sello del escrito, leído su contenido y luego se lo había llevado al duque inglés mientras Duncan yacía inconsciente?

Se puso en pie y se acercó, empujándola en su sombra.

—¿Quién es usted? —Ante la vacilación de ella, le lanzó un ceño feroz—. ¡Ya me responderá!

—Soy misionera —soltó Sophie. «*Mon Dieu*». Aunque el ceño fruncido del caballero declaraba su confusión, a juzgar por la inteligencia de sus ojos, no era tonto. Pero una sierva de Dios era la primera explicación lógica que se le había ocurrido.

—¿Una misionera? —repitió el escocés, con su acento rico en dudas.

—*Oui*. —«Por favor, créame».

—¿Una misionera francesa en las Tierras Altas escocesas? —Lanzó una mirada escéptica hacia la abertura de la cueva y luego volvió a ella—. ¿Sola?

Ella luchó por mantener la calma. ¿Qué más podía decir para convencerle? Aunque parecía un dios, con sus ojos del azul profundo del océano y sus mejillas insinuando hoyuelos, la aguda mirada del guerrero le aseguró que no era un hombre con el que se pudiera jugar.

—Estoy esperando —afirmó, su tono sonaba seco.

—Es difícil para mí. —Un eufemismo.

Su expresión se ensombreció.

—No voy a ninguna parte.

Al parecer, ella tampoco. Al menos no hasta que hubiera recibido una explicación que le dejara satisfecho. Una vez que lo hubiera apaciguado, le concedería otro día para recuperarse. Luego, esa noche, mientras él dormía, ella se escabulliría. Aunque con los hombres rastreando la zona para encontrarla, el viaje sería difícil.

A través de las pestañas bajas, miró al fiero caballero, un hombre con el poder de intimidar y la fuerza para respaldar sus pretensiones. Su cota de malla finamente trabajada, que había colocado contra la pared rocosa de la cueva, denotaba riqueza. Seguramente llevaba los fondos necesarios para arreglar su pasaje a Francia.

Sophie dudó.

¿Era este hombre demasiado peligroso para arriesgar no solo su vida sino también la seguridad de Escocia? Tal vez sería mejor que viajara sola.

Pero como escocés, conocería el terreno y, en caso necesario, los lugares donde esconderse. Además, su presencia añadiría otra capa de seguridad. Los caballeros que la buscaban, buscaban a una mujer sola. A pesar de todo, ella debía mantener oculta la verdad de su linaje real. Aunque era escocés, aún podía ser enemigo de su país.

—Mientras regresábamos del Priorato de Beaulieu, nuestro grupo fue atacado y nuestra gente masacrada. —Sophie cerró los ojos contra su mirada, su dolor era real al saber que si no conseguía llegar hasta su padre y decirle quién la había secuestrado, morirían más escoceses.

Silencio.

Sophie levantó las pestañas y encontró su mirada escéptica, aunque no totalmente despectiva.

—Durante el ataque, escapé —continuó—. Estaba aterrorizada.

Él asintió.

—Sí, lo estaría.

—Volví a...

Ante su estremecimiento, él le levantó la barbilla, sus ojos oscuros de pesar.

—Oh, Dios, muchacha. No es lo que una mujer debería presenciar.

Cogida desprevenida por su simpatía, por un momento se inclinó más hacia ella. Sacudida por que le ofrecieran confianza cuando no se había ganado ninguna, retrocedió a trompicones.

—Lo siento —dijo, arrepintiéndose ferozmente de su mentira. Despreciaba las falsedades, pero la vida le había mostrado hasta dónde era capaz de llegar la gente, mintiendo, engañando y asesinando para conseguir sus objetivos.

—No lo haga.

La sincera preocupación en su rostro la tentó a admitir la verdad, pero permaneció en silencio. No sabía nada de este guerrero, excepto que sus acciones lo consideraban un hombre compasivo. ¿Su conducta se extendía también al honor?

—Debo volver a casa con mi familia. —Sus tranquilas palabras resonaron entre ellos, y la mirada de él se suavizó.

—Lo comprendo.

La esperanza se encendió.

—¿Entonces me ayudará?

La calidez de su expresión se desvaneció en cautela.

—¿Ayudarle?

—*Oui*. Como sabe, viajar sola para una mujer es peligroso. —El rechazo apareció en sus ojos, y ella habló más rápido—. Solo necesito que me acompañe hasta el puerto más cercano. Desde allí yo...

—No.

Ella le tocó el brazo.

—Pero debe hacerlo.

Una seca diversión curvó sus labios.

—¿Debo? —Unos ojos azules la estudiaron con un interés sin paliativos—. Muchacha, tiene predilección por dar órdenes a la gente.

—Yo no... —Ella retiró la mano. El calor barrió sus mejillas. Él tenía razón. La mujer que él creía que era se centraría en servir a los necesitados. Miró hacia la entrada de la cueva. Los hombres de Bernard, junto con kilómetros de desierto, se interponían entre ella y una ciudad portuaria—. Los últimos días han sido aterradores.

Era la verdad. Su secuestro, encarcelamiento y el enterarse del complot del duque inglés para utilizarla como peón con la esperanza de que su padre dejara de apoyar a Escocia, habían destrozado su vida.

—Estoy angustiada y estoy siendo imposiblemente grosera. —Hizo una pausa—. Perdóneme.

El dolor parpadeó a través del cansancio de sus ojos.

—Es la segunda vez que me pide disculpas, y sin razón. Soy yo quien lamenta que haya

sido sometida a tal carnicería.

—Yo.... Gracias. —Conmovida por su genuina preocupación, se debatió entre qué decisión tomar. Por mucho que no quisiera involucrarle, el destino no le ofrecía otra opción. De algún modo debía convencerle para que la acompañara a la costa.

Sus cejas se fruncieron de dolor cuando empezó a girarse.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó.

Unos músculos afilados ondularon mientras él se inclinaba para recoger su gambesón.

—Por mucho que desee descansar, no puedo.

Avergonzada por encontrarse mirando fijamente aquella poderosa exhibición de fuerza, se dio la vuelta, pero no antes de que él captara su mirada. Por la gracia de María, ¡estaba actuando como si fuera una doncella de pocas luces! Frustrada porque el hombre la confundiera, Sophie le arrancó de la mano la prenda acolchada y se la arrojó encima de la cota de malla.

—Necesita descansar. Se está forzando demasiado.

La picardía calentó su mirada, como si le divirtiera su muestra de voluntad.

—Siempre tengo cuidado con lo que hago, sea cual sea la tarea.

La conciencia onduló por su piel ante su afirmación. De eso ella no tenía ninguna duda.

—Voy a recoger algunas hierbas que ayudarán a aliviar su dolor. —Caminó hacia la entrada de la cueva.

—Aún no le he dado las gracias por cuidar de mí. —La suavidad de su voz hizo que se detuviera ante la entrada desgastada por el tiempo. No se volvió; aunque era un extraño, algo en él invitaba a la amistad, a la confianza. Ninguna de las dos cosas estaba ella en condiciones de dar.

—De nada.

—No me ha dicho su nombre.

Todo su cuerpo se tensó. ¿Su nombre? Atraída por una fuerza que no podía nombrar, se giró y se encaró con él. Un error.

Cuando sus ojos se encontraron, la mirada del guerrero se entrecerró.

—Me llamo Eleonor —soltó. El pánico la invadió mientras esperaba el parpadeo del reconocimiento.

Tras un largo momento, él asintió.

Ella exhaló. ¿Por qué se había preocupado? Pocos conocerían su segundo nombre, especialmente los de las Tierras Altas escocesas, y más aún un hombre que vivía de la espada.

—Eleonor. El nombre te sienta bien.

Su cuerpo se estremeció al ver cómo su profundo rebuzno acunaba su nombre. Con la misma rapidez, desechó la tonta idea. Era agotamiento, nada más. Curiosa, arqueó una ceja.

—¿Me queda bien?

Inclinó la cabeza, con el aprecio cociéndose a fuego lento en su mirada.

—Es fuerte y hermosa.

Insegura de cómo responder, permaneció en silencio.

—¿No desea saber mi nombre?

La salpicadura de humor en sus ojos le aseguró que era un hombre cómodo con las bromas.

—Debe tener hermanas.

—¿Hermanas?

—Parece relajado en presencia de mujeres. —El calor volvió a sus mejillas. ¿Y por qué no iba a estarlo? Un tonto podría ver que era un hombre capaz de seducir fácilmente a una mujer para llevarla a su cama. Mortificada, sacudió la cabeza—. No quería decir...

—Sé lo que quería decir. —Una sonrisa se dibujó en su boca, profundizando sus hoyuelos—. Y sí, tengo hermanas. Tres, para ser exactos, y un hermano. Si quiere saberlo —bromeó suavemente—, me llamo Duncan.

—Gracias. —Antes de que pronunciara algo más humillante, Sophie se apresuró a salir, con el suave rumor de su risa arrastrando a su paso.

Duncan sacudió la cabeza mientras la muchacha prácticamente huía de la cueva. Cuando salió a la luz del sol, los reflejos dorados burlados por el sol brillaron en su pelo como un fuego majestuoso.

Aspiró el aliento. Por un momento había estado a punto de perder el sentido común y acceder a escoltar a la atractiva muchacha hasta la costa. Con una maldición, Duncan se frotó la sien palpitante. ¿En qué estaba pensando? Desde que Shenna se había casado con otro y le había roto el corazón, no se había sentido atraído por otra muchacha. Shenna. Se le oprimió el pecho al pensar en la mujer que amaba, una muchacha a la que conocía desde su juventud, una mujer a la que llevaría siempre en su corazón.

No, Eleonor no le inspiraba nada. Era la belleza de la mujer lo que le intrigaba. Debía concentrarse en llegar a Francia y en conocer lo que ella sabía de la escritura, nada más.

Una oleada de vértigo le invadió mientras se arrodillaba. Apoyando una mano en la rodilla, respiró hondo varias veces hasta que su visión se aclaró. Sí, su viaje se vería ralentizado por su herida, pero no podía evitarse. Cogió su gambesón.

—¿Qué cree que está haciendo?

Ante el reproche de Eleonor, el agarre de Duncan se aflojó. El grueso acolchado cayó sobre la tierra. Le lanzó una mirada tranquilizadora mientras ella permanecía en la entrada, con hierbas amontonadas en la palma de la mano. Con un juramento murmurado, le arrebató el gambesón.

—Me estoy poniendo la cota de malla. —El mareo amenazó su equilibrio mientras las náuseas le roían las entrañas. La irritación se apoderó de él cuando sus dedos temblaron por el esfuerzo de sujetar su equipo.

—Está demasiado débil para moverse —le espetó—, y mucho menos para entretenerse con ideas de viajar.

—¿Me ha traído aquí? —preguntó él.

Ella arqueó una ceja fría mientras caminaba hacia él y luego depositaba el puñado de hojas sobre la superficie plana de una roca cercana.

—*Oui*. Soy más fuerte de lo que parezco.

Tal vez, pero con su esbelta complexión y sin ayuda, la tarea de moverle no había sido fácil. Era al menos un palmo más alto que ella.

—¿Y quitó la flecha? —Su cabeza hizo una ligera inclinación, pero él notó que con cada pregunta, su expresión se volvía más cautelosa—. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Dos días.

La ira de una espada. Dos días de viaje muy necesarios perdidos.

—Ha tenido fiebre —explicó—. Estará débil y necesitará comida y descanso, no moverse.

Ignoró su reprimenda y se puso el gambeson. El hombro herido le ardía por el esfuerzo.

—Lo que necesitaré o no es decisión mía.

Ella se burló.

—Si tuviera la mitad de ingenio que de encanto, sería...

—¿Encantador, lo soy? —desafió Duncan, complacido por su espíritu.

La frialdad parpadeó en sus ojos mientras se acercaba y le ponía la bolsa de agua en la mano.

—Beba esto.

No, no iba a dejarse desviar del tema tan fácilmente. Le agitó el recipiente de cuero.

—Dijo que era encantador. Le he oído.

Sus ojos se entrecerraron.

—También creo que es...

—Espere, muchacha —la interrumpió él, seguro por el fuego de sus ojos de que su comparación estaría lejos de ser halagadora. Sus labios se crisparon de diversión ante la acalorada respuesta de ella. Tomó un trago—. Le agradezco el agua.

Eleonor le arrebató el saco de cuero de la mano y aseguró la parte superior.

—Guarde sus encantos para quienes se dejen llevar por ellos.

Ante la frialdad de su tono, se rió entre dientes, y entonces Duncan se puso sobrio al ver con qué facilidad la había desconcertado con sus burlas. Como misionera, ¿cómo había manejado a los que se disputaban su atención? Dada su belleza, muchos hombres lo habrían intentado.

Sacó de la bolsa un redondo plano hecho de avena y le entregó el producto horneado.

—Muchas gracias.

Con una fría inclinación de cabeza, sacó una torta de avena para ella y luego se sentó en el suelo.

Fuera de su alcance, observó. Intrigado, Duncan la estudió. Incluso irritada, Eleonor se movía con una gracia natural, como si la vida se lo hubiera dictado. Sin embargo, la lana de

estambre de su vestido indicaba una existencia más sencilla, cosa que antes de que hablaran había creído. Ya no. Ahora sospechaba que el sencillo atuendo era una treta, una ligada a la razón por la que ella le había encontrado aquí.

—Me sorprende encontrar a alguien de su clase en las Tierras Altas —dijo, formulándolo más como una observación que como una pregunta, con la esperanza de que ella se abriera a él—. Incluso voluntariamente.

Ella se concentró en su galleta y luego le dio un delicado mordisco.

—Le expliqué por qué estoy aquí.

—Sí, lo hizo. —Pero la vacilación antes de su respuesta le aseguró que algo en su historia no era cierto.

Los ojos verdes musgo se clavaron en los suyos.

—¿Y qué le lleva a un final en el que le encuentro inconsciente con una flecha clavada en el hombro? —Ella arrancó un trozo de su ronda plana, pero a él no se le escapó la preocupación que escondía su pregunta, ni el sutil corte de que ella también sabía poco de él y tenía sus propias sospechas.

—No soy un forajido.

Ella le miró como una reina sopesando la sentencia sobre uno de sus súbditos.

—No creo que lo sea.

—Sabe poco de mí para sacar semejante opinión —dijo él, curioso por saber cómo, de hecho, ella había llegado a una conclusión tan acertada en tan poco tiempo. Como si hubiera vivido una vida en la que su juicio sobre los que la rodeaban fuera una necesidad.

—Sus acciones hablan claramente de su carácter —explicó ella, sacándole de sus cavilaciones—. Si fuera un canalla, no le habría importado un bledo mi desgracia.

—Ha discernido más sobre mí de lo que la mayoría haría en nuestro corto conocimiento.

Por primera vez desde que había recuperado la consciencia, su boca se curvó en una sonrisa, una que rozó brevemente sus carnosos labios. Una mirada que insinuaba pasión. Una que Duncan se encontró deseando saborear.

Sorprendido por su pensamiento, la miró fijamente. Excepto Shenna, nunca una mujer había despertado su interés.

Hasta ahora.

¿Qué tenía Eleonor que le intrigaba? Sabía poco de ella, y tenía dudas de que lo que le había revelado fuera la verdad. La ira de una espada. Francia era su único objetivo. Hasta que entregara el documento al rey Felipe, no podía confiar en nadie.

Incluida ella.

—Aprender a deducir los motivos de una persona es una necesidad con la vida que se me ha dado —explicó.

—¿Y qué es exactamente lo que le ha ofrecido la vida?

Eleonor se puso en pie.

—Debe de tener sed. Rellenaré la bolsa de agua.

La sedosa facilidad con la que desvió la conversación de sí misma le aseguró a Duncan que había hecho lo mismo muchas veces.

—Puede esperar.

Sin mirar atrás, recogió el cuero cosido y se encaminó hacia la salida.

—¿Quién es usted? —A su orden silenciosa, ella se detuvo, y a él tampoco le pasó desapercibido cómo su cuerpo se tensó—. Puedo creer que es una misionera, pero hay algo más que oculta.

Ella se encaró a él. Sus dedos aferrando el cuero se volvieron blancos.

—Sus palabras. La elegancia con la que se mueve —dijo mientras la estudiaba—, le han delatado. Y sus manos son suaves y sin manchas, las de una dama bien educada, no las de una plebeya.

Aunque lentamente, ella asintió con la cabeza.

—Una vez viajé en esos círculos —respondió, sus palabras sonaban ricas en desagrado—. Ya no lo hago.

—¿No le gusta la nobleza? —preguntó él, curioso por saber cómo reaccionaría ella si se enterara de que él era un conde. ¿Le repelería su estatus? La idea le descorazonó.

—¿Nobleza? —repitió ella, sus palabras esgrimidas con fría precisión—. Es un insulto a la palabra. Muchos de los que ostentan títulos poderosos son a menudo un reflejo patético del noble personaje que se esfuerzan por personificar. Tan atrapados en su propio valor, no ven nada de los tontos egoístas en los que se han convertido.

—¿Es por eso por lo que viajó a Escocia?

Con un fuerte tirón, ella aseguró el saco.

—Monsieur, lo que yo decida hacer o no hacer es asunto mío.

—En efecto. —Elegió sus siguientes palabras con cuidado para no levantar sus sospechas—. Es solo que encuentro su aparición aquí...

—Ya le he explicado mis razones.

Ante el desaire en la voz de ella, él se abstuvo de hacer más preguntas, pero antes de que se separaran, tendría sus respuestas. Un rígido silencio cayó entre ellos mientras él sopesaba un enfoque más sutil.

—Tomaré una segunda torta de avena.

La sospecha relampagueó en su rostro.

Él le ofreció una sonrisa pícaro.

— Porque tengo hambre.

Ella arqueó una ceja dubitativa, pero se acercó, volvió a abrir el saco y sacó otra ronda.

—Necesita varios días más de descanso antes de empezar a moverse. —Eleonor señaló con la cabeza la armadura cerca de su muslo—. Sin soportar el peso de su cota de malla —añadió con énfasis—. Si no tiene cuidado, reabrirá la herida que le he vendado. No necesito informarle

de su resultado si su herida se pudre. —Se acercó más y le arrojó la torta de avena sobre el regazo.

Duncan le cogió la mano antes de que pudiera apartarse. Sus ojos se entrecerraron con advertencia.

—Quiero darle las gracias. —Pero una parte de él había querido tocarla. Y había acertado. Su piel le recordaba a la seda.

La ira brilló en sus ojos mientras ella tiraba para liberarse de su agarre. Él la soltó, pero no sin remordimiento.

—Y no tengo sed.

Tras un momento de vacilación, Eleonor se sentó al otro lado de los restos ennegrecidos de su pequeña hoguera, con expresión recelosa.

—Como está despierto y sin fiebre, mañana me iré.

—¿Irás sola?

Ella inclinó la cabeza en una regia inclinación.

—Monsieur, haré lo que deba.

En lugar de admirar su pura determinación, la ira se encendió ante su estupidez.

—Con los disturbios entre Inglaterra y Escocia, viajar será peligroso.

—Soy muy consciente de los desafíos a los que me enfrento. —Ella levantó una ceja curiosa—. A menos que haya cambiado de opinión y haya decidido escoltarme hasta la costa.

La ira de una espada, no era un lujo que pudiera ofrecer.

—Es imposible. —La frágil esperanza de sus ojos se desvaneció.

—Ya veo.

¡No, ella no! Era un hombre perseguido. Por lo que sabía, los hombres de Bernard recorrían los bosques en un radio de una legua de su posición. Sin quererlo, había puesto su vida en peligro.

Si le atrapaban, perdería la vida.

Pero si encontraban a Eleonor con él, dudaba que sus acciones fueran las del honor. Las visiones de los hombres tomándose libertades con ella asolaron su mente, de su sed por sus propias y bajas necesidades.

Quería ayudarla, pero por su seguridad debían separarse. Mientras ella permaneciera con él, aumentaba el riesgo para su vida.

—No lo entiende.

Su rostro se suavizó con preocupación.

—Entonces explíqueme.

El cansancio le inundó. Duncan deseaba poder explicárselo, pero había demasiado en juego para correr semejante riesgo.

—No, es mejor que no sepa nada.

—Pero... ¿por qué?

La preocupación en su voz hizo que él volviera a condenar la situación. Con una maldición, Duncan se puso en pie. Sus piernas temblaban, como burlándose de su debilidad. No podía escoltar a Eleonor hasta la costa; era una extraña, una mujer cuya presencia aquí planteaba numerosas preguntas. Aun así, ¿cómo iba a permitir que viajara desprotegida? Tampoco podía olvidar que ella le había salvado la vida.

—Bien —espetó Duncan—. Le llevaré hacia el este, donde un amigo de confianza. Pero no más lejos. Él hará los arreglos para que llegue a Francia.

Hizo una pausa como si estuviera meditando su oferta.

—Yo no dudaría si fuera usted —le advirtió—. Podría cambiar de opinión.

—Entonces acepto su amable oferta —respondió ella, con voz sombría, pero un hilo de risa bailaba en sus ojos.

La ira de una espada, ¡la muchacha jugaba con él! Y por mucho que debiera sentirse irritado, Duncan sintió aprecio por su atrevimiento, una táctica que él mismo había empleado momentos antes.

La cadencia dura y constante de los cascos resonó en la distancia. Duncan se volvió hacia la entrada. ¡Los hombres de Bernard!

El rostro de Eleonor palideció.

—¡Han regresado! Debemos guardar silencio hasta que hayan pasado.

¿Han vuelto? La culpa chocó con la sospecha. ¿Por qué no le había dicho que los hombres habían registrado la zona mientras él estaba inconsciente? Fuera cual fuera la razón, gracias a Dios ella los había mantenido ocultos. Desenvainó su espada, conteniendo el dolor de su hombro herido.

—Póngase detrás de mí.

La frustración brilló en sus ojos. Se acercó corriendo e intentó arrancarle la espada de la empuñadura.

—Ale...

—¿Qué cree que está haciendo? —exigió. El rumor de los cascos aumentó.

Incrédulo, Duncan miró fijamente la mano de ella entrelazada sobre la suya.

—¡Suelte mi arma!

Ella dio un fuerte tirón.

—Está demasiado débil para empuñar una espada.

—Si nos descubren, será mejor que rece por mi fuerza.

—¿Por qué?

—Porque —gruñó Duncan—, los hombres me quieren muerto.

## Capítulo 3

Duncan no había pensado que su rostro pudiera blanquearse aún más, pero lo hizo.

—¿Mi señora?

El pánico recorrió sus ojos mientras le miraba fijamente.

—¿Le quieren muerto?

—Escóndase detrás de la roca. —Ella no se movió—. ¡Ahora!

Con un sobresalto, Eleonor corrió hacia la gran roca cercana al fondo de la cueva, y él la siguió.

El retumbar de los cascos se detuvo cerca de la entrada. Con la espada preparada, Duncan se tensó.

—Ella no está aquí fuera —refunfuñó una áspera voz inglesa.

—Nuestras órdenes son encontrarla —espetó otro hombre.

—La hemos buscado durante tres malditos días —afirmó un hombre más alejado—. Hace tiempo que se ha ido.

Un hombre cercano a la entrada gruñó.

—Si quiere conservar la cabeza, será mejor que rece para que la encontremos.

Un caballo chilló, otro resopló, y el cuero y la cota de malla tintinearón mientras los hombres se alejaban.

El rumor de los caballos se desvaneció.

Duncan exhaló un suspiro aliviado mientras salía de detrás de la roca. Fueran quienes fueran los hombres, no le estaban buscando a él. Pasada la amenaza, el cansancio le invadió. Necesitaba descansar. Envainó su espada y se volvió hacia Eleonor.

Y se detuvo.

Unos ojos abiertos de culpabilidad le observaron.

Y comprendió.

—Los hombres le persiguen. —Dio un paso atrás.

Irritado por no haber sospechado que buscaban a Eleonor al mencionar a una mujer, se acercó más. Cuando ella hizo ademán de alejarse, él la agarró del hombro.

—¡Dígame! —El sudor resbaló por su cara ante el esfuerzo, pero la ira le dio fuerzas.

—*Ou... oui.*

Maldijo por lo bajo.

—Antes de que acabe haciendo que nos maten a los dos, ¡dígame qué demonios está pasando!

Ante la furiosa mirada del escocés, Sophie tembló. Aunque creía que era un hombre de honor, ¿qué sabía realmente de él? ¿Su nombre de pila? ¿Su creencia de que los hombres le perseguían? Por muy tentada que estuviera de admitir la verdad, la libertad de Escocia era un riesgo demasiado grande para ella como para ofrecerle su confianza.

El agarre de Duncan en su hombro se tensó. Ella hizo una mueca de dolor.

—Por favor, me está haciendo daño.

Su agarre se suavizó, pero no la soltó.

—¿Por qué le quieren los hombres?

Le vino a la mente la mentira del oro o alguna otra razón viable de por qué los hombres la perseguían. No, no podía decirle otra falsedad.

Sacudió la cabeza.

—No puedo.

—¿No puede o no quiere?

Ella no había creído posible que él pareciera más peligroso, pero con sus ojos oscureciéndose como una tormenta que se avecina y su cuerpo tenso como si estuviera preparado para la batalla y encumbrado sobre ella, parecía todo un guerrero.

—Las razones son solo mías.

Los ojos azules se entrecerraron.

—No es solo su vida la que está en peligro.

—Lo sé —respondió ella en voz baja.

—¿Lo sabe? —Un músculo trabajó en su mandíbula mientras la estudiaba y, con un suspiro exasperado, la soltó.

Sophie no retrocedió, sino que permaneció humilde ante él. Estaba herido. ¿Cómo podía haber sido tan egoísta como para pedirle que pusiera aún más en peligro su vida escoltándola hasta la costa?

—Monsieur...

—Duncan —dijo entre dientes apretados—. Creo que podemos acordar pasar por alto las formalidades.

Ella asintió.

—Duncan, he decidido arriesgarme.

Sus fosas nasales se encendieron con fastidio.

—Dime, muchacha, ¿qué significa eso?

Sophie se movió, incómoda bajo su mirada demasiado penetrante.

—Significa que continuaré mi viaje sola. Necesitas descansar, tiempo para curarte. No

estás en condiciones de viajar, y mucho menos de poner más en peligro tu vida escoltándome hasta la casa de tu amigo.

—¿Es un hombre?

—¿Qué quieres decir? —preguntó con cautela, controlando a duras penas su creciente pánico.

Miró hacia la entrada de la cueva.

—¿Es un hombre el que envió a sus caballeros en tu busca?

La tensión de su cuerpo disminuyó.

—*Oui*. —Dejó que creyera que sus razones para huir eran personales. Lo simplificaría todo. Tampoco era una mentira.

—¿Quién es?

Estaba lejos de comprender la importancia de la pregunta que le hacía.

—¿Qué importa quién sea o la razón por la que sus hombres me buscan?

Duncan le lanzó una sonrisa irónica.

—Si voy a arriesgar mi vida escoltándote, necesito saber a qué peligros me enfrento.

La esperanza tropezó con ella.

—¿Me escoltarás? Pero...

El escocés levantó la mano, había desaparecido cualquier rastro de humor.

—A casa de mi amigo, como te ofrecí antes. No más. Una vez que estés en buenas manos, debo irme. Tengo mis propios asuntos que atender.

La reacción de Duncan ante los caballeros que habían pasado a caballo parpadeó en su mente. Inquieta, se aclaró la garganta.

—¿Creías que los hombres te perseguían?

Su expresión se ensombreció.

Sophie se tensó. ¿Era este escocés una amenaza? No quería creer que había calculado mal hasta tal punto. Pero si se equivocaba...

Pasaron largos segundos mientras él la miraba fijamente, con su profunda mirada evaluadora.

—Sí, lo hacían.

—¿Por qué?

Una sonrisa sombría tocó su boca.

—Bueno, muchacha, tengo mis propias razones. Unas que no compartiré. Y —hizo una pausa—, tú también tendrás que confiar en mí.

A Sophie le disgustó este giro de los acontecimientos.

—Parece que lo haré.

El humor suavizó los ángulos severos de su rostro.

—Un intercambio justo, ¿no estás de acuerdo?

Ante su burla, ella apartó la mirada, incapaz de encontrar nada alegre en la situación. Aunque los hombres le perseguían con intenciones mortales, no tenía el destino de un país en sus manos.

Si él gozaba de mejor salud, ella aceptaría su oferta. Como mujer a la que le gustaba el ingenio rápido, sería interesante permanecer con Duncan un tiempo más, por sus discusiones aunque solo fuera eso. Salvo que su palidez delataba su estado debilitado. Tampoco podía olvidar cómo la espada había temblado en sus manos cuando los caballeros habían pasado a caballo. No estaba en condiciones de protegerla, y mucho menos de viajar.

—Te agradezco tu oferta de escolta, pero debo declinarla. —La boca de Duncan se ladeó en una media sonrisa que le aceleró el pulso.

Turbada por su reacción, bajó la mirada. Al oír su suave risita, levantó la vista.

—¿Qué?

—Solo tú debatirías esto.

—Yo no...

Su sonrisa se ensanchó.

—Lo eres.

—Lo soy —enmendó ella, encontrándose irremediablemente encantada. Fue una tontería pensar en aceptar su oferta. Estaba demasiado débil para viajar. Pero si no aceptaba, se quedaría sola, una extraña en una tierra devastada por la guerra. Aunque estaba lejos de confiar en él, a pesar de su cautela, la trató con cortesía y respeto sin saber de sus lazos reales—. Gracias. Si insistes, aceptaré tu oferta. Pero debemos permanecer aquí otro día para darte tiempo a curarte antes de viajar.

Él asintió, pero los ojos de Duncan recorrieron los suyos, su cautela era fácil de leer.

Con su inteligencia, ella no había esperado menos.

—Dicen que cuando compartes tus preocupaciones, las decisiones que debes tomar se vuelven mucho más claras.

La tristeza la invadió ante la sinceridad de su voz.

—Yo no puedo. —Y tristemente, nunca podría.

¿Podía? Podría, pero la muchacha temía a quien la buscara. Duncan le miró el moratón de la mejilla, asqueado de los hombres que encontraban fuerza en golpear a las mujeres. Si el canalla que la había golpeado se presentaba ante él, le serviría al bastardo su propia marca de justicia.

—Estás agotada y necesitas intentar dormir.

Eleonor miró hacia la entrada de la cueva.

—Los hombres...

—Yo vigilaré.

Se rascó con los dientes el labio inferior.

—Solo durante un rato.

—Ve a dormir —dijo él, eludiendo cualquier acuerdo con su petición. A menos que fuera absolutamente necesario, él la dejaría descansar hasta que despertara por sí misma.

Con un bostezo, caminó hacia el fondo de la cueva, perdiéndose en las sombras.

—¿Adónde vas?

—Detrás de este saliente hay una pequeña cámara. Mientras dormías, hice una cama con hierba seca y hojas. —El rosa subió por sus mejillas en un tono halagador—. Para que la usaras una vez que me hubiera ido. Si los hombres hacían un registro rápido de la cueva mientras dormías, tenías la posibilidad de que te pasaran por alto.

—¿Y por qué no has dormido allí? —preguntó él, impresionado por su medida táctica—. Te habría ofrecido más comodidad que en el frío y duro suelo.

—Mientras dormías, te dio fiebre, una fiebre que afortunadamente desapareció antes de que despertaras. No podía arriesgarme a dejarte solo.

Conmovido por su sacrificio, dio un paso hacia ella.

—¿Así que dormiste a mi lado hasta que me bajó la fiebre?

Su rubor se hizo más profundo.

—*Oui.*

Cogido desprevenido por su repentina timidez, se detuvo, imaginando con demasiada facilidad sus ojos color musgo oscurecidos por la pasión.

—Vete a dormir —susurró. Antes de hacer una tontería como besarla.

Con un rubor en las mejillas, ella se escabulló de su vista. La hierba seca y las hojas crujieron mientras ella se acomodaba tras la pared de roca irregular.

Duncan exhaló un áspero suspiro y salió al exterior. La genuina naturaleza de Eleonor indicaba que era una criadora, una mujer dada a ayudar a los demás. ¿Cómo se había preguntado si era la hija bastarda del rey Felipe? No es que ella no pudiera ser tan dadivosa, pero criada bajo una mano real y sin haber tenido nunca una necesidad, él tenía sus dudas.

Tras una rápida inspección de los alrededores, se apoyó en un peñasco en ángulo, desde donde podía divisar a los jinetes en la distancia, pero lo bastante cerca de la entrada para poder oírla si llamaba.

Se frotó la sien y trató de ignorar las palpitaciones de su hombro izquierdo y el mareo del que no podía librarse. Necesitaba entregar la misiva al rey Felipe, no cavilar sobre los pensamientos que Eleonor le inspiraba. ¡La ira de una espada! La única razón por la que había aceptado escoltarla hasta su amigo era que era demasiado peligroso para ella estar sola en las Tierras Altas.

Asqueado por esa mentira, lanzó una mirada fría hacia donde sabía que ella yacía. Sí, ¿y qué si ella le intrigaba? No eran los mismos sentimientos que había tenido por Shenna. El dolor le punzó el corazón al pensar en la mujer que amaba. Con una mueca, escrutó los alrededores. Ella era feliz ahora. Él debía alegrarse por ella. Y lo haría. Cuándo era otra cuestión.

Dos días después, Duncan atravesaba el bosque con Eleonor a su lado. Aunque su cuerpo

no se había recuperado del todo y en contra de las objeciones de ella, había anunciado que era hora de que se marcharan.

Una sonrisa sombría le rozó los labios. Por su cordura, no podía permanecer atrapado en la cueva con ella ni un día más. Había necesitado cada gramo de su fuerza de voluntad para no satisfacer su pregunta de cómo se sentiría su boca bajo la de él.

—¿Cómo está tu hombro? —preguntó ella, con su tono quebradizo.

—¿Te estoy retrasando?

La impaciencia latía a fuego lento en sus ojos.

—De momento, no.

Duncan se rió. Debería haber encontrado desaprobación en su forma de ser tan franca. En cambio, le fascinaba su inteligencia, le impresionaba su capacidad para debatir con él sobre las cuestiones más insignificantes y, en ocasiones, para razonar hasta el punto de que él cediera a su punto de vista.

No tuvo valor para informar a la muchacha de que había mantenido el paso lento más por preocupación por ella que por su herida. Había soportado molestias peores en su vida, pero viajar a pie por las Tierras Altas resultaba una ardua caminata para un caballero familiarizado con tales exigencias, y mucho más para una dama. Y las zapatillas que llevaba le ofrecían poca protección contra los palos y rocas esparcidos por el suelo del bosque.

En la ruptura de los árboles, se extendía ante ellos una cañada, espesa de ricas briznas de hierba salpicadas de brezo. Oteó la familiar y estrecha extensión de terreno. Pronto llegarían a casa de Stephano. Su amigo le garantizaría un pasaje seguro a Francia. Con una montura fresca y Eleonor en manos de confianza, se pondría en camino.

Y la echaría de menos. Mucho.

—¿Dijiste que tenías tres hermanas y un hermano? —Ella le echó un vistazo, con los ojos brillantes de interés—. ¿Son cercanos?

—Sí. ¿Y tu familia? ¿También son cercanos? —Ella apartó la mirada y siguió caminando.

—¿Eres el mayor?

—No has respondido a mi pregunta —dijo él, recordando que ella había evitado antes hablar de sí misma.

—Tengo muchos parientes —respondió finalmente—, muchos de los cuales no estaban de acuerdo con mi decisión de vivir por mi cuenta o de ayudar a los menos afortunados. —Se encogió de hombros—. No debería entrometerme en tu vida privada.

Una sonrisa rozó su boca.

—Deseo entrometerme en la tuya.

Eleonor miró fijamente al frente, sin permitir a Duncan el lujo de discernir su reacción.

—He llevado una vida muy aburrida.

—Lo dudo —dijo él.

Cuando ella no respondió más, la sonrisa de él creció.

—Tu silencio solo hará que sienta más curiosidad.

Ella se detuvo y se volvió con el ceño fruncido.

—Este no es un juego al que debemos jugar. Hay hombres ahí fuera que, por diversas razones, nos quieren muertos a los dos. ¿Qué diferencia hay si sabes de mi familia, o si he elegido vivir una vida más sencilla, sin los falsos fastos de la nobleza?

—¿Es eso lo que has elegido? —Duncan le cogió la mano cuando empezaba a darse la vuelta—. No era mi intención molestarte.

—La culpa es mía. Fui yo quien preguntó por tu familia. No volveré a hacerlo. —Ella lanzó una mirada fría a su mano—. Ahora suéltame.

—¿De qué tienes miedo?

—Ambos tenemos secretos que ninguno de los dos está dispuesto a compartir. En un día, dos como mucho, no volveremos a vernos. —Su voz empezó a quebrarse.

Duncan se acercó, pero ella negó con la cabeza.

Como si erigiera un muro impenetrable entre ellos, retrocedió.

—Eres una extraña para mí —susurró.

—Un hecho que no deseo cambiar.

—¿Es tan malo ofrecer amistad?

—Monsieur, ¿no podemos irnos?

—Contésteme. Por favor.

La tristeza ensombreció su rostro.

—Y si lo hiciera, ¿respondería también a las preguntas que tengo sobre ti?

—¡La ira de una espada!

Los ojos de Eleonor se entrecerraron.

—¡Cómo te atreves a esperar respuestas cuando no me darás ninguna!

Ante su tono regio, Duncan se echó a reír, incapaz de hacer otra cosa.

El rojo acuchilló sus mejillas.

—Es bueno que uno de nosotros encuentre humor en esta situación.

—Oh, muchacha. —Le cogió la mano y le dio un tierno beso en los nudillos, complacido cuando ella no intentó apartarse—. Solo buscaba amistad, nada más. ¿Es eso demasiado pedir?

Pero cuando su mirada se dirigió al lugar donde sus labios habían tocado su piel, él supo que mentía.

Como si le leyera el pensamiento, ella tembló.

—No lo hagas.

Él le soltó la mano, tembloroso. Por el deseo que oscurecía su mirada, ella no era tan inmune a él como le gustaría, lo que no ayudaba en nada.

—Ven. —La hierba alta rozó sus piernas mientras Duncan avanzaba. A su lado, sus suaves

pasos coincidían con los de él, pero él no se volvió. Si ella no le hubiera detenido momentos antes, él la habría besado.

Un error. ¿Qué sabía él de la muchacha? Poco, un hecho que ella aseguraba. Aunque había nacido entre las filas de la alta burguesía, por las razones que fueran, había desechado el estatus que le ofrecía su nobleza y trabajaba para ayudar a los menos afortunados.

Su elección.

Una que no cambiaba nada.

Debería alegrarse de su retirada. Al menos ella no tenía el cerebro de un asno. Ese honor le pertenecía a él.

—¡*Mon Dieu!*

Duncan se volvió, sobresaltado por el miedo en su mirada.

—¿Qué ocurre?

Su mano tembló mientras señalaba en la dirección en la que se dirigían.

—¡Mira!

Más allá de la siguiente colina, una gruesa y negra columna de humo se elevaba hacia el cielo.

El pavor se apoderó de Duncan. ¡Stephano! Por favor, Dios, que no haya ocurrido.

—¡Espera aquí!

Ella le cogió del brazo.

—Voy contigo.

Furioso de que ella lo desafiara, él le quitó la mano.

—¡Te quedarás!

El rostro de Eleonor palideció.

—¿Qué ocurre?

Se negó a admitir sus sospechas. Si estaba en lo cierto, ella no necesitaba presenciar la carnicería arrojada al otro lado de la cañada.

Ella le miró fijamente, su expresión preocupada acabó con su resistencia.

—Volveré. —Antes de que ella pudiera ofrecer más objeciones, él echó a correr hacia la nube negra y agitada a la carrera.

Y rezó para equivocarse.

## Capítulo 4

Sophie corrió tras Duncan, el hedor del humo crecía a cada paso. Al llegar a la cresta de un montículo, se abrió paso entre los árboles. Se detuvo. El horror ante ella le robó el aliento.

Cerca de la base de la ladera inclinada, Duncan se arrodilló entre los escombros ennegrecidos. Los cuerpos yacían esparcidos a su alrededor, algunos descuartizados, otros con flechas sobresaliendo de sus espaldas. El empalagoso hedor de la carne carbonizada casi la hizo caer de rodillas.

Un sollozo la desgarró.

La mirada de Duncan se clavó en ella. Su rostro, una máscara de indignación y dolor, se puso en pie.

Pero sus ojos.

Señor misericordioso. Sus ojos contenían los horrores de un hombre que había presenciado demasiada muerte.

Se rodeó el pecho con los brazos mientras su cuerpo empezaba a temblar.

Se abalanzó hacia ella, con la cota de malla manchada de sangre.

—¡Te dije que te quedaras!

—Yo... —La cabaña del campesino estaba envuelta en llamas. El ganado yacía mutilado en una masa retorcida de pieles y horror. Ni siquiera un cordero quedó indemne. Y la gente. El pecho se le apretó de dolor—. ¿Quién pudo...?

—Los ingleses. —La condena atravesó sus palabras como una cuchilla furiosa. La agarró por los hombros.

En lugar de sacudirla como ella había esperado, Duncan la atrajo contra su pecho y la apartó de la bárbara matanza. Su cuerpo tembló contra el de ella.

—Los bastardos creen que pueden doblegarnos hasta la sumisión —ronroneó—, pero se equivocan. Su carnicería alimenta nuestro odio.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras Sophie lloraba, afligida por los masacrados, por su país bajo un asalto despiadado, pero sobre todo por él. Por mucha que fuera su propia desesperación, la de Duncan debía ser doble.

Esta parodia subrayó su urgente necesidad de llegar a Francia. Hasta que no explicara que el duque Bernard estaba detrás de su secuestro, su padre creería que los escoceses rebeldes eran los culpables del incendiario acto. Y el futuro de Escocia estaría en grave peligro. Sin el apoyo monetario de Francia, las fuerzas de Escocia se marchitarían.

Su agarre se aflojó, y entonces empezó a susurrar en gaélico. Por su suave fluir, eran palabras destinadas a calmar, pero se derramaban crudas de angustia. Con un estremecimiento se calló.

*Mon Dieu*, no debe fallar.

—Lo siento mucho —susurró, con la voz espesa por las lágrimas.

—Tienes que volver a donde te pedí que te quedaras y esperar. Una vez que haya terminado aquí, iré a buscarte.

—No te dejaré aquí solo.

Duncan levantó la cabeza. Las lágrimas llenaban sus ojos y la angustia esculpía su rostro.

—Tú...

—No —lo interrumpió, furiosa porque Bernard la había utilizado como peón para poner en peligro la libertad de Escocia—. No te enfrentarás a esto solo. ¿Crees que esto no me afecta?

Soltó un suspiro crudo.

—Deberías haberte quedado más allá del montículo.

—¿Por qué?

—Esta es mi gente.

—¡Fueron masacrados! Gente inocente degollada a sangre fría. —Ella le cogió las manos, necesitaba que entendiera que este acto de salvajismo era tan devastador para ella como para él—. Si crees que me quedaré al margen y no te ayudaré a enterrarlos, sabes poco de mí.

La atrajo hacia sí, sus ojos ardiendo en los de ella.

—He intentado... Lo siento. Lo siento mucho. —Duncan reclamó su boca, exigiendo, tomando, destrozándola con la intensidad de su beso. Pero bajo la ira, ella saboreó su pena. No se trataba de pasión, sino de necesidad. De saber que aún quedaba algo bueno en el mundo.

Sin previo aviso, él la soltó y ella retrocedió tambaleándose.

—Duncan —dijo ella, sin aliento, con los labios aún hormigueantes.

Levantó las manos, con el rostro pálido por la conmoción.

—No debería haberte tocado.

—Tú...

La ira asaltó sus ojos.

—¡No tenía derecho! —Soltó las manos y se alejó.

La pena la embargó. Todo lo que podía ver era su error, no al hombre devastado por la pérdida. Sophie corrió hasta ponerse delante de él, obligándole a detenerse. Él la fulminó con la mirada, pero ella se mantuvo firme.

—Lo comprendo —dijo, con su mente aún luchando contra los horrores que la rodeaban. Apretó los dedos contra el costado de su cara, sus lágrimas cálidas contra su mano.

Duncan se estremeció, pero no se apartó.

—No entiendes nada.

—Creo que eres un hombre de gran compasión. Personas a las que amas han sido asesinadas. Te afliges. ¿Cómo podrías no hacerlo? —Sophie acarició el dorso de su mano contra su mejilla mientras las lágrimas corrían por su rostro. No había creído que la situación pudiera empeorar, pero así había sido—. Los conocías.

Se dio la vuelta, pero no antes de que ella fuera testigo de cómo se secaba las lágrimas.

—Oh, Duncan. —Ella se acercó, insegura de cómo consolar a este guerrero compasivo, o si siquiera podría—. Nunca te haría daño.

—Lo sé.

—Déjame ayudarte.

Su mirada buscó la de ella.

—¿Por qué nunca eres lo que espero encontrar? —Cerró los ojos y la atrajo contra sí.

Durante un largo rato la abrazó, con sus corazones desgarrados, su dolor una cosa viva, pero en su unidad encontraron la fuerza.

Y dentro de su abrazo, Sophie comprendió que la situación entre ellos había cambiado. Después de este momento, por mucho que cada uno deseara permanecer distante del otro, nunca podrían ser extraños.

Por mucho que le doliera la idea de dejarle, encontró consuelo en los recuerdos que tendría de este galante hombre, un hombre de honor, determinación y gran compasión. Protegió a los que amaba. Lloró por los que perdió. Comparados con Duncan, aquellos que la habían perseguido en el pasado, hombres cuya codicia dictaba sus vidas, no eran más que cáscaras vacías de humanidad.

Le apartó una lágrima de la cara.

—Ven. —Se volvió hacia la devastación.

Sin dudarlo, ella le siguió.



Durante las horas siguientes trabajaron para enterrar a sus amigos, con el crepitar y el siseo de la madera quemada mientras el fuego hacía estragos, como macabro telón de fondo.

Con una pala ennegrecida, Duncan levantó el siguiente montón de tierra sobre la tumba poco profunda. Las emociones le ahogaban, pero se obligó a continuar. Por Dios, sus amigos serían enterrados con honor.

A poca distancia, Eleonor caminaba hacia la destripada cabaña del campesino, ahora un esqueleto calcinado consumido por las llamas. Se detuvo. Se le escapó un grito ahogado mientras caía de rodillas y su mano se cerraba en torno a los restos destrozados de una muñeca. Apretó la muñeca contra su pecho, grandes sollozos agitados sacudieron su esbelta figura.

Comprendiendo su dolor, luchando contra sus propios demonios, Duncan dejó caer la pala y caminó hacia ella. Se arrodilló a su lado.

Sin dudarle, ella se echó en sus brazos.

—Todo esto carece de sentido.

—Sí, así es. —Malditos bastardos. No había razones suficientemente buenas para esta matanza sin sentido. Pero eso no detendría al rey Eduardo en su intento de conquistar Escocia—. Ya está, muchacha. —Duncan la mecía en sus brazos, sus lágrimas cálidas sobre su cuello, y él encontró consuelo al abrazarla, un consuelo que no había experimentado desde Shenna.

Un dolor le invadió al pensar en Shenna, y lo apartó a un lado. Ella estaba fuera de su vida, para siempre. En cuanto a Eleonor, a través de compartir una tragedia, habían formado los comienzos de una amistad, una que duraría días como mucho.

Ella resopló.

—Lo siento.

El camino de lágrimas que se arrastraba por la suciedad y el hollín de su cara le hizo doler el corazón, pero la determinación de sus ojos le dejó asombrado. Rodeada de muerte, como un faro en la noche, esta mujer única le ofrecía la esperanza de que podría dejar a un lado su ira y su dolor por haber perdido a aquellos a los que amaba, incluida Shenna.

Tal vez había estado en lo cierto cuando había visto a Eleonor por primera vez y pensó que era un hada del Otro Mundo.

—No has hecho más que ganarte mi orgullo —dijo, humilde ante esta mujer que podía dar tanto de sí misma por un país que no era el suyo.

Otro temblor la sacudió, pero no se apartó bajo su mirada penetrante.

Duncan le acarició con el pulgar una mancha en la mejilla. «¿Quién eres?», quiso preguntar. Creía que ella no había entrado en su vida sin motivo. Fuera cual fuera la causa, la mano del destino había jugado un papel. Más aún teniendo en cuenta que era la segunda vez que ella le ayudaba. Miró hacia abajo.

Sus dedos aferraban la muñeca de trapo. Su respiración se entrecortó.

—Esto debió pertenecer a la niña. Yo...

—Shh. —Su mano temblaba mientras retiraba el maltrecho juguete y lo colocaba dentro de un cuenco intacto. Envolvió los dedos de ella entre los suyos—. Ven. —Se levantó y la atrajo con él—. Poco más queda por hacer. Recoge tus pertenencias y luego rellena la bolsa de agua. Yo me ocuparé del resto.

Ella vaciló, su expresión apesadumbrada, pero con la resolución de continuar igual de fuerte.

—Hay un afloramiento de rocas al borde del bosque. Una vez que haya terminado, nos encontraremos allí. Por favor, debo terminar esto solo. —Su entierro, un último adiós a los amigos que había amado.

Eleonor asintió. Su respiración se entrecortó mientras se daba la vuelta y se alejaba.

Cuando se acercaba al bosque, Duncan se agachó y recogió la muñeca ennegrecida. Con

los jirones chamuscados del juguete infantil en la mano, se quedó mirando a la mujer que por primera vez en mucho tiempo le había hecho pensar en otra aparte de Shenna. ¿Por qué? Cuando Eleonor desapareció de su vista, con un áspero suspiro depositó la muñeca en el cuenco y luego se sumergió en terminar la última de las espeluznantes tareas.

Sophie escudriñó el bosque mientras Duncan la guiaba a través de la espesa trama de árboles. Inhaló el aroma limpio y dulce de la tierra, rico en una mezcla de helechos, menta, acedera y otras hierbas familiares. Después del hedor de la muerte, saboreó cada aliento impoluto.

Pasó por encima de una piedra y miró hacia Duncan. Su piel estaba pálida y su rostro tenso por la pena. Con lo cerca que había estado de los difuntos, pasaría mucho tiempo antes de que las cicatrices de este día pudieran empezar a curarse. Ella no podía aliviar su carga, pero tal vez pudiera apartar su mente de su dolor. O al menos intentarlo.

—¿Adónde vamos?

Él miró fijamente hacia delante.

Ella continuó, con la esperanza de entablar una conversación.

—¿Creciste en estos bosques?

Duncan miró, sus ojos se aclararon un poco, pero la tristeza persistía.

—Sí. A veces nos escapábamos cuando se suponía que estábamos practicando con nuestras espadas.

—¿Nosotros?

—Mis hermanas, mi hermano y yo.

—¿A tus hermanas se les permitía practicar con las espadas? —Podía imaginarse la furia de su padre si se atrevía a tal cosa. Por no mencionar la conmoción entre la alta burguesía que un acto tan descarado incitaría.

Un atisbo de sonrisa curvó su boca, luego vaciló.

—¿Te parece provinciana la idea de que una mujer aprenda a defenderse?

—En absoluto. —La idea de empuñar una espada tenía su propio atractivo—. Es solo que nunca he conocido a un hombre que permitiera a sus hijas entrenarse con armas.

—Nunca conociste a mi padre. —El orgullo se reflejaba en sus ojos—. Era un hombre poco convencional.

En efecto, en todo caso como su hijo.

—¿Tu madre aprobaba esta actividad? —preguntó ella, curiosa por saber más sobre su familia.

La pena ensombreció su rostro.

—Ella nunca tuvo voz ni voto. Mientras daba a luz a mi hermana menor, murió.

Se le oprimió el pecho.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. Apenas la recuerdo.

—Pero la querías.

Un palo crujió bajo su bota. Miró hacia las hojas que temblaban en lo alto con la brisa de la tarde.

—Sí.

Los árboles empezaron a adelgazarse, y ella se apresuró a dar el paso a su lado.

—Mi madre murió de fiebre cuando yo era pequeña. No tengo ningún recuerdo de ella, ni el más leve gesto o la ternura de su voz. Solo los recuerdos caprichosos que mi padre comparte cuando habla de ella. Sin embargo, me encuentro echándola mucho de menos.

La ternura suavizó la tristeza de sus ojos.

—Parece que tenemos algo en común. —El torrente de agua llamó su atención—. Ya casi hemos llegado.

Mientras caminaba, el batir del agua se intensificaba; a su alrededor, un lecho de musgo amortiguaba el suelo. La suave pelusa cedía bajo sus zapatillas.

—Cuidado. —Duncan atrapó una rama rota doblada hacia abajo ante ella y apartó la rama. Le hizo un gesto para que avanzara.

—Gracias. —Sophie salió de debajo de la sombra de la rama y se detuvo. Con reverencia, contempló su entorno.

Iluminado por los rayos dorados del sol de última hora de la tarde, un arroyo se derramaba sobre un saliente poco profundo y desembocaba en el pequeño lago. En la orilla más alejada, donde la corriente se ralentizaba, asomaba un lecho de juncos, mientras que los lirios, junto con el musgo y las flores amarillas, anidaban entre una nube de brezo para bordear la orilla del agua.

La emoción se agolpó en su garganta mientras se giraba.

—Es maravilloso.

Mientras la observaba, los ojos de Duncan se ablandaron, luego dio un áspero suspiro.

—Y necesario. Después de este día, ambos necesitamos bañarnos. —Caminó hacia una planta espesa de flores rosas y arrancó varias hojas, regresó y se las entregó—. Machácalas mientras te lavas. Producirán espuma y ayudarán a eliminar la suciedad de este día. —Una insinuación de un hoyuelo tocó su boca—. Como curandera, creo que deberías saberlo.

Conmovida por su disgusto, le dedicó una suave sonrisa.

—Así es, pero eso no le quita lo considerado que eres.

Durante un largo momento, él la miró fijamente. El deseo recorrió su mirada, luego la resignación. Dio un paso atrás.

—No tardes demasiado. Aunque no hemos visto a ninguno, es posible que haya caballeros ingleses por aquí.

Aunque suave, su advertencia empañó la ilusión de paz que la rodeaba. Sophie escrutó con ojo cauteloso las escarpadas colinas que enmarcaban el apacible entorno. Aunque abrazada por la serenidad, el peligro existía, un hecho subrayado por la carnicería de este día.

Señaló hacia donde un saliente poco profundo se extendía desde la cima de la loma.

—Estaré allí, vigilando por si hay algo sospechoso. —Con el sigilo de un depredador, se deslizó hacia el bosque y se perdió de vista.

Agradecida por su guardia, volvió su atención a su desaliñado estado. Con una mueca, se quitó las prendas manchadas y se metió en el agua, apreciando el fresco deslizamiento después de pasar por el rancio calor de la tarde.

Tomando una bocanada de aire, se sumergió profundamente. Cuando Sophie salió a la superficie, irrumpió en el agua y luego nadó con brazadas largas y seguras hacia tierra poco profunda.

A medio camino de la orilla, pisó el agua. Distinguió la silueta de Duncan de pie sobre un saliente que dominaba el lago, lo que le permitía también una visión clara de los alrededores.

El calor se extendió por su rostro. Si miraba en su dirección, la vería desnuda. Sentía un hormigueo en el cuerpo, y la fría temperatura del agua hacía poco por apagar el calor que se deslizaba por su cuerpo.

Inquieta por el deseo que despertaba Duncan, nadó hacia la orilla. Por primera vez en su vida había conocido a un hombre que no conocía ni su título ni su papel en la vida, y sin embargo le había ofrecido no solo su protección sino su amistad.

Sin trucos. Ningún ardid destinado a engatusarla para contraer matrimonio en beneficio propio, ni siquiera cuando ella se negó a contarle el motivo de su viaje a Francia.

¿O era su facilidad una tapadera para ocultar sus propios secretos? ¿Creía él que si ella le veía como alguien no amenazador, no le preguntaría más sobre los hombres que le buscaban?

En vilo, se sumergió en las profundidades y luego resurgió. ¿Qué le ocultaba exactamente? ¿Qué destino le había deparado hasta el punto de que unos hombres le persiguieran con intenciones letales?

Sophie descartó cualquier pensamiento de villanía por su parte. Desde que había despertado en la cueva, había demostrado una y otra vez que era un hombre que valoraba la justicia. De algún modo, por razones que se negaba a compartir, se había visto envuelto en una situación peligrosa.

Por mucho que quisiera creer que era leal a la causa de Escocia, sin saberlo con seguridad, en cuestiones de confianza debía proceder con cautela.

—¿Eleonor?

El uso de su segundo nombre por parte de Duncan fue un contundente recordatorio de su engaño.

Tampoco él podía descubrir que su padre era el rey Felipe.

¿Y si lo hiciera? Atraído por la promesa de una corbata real y riqueza, ¿se encendería la codicia en sus ojos, como en la mayoría de los hombres cuando se enteran de la posición de ella? ¿O permanecerían en su lugar el respeto y el honor?

Sophie odiaba sus dudas, pero la vida le había enseñado a desconfiar de los hombres. Excepto por su doncella y los caballeros asignados para custodiarla, vivía sola en una aldea costera, lejos de su padre y de la corte abarrotada de falsas sonrisas dadas solo para beneficio propio.

Prefería su vida sencilla en una pequeña casa junto al mar, encontraba satisfacción en trabajar junto a la curandera para ayudar a aquellos con medios sencillos.

Hasta que había conocido a Duncan.

Ahora, un vacío que nunca había experimentado se desató en su interior. La hacía desear, no solo físicamente, sino con un anhelo de compartir con él algo más que unos pocos días de su vida.

—¿Eleonor? —volvió a llamar Duncan.

Frustrada por las emociones no deseadas que él le hacía sentir, nadó hasta que sus pies rozaron la roca alisada.

—Voy a lavarme la ropa —dijo, agradecida por la distancia—. No me llevará más que un tris.

—No, muchacha. He puesto una bata limpia detrás de las rocas, cerca de donde entraste. Se salvó del fuego, así que la he traído.

Ella miró hacia donde resonaba su voz, sorprendida por su amable gesto. ¿Cuántos hombres habrían hecho lo mismo?

¿O les habría importado?

No es que importara. Cada uno tenía su propia vida. Aunque ella anhelara saber más de él, acercarse, el tiempo, como el destino, se oponía a ellos.

## Capítulo 5

Duncan estaba de pie cerca del borde del acantilado, disfrutando del aire vivo con el vibrante canto de los grillos y una suave brisa que se deslizaba por la tierra. Sin embargo, encontraba poca paz.

A poca distancia, abrazada por los rayos de la luna, Eleonor contemplaba el cielo. Por su expresión solemne, ella también estaba perdida en sus pensamientos. ¿Cómo podía no estarlo? Los horrores de encontrar a Stephano y a su familia asesinados ese mismo día aún le atormentaban. Malditos bastardos ingleses.

—¿Duncan?

La crudeza de su voz alimentó su culpabilidad. Debería haberse asegurado de que ella permaneciera protegida de la carnicería que las tropas inglesas habían dejado a su paso. Aunque horrorizada por la horripilante visión, ella había echado una mano, ayudando a enterrar a aquellos que él había amado.

—Estás cansada. Vete a dormir. Yo vigilaré. —Su voz se quebró al final. Con un duro trago, se quedó mirando las colinas de las Tierras Altas que tanto amaba, un hogar que moriría por mantener libre.

El ligero roce de unas zapatillas sobre la piedra le alertó de que ella se acercaba.

—Te he preparado una cama contra el acantilado. —Una parte de él anhelaba ofrecerle socorro, mientras que otra deseaba buscar consuelo en sus brazos. Frunció el ceño. Cualquiera de las dos sería una decisión imprudente. Los secretos ensombrecían sus ojos, guiaban su respuesta cuando él le hacía preguntas sobre su pasado, o sobre aquellos que la perseguían.

Ella se detuvo a su lado.

Su cálido aroma a mujer y lavanda se fundía con la frescura de la noche, y su cuerpo zumbaba consciente. Que Dios le ayudara, la deseaba. Pero dirigirse a ella ahora, aprovecharse de la pérdida que aún les atormentaba a ambos sería un error.

—Tienes que intentar descansar.

Pasó un largo momento.

—Siento mucho tu pérdida. Es duro perder a alguien a quien amas.

—Mi agradecimiento. —A través de unas pestañas medio caídas, Duncan la observó arrodillarse y recoger una roca erosionada.

Con un suspiro inestable, Eleonor se puso en pie. Hizo rodar la piedra entre la palma de su mano.

—¿Me hablarás de la niña que tenía la muñeca? —preguntó, su pregunta se deshizo en un

frágil susurro.

La luz de la luna brillaba a través de las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—Lo siento —susurró—. Solo quería hablar contigo, intentar encontrar una forma de ayudarte, ya que sé que la familia que enterramos eran amigos tuyos. A veces alivia el dolor cuando uno... Pero sé que quieres estar solo. —Se volvió y arrojó la piedra.

Un chapoteo resonó desde abajo.

La ira de una espada. Aunque lloraba por aquellos a los que amaba, ella sufría y necesitaba su fuerza. Y malditas las circunstancias, él estaría allí para ella.

—¿Eleonor?

Con un sollozo, ella entró en el círculo de sus brazos.

Duncan la acercó, encontrando consuelo en su tacto, esperanza en su presencia y una rectitud que nunca había esperado, más de la que había experimentado con Shenna. Confuso, la abrazó, inseguro de qué hacer con esta realización.

Las lágrimas de ella humedecieron su cuello.

—Está bien, muchacha. —Murmurando palabras para calmarla en gaélico, la acunó contra su pecho hasta que sus sollozos se aquietaron, su respiración se calmó y los temblores dejaron de sacudir su cuerpo. Le acarició el pelo, desatado de su trenza anterior.

—Se llamaba Katherine. —La felicidad de los recuerdos de la niña le inundó—. Una muchachita. Cabello negro como la medianoche. Ojos verdes que bailaban con diablura. Pero un corazón... —se le hizo un nudo en la garganta— un corazón lleno de amor.

Duncan luchó contra el hecho de que nunca volvería a oír la risa de la pequeña. O ver cómo sus ojos se abrían de par en par con deleite infantil cuando él le contaba cuentos de las hadas que se llevaban hasta al hombre más corpulento si se les antojaba.

—Siempre que visitaba su casa —continuó—, me enteraba de sus últimas travesuras. Una vez que cabalgué hasta allí fue para encontrar a la muchacha alojada dentro de un serbal y negándose a bajar. Cuando le pregunté por qué, alegó haber robado una tarta. En su tono más serio, Katherine me hizo jurar su localización en secreto.

Eleonor resopló.

—¿Qué ocurrió?

—Parecía que la muchacha no había robado una, sino todo el lote. Al poco tiempo, empezó a dolerle el estómago y acabó llamándome para que la ayudara a bajar. —Una triste calidez abrazó su corazón mientras el conmovedor recuerdo se reproducía en su mente—. La recuerdo jurándole a su padre que nunca volvería a robar tantas tartas. Pero, cuando él no miraba, me guiñó un ojo, y pude darme cuenta de que su mente ya se había desviado en esa dirección.

Eleonor le miró, con los ojos llenos de lágrimas empañados por la pena.

—Una niña muy especial.

Su mano se aquietó.

—Lo era. —Levantó un mechón del pelo color miel de Eleonor y se lo aseguró detrás de la oreja—. Siempre deseé que algún día, cuando fuera bendecida con un hijo, tuviera el mismo

espíritu. —La emoción se agolpó en su garganta mientras sacudía la cabeza—. No puedo creer que se haya ido.

—A veces no hay razonamiento para el porqué de las cosas —dijo ella con un áspero susurro—. Tristemente, la crueldad de la vida nos toca a todos.

El chirrido de los grillos atravesó la noche mientras ella levantaba la cabeza y observaba la tierra, lentamente consumida por la oscuridad. Ella se volvió.

Él esperaba el solemne atractivo de su expresión, pero no un atisbo de esperanza.

—Siempre la tendrás. —Eleonor presionó su palma sobre su corazón—. Toma.

Duncan entrelazó sus dedos con los de ella, humillado por su fuerza, asombrado por su creencia en la bondad cuando su propio viaje la había llevado a su propia pesadilla personal.

—Después de un tiempo, el dolor dará paso al calor de los recuerdos, a momentos en los que la risa llenará tu vida. —Hizo una pausa, su mirada era intensa—. La vida es demasiado corta para detenernos en lo que no podemos cambiar.

—¿Qué desafíos has soportado para dotarte de tal sabiduría, mi señora? —preguntó él, inseguro de cómo tratar los sentimientos que ella despertaba en su interior.

—Nada más de lo que tú mismo has afrontado.

La respuesta de ella le dejó perplejo. Como noble, además de caballero, había presenciado más de lo que le correspondía la muerte y las tragedias provocadas por la guerra. Con cada brutalidad, su mente se había embotado en la aceptación frustrada de que, por mucho que se esforzara, solo podría salvar a unos pocos.

Eleonor era obviamente una mujer de rango. Al imaginarla protegida entre los muros de un castillo, dudó de su capacidad para comprender las tragedias de la guerra. O la sabiduría acumulada. Sin embargo, sus sabias palabras, y la persistente tristeza en sus ojos, eran rasgos que solo había visto en personas que habían sufrido mucho.

Otra contradicción.

Quiso presionarla para que le revelara su secreto. Pero se negó a arriesgarse a que ella se retractara.

—Estás cansada —dijo Duncan, reacio a soltarla pero consciente de que debía hacerlo.

—Como si tú estuvieras descansado —dijo ella con un desafío silencioso.

Qué muchacha. Discutiría con una santa. No pudo evitar admirar su espíritu.

—Vete. —Le soltó la mano—. Intenta dormir. Yo haré guardia.

—No has respondido a mi pregunta.

Una sonrisa fugaz rozó su boca.

—¿He mencionado que eres testaruda?

El labio inferior de ella tembló, recordándole con demasiada claridad su frágil estado.

—¿Podrías dormir esta noche?

Ante sus solemnes palabras, la ligereza del momento se desvaneció.

—No.

—Yo tampoco. —Señaló hacia el lecho de hojas—. Si me tumbo allí, solo miraré al cielo y pensaré en todo. ¿Podría quedarme a tu lado esta noche? Yo...

«Te necesito», terminó su mente. Ella no dijo las palabras, pero a la luz de la luna, sus ojos susurraron la petición.

—¿Por favor? —susurró ella.

La ternura se enroscó en él. Aunque solo fuera por unas horas, estar con ella le ayudaría a él también mientras luchaba contra los dolorosos recuerdos de este día. Señaló hacia una zona de roca lisa.

—Trae tu manta. Puedes sentarte conmigo.

Agradecida de que hubiera accedido a su petición, Sophie recuperó la andrajosa manta de lana. Cuando regresó, Duncan se había acomodado en una posición sentada que le permitía una visión clara de sus alrededores.

Al acercarse, le hizo un gesto para que se sentara ante él.

Extendió la manta sobre la piedra y se sentó. Cuando se acomodó contra el sólido calor de su pecho, el latido constante de su corazón palpitó contra ella. Respirando hondo, miró al cielo. Un rastro de nubes bordeaba el horizonte occidental y la luna, perfilada por un anillo de plata, colgaba sobre las copas de los árboles.

—Cuando contemplo el cielo y veo tanta belleza, me hace que me pregunte cómo puede alguien deleitarse en el odio.

—Demasiado a menudo la gente se centra solo en su propio beneficio, no en lo que es correcto.

El suave rumor de su voz fue un bálsamo para sus magullados nervios. Ella asintió, pensando en la lucha a la que se enfrentaba Escocia.

—¿Como el rey Eduardo? —Él se puso rígido contra ella, y ella supo que había dado con una preocupación primordial en su mente.

—Él cree que sus duras acciones están justificadas —dijo Duncan, con la ira derramándose a través de sus palabras.

—Aunque no estoy de acuerdo con su método, es el señor de Escocia.

—Ganado a base de traición —espetó—. Tras la muerte de Margarita, la Doncella de Noruega, el rey Eduardo declaró que su buena intención era ayudar a Escocia a elegir un rey durante su época de agitación. Pero, como muchos escoceses sospechaban, su oferta no era más que un engaño en sus esfuerzos por reclamar Escocia. —Sophie vaciló. No podía revelar su conexión real, pero necesitaba advertir a Duncan de que el rey Eduardo no se detendría ante nada para apoderarse de un país que ya consideraba suyo.

—Es un hombre decidido —dijo con cuidado—, y no detendrá sus agresiones hasta que toda Escocia haya arrojado sus armas y le jure lealtad. —Su cuerpo se tensó.

—Puede intentarlo.

—Lo sé. —La matanza que habían presenciado hoy no era más que una muestra de la

carnicería que se avecinaba si se permitía al rey inglés liberar toda su ira sobre Escocia.

—Con el respaldo de Francia —continuó Duncan—, tenemos no solo los medios sino otra fuerza a la que el rey Eduardo deberá enfrentarse.

Por la gracia de María, no tenía ni idea de lo precarios que eran en ese momento los lazos de Escocia con Francia. Si Bernard hubiera llegado hasta su padre y le hubiera convencido de que los rebeldes escoceses estaban detrás de su secuestro, su padre podría haber cortado ya el tan necesario apoyo a la apuesta de Escocia por la libertad.

—¿Tienes frío?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—Estás temblando. —Duncan le envolvió los hombros con la lana tejida, luego deslizó su brazo alrededor de su cintura y la acercó—. ¿Estás mejor?

Hasta que no hablara con su padre, nada podría mejorar la situación.

Ella asintió, sin confiar en sí misma para hablar.

Él señaló hacia el este.

—Por allí.

Un destello blanco surcó el cielo y luego se desvaneció en la noche.

Su cálido aliento le rozó la mejilla.

—Dicen que cuando cae una estrella, es un regalo de las hadas.

Las emociones le apretaron la garganta y asintió, incapaz de hablar.

El silencio se extendió entre ellos, su preocupación casi pronunciada en los susurros de la noche.

Ella se acurrucó contra su musculoso pecho y apoyó la mejilla en el hueco de su garganta.

—Intentaré descansar.

—Sí, hazlo.

Cansada, Sophie luchó por conciliar el sueño. Pero solo después de horas de atormentados pensamientos sobre lo que pasaría si no conseguía llegar hasta su padre, y con Duncan aún sosteniéndola segura entre sus brazos, cayó finalmente en un sueño exhausto.

Un golpe de viento frío contra su cara despertó a Duncan. Hizo una mueca. En algún momento del amanecer, se había quedado dormido. Frotándose el sueño de los ojos, contempló las furiosas nubes que se agitaban sobre su cabeza. El suave viento de la noche anterior recorría ahora el paisaje con una dura bofetada.

Se avecinaba una tormenta.

Eleonor se agitó en sus brazos. Su espesa melena de pelo color miel enmarcaba su rostro y sus labios estaban vueltos hacia arriba en un suave mohín.

Un anhelo se enroscó con fuerza en su interior. ¿Cómo sería si él la besara? Un trueno retumbó en el cielo.

Hizo una mueca mientras oteaba el cielo cada vez más oscuro. Parecía que una autoridad superior a él le recordaría la insensatez de tal pensamiento.

La preocupación le recorrió al ver las ojeras visibles bajo sus ojos. Por mucho que odiara despertarla, necesitaban poner tantas millas como fuera posible entre ellos y sus perseguidores. Y, por el aspecto de las nubes negras, encontrar refugio antes de que estallara la tormenta.

—¿Eleonor? —Sus labios se torcieron en un ceño entrañable—. Eleonor —susurró de nuevo.

Ella siguió durmiendo.

—Ah, muchacha. ¿Qué voy a hacer contigo? —susurró él, encantado y un poco envidioso de que ella hubiera caído en un sueño tan profundo. Hacía muchas batallas que había cultivado la habilidad de despertarse al menor ruido.

La primera gota de lluvia salpicó su frente. Luego otra.

Duncan entornó los ojos hacia el cielo amenazador y luego le dio una suave sacudida.

—Es hora de levantarse.

Los ojos verde musgo se abrieron de golpe y le miraron con somnolienta confusión. Un puro chorro de lujuria bombeó por su sangre.

Otra salpicadura de lluvia golpeó su mano.

Con una maldición murmurada, Duncan la apartó suavemente de sí y se puso en pie, con el cuerpo aletargado por la falta de sueño.

—Tenemos que encontrar refugio antes de que empiece a diluviar.

—¿Qué? —preguntó ella, con la voz aturdida. Empezó a levantarse y tropezó.

Él la cogió por los hombros. Había empezado a caer una lluvia cálida que empapaba su atuendo y perfilaba los pechos llenos de Eleonor. Apretó los dientes. Tenía que pensar en otra cosa. Los kilómetros que debían recorrer este día. La miseria de caminar penosamente con este tiempo húmedo y traicionero. Los hombres que las perseguían.

Por mucho que lo intentara, todos sus pensamientos volvían a desearla.

—Despierta ya, muchacha.

Una sonrisa cansada curvó su boca.

—Estoy despierta. —Como si fuera un truco de las hadas, el deseo se entretejió en su mirada en un deslizamiento devastador.

Tragó saliva con fuerza, sus manos estaban temblando por el esfuerzo de mantener la distancia. Si ella seguía mirándole de ese modo... Que Dios le ayudara, no era un santo.

—¿Puedes quedarte sola? —Ella asintió, pero él no la soltó.

Eleonor le miraba, sus labios carnosos tentando, amenazando con destruir su voluntad.

No, él no iba a besarla. Sería un tonto si se lo planteara. ¿Acaso no había pasado los últimos minutos razonando lo perjudicial de hacer exactamente eso?

—¿Duncan?

El crudo anhelo que había en sus palabras rasgó su buena intención como una hoja bien afilada. Con una maldición, le ahuecó la cara.

Los ojos de Eleonor se oscurecieron de comprensión, una fracción de segundo antes de que Duncan reclamara su boca.

## Capítulo 6

Calor. Bañó a Sophie, la abrumó hasta que lo único que pudo hacer fue aferrarse. Aunque la habían besado antes, nunca había sido tan potente, tan intenso ni tan exquisito. La boca de Duncan se movía sobre la suya con hábil seguridad, dando, tomando, atrayéndola a responder hasta que su sangre fluyó desbocada. Aunque sus cuerpos estaban apretados, ella quería más.

Con los ojos clavados en los suyos, empezó a tocarla, a acariciarla como si conociera cada uno de sus lugares secretos, y su cuerpo ardió hasta que creyó que iba a encenderse. Con una respiración agitada, sus dedos rozaron la curva de su cuello y luego empezaron a aflojar los lazos de su bata.

Un escalofrío de anticipación la recorrió. Este momento.

Este día.

Este hombre... todo era perfecto.

Mientras él pasaba la delicada tela por sus hombros, el aire húmedo de la noche susurró sobre su pecho expuesto y se mezcló con el calor del tacto de Duncan. Un gemido grave retumbó en su pecho cuando atrapó su pezón entre los labios.

La sensación destrozó todos sus pensamientos.

—Shenna.

Sophie se quedó helada.

¿Shenna?

Se precipitó a la realidad con una sacudida nauseabunda.

Los ojos de Duncan se abrieron de par en par al darse cuenta de lo que había dicho, el fuego de su interior se deshizo en pavorosa incredulidad.

—Oh, Dios. Lo siento.

Se apartó de él de un empujón mientras sus mejillas ardían de mortificación y se subió la bata. Todo el tiempo que había estado besándola, tocándola, ¡había estado pensando en otra!

Alargó la mano hacia ella.

—Eleonor, yo...

—¡Aléjate de mí! —Sus palabras temblaron, llenas de la vergüenza de lo que había permitido. Los recuerdos de cómo el conde de Murrallins, un hombre al que había amado en su pasado, y un hombre que la había utilizado para su propio beneficio, habían manchado sus sentidos como bilis en su garganta. Un dolor se acumuló en su interior. Sabía que no debía

confiar en un hombre, una lección que Murrallins le había enseñado demasiado bien.

—¡Cómo te atreves! —Temblando de incredulidad ante su propia debilidad, Sophie dio otro paso atrás. ¿Cómo había podido permitir que un desconocido traspasara sus barreras? ¿Haberle respondido con total abandono?

¿O haberle deseado incluso ahora?

Un tono rubicundo recorrió sus mejillas. Sacudió la cabeza.

—No lo entiendes.

—Te equivocas —respondió ella con toda la dignidad que pudo reunir—. Lo entiendo perfectamente.

Él la cogió por los hombros cuando ella se daba la vuelta para salir corriendo.

Sophie le fulminó con la mirada, sin saber si la ira o la humillación guiaban sus actos. O ambas cosas.

—¡Suéltame!

Mientras él la miraba fijamente, sus ojos se oscurecieron de pena, y ella recordó que murmuraba el nombre de Shenna durante su fiebre.

—¿La amas? —Ante su silencio, ella se liberó. Era una tonta por castigarse así, pero necesitaba oírle admitir la verdad.

Él la observó un momento más, el pesar en sus ojos coincidía con el de ella.

—Duncan —le instó ella.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y entonces su expresión se volvió ilegible.

—No es un tema del que quiera hablar.

La tranquila calma de su voz avivó su ira. ¿Cómo podía él retirarse con tal eficiencia estoica mientras las emociones de ella seguían agitándose?

—Yo no pedí tu beso.

—No lo hiciste —ronroneó él.

—Después de lo que ha pasado entre nosotros, ¿no crees que merezco una explicación?

La disculpa ardía en sus profundos ojos azules. Tragó saliva con dificultad.

—Shenna es alguien que una vez me importó. Ella eligió a otro.

¿Querida? Por el dolor en sus palabras, aún amaba a Shenna.

—¿Por qué me besaste?

—Cuando desperté contigo en mis brazos... Dios me ayude, te deseaba.

—No —acusó ella, enfadada porque él la había utilizado en lugar de otra mujer—. Querías a Shenna. Niégalo.

La ira nubló su rostro. Igual de rápida, la derrota.

—Te equivocas, fuiste tú quien me atrajo.

Sophie abrió la boca para discrepar y luego se abstuvo. Como si sus propias acciones

fueran apropiadas. Estaba prometida a Gaston de Croix, duque de Vocette. Un matrimonio que tendría lugar antes del final del verano. Sin embargo, había devuelto los besos de Duncan, se estremeció ante su contacto, como si tuviera derecho a dar sus favores a otro hombre.

Su sentimiento de culpa crecía.

¿Cómo podía condenar a Duncan por decir el nombre de una mujer a la que obviamente amaba? Él tenía su propia vida, una que no la incluía a ella.

La lluvia repiqueteó contra su piel.

Sophie se apartó varios mechones de pelo mojado de la cara mientras se serenaba, recurriendo a la diplomacia que había perfeccionado a lo largo de los años. Necesitaba concentrarse en llegar hasta su padre y contarle la verdad de su secuestro, no en anhelar a un hombre enamorado de otra.

—Debemos encontrar refugio —dijo, agradecida por la calma de su voz.

—No, debemos continuar.

Ella frunció el ceño.

—¿Nosotros?

—Te llevaré a la costa. Allí hablaré con un amigo que te ofrecerá protección y te organizará el pasaje a Francia.

Él no añadió más; ella no necesitaba que lo hiciera. Su tono solemne lo decía todo. Una vez que ella estuviera en buenas manos, se separarían para siempre.

Horas más tarde, Duncan estudiaba los cielos turbulentos. Desde que habían salido esa mañana, había seguido lloviendo, a veces con tanta fuerza que se vieron obligados a buscar refugio temporal bajo los árboles o las rocas.

La culpa le acuchilló cuando miró hacia Eleonor, que caminaba a su lado. ¿Cómo había podido pronunciar el nombre de Shenna? En los pocos besos que Shenna y él habían compartido, nunca le había inspirado ni un fragmento de los sentimientos que Eleonor evocaba. El impacto total de sus cavilaciones le dejó atónito. Por primera vez desde que Shenna se había casado, la mujer a la que había amado desde su juventud no había estado en su mente. No, ella había estado allí, enterrada bajo el pensamiento consciente, donde los recuerdos de ella perduraban y seguirían atormentándole. El agotamiento había permitido que el nombre de Shenna escapara de los recovecos de su mente.

No el deseo.

El razonamiento debería haberle dejado satisfecho, pero si amaba a Shenna, ¿cómo podía sentirse tan atraído por esta escurridiza hechicera? ¿O eran sus anhelos los de un hombre desesperado por encontrar alivio al dolor de perder a la mujer que amaba?

Sus pasos vacilaron. ¿Quizás con el secreto que guardaba Eleonor, le parecía seguro que nunca podría confiar en ella lo suficiente como para enamorarse de ella?

Duncan miró hacia ella. Aunque enmascaraba su dolor con una fachada noble, él vio la confusión que ella luchaba por disimular.

El dolor que él le había causado.

Maldito fuera, se había tomado libertades donde no tenía derecho. A partir de ese momento, no volvería a tocarla, se concentraría en entregar la cédula al rey Felipe, donde debería haber permanecido desde el principio.

Para enmendar el daño que le había hecho, la escoltaría a Glasgow y procuraría los arreglos para que siguiera viajando, y luego aseguraría su propio pasaje a Francia.

Un trueno resonó en el cielo oscurecido. La cálida lluvia de la mañana se había enfriado. Ahora, golpeaba la tierra, creando una capa de niebla que se arremolinaba a centímetros sobre el suelo en un borrón blanco.

Maldijo en silencio el tiempo mientras caminaban, sus pasos quedaban amortiguados por la tierra húmeda. Ambos estaban calados hasta los huesos. Aunque los grupos de rocas sobresalían de los acantilados poco profundos que les rodeaban, aún no había encontrado un refugio lo suficientemente grande como para ofrecer una protección adecuada.

Duncan pisó un tronco, y la escritura asegurada dentro de su compartimento oculto rozó su costado. Frunció el ceño. La hija bastarda del rey Felipe seguía escondida en algún lugar de las Tierras Altas.

¿O la habían encontrado los otros escoceses que buscaban a la muchacha? Por favor, que estuviera a salvo. Que Dios les ayudara si la encontraban muerta.

En el brumoso silencio, el estómago de Eleonor gruñó.

Duncan captó su fría expresión mientras miraba fijamente hacia delante. Caminaban bajo un viejo roble, cuyas hojas les protegían de la mayor parte de la lluvia. Se detuvo.

—Nos detendremos aquí y comeremos. —La muchacha siguió caminando—. Eleonor...

Se giró.

—He cambiado de opinión, monsieur. —Cada gélida palabra emitida acentuaba su regio control—. Es mejor que nos separemos. Encontraré mi propio camino a Francia. —Con la cabeza alta y la lluvia golpeando su cuerpo, se alejó en otra dirección.

Duncan se quedó mirando, asombrado por su desafío. La muy testaruda. ¿Acaso creía que podía viajar por las Tierras Altas sin preocuparse? ¿Había olvidado que hombres dispuestos a matarla merodeaban por los bosques? ¿O le despreciaba tanto, tanto que prefería arriesgar su vida antes que soportar su compañía?

—¡Eleonor!

Ella no miró hacia atrás.

Un peso aplastante se posó sobre su pecho. «Déjala marchar». Era mejor librarse de la muchacha, de las complicaciones que traía, de las emociones no deseadas que despertaba. Cuando su silueta se desdibujó en el aguacero, Duncan maldijo y echó a correr. Había jurado protegerla y, por Dios, cumpliría su palabra le gustara a ella o no.

—¡Eleonor, detente!

Ella rompió a correr.

¡La ira de una espada! Con zancadas largas y devoradoras de tierra, él la cogió del brazo cuando empezaba a bajar una empinada colina. Ella giró sobre él como una gata salvaje, toda garras y furia.

—¡Déjame en paz!

—Eleonor...

—No. —Ella tiró de su brazo hacia atrás y perdió pie. La combinación del brusco declive y su incómoda postura los desequilibró a ambos.

Duncan se golpeó contra el suelo y Eleonor aterrizó sobre su pecho. Las hojas se aplastaron bajo ellos mientras empezaban a deslizarse por la orilla embarrada. Ella intentó zafarse, pero él la sujetó con fuerza. Cuando se estremecieron hasta detenerse, en un rápido movimiento, él rodó sobre ella y la inmovilizó contra el suelo.

Motas de musgo y pino se entretejían en su pelo húmedo, color miel, mientras ella le miraba fijamente.

Un rostro que le perseguiría con su belleza, una mujer cuyo espíritu le atraía hasta que le costaba respirar. La habría dejado marchar, debería haberlo hecho, pero bajo su ira vio la pasión aún ardiente. Y todas sus buenas intenciones huyeron.

Se inclinó más cerca.

Los ojos de Eleonor se abrieron de pánico.

—No...

Duncan reclamó su boca en un beso feroz, sus labios recorrían los de ella con implacable posesión. Tras un momento de vacilación, enterró los dedos en su pelo húmedo y tiró de él para acercarlo más.

Un trueno retumbó cerca.

La sangre le latía con fuerza, se soltó y miró la boca de ella, hinchada por sus besos, los ojos oscuros de pasión.

—Esta vez, cuando te besé, Eleonor —ronroneó—, ¡solo pensaba en ti!

El rojo abrasó sus mejillas. Su pecho se agitó.

—¿Y se supone que eso me hará perdonar tus actos?

—No. —Él la soltó. Maldición. Solo había pretendido...

Ella se puso en pie y dio un tembloroso paso atrás.

—No —le ordenó cuando él empezó a levantarse.

Duncan se puso en pie, el guerrero que había en él exigiendo su completa rendición, el estratega comprendiendo que si la presionaba ahora, podría destruir cualquier resto de confianza que quedara entre ellos.

Confianza.

Como si, después de sus acciones de este día, mereciera alguna de ella.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella, con el temblor de su voz empañando su objetividad.

Por primera vez en su vida, no estaba seguro.

—No lo sé. —Unos ojos frágiles de dolor le observaron.

—Al menos eres sincero.

—No entiendes nada. Yo... —«¿Qué? ¿Quererte? Necesito que me expliques cómo, por alguna razón, eres capaz de hacerme olvidar el dolor de perder a la mujer que amaba».

Se llevó las manos a los costados y luego las soltó lentamente. De algún modo tenía que reparar la brecha que había construido entre ellos. O al menos intentarlo.

—Déjame llevarte a la costa. Por favor.

Los ojos verde musgo se entrecerraron.

—Puedo llegar sola.

Él habría sonreído ante su terquedad si la situación no fuera tan grave.

—Eleonor —dijo con suavidad—, viajas hacia el norte.

—Yo... —Ella miró hacia la dirección en la que se dirigía, luego de nuevo hacia él, su rubor oscureciéndose un tono más—. Estaba disgustada. Me habría dado cuenta de mi error y habría corregido mi dirección. —Su fría mirada le retó a refutar su afirmación.

—Vas a necesitar mi guía. Además del arduo viaje, en estos bosques viven depredadores. Tampoco puedes olvidar a los hombres que nos buscan.

Ante el recordatorio, su rostro palideció, pero la determinación también arrugó su mandíbula.

No le gustaba. Él no esperaba que lo hiciera. Del poco tiempo que hacía que la conocía, si no otra cosa, había aprendido que no era una mujer tonta.

Eleonor inclinó la barbilla.

—Podría hacerlo.

Reprimió la sonrisa que luchaba por liberarse.

—De eso no tengo ninguna duda.

Sophie asintió, apaciguada por el acuerdo de Duncan.

—Viajaremos juntos, pero solo si mantienes las distancias.

—En el futuro, no aceptaré nada que no me ofrezcas libremente.

Un gruñido de disgusto cayó de sus labios.

—Como si fuera a dejar que volvieras a tocarme. —Pero incluso mientras pronunciaba las palabras, supo que había mentido. Todavía le hormigueaba la piel donde sus dedos la habían acariciado, y le dolía el cuerpo donde él no lo había hecho. Más le valía admitirlo: cuando se trataba de él, ella no era inmune.

—¿Tienes hambre?

Agradecida de que él hubiera cambiado de tema, ella negó con la cabeza.

—Deberíamos seguir viajando. —Sophie no quería la tranquila soledad de compartir una comida con él. Necesitaba tener en mente su próxima boda con el duque de Vocette.

Un relámpago cayó sobre su cabeza. Los truenos retumbaron a su paso. Grandes gotas de lluvia salpicaron los charcos.

Duncan refunfuñó un juramento y le tendió la mano.

—Ya es bastante peligroso descender por esta ladera cuando está seca. Esta tormenta lo ha empeorado. —Cuando ella vaciló, él le cogió los dedos y empezó a bajar por el declive hacia donde una dentada lámina de roca caía directa a la tierra, cortada por el arroyo que serpenteaba por debajo.

Cuando ella empezó a protestar, otro trueno estalló cerca. Luego empezó a diluviar hasta que ella apenas podía ver.

Cediendo, permitió que Duncan la guiara alrededor de la afilada pared de roca y luego por la empinada ladera. Incluso con su ayuda, medio cayó, medio resbaló el resto del camino.

En la parte inferior, el terreno se niveló cerca del arroyo. Señaló hacia una pequeña cueva bajo un saliente poco profundo.

—Esperemos que sea lo suficientemente grande para los dos.

Agotada y agradecida por el refugio, Sophie trepó por las pocas rocas necesarias y se metió por la abertura. La hendidura era lo bastante profunda para que los dos cupieran dentro.

A duras penas.

Duncan se colocó a su lado y su alivio se esfumó. Demasiado consciente de él, intentó apartarse.

Su boca se crispó de risa.

—A menos que te apetezca quedarte fuera en este desorden, no encontrarás más sitio.

Sophie permaneció en silencio. Esta situación no tenía nada de humorístico. Echó un vistazo.

— Te prometo que estás a salvo conmigo.

A salvo. La conciencia la recorrió con un hormigueo al sentir el rodar de su suave murmullo. Después de su último beso, cuando él había atravesado sus defensas con patética facilidad, persistía la duda de si había algo seguro en él. Y el estar acurrucada bajo esta capa de roca, acurrucada contra su musculoso armazón, hacía poco por apagar su deseo.

No, no había nada seguro en esta situación. La roca crujió.

—Aquí.

Ella se tensó.

Duncan le tendió una torta de avena.

Sophie dudó y luego la aceptó.

—Muchas gracias. —Se dirigió hacia la entrada de la cueva.

—Eleonor...

Al oír su segundo nombre, se sintió culpable.

—Tengo que... —Los gritos de hombres furiosos resonaron cerca.

## Capítulo 7

¡La ira de una espada, los hombres de Bernard! Duncan retrocedió maldiciendo, cuando una roca afilada que sobresalía de la pared de la cueva se clavó en su hombro herido.

—¿Quién está ahí fuera?

El terror llenó los ojos de Eleonor mientras le observaba, y su culpabilidad creció.

—Una banda de caballeros. —Maldita sea, debería haberse mantenido alerta durante sus viajes—. Debemos permanecer ocultos hasta que se hayan ido.

Por la forma en que los jinetes acurrucaban sus monturas contra la tormenta, sospechó que pronto buscarían refugio.

Sonó el rechinar de cascos hundiéndose en la suave orilla.

Que los hombres de Bernard continuaran su búsqueda con tan mal tiempo lo decía todo; no se detendrían ante nada para encontrarle.

—¿Los conoces? —susurró, apretándose contra él para mirar por encima de su hombro.

El dolor le oprimió el pecho. ¿Cómo podía no hacerlo? Los bastardos eran los caballeros que habían asesinado a su amigo McNaughton, la razón por la que ahora llevaba la orden.

—Sí.

—¿Quiénes son?

Se apretó las manos, reprimiendo la necesidad de venganza.

—¿Duncan?

Un músculo trabajó en su mandíbula.

—Hombres que me quieren muerto.

Unas gruesas pestañas color miel cayeron para proteger sus ojos.

—Yo...

—¿Qué? —preguntó él, irritado por el recordatorio de sus secretos.

—¿Cómo nos han encontrado?

Hizo un rápido repaso de los caballeros, irritado por la evasiva de ella a su pregunta. Después de su beso, él había... ¿Qué? ¿Creía que cambiaría su relación a algo más profundo? Si era así, era un tonto. Después de que Shenna se hubiera casado con otro, él había comprendido demasiado bien cómo un beso, no importa el calor, garantizaba poco.

—Ha llovido demasiado para que nos hayan seguido. —Duncan se encogió de hombros—.

Dudo que sepan que estamos aquí.

Por encima del saliente, un caballero pasó al galope, luego varios más.

Una caída de rocas repiqueteó cerca de la entrada. A través de la cortina de lluvia que se derramaba sobre la piedra de arriba, Duncan vio pasar las patas de la montura de un caballero.

Eleonor jadeó.

—Tranquila. —El correo raspó la piedra mientras Duncan echaba mano a su daga. Más rocas repiquetearon por la pendiente embarrada cercana a la entrada de la cueva.

A través del borrón de lluvia, otro caballero apareció a la vista. El barro succionaba los cascos de su montura mientras cabalgaba hacia el grupo de hombres que se encontraba a poca distancia y que también había comenzado a descender por el terraplén.

Eleonor se acercó.

—¿Qué vamos a hacer?

Contó veinte jinetes. Demasiados para enfrentarse a ellos solo, sobre todo herido.

—Esperemos que se marchen en busca de refugio.

Varios hombres al galope por el borde superior de la ladera se unieron al grupo principal.

Con un suspiro, Duncan relajó el agarre de su daga. La lluvia que caía sobre la estrecha abertura de la cueva había ocultado su presencia. En un esfuerzo por aliviar su hombro palpitante, se movió. Al girarse, otra roca afilada se clavó en su herida. Murmuró una maldición soez.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Tenían cosas más importantes de las que preocuparse que de sus heridas.

Un hombre fornido, que parecía estar al mando de los jinetes, cabalgó hasta la orilla del arroyo.

—Dondequiera que estén —gritó por encima del redoble de los truenos—, no pueden haber pasado por aquí.

—¿Ellos? —susurró Eleonor—. ¿Cómo saben que viajamos juntos?

—Quizá tropezaron con la cueva donde me atendiste —respondió él—. O descubrieron los enterramientos u otras señales de que estábamos juntos.

—Es demasiado peligroso cruzarlo —gritó el hombre que iba en cabeza.

La mano de Eleonor se apretó contra el hombro de Duncan.

—¡Mira el arroyo!

El caballero al mando escrutó el furioso torrente de agua agitada que pasaba a toda velocidad. Las enormes ramas de los árboles se mecían en la corriente como si fueran ramitas caídas.

—Deben encontrar otro lugar para cruzar.

—Nosotros también debemos —susurró Duncan cuando se encaró a ella.

Un ceño se frunció en su frente.

—¿Qué dirección tomaremos?

Con una mueca, observó sus alrededores. Una pared de roca a su izquierda les quitaba la decisión de viajar hacia el norte. Con las empinadas orillas resbaladizas y traicioneras, volver sobre sus pasos no era posible.

Quedaba una opción.

—Cuando se vayan los jinetes, nos dirigiremos río abajo.

El corpulento líder miró con el ceño fruncido el cielo ennegrecido y luego se encaró a sus jinetes.

—Acamparemos aquí. Se apostarán guardias. Si intentan pasar por aquí, los atraparemos.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Se van a quedar?

Un músculo trabajó en la mandíbula de Duncan.

—Eso parece.

—Por allí — llamó el líder. Con una mano se protegía la cara de la lluvia torrencial mientras con la otra señalaba hacia un grupo de árboles apiñados en la cima del terraplén, a poca distancia del arroyo.

Un mirador les permitía una buena vista de sus alrededores y, sin saberlo, la posibilidad de ver cualquier movimiento que hicieran él y Eleonor.

Los caballeros aseguraron sus caballos en los árboles cercanos y se apresuraron a construir un refugio improvisado.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró ella—. No podemos quedarnos aquí.

Como si no se hubiera dado cuenta. Frenó su temperamento. Las circunstancias, no ella, instigaron su difícil situación. La pequeña cueva les ofrecía protección contra la intemperie, pero con sus cuerpos encajonados en los confines y su herida dolorida, no podían permanecer ahí mucho más tiempo. Tener el cuerpo de Eleonor apretado contra él, y que él la deseara, no ayudaba en nada.

Debían encontrar un refugio más grande si quería mantener la cordura. Duncan le dio un apretón en la mano.

—Espera aquí.

Cuando empezó a apartarse, Eleonor apretó con más fuerza.

—¿Qué vas a hacer?

—Al próximo retumbar del trueno, soltaré a los caballos. Con suerte, creerán que las explosiones asustaron a sus monturas. Una vez que los hombres les intenten dar caza, regresaré. Entonces podremos irnos.

Su rostro palideció.

—No puedes salir solo. Tu brazo no está completamente...

—Es demasiado peligroso que nos quedemos. Nuestra única esperanza de escapar es crear una distracción.

—Aun así, mantendrán los caballos vigilados. Y si no...

—Volveré —dijo, aunque sus palabras no tan firmes como le hubiera gustado.

La posibilidad de que no regresara era demasiado real. Queriendo desviar su preocupación, le dedicó una sonrisa burlona.

—No estás preocupada por mí, ¿verdad?

Con los ojos llenos de preocupación, ella le frunció el ceño.

—No es un asunto para tomárselo a la ligera.

—Claro que no lo es. —Él le ahuecó la cara, le pasó el pulgar por el labio inferior—. Si no regreso, te quedarás aquí hasta que sea seguro, y luego te marcharás.

—Duncan...

—¡Prométemelo!

—Yo... —Ella cerró los ojos por un largo momento antes de abrirlos, el miedo en su interior era fácil de leer, así como la ira—. *Oui*, pero debes prometerme que volverás.

Él había querido que la despedida fuera sencilla, pero con su apasionada demanda, ella lo había hecho imposible. Deseoso de ella, reclamó su boca, su beso turbulento, lleno de deseo irrefrenable.

Un caballo relinchó a lo lejos.

Rompió el beso, apretó su frente contra la de ella y acalló sus deseos. Necesitaba irse.

¡La orden!

Cuando había jurado a McNaughton mientras agonizaba que entregaría la cédula al rey Felipe, nunca había imaginado que confiaría la misiva de Robert Bruce a otra persona, especialmente a una mujer desconocida abrazada por el peligro.

Duncan estudió a Eleonor. Por mucho riesgo que corriera, creía que era una mujer de palabra. Ahora, en el último acto de fe, pondría a prueba esa creencia.

Con una confianza inquebrantable en ella, sacó el escrito del pliegue oculto de su camiseta interior.

—Toma.

La cautela parpadeó en su rostro mientras miraba fijamente el cuero encuadernado.

—¿Por qué me das esto?

Un trueno se estrelló en el silencio humedecido por la lluvia, un duro recordatorio de que debía marcharse.

—Si no regreso, mantente oculta hasta que los caballeros ingleses se hayan ido. —Duncan sacudió la cabeza cuando ella se dispuso a hablar—. Viaja al norte durante un día, dos como mucho. Sé que está fuera de tu camino, pero busca a un hombre llamado Alistaire McGregor del clan Morrison. Entrégale esto. —Le puso el cuero encuadernado en la palma de la mano.

—¿Quién es Alistaire McGregor?

Ante el miedo que agitaba su voz, él le ahuecó la cara.

—Un amigo —dijo con suave seguridad—. Alguien en quien puedes confiar. —No reveló el contenido del documento. Si alguien la capturaba, podría alegar con sinceridad que no sabía qué mensaje estaba guardado en su interior, y tal vez la dejaran vivir—. Dile que.... Dile que McNaughton ha muerto. Que esto debe ser entregado inmediatamente. McGregor sabrá qué hacer.

Sus ojos buscaron los de él. El brillo de las lágrimas no derramadas hablaba de su desesperación.

—¿Quién es McNaughton?

—McNaughton era un caballero que... —Duncan luchó contra el aplastamiento de la pena—. Era mi amigo.

La tristeza oscureció sus ojos.

—Lo siento.

Asintió con la cabeza, el momento de partir hacía tiempo que había pasado.

—Recuerda, si no regreso, llévale esto a McGregor. Él se asegurará de que recibas una escolta segura hasta Francia.

Una lágrima recorrió su mejilla.

Tembloroso, se limpió la humedad con la yema del pulgar. ¿Cómo podía abandonarla? Miró fijamente el escrito encuadernado en cuero y se puso sobrio. ¿Cómo podía quedarse? En algún lugar de las Tierras Altas, la hija bastarda del rey Felipe estaba retenida contra su voluntad, su secuestro achacado a escoceses rebeldes. Una acusación que Bernard podría haber transmitido ya al rey francés.

A menos que este escrito de Robert Bruce, explicando la despreciable estratagema del noble inglés, llegara al rey Felipe, el apoyo de Escocia por parte de Francia podría perderse.

Duncan tampoco podía olvidar que estaba en juego algo más que la libertad de su país. La amenaza incluía ahora la vida de Eleonor.

La desesperación hizo que Sophie lo buscara.

—Yo... —¿Qué? ¿Necesitarle? Miró fijamente a Duncan, con las mejillas encendidas por su casi revelación. No podía necesitarle ni desearle. Que él le hubiera confiado una importante misiva la había conmovido profundamente, ¿cómo no iba a hacerlo? — Cuídate.

Solo le respondió su sonrisa, una mirada tan tierna que la hizo doler.

Su boca reclamó la suya con precipitada desesperación, y entonces rompió el beso.

—Volveré. —La piedra raspaba bajo sus pies mientras se deslizaba bajo el aguacero.

Temblorosa, Sophie se acomodó contra el muro de piedra. Se quedó mirando las gotas de lluvia que se acumulaban en el charco dejado por sus pisadas. Nunca pudo pensar en Duncan como algo más que un amigo, pero, vergonzosamente, ya había traspasado límites que no tenía derecho a ignorar.

¿Por qué no podía haberlo conocido antes de aceptar los esponsales con el duque? Pero lo había hecho, y era una promesa a su padre que no podía romper. Soltó un suspiro en el silencio empañado y atrajo el escrito contra su pecho.

—Por favor, vuelve conmigo, Duncan.

El monótono golpeteo de la lluvia continuaba. Trazó con el dedo el borde cosido del cuero encuadernado.

Un escrito.

Su padre enviaba a menudo mensajes de importancia por medios similares. ¿Era este el secreto que Duncan le ocultaba? Si era así, ¿por qué no había descubierto el documento cuando le había quitado la correspondencia y el atuendo para atenderle en la cueva? Frunció el ceño. Debía de haberlo escondido entre los gruesos pliegues de su camiseta interior, y con los nervios a flor de piel se le había pasado por alto.

La curiosidad la impulsó a desatar las correas húmedas y descubrir el contenido, o al menos ver el sello del remitente. El honor aquietó su mano. Fuera cual fuera el mensaje que yacía asegurado en su interior, pertenecía a otra persona. Le había prometido a Duncan que entregaría el escrito en buenas manos si él no regresaba. Si su valiente acto le costaba la vida, entonces que ella cumpliera su promesa.

La lluvia azotada por el viento aumentó. Los relámpagos relampaguearon sobre su cabeza. El trueno se estremeció con otro feroz estallido.

Chillidos de caballos asustados rasgaron el aire. Momentos después, las monturas de los caballeros pasaron al galope.

Los gritos se elevaron por encima de la furia de la tormenta. Borriones de hombres furiosos aparecieron en la cima de la colina, corriendo tras sus corceles. Luego, ellos también desaparecieron en el bosque.

El tiempo pasaba con mano ominosa.

Sophie se acercó a la entrada de su pequeño refugio, con la cara a centímetros del azote de la lluvia. Con un escalofrío contra el aire húmedo, buscó en las empinadas colinas, oteando más allá de los árboles empapados por la lluvia, sus ramas y hojas parecían atrapados en una danza macabra.

Cada grito lejano de los caballeros ultrajados la inquietaba aún más. ¿Habían visto a Duncan entre los caballos?

¿Le habían capturado?

¿O había muerto?

Se abrazó a sí misma y rezó.

Retumbaron truenos a su alrededor. La lluvia caía más deprisa. Aun así, Duncan no regresaba.

Se negó a perder la esperanza. Estaba vivo. Pero cada segundo que pasaba añadía dudas a su destino.

Al oír el golpe del cuero contra la piedra fuera de la entrada, Sophie sacó su daga.

—Soy Duncan —dijo, con la respiración acelerada mientras se deslizaba hacia el interior, con la ropa empapada y el rostro demacrado.

Con un grito de alivio, ella envainó su arma y se arrojó a sus brazos. Él la atrajo contra sí y

se adentró más en su estrecho refugio. Entonces comenzó a besarla como si fuera todo su mundo, con su boca robándole con avidez cada gemido.

Duncan rompió el beso y la abrazó con fuerza, la rápida subida y bajada de su pecho era un potente recordatorio del riesgo que había corrido.

—Debemos irnos —dijo, su mirada ardiente le aseguraba que sus palabras estaban reñidas con sus deseos.

—Lo sé. —Ella respiró tranquilamente—. Estaba muy asustada. Cuando no volviste, yo... —Hizo una pausa—. Ahora estás aquí. Eso es lo único que importa.

—No pretendía ausentarme tanto tiempo. Para evitar que me vieran, me vi obligado a colgarme del lateral de una silla de montar y salir con uno de los caballos preso del pánico. Volví tan pronto como pude.

Sus dedos temblaban mientras le tendía el escrito, sus emociones eran demasiado volátiles para que pudiera seguir hablando.

—Mi agradecimiento —dijo, con tono grave. Guardó el despacho en lo que ahora ella sabía que era una bolsa oculta dentro de su camiseta interior—. Debemos partir antes de que regresen.

El barro rezumaba bajo sus zapatillas mientras Sophie seguía a Duncan en medio de la tempestad, con los pensamientos tan revueltos como las hojas azotadas por la tormenta.

La imagen de su prometido inundó su mente. Gaston de Croix, un duque, un hombre con una enorme riqueza y poder. El deber le exigía seguir un camino ya trazado, excepto que ahora la idea de casarse con otro hombre la dejaba vacía.

¿Y qué decir de Duncan susurrando el nombre de Shenna?

Duncan era un hombre que amaba apasionadamente, razonó Sophie. La deseaba. Pero, ¿podía compararse su deseo por ella con sus sentimientos por la mujer que había amado en el pasado?

Refrenó sus cavilaciones. El decoro debía guiar sus decisiones, no las emociones. Apartaría de su mente cualquier pensamiento sobre Duncan.

Además, creía que era una misionera. ¿Cómo reaccionaría si se enterara de que era la hija bastarda del rey Felipe? ¿Se enfadaría? ¿O más bien la codicia influiría en sus pensamientos? Odiaba estas dudas pero había aprendido el precio de confiar con el corazón.

El peso de sus responsabilidades pesaba sobre su mente. Por muy equivocada que estuviera, Duncan le importaba. Había arriesgado su vida para protegerla. Y ante una posible muerte, le había confiado la orden.

Si se hubiera visto abocada al peligro, ¿se habría atrevido a contarle la verdad de su herencia y por qué debía regresar a Francia? Robó una mirada al caballero que viajaba a su lado.

—¡Eleonor, el acantilado se derrumba a tu derecha!

Perdida en sus inquietantes pensamientos, el grito de Duncan le dio un segundo de aviso. Sophie intentó darse la vuelta, pero el suelo bajo ella empezó a partirse.

Luego dio paso al vacío.

## Capítulo 8

Maldiciendo, Duncan se abalanzó sobre Eleonor cuando esta resbalaba por la cornisa. Su mano atrapó la de ella.

Apenas.

Con sus dedos enlazados, ella se golpeó contra el banco empapado de barro. Sus ojos se clavaron en los de él, abiertos de terror.

—¡Socorro!

—¡Aguenta! —El dolor le atravesó el hombro herido y su cuerpo empezó a temblar. Apretó los dientes. La ira de una espada, ¡no la perdería! Retrocedió.

Pedazos del banco anegado bajo ellos seguían desprendiéndose. Eleonor se retorció en su agarre mientras el agitado torrente retumbaba muy por debajo.

—¡Duncan!

—Mantén la calma —ronroneó. El suelo bajo ellos empezó a temblar. Un gran trozo de tierra se desprendió, golpeando las furiosas aguas de abajo. Bajo él, las fisuras se abrieron y ensancharon.

Su cuerpo se movió mientras colgaba por el borde, tirándole del hombro.

—Eleonor, usa ambas manos para sujetarme la derecha.

En un sollozo, ella envolvió sus dedos alrededor de los de él.

Con la otra mano, Duncan agarró el arbusto de su izquierda. La rama se dobló mientras, centímetro a centímetro penosamente, él tiraba de ella hacia arriba. A su siguiente tirón, la cabeza de ella apareció a la vista.

—Cuando te lo diga —gritó—, usa los pies para salir.

Eleonor asintió.

—¡Ahora! —gritó y tiró con todas sus fuerzas. Otra ráfaga de dolor le recorrió el hombro izquierdo. La negrura amenazaba. Duncan tragó saliva, luego otra vez mientras apretaba los dientes y seguía tirando.

Profundas arrugas se clavaron en su frente mientras hundía los pies en el fango y subía lentamente.

Cuando su zapatilla estuvo a la vista, él la tiró por encima del saliente.

Con un grito ahogado, ella cayó contra su pecho y se desplomaron sobre el suelo empapado, con la respiración agitada, el cuerpo de ella temblando de miedo.

Él miró detrás de ella.

Las losas agrietadas de roca y tierra se ensanchaban.

—¡Debemos retroceder más!

El suelo bajo ellos tembló y el arbusto al que se aferraba se desgarró.

Duncan empujó a Eleonor por delante y corrió tras ella.

—¡Vamos! —Su bota golpeó el aire cuando el banco se desintegró bajo él, pero su otro pie encontró apoyo en la tierra resbaladiza. Se lanzó hacia delante y tocó suelo firme.

Echaron a correr.

A varios pasos, un rugido sordo se formó a su paso.

—¡Más rápido! —gritó.

La tierra bajo ellos se agitó.

¡La ira de una espada! Duncan la agarró y se zambulló. Un enorme temblor sacudió el suelo mientras rodaban hasta detenerse. Con el corazón palpitante, la frente empapada de lluvia y sudor, Duncan la sostuvo en sus brazos mientras, a varios metros de distancia, se desplomaba lo que quedaba del acantilado.

Tembloroso, apoyó su frente contra la de ella. ¡La ira de una espada! Casi la había perdido.

Unos ojos abiertos de miedo le observaban.

—T... tú me salvaste.

La emoción le apretó la garganta mientras la miraba fijamente, preguntándose si alguna vez podría dejarla marchar.

—Nunca te dejaría. —Sus ojos buscaron los de él con tanta gratitud que el corazón se le apretó en el pecho.

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo harías.

Desesperado por su contacto, cerró su boca sobre la de ella, saboreando la lluvia y el miedo y otra emoción que se negaba a identificar.

Estalló un relámpago.

Duncan rompió el beso. Con un suspiro áspero, le acarició el pelo mojado, deseando que todo fuera diferente.

El tiempo.

El lugar.

La circunstancia.

Fuertes salpicaduras de lluvia fría seguían golpeando la tierra, un potente recordatorio de que nada había cambiado. Debían partir antes de que regresaran los caballeros.

—Muchacha, debemos abrírnos paso de algún modo.

—¿Y si usamos el árbol caído?

Siguió su nerviosa mirada hacia un gran roble atrapado en el agitado torrente que se extendía por las orillas. Aunque se extendía a todo lo ancho de la quema, su ángulo, junto con la cantidad de agua que se derramaba sobre el tronco, hacía que utilizar el árbol derribado fuera demasiado traicionero.

—No. Tendremos que volver, encontrar otro refugio y esperar hasta que...

Los fuertes gritos hicieron que Duncan mirara por encima del hombro. Con una maldición, se abrió paso hacia la cubierta protectora de arbustos, arrastrando a Eleonor con él. Mientras miraba a través de la maraña de ramas, dos caballeros montados aparecieron a la vista. Ambos se protegían el rostro del viento y la lluvia mientras seguían la orilla del agua.

—¡Han cogido sus caballos! —susurró.

—Sí. —Desenvainó su daga.

Los hombres cabalgaron más cerca hasta estar casi sobre ellos.

—Pura casualidad —gritó el jinete más cercano mientras guiaba a su corcel alrededor de los restos irregulares de un tocón estéril.

—Lo es —coincidió el segundo caballero, cabalgando a su lado—. Un asno rebuznando no saldría con este tiempo tan desapacible. —Guió a su montura hacia la parte derrumbada de la orilla, le echó un rápido vistazo hacia abajo y luego le echó la rienda—. A diferencia de nosotros, probablemente hayan huido hacia el sur y estén a resguardo de esta miseria.

—No importa si están huyendo o se han refugiado —afirmó el otro hombre—. Cumpliremos con nuestro deber y seguiremos nuestras rondas. —Su caballo relinchó mientras cabalgaban por la pendiente, el látigo del viento se llevó cualquier fragmento adicional de su conversación.

Una vez que los guardias se perdieron de vista, Duncan envainó su daga. Demasiado para volver sobre sus pasos. La frialdad del suelo se filtró en su hombro palpitante mientras miraba fijamente el árbol caído.

—Vamos a tener que intentar cruzar utilizando el roble. —Entrelazó sus dedos con los de ella—. ¿Preparada?

Aunque el miedo nubló sus ojos, ella le dedicó una frágil sonrisa.

—*Oui*.

El orgullo por su valentía le invadió. Sí, era una muchacha poco común, especialmente si provenía de la alta burguesía. Se levantó, tirando de ella con él, y corrió hacia el torrente de agua.



Con el cuerpo tembloroso por el cansancio, Sophie siguió el ritmo de Duncan. Frustrada por el giro de los acontecimientos, resurgieron las preguntas sobre su secuestro. ¿Cómo había podido el duque inglés conocer su paradero o ejecutar su secuestro con una precisión tan perfecta? De las

muchas hipótesis que había barajado, la única que tenía sentido era que alguien del círculo de confianza de su padre estuviera implicado.

—Subiremos al árbol de aquí —dijo Duncan, irrumpiendo en sus pensamientos—. Yo iré primero. —Agarró una raíz y se dirigió a la parte superior del tronco. La frustración delineaba su frente mientras la ayudaba a subir—. Lo siento. Si pudiéramos ir por otro...

—Pero no podemos —interrumpió ella — , así que crucemos.

—Sí. —Bordeó la longitud nudosa del árbol.

Con el agua embravecida llenando el aire, ella le siguió.

A mitad de camino, como si fuera un milagro, la lluvia cesó, pero los fuertes vientos continuaron. Las olas rompían sobre la superficie, las puntas con bordes de espuma vomitadas por las ráfagas.

—Ten cuidado —le advirtió Duncan mientras avanzaba con paso firme.

Los nervios se le erizaron a lo largo de la piel mientras se abría paso entre la oleada de agua que se derramaba sobre el tronco. Con cuidado de mantener el equilibrio, Sophie recorrió el bosque a su paso.

No había guardias.

Cuando Duncan llegó al extremo del tronco donde quedaban ramas delgadas y llenas de hojas, su mirada preocupada se encontró con la de ella.

—Las ramas son demasiado débiles para sostenernos. Debemos vadear hasta la orilla.

La fuerte corriente tiraba de sus piernas. Ella asintió.

Él dobló una rama hacia atrás para que ella la agarrara, y ella notó su mueca de dolor.

—Agárrate a esto.

Sophie se agarró a la rama.

Al deslizarse, el agua le subió al pecho. Se agarró a una de las ramas más gruesas y luego levantó la mano.

—Entrelaza tus dedos con los míos.

Apoyó el pie contra una rama. Cuando se inclinó hacia él, los restos se engancharon en la poderosa corriente y se clavaron en el tronco.

El árbol se estremeció.

Sophie se tambaleó hacia delante.

—¡Ayuda!

Duncan la atrapó y la atrajo contra su pecho.

—Estoy bien —se apresuró a decir ella, mientras el rugido del agua pasaba a toda velocidad.

—¿Estás segura? —preguntó él, sonando lejos de estar convencido.

—*Oui*. —Pero no lo estaba. Aún le latía el pulso por lo cerca que había estado de ser arrastrada.

El relincho de un caballo resonó desde el otro lado del arroyo.

Con un grito ahogado se giró, divisó la silueta de los guardias que hacían su ronda en la oscura noche. ¡*Mon Dieu!*

—¡Vuelven!

La arrastró consigo mientras se dirigía hacia las densas ramas.

—¿Crees que me han visto?

—No. —La corriente la empujó contra su costado mientras él se adentraba más en la maraña de hojas—. Si lo hubieran hecho, habrían llamado para alertar a los demás. —Tras acomodarlos detrás de una gruesa rama, hizo una mueca—. Debemos permanecer aquí hasta que pasen.

Ella asintió. Con frío, Sophie se apretó más. Si permanecían mucho más tiempo en el agua helada, ambos iban a congelarse.

—Pon los brazos alrededor de mi cuello y apóyate en mí. Así podrás descansar. —Ante la vacilación de ella, un sutil humor destelló en su mirada mientras levantaba los brazos de ella para que se los ofreciera—. Muchacha, ¿por qué eres siempre tan testaruda?

—Tú también necesitas descansar, más aún con tus heridas. —Pero ella no podía negar el refugio que encontraba en su poderoso abrazo.

La ternura calentaba su expresión.

—Soy un guerrero experimentado. Descansaré cuando el tiempo me lo permita. No antes.

Tal vez, pero seguía siendo un hombre, y además herido. Con un suspiro, se apoyó en su sólida fuerza y esperó.

Al cabo de un largo rato, los hombres de la orilla opuesta cabalgaron junto a los demás adentrándose en el bosque.

Una vez que desaparecieron de su vista, Duncan la levantó en brazos y se puso en marcha.

—¿Qué haces, cargar conmigo? Bájame.

El agua chapoteaba a su alrededor mientras avanzaba hacia la orilla.

—No hasta que estemos más cerca de tierra firme.

Con un suspiro exasperado, ella le miró fijamente.

—¿Y me llamas testaruda? —Sin el agua soportando su peso, el dolor en su hombro tenía que ser insoportable—. Puedo caminar desde aquí.

Duncan dudó y luego obedeció. Juntos, chapotearon por la orilla.

A cada paso, sus piernas se rebelaban. Decidida a aguantar, avanzó con dificultad.

Una vez que se hubieron abierto paso a través del escudo de maleza, Duncan se detuvo.

—Espera aquí. —Volvió a la orilla y rellenó sus huellas en la tierra reblandecida. Luego agarró una rama y borró las últimas señales de su paso. Unos ojos cansados lo estudiaron mientras regresaba—. ¿Eres capaz de viajar?

—*Oui*. —Aunque no lo fuera, por él lo intentaría. Se deshizo de la rama.

Cogiéndola de la mano, caminaron en silencio. Nada más que el sordo crujido de sus pasos sobre hojas y ramitas empapadas delataba su presencia, sus movimientos quedaban protegidos del río por un denso muro de zarzas y la noche.

Al haber pasado la tormenta, el aire contenía el rico aroma de la tierra limpia. Salvo por las salpicaduras errantes arrojadas al suelo cuando las ráfagas seguían agitando el dosel superior, el viento ya no asaltaba el bosque.

—El cielo empieza a despejarse —dijo Duncan.

Oteó las nubes furiosas que pasaban a toda velocidad, dejando el cielo inmaculado a su paso.

Como conjurados, los rayos de luna atravesaron la oscuridad, ribeteando las nubes con volutas de plata. Por todo el bosque, los destellos de luz jugaban entre las hojas mojadas por la lluvia y danzaban por las sombras con mágico deleite.

Pero la frialdad de su cuerpo, junto con los pensamientos sobre los hombres que la buscaban a ella y a Duncan, le robaban cualquier fragmento de paz. Estaban a salvo, pero ¿por cuánto tiempo? En algún momento los caballeros deducirían que habían cruzado el arroyo. Ella rezó para que se hubieran ido mucho antes de eso.

Cuando empezó a subir otra empinada cuesta, su cuerpo empezó a temblar. Sophie hizo una pausa, intentando recuperar el aliento.

Duncan se detuvo y estudió su rostro a la luz de la luna, el suyo estaba marcado por la tensión.

—¿Estás herida?

—No, estoy...

—Agotada. —Un ceño fruncido marcó su frente mientras escudriñaba el bosque—. Por mucho que deseara que nos detuviéramos a descansar, es demasiado arriesgado.

—Lo sé. —Si se lo permitieran, ella podría dormirse aquí mismo, sobre el suelo húmedo, y sin duda, con su fatiga, él podría hacer lo mismo en un santiamén.

—Conozco un refugio. Son varias horas más de viaje, pero debería ser seguro para pasar la noche.

El arrepentimiento pesaba en su voz, y ella condenó toda la situación.

—Tú eres de las Tierras Altas. ¿No podríamos viajar hasta la casa de uno de tus amigos o familiares y descansar allí?

—No.

La fiereza de su tono la cogió desprevenida.

—¿Por qué no?

—Los hombres saben que viajamos juntos. Esperarían que me pusiera en contacto con aquellos en los que confío. —Su expresión se ensombreció—. No dudo que tengan guardias vigilando sus casas, y no pondré en peligro la vida de aquellos a los que amo ni pondré aún más en peligro la tuya.

Su preocupación le trajo turbulentos recuerdos de sus secretos. Y los de él.

—¿Buscan lo que hay en el escrito?

Duncan se dio la vuelta.

—Mírame —exigió ella, dolida porque él siguiera ocultando la verdad—. Después de lo que hemos pasado, ¿no puedes al menos responder a eso?

Él negó con la cabeza.

—¿Qué quiere...?

Él la acorraló, la ira en sus ojos hizo que a ella se le cortara la respiración.

—Si nos atrapan y tú ignoras el contenido, existe la posibilidad de que te permitan vivir.

¿Que le dejen vivir? Ella miró hacia donde él había escondido el documento. ¿Qué información podía ser tan importante como para que los hombres mataran por ella? ¿Oro? ¿Planes rebeldes para un asalto contra los ingleses? ¿La localización de armas ocultas para alimentar el esfuerzo de Escocia por la independencia?

—Si la amenaza es tan grande —preguntó ella, con el temperamento filtrándose en su voz—, ¿debería quedarme contigo?

—Sí —dijo él, con las palabras cargadas de pesar—. Con los hombres sabiendo que estás conmigo, ya estás involucrada. Al menos mientras viajes a mi lado, puedo protegerte.

¿Protegerla? Casi se tambaleaba sobre sus pies. Después de la tensión que había sufrido este día, su hombro debía estar casi inutilizado por el dolor. Si los caballeros los hubieran descubierto antes de que hubieran cruzado a salvo el arroyo, ¿cuánto tiempo habría aguantado? Un dolor se acumuló en su garganta.

Por la gracia de María, por mucho que quisiera que la guiara al puerto más cercano para buscar pasaje a Francia, necesitaba más la libertad de viajar sin obstáculos. Ignoró el cansancio que llenaba sus miembros, el escalofrío residente de cruzar el agua helada. Podía hacerlo sola. ¿No lo había estado haciendo hasta que se había cruzado con él?

—Continúa sin mí. Solo te estoy retrasando.

La comisura de su boca se torció en una sonrisa cansada.

—Así es. Y si fuera sabio, te dejaría con la primera persona en la que supiera que podía confiar.

Le dolió el corazón.

—No es un asunto para tomárselo a la ligera.

—No, ni mucho menos. —Se restregó la cara, el cansancio de su expresión borraba cualquier rastro persistente de humor—. Desde el principio, me he encontrado indeciso sobre qué hacer contigo. —El deseo se encendió en sus ojos, calentándole la sangre—. Por muy sabio que fuera dejarte marchar, no puedo.

Ante su admisión, Sophie no pudo evitar la emoción de saber que él la deseaba, una mujer que creía noble. No la hija del rey. Se puso sobria. La intimidación con Duncan no sería un asunto baladí. Suspiró. Por ahora, ella apreciaría cada momento que compartieran.

—Entonces, vámonos. —Sophie le lanzó una mirada burlona mientras obligaba a sus pies a moverse—. Eso, si eres capaz de viajar.

—¿Vamos, entonces?

—*Oui*. —Empujándose, mantuvo el ritmo mientras empezaban a subir otra pendiente.

—Creo que te juzgué mal —dijo Duncan cuando habían recorrido una distancia.

—¿Me juzgaste mal? —Ella se tensó. ¿Había hecho algo? ¿Dicho algo para renunciar a su derecho de nacimiento?

—Creía que eras testaruda. Ahora lo entiendo; es determinación.

El calor subió por sus mejillas. Había permitido que sus miedos la hicieran llegar a una conclusión falsa.

—Me han llamado ambas cosas.

A la luz de la luna, él miró hacia ella.

—No tengo ninguna duda. Es tu determinación lo que me asombra. ¿Quién eres, Eleonor?

La suavidad de sus palabras no hizo nada para aliviar el desconcertante impacto de la pregunta.

—Una mujer obligada al deber, monsieur —dijo ella, sus palabras sonaron más formales de lo que había pretendido.

—¿Monsieur? —Ante el silencio de ella, arqueó una ceja especulativa—. Es más que el deber.

Ella ansiaba decirle la verdad, pero hacerlo no resolvería nada y lo cambiaría todo. Por una vez quería ser vista no como la hija de un rey sino como una mujer. Ansiaba conocer a un hombre sin cuestionar la sinceridad de sus palabras.

—No lo hagas —dijo ella cuando él hizo uso de la palabra. La simple orden cortó el aire entre ellos como una daga en la noche.

Los ojos de Duncan se oscurecieron de deseo cuando él dio un paso hacia ella.

Tentada a retroceder, Sophie se mantuvo firme. Pero no podía ignorar la potencia de su cercanía ni la necesidad que su presencia le inspiraba.

—¿Por qué te retiras cuando menciono tu pasado? Me importas, deseo conocerte mejor. Y, por la forma en que devuelves mis besos, también sientes algo por mí.

Ella empezó a apartarse, pero él le cogió la barbilla. Fisuras de calor se filtraron a través de ella donde sus dedos tocaban. Su mirada parecía penetrar en su mente en busca de respuestas.

—Dime lo que estás pensando.

Sacudida por la inestabilidad de su propia voz, Sophie se dio la vuelta.

—¿Acaso importa?

—No quiero que lo hagas, pero cuando se trata de ti, sí. —Duncan respiró—. Me haces sentir deseos que creía perdidos.

¿Hablabas de Shenna?

—¿Eleonor?

Aunque susurrado, su uso de su segundo nombre gritaba su decepción. ¿Cómo podía

preocuparse por Duncan y ofrecerle mentiras? Pero no tenía elección. El destino de Escocia dependía de que ella llegara hasta su padre.

—Yo también me siento atraída por ti. —Ella le daría eso pero nada más. Admitir sus crecientes sentimientos añadiría más angustia a una separación ya dolorosa.

—¿Atraída por mí? —preguntó él, con claro enfado.

—Debemos irnos. Nos hemos demorado aquí demasiado tiempo.

Su mandíbula se tensó.

—¿No sientes por mí más que mera atracción?

Ella se esforzó por sofocar su frustración.

—Tenemos frío, estamos mojados y cansados de nuestro viaje. Ahora no es el lugar para discutir la profundidad de lo que sentimos el uno por el otro. —Su mirada se posó en su boca y el calor se deslizó por su cuerpo, desatando palabras que había querido retener—. Haces que te desee cuando no tengo derecho.

El deseo ardía en sus ojos y a ella le dolía el corazón. Toda su vida había querido un hombre que la hiciera desearlo. Ahora había encontrado a un hombre que le había dado eso.

¿Se equivocaba al desear a Duncan? ¿Anhelar a un hombre que no era suyo para tenerlo? Y si se alejaba sin conocer la verdadera pasión, ¿se arrepentiría de su decisión en los vacíos años venideros, casada con un hombre al que no amaba?

Duncan le rozó el labio inferior con la yema del pulgar.

—A veces, nuestras emociones no son algo que podamos dictar.

—¿Como con Shenna? —espetó ella, avergonzada pero desesperada por crear la tan necesaria distancia entre ellos.

## Capítulo 9

Ante la mención de Shenna, Duncan se preparó para un aluvión de emociones. Con Eleonor al tanto de su primer amor, debería haberse anticipado a la pregunta. A decir verdad, con el corazón destrozado desde su matrimonio, había sofocado sus sentimientos y tratado de evitar tener tiempo para pensar, o para sentir.

Excepto que, mientras la miraba fijamente, la tormenta de dolor esperada nunca llegó. La ira de una espada, ¿cómo se desvanecieron de repente las emociones que había luchado por desterrar desde que ella se había casado? ¿Por qué no le dolía el mero hecho de pensar en ella?

Confundido, exhaló.

—Conozco a la familia de Shenna desde mi juventud. De algún modo, con el paso de los años y sin esperarlo, me enamoré —dijo, sorprendido por la facilidad con la que se desenvolvían sus pensamientos—. Antes de que le hablara de mis sentimientos, se casó con otro.

—Lo siento.

Ante las tranquilas palabras de Eleonor, su cuerpo empezó a zumbar con un suave calor. Como lanzado por una catapulta, comprendió. Era ella quien le había permitido sanar.

Pero no tenía mucho sentido. Sí, era hermosa y él la deseaba, pero no la amaba. Dentro de unos días se separarían y él...

La echaría de menos. Mucho.

Desechó la atracción de las emociones, el dolor que sentía en su interior ante la idea de que ella se fuera y que se negaba a desaparecer. Era el cansancio lo que enturbiaba sus pensamientos, nada más.

Inquieto, Duncan comenzó a caminar hacia el este.

—Debemos seguir viajando. —Por mucho que la deseara, era imperativo mantener su concentración en la entrega del escrito. Y debía recordar lo poco que sabía de la muchacha.

Por mucho que deseara lo contrario, debía actuar con cautela.

Protegiéndose de la luz del sol de la tarde con la mano, Duncan escudriñó el campo sembrado de brezo.

—¿Qué ocurre?

Al notar el nerviosismo en su voz, miró hacia ella.

—Nada, solo buscaba cualquier señal de tropas inglesas. —Se negaba a admitir que parte de su inquietud se debía a que la deseaba, así como a su desconcierto por la forma en que ella había hecho desaparecer el dolor de perder a Shenna.

Eleonor recorrió sus alrededores con el ceño fruncido.

—¿Crees que estamos en peligro?

Por mucho que deseara tranquilizarla sobre su seguridad, no podía.

—Aunque llevamos dos días sin ver señales de nuestros perseguidores, no es prudente quedarse en un campo donde podrían vernos fácilmente.

Tras un último barrido para asegurarse de que era seguro, la condujo hacia el bosque distante. Desde allí cruzaron varios campos espesos de zarzas, el aire rico en olor a hierba y una mezcla de hierbas silvestres, así como el potente aroma de un páramo lejano. De vez en cuando, captaba el más leve rastro del mar.

Duncan contempló los familiares campos ondulados y la extensión del bosque distante, con el dolor retorciéndole las tripas.

—¿Estamos cerca?

—Sí. Llegaremos a las afueras de Glasgow esta noche. —Allí, comprobaría si había algún barco preparándose para partir. Existía la posibilidad de zarpar al día siguiente.

Y abandonar a Eleonor. Para siempre.

Se le oprimió el pecho al pensarlo. Como si tuviera una maldita opción, Necesitaba llegar al rey Felipe cuanto antes. No tenía el lujo de quedarse con ella hasta que llegara un barco equipado con camarotes dignos de una dama.

Pero ella estaría a salvo.

Robert Wishart, el obispo de Glasgow, un amigo que conocía desde su juventud, residía aquí y le aseguraría un pasaje seguro a Francia. Y, por desgracia, era un hombre al que Duncan debía comunicar la noticia de la muerte de McNaughton.

Duncan sofocó sus melancólicos pensamientos. Aunque cerca de Glasgow, el peligro les rodeaba. No era prudente pensar en dejarla por miedo a bajar la guardia en cualquier frente.

—Salvo la cabaña de un campesino —dijo—, no he visto señales de un pueblo, y mucho menos un atisbo del mar.

—He mantenido nuestro camino fuera de los normalmente transitados.

—Una sabia elección.

Al notar el cansancio en su voz, él echó un vistazo. Aunque mantenía el paso, su cuerpo había empezado a temblar. Había planeado viajar directamente para reunirse con el obispo de Glasgow, lo que le llevaría varias horas más. Pero estaba agotada. Necesitaba encontrar un lugar más cercano para que descansara.

No era como si estuviera retrasando su despedida. El cansancio marcaba el rostro de la muchacha y pesaba en cada uno de sus pasos. El hecho de que nunca pudiera responder del todo a la pregunta de qué le atraía de ella tenía poco que ver con su cambio de planes. Su retraso les daría unas horas más juntos, nada más. ¿Y qué hay de sus secretos? Tras los últimos días de lucha por sus vidas, ¿acaso no se había ganado un poco de su confianza? Con la posibilidad de que zarpara al día siguiente, debería dejar el tema sin tocar. Por mucho que la sabiduría le guiara a guardar silencio, teniendo en cuenta lo importante que ella se estaba convirtiendo para él, Duncan consideraba imperativo saberlo.

—¿Eleonor?

Una sonrisa cansada se dibujó en su boca.

—¿*Oui*?

—¿Por qué hay hombres tras de ti?

La tierna calidez de su expresión se enfrió.

—No lo hagas.

Ella empezó a darse la vuelta, pero él la agarró del hombro, molesto por su inmediata retirada.

—Después de todo lo que hemos pasado, todo lo que nos hemos confiado, ¿qué podrías no ser capaz de decirme?

Ella se soltó, su postura se mantenía regia.

—¿Y tú puedes compartir la razón por la que es crucial que entregues la orden?

Con la libertad de Escocia en peligro, no era una elección que pudiera hacer.

—No, pero mis razones están ligadas al honor.

—¿Lo están? —Sus ojos ardían de ira—. Tengo tu palabra de que el mensaje que llevas es de gran importancia, y sin embargo te niegas a decirme su contenido o su destino.

—Como ya te he explicado, si alguna vez nos atrapan, tu ignorancia de mi objetivo podría salvarte la vida.

—Comprendo el deber, monsieur —dijo ella, sus palabras sonaban quebradizas—. El peso de tus responsabilidades, las duras decisiones que puede acarrear.

¡Monsieur! Maldita sea toda esta situación. ¿Y qué derecho tenía él a exigirle nada cuando no podía revelarle la razón por la que había viajado a Francia? Con Eleonor ya recelosa, debería haber permitido que su conversación pasara a un terreno más seguro.

Pero ella le intrigaba (y le frustraba) como no lo había hecho ninguna muchacha. Jamás.

Incluida Shenna.

Un músculo trabajó en su mandíbula. Bien, ella quería que no le preguntara, él no lo haría. Él tenía su propia vida y ella la suya. Duncan caminó bajo un pino alto y luego hacia el calor del sol. ¿Era parte de su secreto que estaba casada?

La ligera brisa primaveral se colaba entre las briznas de hierba mientras los rayos del sol le calentaban la cara. Por dentro, sus huesos se habían helado. Se detuvo.

—¿Amas a otra persona?

El arrepentimiento marcó su rostro cuando se detuvo ante él.

—No —exhaló ella—, lo juro.

Gracias a Dios. Aunque su misión le impedía permanecer con ella, no podía soportar pensar que estuviera enamorada de otro.

Sus ojos buscaron los de él con suave desesperación.

—Si nos queda poco tiempo, que el tiempo se llene de buenos recuerdos.

La tristeza le inundó ante sus palabras apesadumbradas, y entonces hizo una pausa. Su separación fue una elección. Excitado, la cogió por los hombros y le dio un fuerte beso.

—Una vez que haya entregado la orden, volveré a por ti.

La felicidad en sus ojos se desvaneció en cautela.

—Con tanto peligro por delante, no sería prudente hacer planes para el futuro.

—Quiero volver a verte —dijo Duncan, perplejo por su respuesta. Después de su angustia por Shenna, Eleonor le había hecho sentir más de lo que jamás había creído posible. Y con su creciente amistad, así como el calor de sus besos, le resultaba difícil creer que sus sentimientos por él no fueran también más profundos.

Quizá su vacilación se debía a que no quería involucrarle más en sus problemas. Una preocupación innecesaria.

—Muchacha, cuando esto acabe, te encontraré.

Ante la apasionada declaración de Duncan, Sophie dio un paso atrás. *Mon Dieu*, por mucho que lo deseara, una vez que se separaran, no podría volver a verle. Con el corazón dolorido, tragó saliva con fuerza. Debía contarle sus esponsales con Gaston de Croix. Y cuando Duncan se enterara de su inminente matrimonio, ¿la miraría con disgusto? ¿Maldeciría su engaño?

¿O la odiaría?

Las lágrimas le quemaban los ojos ante esto último. Se había metido en un lío.

Al día siguiente se separarían y ella no volvería a verle. Destrozada por el pensamiento, luchó por mantener la compostura. Aunque ella le había conocido hacía solo unos días, de algún modo, él había llegado a importarle.

¿Importar? Una palabra penosa teniendo en cuenta las emociones que él le hacía sentir. Con Duncan, se sentía plena, completa. El vínculo que habían forjado la acompañaría para siempre. Para añadir más tormento, nunca antes un hombre la había hecho desear su tacto.

Duncan lo había hecho. Desesperadamente.

A través de los párpados bajados lo estudió, los recuerdos de él semidesnudo dejaban en su cuerpo un cosquilleo de conciencia. Con demasiada facilidad podía imaginárselo llevándola a su cama.

Por la intensidad de sus besos, debía de desearla. Si él se lo pedía, ¿podría ella entregarse a él, consciente de que estaba prometida a otro? Más aún, ¿se equivocaba al hacer el amor con un hombre que la deseaba por la mujer que era, no por el vínculo real que podía aportarle?

Los pensamientos sobre el inminente matrimonio no le trajeron más que visiones de una vida fría y vacía, vacía de un hombre que realmente se preocupara por ella. Entristecida, se puso a su lado cuando Duncan echó a andar.

Tenían esta única noche. Si hacían el amor, ella saborearía lo correcto de ello. Cualquier consecuencia sería suya. Y al día siguiente le hablaría de sus esponsales.

—Esta noche nos alojaremos en una posada donde dudo que alguien que nos persiga nos busque —le dijo—. Mañana haré los preparativos para vuestra estancia hasta que zarpéis.

Sophie asintió, escuchando a medias, y caminó en silencio. Tendría esta noche para construir recuerdos que atesorar toda la vida. Después de contarle su promesa de casarse con el duque, rezó para que algún día Duncan encontrara el perdón hacia ella por su engaño.

Para cuando Duncan condujo a Eleonor a las afueras de Glasgow, la oscuridad se había apoderado del cielo. En las sombras del bosque, la ayudó a ponerse una túnica de sirvienta que había conseguido en la cabaña de un campesino por la que habían pasado.

—No llamaremos la atención vestidos con este atuendo. —Se puso otra túnica sobre su propia cabeza, deseando que ya estuvieran dentro de la seguridad de la posada. Tras asegurarse el lazo, la condujo hacia la ciudad—. Mantente cerca de mí.

El miedo parpadeó en su rostro, pero le cogió la mano.

—Lo haré.

Se adentraron en Glasgow. Los caballos que tiraban de los carromatos desvencijados tropezaban por las calles llenas de baches. Hombres vestidos con el mismo anodino atuendo de sirvientes pasaban en silencio.

—No es como esperaba —dijo Eleonor, con un temblor en la voz.

—¿Qué?

Señaló con la cabeza hacia los edificios decadentes, la miseria hasta donde alcanzaba la vista.

—Esperaba encontrar casas o negocios bien cuidados.

—En una parte mejor de la ciudad, sí, lo harías. —La inquietud la invadió.

—¿Una parte mejor?

Duncan la condujo a través de las calles mal cuidadas y llenas de escombros.

—Tras sopesar los riesgos, decidí que viajar por esta parte cutre de la ciudad sería lo mejor. En compañía de una noble, los hombres que nos buscan creerían que elegiría una ruta más segura.

—Ya veo.

Duncan apretó suavemente su mano.

—Te mantendré a salvo.

—Lo sé.

Humillado por su fe en él, siguió adelante. En la siguiente esquina, robó una mirada detrás de ellos.

—Por aquí. —Seguro de que no les seguían, la guió hacia un callejón oscuro.

El hedor golpeó primero. Una mezcla pútrida de comida en descomposición, hidromiel rancia y un toque de algo mórbido. No se detuvo a descifrar esto último. Se había deslizado por esta parte de la ciudad demasiadas veces como para entretenerse. La desesperación gobernaba a los que vivían en esta escuálida zona, ladrones que mataban sin vacilar por algo tan simple como una hogaza de pan.

Una maldición y luego el sonido de un golpe de puños estallaron cerca. Los dedos de

Eleonor se apretaron a los suyos.

—Sigue avanzando. —Aumentó su ritmo. Tras maniobrar por las lúgubres calles, apareció a la vista un edificio de piedra desgastada que suplicaba abandono. La condujo a la sombra cerca de la puerta principal—. Espera aquí.

Ella respiraba en ráfagas cortas y rápidas mientras escudriñaba los oscuros callejones que les rodeaban.

—Pero...

—Haz lo que yo te diga.

Ella le cogió de la manga.

—¿Qué vas a hacer?

—Si todo va bien, asegurarnos una habitación.

Un grupo de gente pasó arrastrando los pies, sus diversos grados de embriaguez eran evidentes por sus tonos bulliciosos. Ninguno pareció reparar en ellos. Satisfecho de que no habían llamado la atención, Duncan se acercó y llamó a la puerta.

Se oyeron pasos al otro lado y entonces el pesado panel se abrió con un chirrido oxidado. El aroma de la carne cocinándose llenó el aire mientras la luz amarillenta de las velas iluminaba a un hombre regordete que lucía una cicatriz que se extendía desde la oreja hasta la garganta.

Eloise recordaba a Duncan como un cruce entre un bandolero y los vagabundos que deambulan por las calles. Pero ya había tratado antes con el posadero. El escocés creía que era el sirviente de un lord inglés que había enviado a Duncan a comprar bienes robados a los carroñeros, una tapadera que le había servido bien en el pasado y lo haría ahora.

—Necesitaré una habitación —dijo, hablando el inglés del rey, como este hombre esperaba.

Eloise frunció el ceño.

—No tengo ninguna que ofreceros.

Familiarizado con su estratagema, Duncan le tendió varias monedas.

El hombre vio el destello de plata y la codicia iluminó su rostro. Se pasó el brazo por la boca, resbaladiza de grasa.

—Puede que tenga una habitación, pero le costará un penique más.

Duncan asintió hacia Eleonor.

—Mi mujer está embarazada —dijo con exasperación para añadir otra capa de verosimilitud—. No tengo más que otro penique.

Eloise frunció el ceño hacia Eleonor.

—Ella no es mi preocupación. —Empezó a cerrar la puerta.

Duncan encajó su bota contra el panel desgastado.

—¡Espere!

El ceño del hombre se frunció.

—¿Queréis la habitación o no?

Duncan murmuró una maldición, que se ganó una mirada satisfecha del propietario.

—Le daré hasta mi último penique, pero pediré a cambio una hogaza de pan, queso, vino y un baño.

El posadero gruñó y abrió más la puerta.

—Primero veré la moneda.

Rebuscó entre sus ropas, como si en realidad le sobrara algo. Tras varios segundos, Duncan le entregó la moneda.

—Broodie —llamó el hombre ronco por encima del hombro.

Momentos después, un joven apareció a la vista, con el pelo despeinado y los ojos hinchados como prueba de que había estado dormido.

Eloise hizo un gesto hacia Duncan.

—Llévalos a una habitación trasera, luego, tráeles bebida y comida y un baño. Date prisa. —Con una mirada de advertencia al muchacho, se dio la vuelta y se marchó.

Una vez que el posadero desapareció de su vista, el muchacho estudió a Duncan con desconfianza, sus ojos marrones parecían demasiado viejos para sus años.

El arrepentimiento invadió a Duncan mientras observaba al muchacho que no había visto antes. Con los ejércitos ingleses asaltando, quemando y destruyendo muchas de las ciudades y aldeas bajo el decreto del rey Eduardo, este muchacho, como muchos, se las arregló por su cuenta. Al menos tenía un techo sobre su cabeza. Por el momento. Hasta que los rebeldes acabaran con el intento del rey Eduardo de reclamar Escocia, existían pocas posibilidades de que el futuro del muchacho cambiara.

O que mantuviera la esperanza.

Broodie cogió una vela de una mesa de la esquina y les hizo un gesto para que avanzaran.

—Sígueme. Duncan tendió la mano a Eleonor.

Ella salió a la luz y entrelazó sus dedos con los de él.

Mientras seguían al muchacho por el pasillo, este miró hacia atrás varias veces, como asegurándose de que mantenían la distancia. Por su expresión recelosa, tristemente, Duncan podía imaginar las depravadas razones.

Llegaron a la puerta más lejana, Broodie la abrió y se agachó, dándoles un amplio margen.

—Mi agradecimiento —dijo Duncan.

—Volveré con su comida y agua para el baño. —El cauteloso joven pasó junto a ellos y se marchó a toda prisa.

Duncan condujo a Eleonor al interior. Después de cerrar la puerta, se encaró con él.

— ¿Por qué hablabas como un inglés?

La luz de las velas iluminó su rostro cuando se echó la capucha hacia atrás, sus sospechas eran fáciles de leer, dudas que le irritaron.

—No soy un traidor a Escocia —casi gruñó. Pero, ¿por qué no iba a preguntárselo? No le había explicado que pretendía utilizar una tapadera falsa o hablar con una lengua inglesa.

Con una mueca, cruzó la pequeña habitación hasta donde reposaba otra vela. Tras encender la mecha, puso la vela que llevaba a su lado.

—Si alguien viene preguntando por un escocés de las Tierras Altas, el posadero no informará de ninguno, y menos de un inglés y su esposa.

Un tono rosado subió por sus mejillas.

—Su mujer embarazada.

La imagen de ella redonda con su hijo le conmovió. Hizo a un lado el pensamiento.

—Yo...

El fuerte golpe en la puerta interrumpió su respuesta, pero no pasó por alto la expresión melancólica de ella. La ira de una espada. Duncan se levantó la capucha para protegerse la cara y se llevó el dedo a los labios.

Ella asintió.

Abrió la puerta.

Broodie levantó una cesta.

—Su pan y su vino.

—Mi agradecimiento. —Duncan aceptó y el muchacho retrocedió rápidamente.

Un arrastrar de pies resonó en el pasillo. Dos hombres fornidos que llevaban una bañera aparecieron a la vista.

—¿Queríais un baño? —preguntó el hombre más cercano.

—Efectivamente. —Duncan se hizo a un lado.

Con varios gruñidos, los dos hombres arrastraron la bañera de madera hasta la esquina más alejada de la cámara y luego se marcharon.

Broodie regresó, cargando un cubo de agua humeante. Al muchacho le costó varios viajes, pero finalmente llenó la bañera. El sudor manchaba la cara del muchacho.

—Si necesita algo más, estaré en la habitación exterior. —Tendió varias toallas limpias junto con una pastilla de jabón cerca de la bañera y luego se dirigió hacia la puerta.

—Muchacho —dijo Duncan.

Broodie se volvió, con los pies plantados como si fuera a salir corriendo. Duncan le entregó una moneda.

—Muchas gracias.

La sorpresa ensanchó los ojos del muchacho mientras miraba fijamente el medio penique.

—Gracias, mi señor.

—Soy un sirviente como tú —dijo, corrigiendo inmediatamente al muchacho—. Debemos velar por los nuestros.

Una tímida sonrisa tocó el rostro del muchacho, y luego asintió hacia Eleonor.

—Y si su esposa necesita algo más, me encargaré de que lo tenga.

Cuando el muchacho se marchó, Duncan cerró y atrancó la puerta. Tendría que ser más cuidadoso. Un criado tendría poca moneda extra para compartir. Un desliz como el que acababa de cometer con la persona equivocada podría costarle la vida.

El aroma del pan y el vino calientes llenó el aire cuando colocó la comida, las copas y la botella de vino cerca de las velas sobre la tosca mesa. Duncan se volvió.

Hizo una pausa.

Abrazada a la frágil luz, Eleonor le robó el aliento. La enormidad de lo verdaderamente aislados que estaban le golpeó con una fuerza impresionante. Aunque existían secretos entre ellos, en este momento los hombres que los perseguían estaban muy lejos. Escondidos en esta posada bajo la apariencia de un inglés y su esposa, al menos durante la noche que se avecinaba deberían estar a salvo.

Y solos.

Ella se echó la capucha hacia atrás y le observó a través de unos ojos entrecerrados, pero a él no se le escapó el interés que calentaba su mirada, una mirada sensual que invitaba a pensamientos eróticos.

Traicioneramente, su mirada se desvió hacia la robusta cama. Se le calentó la sangre. Con demasiada facilidad, imaginó a Eleonor desnuda sobre él. Sus dedos temblaron cuando sirvió una copa de vino y se la entregó.

—Tenemos que comer, bañarnos y descansar lo más posible esta noche. —Un plan seguro.

Un rubor cada vez más intenso subió por sus mejillas.

—¿Qué ocurre? —preguntó, consciente mientras hablaba de la tontería de su pregunta. Los motivos de su preocupación podían ser numerosos.

Ella negó con la cabeza.

—No es prudente admitirlo.

—Puedes decírmelo.

—Era que me mirabas con tanto orgullo.

Una vez más le sorprendió su complejidad: una mezcla de inocencia y sabia mundanidad. Dio un paso hacia ella, intrigado.

—¿Nadie te ha dicho nunca lo hermosa que eres, ni descubierto tu fuerza interior que me deja asombrado? —Su barbilla se inclinó en una regia inclinación, recordándole la primera vez que la había visto.

—Hay muchas motivaciones para la adulación de un hombre —replicó ella, con su voz enfriándose. Dio un paso atrás—. Las palabras se dan tan fácilmente como se olvidan.

La tristeza se deslizó a través de él.

— ¿Quién te hizo daño, Eleonor?

Su expresión se volvió cautelosa.

— Nadie. Me niego a permitirlo.

Al parecer, alguien lo había hecho, profundamente.

—¿Qué ha pasado para que desconfíes tanto de la gente?

—No lo entenderías.

—¿Porque no me lo permitirías? —la incitó suavemente. El fuego brilló en sus ojos.

—Es complicado.

—No esperaba menos de ti. —La verdad. Desde el principio ella le había parecido un reto tentador. Excepto que, a medida que había ido conociendo a Eleonor, la forma en que ella hacía que se preocupara, que quisiera protegerla, superaba cualquier emoción que hubiera esperado o que, después de Shenna, hubiera creído que podría experimentar.

Con añoranza, Eleonor miró hacia la bañera humeante.

—¿Debemos hablar de mi pasado ahora? Ya te he dicho que los de la nobleza me parecen autocomplacientes. ¿No es eso suficiente?

Duncan vaciló.

—¿Me revelarás lo que me ocultas antes de que nos separemos?

El dolor inmediato en sus ojos hizo que él se acercara más.

—¿Qué es? —preguntó, con la voz más firme de lo que había pretendido.

—Duncan, yo...

Ante la negación en sus ojos, él la cogió por los hombros.

—Confía en mí, Eleonor. Por el amor de Dios, nunca te haría daño.

Sus ojos le suplicaron en silencio.

—No es tan sencillo.

Duncan le ahuecó la cara.

—Me importas profundamente. Sean cuales sean los secretos que te atormentan, no cambiarán lo que siento.

Una batalla silenciosa se desencadenó en sus ojos, y luego asintió levemente.

—Te lo diré —concedió finalmente—. Pero primero, ¿podemos tener esta única noche?

La necesidad oscureció su mirada y a él se le secó la garganta. La ira de una espada. Por mucho que él la deseara, ella no podía empezar a comprender la realidad de vivir como una mujer caída. Sacudió la cabeza.

—Eres virgen y no te...

Ella le puso el dedo en la boca.

—Lo soy, pero dijiste que sentías cariño por mí. Yo siento lo mismo por ti. Te deseo como una mujer a un hombre.

¡Maldito Dios misericordioso! Todo su cuerpo ardía mientras luchaba por mantener el control. La intimidad con ella le ofrecería algo más que placer, le invitaría a la responsabilidad.

Tampoco podía olvidar que si la alta burguesía se enteraba de su estado de falta de

castidad, sería rechazada. Recordó el duro trato que recibió la hija de un barón cuando otros se enteraron de su indiscreción. Al final, se había retirado de la sociedad y permanecido recluida. Un destino que nunca le desearía a Eleonor.

—Lo que deseo y lo que es correcto —ronroneó Duncan—, son dos cosas diferentes.

Los ojos verde musgo se entrecerraron.

—Al diablo con lo correcto.

El sudor le perló la frente mientras luchaba por no saquear la dulzura de sus labios, por tomarla como le pedía el cuerpo.

—Una vez que termine de entregar la misiva...

—Nadie puede garantizar mi seguridad ni la tuya. Ni para mañana, ni para pasado mañana, ni mucho menos para dentro de varias semanas. —Hizo una pausa, con la mirada fija—. Dame esta noche.

—Eleonor —ronroneó él, con la respiración entrecortada, el cuerpo dolorido de desearla—, no me pidas esto.

Ella se inclinó hacia él y apretó su boca íntimamente contra la de él.

—Es demasiado tarde, ya lo he hecho.

## Capítulo 10

Cuando el sabor de Eleonor le llenó, el corazón de Duncan golpeó contra su pecho y su cuerpo se endureció hasta sentir un dolor feroz. ¡La ira de una espada! La cogió por los hombros y, con pesar, la apartó.

—Te deseo, pero si la alta burguesía se entera de esta indiscreción...

Los ojos verde musgo relampaguearon con acalorada determinación. Dio un paso atrás y empezó a aflojarse la capa.

—Tú mismo dijiste que cada día está lleno de peligros. ¿Quién sabe si volveremos a tener este tiempo a solas? Tiempo en el que podamos estar el uno con el otro.

Su cuerpo tembló bajo su contención.

—No sabes lo que dices —se forzó, dándole la oportunidad de alejarse.

Sus dedos temblaban sobre la capucha de su capa.

—¿No me quieres? —susurró ella, con un retintín en la voz.

¿No la quieres? Que a Eleonor se le ocurriera semejante interpretación dejó a Duncan estupefacto. Exhaló un áspero suspiro.

—Te deseo más de lo que es justo.

Tiró de la capa y esta cayó al suelo. Con la mirada clavada en la de él, sus dedos se movieron hacia los lazos de su vestido.

—No lo hagas. —El cuerpo de Duncan tembló mientras la miraba fijamente, deseándola, necesiéndola más de lo que jamás había creído. Maldecía el decoro, maldecía la corrección y maldecía su debilidad cuando se trataba de ella. Con un gemido, cedió a sus anhelos y dio un paso adelante.

— Déjame.

Su sangre se calentó mientras liberaba su vestido, centímetro a centímetro glorioso. Ella inspiraba en él sentimientos que creía perdidos, y le resultaba incomprensible cómo alguien podía haberle hecho daño. El pasado de Eleonor podía haberle hecho creer que no era deseada, pero él le demostraría lo contrario. Le enseñaría a comprender la belleza y la profundidad que él veía en ella.

Con un movimiento de muñeca, la última atadura cayó. Con la respiración agitada, le quitó el vestido de los hombros. El vestido se encharcó sobre su capa.

Iluminada por el resplandor dorado de la vela, estaba de pie ante él con su camisa, un vestido sencillo pero elegante. Las puntas oscuras de sus pechos sobresalían orgullosas contra la

tela cremosa, tensas, atrayentes.

Sin vacilar, ella se movió en su abrazo, cálida y dispuesta, y un calor líquido se deslizó a través de él para derretir lo último de su reserva.

—Que Dios me ayude —susurró Duncan mientras él reclamaba su boca. Había querido que el beso fuera suave, pero ella apretó su dulce cuerpo contra él, enredó las manos en su pelo y lo arrastró más cerca. Sus bocas se entrelazaron en un beso codicioso.

Fuerte.

Rápido.

Desesperado.

Con la mente dándole vueltas por su sabor, él profundizó el beso, provocando, seduciendo, hasta que ella gimió por la avalancha de sensaciones.

Como en una fantasía, ella satisfizo cada una de sus exigencias.

Con la respiración acelerada, su cuerpo gritando de necesidad, Duncan ralentizó su ritmo y se separó, negándose a tomarla con una intensidad tan indómita.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, con los ojos muy abiertos por las preguntas, los labios hinchados por los besos de él.

—Nunca has estado con un hombre. Tu primera vez. Nuestra primera vez —añadió, sus palabras sonaban espesas de emoción—, no será un acoplamiento rápido para saciar nuestro deseo. —Le acarició con el dedo la suave curva del cuello.

Sus ojos se suavizaron.

—Nuestra primera vez. —Ella posó la palma de su mano sobre la mejilla de él—. Es una bendición compartir un momento tan especial contigo.

Él desestimó la inquietud que sus palabras despertaban. Mañana llegaría pronto, así como el momento de desentrañar las preocupaciones que le atormentaban.

Empezó a quitarse la camisola, pero él detuvo sus dedos.

—No.

Eleonor bajó las manos y le dio acceso completo.

Duncan dio un paso atrás para admirar su belleza, para apreciar cada una de sus curvas, cada tentador oleaje.

—No te muevas. —Los temblores le sacudieron mientras se quitaba la ropa hasta quedarse en camiseta interior y corpiños. Recuperando el aliento, rozó con los dedos la tela de su camisola—. Se siente como la seda.

El calor le subió por la cara.

—*Oui*.

Deslizó los dedos por sus brazos y luego ahuecó la curva de sus hombros.

—Siempre que no sea un regalo de un pretendiente.

El rubor de Eleonor aumentó y negó con la cabeza. Él se rió.

—No hago más que tomarte el pelo.

—Lo sé. —Sus mejillas siguieron sonrojándose en un atractivo contraste.

Con ternura, Duncan rozó su boca con un beso, deteniéndose, saboreándolo, antes de avanzar hasta la curva de su mandíbula.

Con un gemido tranquilo, ella arqueó el cuello, y él tomó suavemente, su sabor potente mientras rozaba la longitud aterciopelada.

—Aprenderemos muchas cosas juntos —murmuró él contra la base de su garganta, donde su pulso se aceleraba cálido y atrayente—. Pero antes... —se apartó, complacido por el deseo en sus ojos— te ayudaré a bañarte.

Ella frunció el ceño.

—Puedo...

—No. —Él le cogió la cara y le dio un suave beso en la boca—. Te aseguro que nunca antes habías experimentado algo así. No te muevas. —Duncan cogió el jabón de brezo, junto con un paño. Tras empapar la ropa con agua de la bañera, regresó—. Ven aquí.

Eleonor caminó hacia él como una reina nerviosa, regia, elegante, pero con una frescura que no se encontraba en ninguna realeza que él hubiera contemplado. A un palmo de distancia, se detuvo, con la mirada confusa.

Imágenes acaloradas de lo que esta noche le depararía chamuscaron su mente mientras Duncan levantaba el paño humedecido y lo colocaba sobre su pezón.

Ella jadeó y un escalofrío recorrió su cuerpo. Gotas cálidas y acariciadoras rodaron por la delicada seda, saturando la camisola hasta que se aferró a sus magníficas curvas.

Con reverencia, rozó el lino húmedo en círculos provocativos sobre la seda y mantuvo la lentitud de cada uno de sus movimientos para saborear su sensual despertar. Como la magia de un hada, allá donde dibujaba la tela empapada, sus suaves curvas se hacían visibles bajo el material translúcido.

La necesidad le abrasó y rozó con sus dientes su garganta. Como la miel, su sabor endulzaba su lengua, le llamaba a cumplir todas sus fantasías. En un gemido, atrapó entre sus dientes su nódulo cubierto de seda y le dio un mordisco.

—¡Duncan!

Mientras ella se arqueaba bajo él, su cuerpo se estremeció por el esfuerzo de no poder tomarla ahora. ¡La ira de una espada! Solo la había tocado y ella se habría derrumbado.

Emocionado por su sensibilidad a cada una de sus caricias, levantó la mirada hacia la de ella.

Duncan chasqueó la lengua contra su tenso capullo.

Sus ojos brillaban de necesidad.

Apretó los dientes. Que fuera despacio. Lo haría, aunque necesitara hasta el último gramo de sus fuerzas.

El sudor brotó de su frente cuando volvió a rozar con la tela la suave hinchazón de sus pechos. Luego acarició el lino enjabonado sobre su lugar más sensible y las espirales de vello

suave quedaron al descubierto bajo el brillo reluciente.

Tentado, necesitado de saborearla, se llevó a la boca la punta del pecho cubierto de seda y empezó a succionar.

Su cabeza se inclinó hacia atrás en un suspiro lascivo.

—Duncan.

Con un gruñido enloquecedor, dejó caer la tela y le pasó la mano por los muslos, los escalofríos de ella ante su contacto ofrecieron su propia dulce tortura.

—Abre para mí, Eleonor.

—Yo...

Respiró con calma.

—Confía en mí. —Cuando las piernas de ella se relajaron, él rozó con la mano su carne cubierta de rocío con movimientos lentos y suaves, saboreando la forma en que el cuerpo de ella respondía a cada roce suyo.

Mientras su pulso se aceleraba, Duncan se arrodilló ante ella, rozando con besos la seda húmeda a medida que bajaba. Levantó la vista y descubrió los ojos de ella mirándole, su respiración estaba agitada, y su cuerpo se encendió.

Tragando con fuerza, apretó la frente contra el plano de su estómago y recuperó el control.

A duras penas.

Con dedos temblorosos, deslizó su turno hacia arriba hasta que ella quedó expuesta a él, completa, totalmente.

Su corazón latía con fuerza contra su pecho ante su pura perfección.

— Ahora tu baño, como te prometí.

La confusión nubló sus ojos.

—Pero yo...

—Mírame —le ordenó suavemente.

Sus sentidos zumbaron mientras con pecaminosa lentitud le acercaba el paño humedecido a los muslos, disfrutando de sus jadeos de placer. Una vez que la hubo lavado y enjuagado con suave minuciosidad, dejó el paño a un lado.

—Voy a besarte —la ahuecó, como si fuera la más exquisita— aquí. —Manteniendo su mirada en la de ella, Duncan se inclinó hacia delante y deslizó su lengua por sus resbaladizos pliegues.

El jadeo de Eleonor terminó en un gemido. Echó la cabeza hacia atrás.

Con su sabor embriagador, sopló ligeramente sobre su carne hinchada, y luego volvió a coger su protuberancia y empezó a succionar suavemente.

Las piernas de ella empezaron a temblar.

Complacido por su sensibilidad, deseando que temblara contra él, utilizó sus dedos y su lengua para llevarla al límite. Cuando su cuerpo empezó a convulsionarse, Eleonor le agarró por

los hombros.

—¡Duncan!

Con sus gritos de liberación rodeándole, la atrajo contra él y absorbió cada uno de sus estremecimientos.

—Yo... Esto... —Ella sacudió la cabeza—. Nunca supe...

Sus palabras entrecortadas, sus suaves gemidos, desgarraron el frágil control de él.

—Eres tú quien es increíble. —Levantándola en brazos, Duncan reclamó su boca mientras se dirigía a la bañera, bebiendo en su embriagadora respuesta. Se arrodilló y la introdujo en el agua. Con un gemido, le pasó las manos por toda la longitud—. Eres perfecta —susurró—. Todo lo que un hombre puede desear y más.

Una sonrisa sensual le acarició la boca.

—Tú también eres hermoso. —Duncan se rió entre dientes.

—No estoy seguro de sentirme halagado por semejante elogio.

—Guapo, entonces —dijo ella mientras lo escrutaba de pies a cabeza; él se endureció aún más bajo su mirada—. E impresionante.

—¿Lo soy ahora? —Complacido, se puso en pie. Con movimientos lentos, empezó a despojarse de la túnica y los corpiños. Ella le observó mientras se quitaba cada prenda, su mirada cada vez más atrevida, excitándole aún más.

Desnudo ante ella, Duncan se deleitó con el atrevimiento de su mirada recorriendo su musculoso cuerpo. Cuando sus ojos bajaron más allá de sus caderas, se detuvo. Frunció el ceño.

—Yo...

—Seré suave. Si pudiera eliminar el dolor de la primera vez, lo haría.

Vacilante, su mirada se elevó hasta la de él.

—Lo sé. —Ella intentó apartarse, pero él le agarró la cara.

—No estás tocada. Se te permite estar nerviosa. —Le levantó la barbilla. Por mucho que él quisiera hacer el amor con ella, ella necesitaba estar segura—. Y —hizo una pausa, reuniendo fuerzas—, si has cambiado de opinión, pararé.

Los ojos verde musgo se suavizaron.

—Te deseo, Duncan. Más que a mi próximo aliento.

Tragó con fuerza, sintiendo dolor por ella, sin querer hacerle daño... nunca.

—Habrá dolor en tu primera vez. Después, solo sentirás placer. Eso te lo prometo. Ahora —dijo mientras cogía el paño y se metía en la bañera detrás de ella—, terminaré de lavarte. Recuéstate contra mí. —Eleonor se acomodó contra él, la suavidad de su piel era un cómodo ajuste contra la palpitante demanda de su cuerpo. Cuando su erección rozó las sedosas curvas de ella, apretó los dientes.

Su cuerpo ardía mientras se hacía una espesa espuma con las manos y le untaba jabón en cada centímetro.

—Mmm, esto sienta de maravilla —susurró ella.

—Para mí también, muchacha. —Sí, era el paraíso mismo.

—He decidido —dijo ella respirando lentamente—, que tú me bañarás a partir de ahora.

—¿Lo haré ahora? —Complacido, Duncan rozó con el dedo su triángulo de vello aterciopelado, luego se deslizó en su resbaladiza calidez y se retiró lentamente. Mientras él continuaba con su masaje erótico, el pulso de ella se aceleró bajo su tacto y su cuerpo empezó a temblar. Consciente de la tensión que se acumulaba en ella, una presión contra la que él mismo luchaba, se detuvo.

—Voy a enjuagarte.

—No —dijo ella, su súplica sonaba profunda y gutural—. Es mi turno de lavarte.

Él le cogió la mano cuando ella buscaba el jabón, imaginando con demasiada facilidad sus dedos envueltos en toda su longitud.

—No lo hagas —dijo con un nudo de emoción. La genuina sorpresa apareció en su rostro y él ahogó un gemido—. Puedes bañarme más tarde. Te lo prometo.

Ella ocultó una sonrisa pícaro en la comisura de los labios.

—Te he hecho esto, ¿verdad?

—Sí —murmuró él, cogiendo el jabón—. Un hecho del que estás orgullosa, ¿verdad, muchacha?

El deleite brilló en sus ojos.

—Lo estoy.

Ella iba a ser su muerte, pero moriría como un hombre feliz. Trabajando rápidamente el jabón hasta convertirlo en una nube espumosa, se enjabonó a sí mismo, luego alcanzó el cubo y los enjuagó a ambos.

Su cuerpo zumbaba de expectación mientras la llevaba a la cama. El aire de la calurosa noche primaveral calentaba su habitación, pero no era nada comparado con el calor hirviente donde sus carnes se fundían.

Con cuidado, la tumbó sobre las sábanas. Como un muchacho inexperto, tembló al arrodillarse sobre ella, se estremeció al presionar su longitud contra el terciopelo de su resbaladiza calidez.

—Di que me deseas.

Ella extendió la mano hacia él en señal de invitación.

—*Oui*, te deseo.

«Espacio», se recordó a sí mismo, luchando contra el abrumador deseo de empujar profundamente.

—¿Duncan? —Eleonor se movió debajo de él, y él casi perdió el control.

—Quédate quieta. —Apoyó su frente contra la de ella e inspiró lentamente—. Necesito un momento más.

En lugar de hacer caso a su tranquila orden, ella presionó su boca sobre la de él.

Un gruñido bajo se arremolinó en su garganta, pero ella solo rió, un sonido rico y

ahumado, que le aseguró que estaba disfrutando de su ventaja. Emocionado por su creciente confianza, profundizó su beso y se introdujo en su interior hasta encajarse contra su fina barrera.

Eleonor se puso rígida.

—Confía en mí —le dijo, su dulce estrechez amenazaba con llevarlo al límite. Manteniéndose quieto, le pellizcó lentamente la suave plenitud de la boca. Una vez que ella se relajó contra él, la acarició hasta que gimió y su cuerpo se arqueó contra el suyo. Complacido, empezó a moverse a un ritmo constante. Cuando ella igualó su ritmo, en su siguiente brazada, Duncan penetró profundamente.

Se detuvo.

Unos ojos iluminados por el dolor le observaban.

Dolido por haberle hecho daño, Duncan se apartó varios mechones de pelo de la cara.

—Solo me sentiré bien a partir de ahora. Te lo juro.

Lentamente, los fragmentos de dolor de su rostro se desvanecieron hasta que solo brilló el deseo.

—La incomodidad ha desaparecido.

—Solo siente —susurró él, acariciando con el hocico la curva de su cuello, y luego aflojando para saborear su boca. Con caricias lentas y tiernas para mostrarle lo que ella significaba para él, marcó el ritmo. Con su siguiente caricia, el cuerpo de ella empezó a temblar.

—¡Duncan!

—Eso es —instó él y aceleró el ritmo. Cuando ella se arqueó contra él y su cuerpo empezó a convulsionarse, él penetró profundamente y encontró su propia liberación.

Saciado, rodó hacia un lado y la atrajo con él, nunca se había sentido tan completo. La tristeza le apretó el pecho.

—Si pudiera —susurró, dolido ante la idea de dejarla marchar—, desearía este momento para siempre.

Eleonor se tensó y luego intentó apartarse.

Su destello de culpabilidad le recordó su petición de esperar hasta la mañana para contarle lo que ocultaba. Necesitaba saberlo.

—¿Qué ocurre? —Cuando ella dio la vuelta, él le cogió la barbilla.

Sus ojos suplicaron a los de él.

—No me lo preguntes ahora.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Hemos hecho el amor, nos hemos entregado el uno al otro en el último acto de confianza.

El silencio resonó entre ellos, cálido con los aromas de su hacer el amor. Ella no respondió.

Dolido, Duncan buscó en su rostro, intentando comprender por qué dudaba.

—Unas horas no cambiarán nada.

Las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Lo sé demasiado bien.

El miedo, duro y frío, le recorrió. La última vez que la había visto llorar había sido cuando enterraron a sus amigos asesinados por los ingleses. Por la gracia de Dios, ¿podría su secreto estar a la altura de semejante parodia?

Entonces, como empalado por el golpe de una espada, comprendió lo que impulsaba su culpabilidad, lo que la tenía alejándose de él incluso ahora. Duncan no quería creer que le había mentado.

—Dímelo.

El rojo rodeó sus ojos.

—Pase lo que pase entre nosotros a partir de este momento, apreciaré el amor que hicimos esta noche. Tampoco te olvidaré. Por favor, recuérdalo.

—¿Quién es? —preguntó Duncan, rezando para que se equivocara. Su respiración se entrecortó.

—Mi prometido.

## Capítulo 11

—¿Prometido? —atronó Duncan.

Sophie se estremeció. La verdadera profundidad de su traición pesaba sobre su alma.

El miedo a que los hombres de Bernard la encontraran mientras viajaba por las desconocidas Tierras Altas la había convencido de pedirle ayuda a Duncan para llegar a Glasgow. Pero eso no ofrecía ninguna excusa para su intimidad.

Con los ojos entrecerrados, Duncan la soltó y se puso en pie. Acechó la cámara. La luz de las velas, que había proyectado un resplandor dorado sobre su cuerpo mientras yacían entrelazados, brillaba sobre su desnudez, acentuando cada paso tenso. Ahora parecía más una bestia confinada que su amante.

La vergüenza la invadió. Por equivocadas que fueran sus acciones, no podía olvidar la sensación de sus manos sobre su piel, su fuerza afinada que lo mismo podía blandir una espada que hacerle el amor con infinita ternura.

Cada paso que daba ampliaba la distancia emocional entre ellos, su silencio era mucho más desconcertante que si hubiera hablado. Ella no podía quedarse sentada. Tenía que decir algo. Cualquier cosa.

Con la sábana asegurada a su alrededor, deslizó las piernas por el borde de la cama.

Sus ojos se clavaron en ella.

—Aléjate.

Sophie tragó con fuerza. Maldito fuera su egoísmo. Nunca había querido hacerle daño. Necesitaba hacerle comprender que había querido que este tiempo con él se lo llevara con ella, ya que una vez que se separaran no podrían volver a verse.

Su mano temblaba mientras apretaba la sábana. ¿Cómo había permitido que la situación se desenredara hasta tal punto?

—Solo quería...

Duncan se abalanzó sobre ella.

—Hicimos el amor, Eleonor. ¿Eso no significa nada para ti? —Ante su vacilación, él se abalanzó sobre ella—. ¡Contéstame!

—*Oui* —susurró ella, con el corazón roto. Había permitido que sus deseos la guiaran. Sus decisiones interesadas no eran mejores que las de la alta burguesía que ella aborrecía.

Con una maldición, merodeó por la cámara, deteniéndose donde una pequeña mesa

sostenía su comida sin tocar. Duncan se volvió. Profundas líneas surcaban su rostro, pero sus ojos... Se le cortó la respiración. *Mon Dieu*, sus ojos estaban en carne viva de dolor.

—¿Cómo pudiste permitirme tomar lo que por derecho pertenece a otro?

Sophie enderezó los hombros. Se merecía su ira.

—Nunca creí que experimentaría lo que tú me has hecho sentir. Cuando lo hice... —Sacudió la cabeza—. Lo siento.

Sus párpados se entrecerraron mientras se acercaba, su cuerpo sobresalía por encima del de ella.

—¿Que lo sientes? ¿Me mantuviste ignorante de tu compromiso porque me deseabas? ¡Maldita sea! Mis sentimientos no son algo que se pueda utilizar por capricho.

Ella tragó con fuerza. Salvo por no revelar el contenido de la misiva que llevaba, Duncan no había sido más que sincero.

—Nunca quise...

—¿Cómo puedes renunciar a tu compromiso con otro hombre y no comprender la gravedad de tal decisión?

—Estaba desesperada. —Su razón sonaba débil incluso para ella misma.

Él se burló.

—¿Desesperada?

Su mirada se clavó en la de ella y luego sacudió la cabeza con un suspiro frustrado.

—¿No eres consciente de que tu prometido se dará cuenta de que has estado con otro hombre cuando vayas a su cama?

—A él no le importará. —Un triste hecho que ella había llegado a aceptar hacía tiempo. Podría haber sido horrible, tullida o una ramera habiendo conocido los favores de numerosos hombres, y por la conexión real, aun así habrían buscado su mano.

—¿A tu prometido no le importará? —Duncan arqueó una ceja escéptica—. Me cuesta creerlo.

—Es difícil de explicar.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Inténtalo.

¿Qué debía decirle? ¿Que él había sido el primer hombre que se había preocupado por quién era ella y no por su derecho de nacimiento? ¿O que, por primera vez en su vida, había llegado a apreciar cada momento que pasaba con un hombre que no era su padre?

Y por horribles que fueran sus actos al entregarse a Duncan, una parte de ella, por equivocada que fuera, saborearía el amor que habían hecho. Si él se alejaba y nunca volvía a hablarle, al menos ella tendría el recuerdo de esta noche.

—Mi padre... —Tan atrapada en la pasión que estallaba entre ellos, no había considerado la reacción de su padre si se enteraba de la pérdida de su inocencia. Se pondría furioso con ella, más aún a la luz de sus esponsales. ¿Y qué le haría a Duncan?

¿Hacerle encarcelar? ¿Matarlo?

No podía permitir que Duncan soportara el castigo por sus pecados. Él solo había tomado lo que ella le había ofrecido libremente. Cualquier agravio era suyo, pero ¿lo vería así su padre?

Sophie le miró fijamente, insegura, dolida y asustada. Con su vida posiblemente en peligro, ella no podía revelar el título de su padre. Pero Duncan merecía alguna explicación. Tampoco esperaba el perdón.

—¿Tu padre? —incitó él.

Respirando hondo, reunió la compostura que le habían enseñado los años de ser hija de un rey. Le resultaba desgarrador lo tranquila y aplomada que podía estar cuando toda su vida yacía arrugada a sus pies.

—Mi padre concertó el matrimonio.

Hizo un gesto seco con la cabeza.

—Es común.

—Lo sería, excepto que él me dio el derecho de elegir al hombre con el que me casara. —Ella vaciló, maldiciendo lo que debía decir, palabras que él merecía oír pero que nunca entendería de verdad—. No le amo, ni nos hemos conocido.

Desplegó los brazos de su pecho.

—¿Tu padre te dio la opción de casarte por amor, y sin embargo te prometiste a un desconocido?

El calor de sus palabras y la incredulidad le dieron ganas de hacerse un ovillo y llorar.

—Nunca esperé conocer a alguien como tú.

Un músculo trabajó en su mandíbula.

—Después del tiempo que he pasado contigo, me cuesta creer que te hubieras conformado con cualquier cosa en tu vida.

Ella exhaló.

—Estaba cansada de hombres que intentaban falsamente llamar mi atención y me trataban como si fuera una simplona. Aunque no amo a mi prometido, mi padre me aseguró que me trataría con respeto. Los otros hombres...

—¡Los otros hombres!

Sophie entrelazó las manos para que él no las viera temblar.

—Pretendían atarse a mí para conseguir una alianza con mi padre. Es un poderoso señor —terminó en un susurro.

Duncan la observó, mostrando su mirada sagaz.

—Una fuerte lealtad suele formar parte de los matrimonios concertados. Eres una mujer hermosa, Eleonor. ¿No podrían ver eso además de tu inteligencia?

—Los hombres impulsados a ganar poder no ven la belleza en una espada bien trabajada, solo la mordedura letal de la hoja.

—Si pujaron por tu afecto con algo que no fuera sinceridad, fueron tontos.

Tontos o no, si Duncan sabía la verdad, cambiaría la forma en que la veía.

—Debería haberte hablado antes de mis esponsales. Quise hacerlo, pero los días pasaron tan deprisa y tenía tantas cosas en la cabeza. —Respiró tranquilamente—. Esta noche, temía que si te lo decía, me dejarías sin tocar. Quería atesorar esta noche contigo. Pero mis temores a una vida solitaria son poca excusa para mis actos. —Hizo una pausa, se armó de valor—. Fui egoísta. Es solo que...

—¿Qué?

«Que te quiero». La inesperada revelación la conmocionó hasta la médula. Debía de estar equivocada. Le apreciaba profundamente, pero ¿amor?

Con su futuro ya comprometido con otro, nunca podría contemplar una vida con Duncan. Y por mucho que lo deseara, no se atrevía a informar a Duncan de su vínculo real.

Le miró fijamente, queriendo que viera la verdad en sus ojos mientras hablaba.

— Me haces sentir lo que ningún otro hombre me ha hecho sentir. Cuando me besas, me tocas, me haces desear lo que está prohibido. —La vergüenza la invadió ante sus palabras, pero se obligó a continuar. Si no era su promesa, podía darle esto—. Me hiciste comprender lo que es ser deseada de verdad, por mí, no por el prestigio que pueda aportar a un hombre. —Su respiración se entrecortó—. Me equivoqué. Lo siento.

La miró fijamente durante un largo momento y su ira se convirtió en frustración. Con un áspero suspiro, dio un paso adelante y le cogió la barbilla.

—Yo también lo siento.

Ella se había preparado para su condena pero no para su empatía. Pasó un tenso segundo.

Luego otro.

El dolor que presenció en su expresión le robó el aliento. Sophie apoyó la cabeza en su pecho.

—Te lo ruego, no me odies.

—No puedo. Incluso después de... —Le acarició la mejilla con el pulgar—. Que Dios me ayude, aún te deseo. —Duncan se echó hacia atrás y la estudió—. Puede que haya una manera.

—¿Una manera?

—Sí. Hablaré con tu padre en tu nombre.

El pánico la invadió al pensar en Duncan acercándose a su padre.

—¿No crees que si creyera que hay una forma de detener mi boda lo haría?

—Si se te ha dado la opción de elegir a tu prometido —continuó—, ¿crees que tu padre entendería que sería un error permitir que te cases con un hombre al que no amas?

—Es imposible —dijo ella, sus palabras sonaban frías mientras luchaba por mantener la calma.

El deber pesaba sobre sus hombros, preocupaciones que no podía desechar.

Incluso por Duncan.

Pero una parte de ella deseaba su intervención porque su corazón estaba implicado. Un deseo. Aunque se preocupaba por ella profundamente, estaba lejos del amor. Dolida, empezó a apartarse.

Él le cogió la mano.

—Me reuniré con tu padre. Quizá poner fin a tus esponsales sea tan sencillo como pagar la dote prometida.

Por mucho que ella lo deseara, nada de lo que él dijera alteraría su destino. Ella negó con la cabeza.

—Mi voto ya está hecho. Mi padre no cambiará de opinión.

Una sonrisa tocó su boca.

—Puede que tu padre despida a un caballero común, pero hay algo que no te he dicho.

Ella permaneció en silencio. Lo que él estuviera a punto de compartir no cambiaría nada.

Él entrelazó sus dedos con los de ella.

—Soy un caballero, sí, pero también el conde de Donnells.

—¿Un lord escocés? —Sophie no sabía si reír o llorar. Amaba a Duncan, de haberlo conocido antes de su compromiso, dado su título y estatus, su padre le habría concedido felizmente permiso para casarse con él.

—Eleonor...

El uso que Duncan hizo de su segundo nombre fue un contundente recordatorio de su ignorancia sobre su vínculo real.

Y del peligro.

—Lo siento, pero tu nobleza no cambia nada. —La miró fijamente, su confusión la desgarraba. Por la gracia de María, había convertido en un desastre lo que debería haber sido un hermoso enlace. Necesitaba poner distancia entre ellos; sería sensato. Sensato. Y lo haría, con el amanecer acercándose, pero quedaban horas hasta entonces, un tiempo precioso que saborearía —. Hazme el amor de nuevo, Duncan. Dame esta única noche contigo.

—¿Cómo puedo...?

—Sé que está mal —se apresuró a decir—. Más de lo que tengo derecho a pedir.

Los ojos azules se entrecerraron.

—Mañana haré los preparativos para que ambos zarremos.

—Y por eso te doy las gracias. —Temblando ante la idea de dejarle marchar, se puso en pie—. Debes aceptar que una vez que partas, no podremos vernos otra vez. Jamás. Por favor, acuéstate conmigo hasta el amanecer. —Le costó tragar saliva—. Pero si eliges otra cosa, lo entiendo.

—Si hablara con tu pa...

—Mi padre no cambiará de opinión.

Eleonor podía estar convencida de que no podría convencer a su padre de que pusiera fin a sus esponsales, pero Duncan creía lo contrario.

—¿Quién es tu padre?

Silencio.

Que así sea. Una vez que hubiera entregado la cédula al rey Felipe, buscaría al noble y hablaría con él en privado. No sería difícil encontrar a un señor influyente que tuviera una hermosa hija llamada Eleonor que había viajado a Escocia como misionera. Y una mujer que había servido a su pueblo como curandera. Cualquiera que fuera el precio para liberarla de sus esponsales, él lo pagaría.

Ella creía que sus decisiones le quitaban responsabilidades hacia él; él no estaba de acuerdo. Aunque desconocía sus esponsales, había sabido de su estado de castidad.

Aun así, había permitido la intimidad.

Sí, podía culpar de sus actos a la apasionada petición de ella, de cómo había presionado contra él y destruido su voluntad, pero se negaba a utilizar excusas para una elección que había hecho. Con cada una de sus caricias íntimas, había conocido su decisión, había aceptado sus consecuencias.

Después de experimentar su pasión sin matices, la sensualidad sin tapujos de cada uno de sus movimientos, había querido más de lo que una noche les daría.

—Te necesito, Duncan. —Unos ojos llenos de deseo buscaron los suyos con desesperación —. Si está dentro de ti perdonarme por lo que ahora te pido, hazme el amor.

La súplica desesperada de ella cortó sus cavilaciones. Su cuerpo se endureció mientras su mente revolvía imágenes de ella bajo él.

— Eleonor...

Ella desató la sábana y se quedó desnuda ante él. Iluminados por la luz dorada de las velas, sus pechos, llenos, redondos y tentadores, le atraían.

—¿Todavía me deseas?

Él gimió en silencio. ¿Desearla? La mirada de Duncan se deleitó en sus tentadoras curvas, en cómo la luz resplandeciente se deslizaba sobre ella como él quería que lo hicieran sus manos, y dudó que alguna vez se saciara.

¡La ira de una espada! Debería alejarse. No era un muchacho inexperto acostumbrado a unirse a una mujer o a los placeres que el acto inspiraba. Pero mientras su aroma a mujer y lavanda burlaba sus sentidos, nunca había deseado a nadie tanto como a ella. Si tenía que condenarse, que así fuera.

Con el pulso acelerado, cruzó la habitación hacia ella y reclamó su boca en un beso feroz. Encontraría la forma de enmendar este error.



La luz del sol empolvada se colaba por la ventana envejecida para exponer la habitación en un

tenue resplandor. Por un momento egoísta, Duncan abrazó a Eleonor, que dormía en sus brazos, y disfrutó de la brumosa paz. No importaba que yaciera en el interior de una posada abatida o que, en algún lugar de la ciudad, los hombres de Bernard lo buscaran y lo quisieran muerto.

Por este único instante, se sentía satisfecho.

Aunque la prudencia le había aconsejado que no volviera a tocarla tras su acalorada discusión, su cuerpo había ardido al ver cómo a lo largo de la noche ella le había tendido la mano una y otra vez.

Duncan apretó un beso sobre su frente. En el sueño, las líneas de preocupación que habían estropeado su rostro desde que se habían conocido se habían suavizado. Estaba preciosa. Era como si las hadas le hubieran entregado una princesa.

La princesa.

La hija del rey Felipe.

Todavía estaba por ahí. Y él rezaba para que sus parientes la hubieran encontrado. Lo más probable era que, aunque la hubieran rescatado, Bernard hacía tiempo que había zarpado hacia Francia y habría empezado a plantar semillas de duda sobre la traición del rebelde escocés en el oído del rey. Hasta que la hija bastarda del rey Felipe fuera devuelta o el soberano leyera la cédula, el rey francés no se enteraría de la verdad.

Por mucho que deseara demorarse, la responsabilidad le dictaba lo contrario. Consciente de que tentaba al destino, Duncan mordisqueó la suave curva de sus labios y luego reclamó lentamente su boca en un profundo beso.

Un ceño fruncido cubrió su frente, y luego unas espesas pestañas rubias como la miel se alzaron. A través de los párpados entrecerrados, aturcidos por el sueño, una sonrisa, cálida y saciada, curvó su boca.

—Haz el amor conmigo.

Ante su jadeante petición, él se perdió. Duncan la tocó con infinito cuidado, asombrado por los sentimientos que evocaba. ¿Sería siempre tan fuerte la pasión que ella despertaba? Se encontró creyendo que así sería.

Un rato después, con el cuerpo de ella temblando por la liberación, Duncan se levantó sobre los codos y la miró fijamente.

—Buenos días, mi señor —dijo ella.

El ronroneo ronco de sus palabras le atrajo de nuevo. Se prometió a sí mismo que solo probaría un poco de sus labios. Duncan se inclinó más cerca. Sus labios se tocaron.

Se fundieron. El calor le asaltó y su mente se nubló.

Con pesar, se apartó.

—Debo marcharme para hablar con mi amigo en Glasgow. —Entonces cometió el error de mirar hacia abajo. Debajo de él, los pechos de ella le presionaban el pecho, sus cuerpos se fundían hasta donde el calor de ella rozaba la dureza de él.

Los ojos de ella, calientes por haber hecho el amor, le miraban, su invitación era clara.

Duncan tragó con fuerza.

—Estás haciendo que me resulte difícil dejarte.

Tras un suave beso en su boca, Eleonor se echó hacia atrás.

—¿No puedes quedarte un rato más?

—Si fuera posible, me quedaría aquí para siempre. —Miró a través de la mugrienta ventana hacia donde el sol se elevaba lentamente en el cielo e hizo una mueca. No podía retrasar más su partida. Con un gruñido, Duncan se incorporó y recuperó sus corpiños.

Rodó sobre su estómago. Desnuda, le observó con pecaminosa invitación.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que vuelvas?

Alabó en silencio su resistencia, comparándola con la de un santo mientras se tiraba de las correas.

—Debería volver antes del mediodía.

—¿Crees que los hombres que nos buscan estarán en Glasgow?

—Sí. Hemos tenido suerte de no habernos cruzado con ellos en los últimos días. —Se resignó con una última mirada sobre su tentador cuerpo—. Quédate en la habitación hasta que regrese.

La boca de Eleonor se suavizó en un mohín sensual.

—Te echaré de menos.

—Sí, lo harás —dijo él, con un atrevimiento que ella despertó. La risa de ella le atravesó, recordándole todas las razones por las que deseaba quedarse. Después de haberse puesto su atuendo y rematado con su capa, Duncan se entregó a un último beso, lento y profundo, hasta que sus manos se entrelazaron alrededor de su nuca e intentó tirar de él para llevarlo a la cama. Las cadenas de su cota de malla tintinearón cuando él se soltó.

Ella emitió un gemido frustrado.

—Lo has hecho a propósito —acusó en voz baja.

Él le guiñó un ojo.

—Así es. Pero soy un hombre que nunca empieza nada que no pueda terminar.

Con una sonrisa lasciva en el rostro, ella se sentó, sus pechos sobresalían orgullosos, como haciéndole señas para que volviera.

—Podrías...

—Debo irme —interrumpió él, demasiado familiarizado con adónde le llevaría su tardanza. Cambió el nudo de sus correas, su burla la dejó más que frustrada—. A mi regreso, terminaremos esta... discusión.

—Duncan —llamó ella cuando él hubo llegado a la puerta.

—¿Sí?

Su mano se deslizó para ahuecar su pecho mientras su mirada sostenía la de él.

—Estaré esperando.

Apretó el picaporte de la puerta. Diablos, la muchacha era una tentadora. Se había

enfrentado a muchos adversarios en el campo de batalla con las probabilidades en contra. Seguramente podría resistir los encantos de la muchacha hasta su regreso.

—Quédate aquí —ordenó—. No vayas a ninguna parte hasta mi regreso, no importa la causa.

Ante su recordatorio del peligro, ella bajó las manos y su rostro palideció.

—¿Y si no regresas?

—Volveré. —Aunque tuviera que arrastrarse.

—Ten cuidado.

Duncan le lanzó una sonrisa, queriendo aliviar sus preocupaciones.

—Lo tendré.

Una brisa fresca le saludó al salir de la destartalada posada. La luz de primera hora de la mañana dejaba al descubierto la pobreza de las calles, el aire cargado de olores húmedos que rezumaban de los edificios en ruinas empujados unos contra otros.

Bien familiarizado con los peligros de Glasgow, hizo un lento barrido a su alrededor. Había varias personas fuera, pero mantenían las miradas apartadas al pasar. Seguro de que no le vigilaban, se apresuró hacia una estrecha calle lateral.

Tres calles más allá, al doblar una curva, divisó a varios caballeros que detenían a los viajeros y los interrogaban. Con una maldición retrocedió y luego se asomó por la esquina.

Uno de los hombres se volvió.

Se aplastó contra la pared. Era el hombre que le había disparado con el cerrojo. Miró hacia el callejón. Si daba marcha atrás, su viaje sería el doble de largo. Hizo una mueca. Eleonor se preocuparía de que llegara tarde, pero él no se atrevía a tomar la calle.

Varias horas después, las campanas que anunciaban la llegada del mediodía doblaron cuando Duncan llegó a la catedral de Glasgow. Hizo una mueca. Eleonor le estaría esperando. Al menos estaba a salvo en la posada. Pero, ¿y si los hombres habían descubierto su paradero? No, había ocultado bien sus identidades.

Se deslizó por una entrada lateral. El aroma del incienso y la mirra flotaba en el aire. Habiendo visitado la catedral muchas veces antes, se movió con pasos seguros por los solemnes pasillos adornados con tapices de intrincado tejido.

Al final del pasillo, empujó suavemente una gruesa puerta de roble. Unas vidrieras encajonadas por robustos marcos artesanales se arqueaban hacia el techo, diseñado con varias imágenes finamente trabajadas de Jesús, María y varios escenarios bíblicos. Con cada entrada en esta cámara, le invadía una enorme sensación de espiritualidad. Era como si pudiera sentir la presencia de Dios.

Los murmullos de una voz profunda en latín hicieron que Duncan dirigiera la mirada hacia el frente de la sala.

De rodillas, un obispo con la cabeza inclinada, ataviado con largas túnicas vaporosas, flanqueado por dos sacerdotes, continuaba con sus oraciones.

Duncan avanzó, la gruesa alfombra de lana amortiguaba sus pasos. A varios pasos del

altar, se detuvo.

Unos cánticos melódicos llenaron la cámara.

Familiarizado con la plegaria, la siguió en silencio, entristecido por su doble propósito aquí. Había venido a solicitar ayuda para garantizar la seguridad de Eleonor y su futuro viaje a Francia. Pero también necesitaba dar la noticia de la pérdida de su amigo común, un hombre que había salvado la vida del obispo.

A lo largo de los años siempre había anticipado sus visitas y disfrutado del tiempo que pasaban juntos. Pero nunca se había planteado que le daría a Robert Wishart, un hombre que había actuado como su mentor a lo largo de los años, una noticia tan desgarradora. Aunque su amigo llevaba la toga de obispo, esta no le protegería contra el dolor de enterarse de la muerte de McNaughton.

Con el corazón oprimido, Duncan rozó con la mano el lugar donde yacía oculto el documento. No, él no le fallaría a su amigo. El escrito sería entregado al rey Felipe.

Los murmullos terminaron. Los susurros de la oración se desvanecieron.

—Dejadnos —dijo el obispo Wishart a los dos miembros del clero sin volverse.

Duncan sonrió ante la capacidad de su amigo para percibir la presencia de los demás. Otra razón por la que había elegido a Robert para vigilar a Eleonor. Su sentido innato añadiría otra capa de seguridad contra los que la buscaban. Y aunque era obispo, con sus anchos hombros y su robusta complexión, su amigo parecía más bien un caballero.

Ambos sacerdotes se levantaron. Al fijarse en Duncan, la sorpresa y luego el reconocimiento se reflejaron en sus rostros. Asintieron y pasaron de largo. Momentos después, la puerta se cerró con un suave silbido tras ellos.

Robert se persignó. Se levantó y se giró, con su rostro enjuto y lleno de preocupación.

—Me sorprende verte. Lo último que había oído es que estabas asistiendo a una reunión secreta del Parlamento en las Tierras Altas.

—Sí —respondió Duncan, sin sorprenderse de que su amigo estuviera tan bien informado. Su puesto le proporcionaba muchos lugares en los que recoger noticias de importancia para la lucha de Escocia por la libertad—. ¿Ha oído hablar del secuestro de la hija bastarda del rey Felipe?

El obispo asintió solemnemente.

La esperanza llenó a Duncan.

—¿La han encontrado?

Las gruesas y desgredadas cejas se hundieron preocupadas.

—No. Dondequiera que el duque de Bernard la haya escondido, ha sido con mano astuta.

—Esperaba que ya la hubieran encontrado. —Duncan hizo una pausa, odiando la triste noticia que traía.

Frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—McNaughton ha muerto.

La calidez de los ojos de Robert se transformó en tristeza.

—¿Cómo?

—Por dictado de Robert Bruce, conde de Carrick, Guardián del Reino de Escocia, McNaughton llevaba un escrito al rey Felipe, explicándole la traición del duque inglés —respondió Duncan—. De camino a la costa para navegar hacia Francia, los caballeros de Bernard le atacaron.

El rostro de su amigo palideció.

—¡Dios del cielo! ¿Bernard tiene el escrito que Robert Bruce destinó al rey Felipe?

Tragando saliva con dificultad, Duncan se tocó la capa.

—No, yo lo tengo. Me encontré con McNaughton herido y moribundo. Le juré que le entregaría el escrito. —Dio un paso adelante y puso una mano firme sobre el hombro del obispo—. Le doy mi juramento de que su muerte no será en vano.

Los dedos de Wishart temblaron al tocar la cruz que colgaba de su cuello.

—Doy gracias a Dios de que hayas llegado a salvo.

El silencio flotaba entre ellos.

Duncan se quedó mirando el crucifijo asegurado detrás del altar, la sangre que lloraba por el cuerpo de Cristo.

—Necesito pedirle tres favores.

—Cualquier cosa.

Un músculo trabajó en su mandíbula mientras sostenía la mirada angustiada de Robert.

—La única forma de que el duque inglés se enterara de la misiva era que uno de sus informantes estuviera sentado en la reunión privada.

—¿Un traidor? —Aunque un susurro, la pregunta del obispo atravesó la sala como una maldición.

—Sí —respondió Duncan, con su propia furia al deducir el motivo—. Lo menciono porque Robert Bruce necesita ser informado de estas noticias.

—Considéralo hecho.

—Mi agradecimiento.

—¿Tu segunda petición sería asegurarte pasaje a bordo de un barco a Francia?

—Sí, pero si es posible, navegaría con alguien de confianza en lugar de con un mercader desconocido.

—El escrito es demasiado importante para arriesgarse a que caiga en manos poco fiables —aceptó Robert, con voz temblorosa, prueba de que luchaba por contener su pena—. Enviaré a un corredor para saber quién está en el puerto. Si algún capitán de barco de nuestra confianza está amarrado en el muelle, en cuanto se entere de la gravedad de este asunto, estoy seguro de que ajustará su itinerario y zarpará hacia Francia a toda prisa. —Se frotó el pulgar sobre la cruz—. ¿Y la última?

—Hay una mujer.

La ceja de Robert se levantó.

—¿Una mujer?

—Durante mi huida con el escudo, me hirieron —explicó Duncan—. Una misionera francesa llamada Eleonor me encontró y me cuidó. Su grupo fue atacado mientras viajaba por las Tierras Altas. Dijo que regresaban del Priorato de Beaulieu.

Con el ceño fruncido, el obispo se frotó la mandíbula.

—No sabía que vinieran misioneros de Francia.

La inquietud le invadió.

—¿No lo sabía?

El obispo sacudió la cabeza.

—No he oído nada de tal acuerdo.

Eso no tenía sentido. Uno pensaría que con las luchas entre Inglaterra y Escocia, el grupo de Eleonor habría tomado todas las precauciones para garantizar su seguridad. Entonces, ¿por qué no habían informado al obispo de su llegada?

## Capítulo 12

Las campanas de última hora de la tarde doblaron, enviando estallidos de nervios a través del menguante día de primavera. El fuerte sabor del mar y el hedor de la ciudad invadieron los confines de la cámara. A Sophie se le revolvió el estómago.

Se retorció las manos y volvió a mirar a la puerta.

—¿Dónde estás, Duncan? —Habían pasado horas desde que se había marchado. ¿Había llegado a su destino? ¿Le habían capturado sus perseguidores? ¿O le habían matado y su cuerpo yacía ahora en la calle?

¡Basta!

Podía haber muchas explicaciones para su retraso. Buscó en su alma para tranquilizarse, no encontró más que razones ominosas.

En un suspiro, se volvió hacia la cama, y las imágenes de Duncan la inundaron. La forma en que él la había amado, cómo había encendido sentimientos que ella nunca había imaginado. Con sus recuerdos de él haciéndole estremecer el cuerpo, la oscuridad de la cámara le pareció menos amenazadora. Sophie soltó un suspiro tranquilizador. Él volvería.

¿Y entonces qué?

Su feroz posesividad mientras la había amado la reclamaba.

*Mon Dieu.* ¿Cómo podía haber sido tan tonta como para creer que la noticia de su compromiso disuadiría a un escocés de tan fuerte carácter? Era un conde, un hombre acostumbrado a ejercer el poder.

Unos pasos resonaron en el exterior.

Sacando su daga, Sophie se aplastó contra la fría madera adyacente a la puerta enrejada.

La almohadilla de pasos firmes se detuvo.

«Por favor, que sea Duncan».

Con el pulso acelerado, se esforzó por oír los murmullos de otros hombres, gruñidos que la alertaran si eran ingleses. Los segundos se alargaban, cada uno tensando más sus nervios.

—¿Eleonor?

Al oír el susurro de Duncan, se echó hacia atrás.

La puerta golpeó contra la barra de madera cuando intentó entrar.

—¿Eleonor? —susurró, esta vez más alto.

El alivio la invadió, envainó su daga, tiró de la barrera y abrió la puerta de un tirón.

Duncan entró.

Corrió a sus brazos y se derramó en un beso, borrando las horas de incertidumbre.

La puerta se cerró contra el peso de su cuerpo mientras Duncan giraba con ella y la apretaba contra la madera, su boca tomando la de ella con la misma desesperación.

Un largo momento después se apartó, sus ojos estaban oscuros de deseo.

—Si hubiera sabido de tu calurosa bienvenida, habría pasado tiempo fuera antes.

El calor le acarició la cara ante su burla juguetona, pero cuando ella hizo ademán de apartarse, él le cogió la barbilla.

—Debes pensar que soy tonta.

—Eleonor, solo estaba bromeando.

Ella se tambaleó un segundo.

—Te echaba de menos.

La risa se cocinó a fuego lento en sus ojos.

—¿Así es como llamarías a lanzarte a mis brazos y dejarme sin aliento?

—Estaba disfrutando— musitó ella, sintiéndose aún más tonta. Mientras su pulso se ralentizaba, ella le estudió. Un conde. ¿Cómo se le había pasado por alto su porte aristocrático cuando cada uno de sus actos, la propia caballerosidad de sus decisiones, afirmaban lo obvio?

Pero ella lo sabía. Desde su juventud había visto a demasiados dentro de la alta burguesía que utilizaban sus poderosas posiciones para su propio beneficio. Y con cada acto egoísta que había presenciado, su opinión sobre la nobleza se había vuelto hastiada.

Sophie intentó soltarse, pero él la estrechó entre sus brazos.

—Yo también te he echado de menos —dijo Duncan, mientras su boca cubría la suya con un calor feroz.

Perdida en el tumulto de sensaciones, no estaba segura de en qué momento él la llevó a la cama. Rápidamente la despojó de su bata y a él mismo de su cota de malla y del resto de su atuendo. Con su boca rozando su carne, nada más importaba.

—Te deseo —murmuró mientras le acariciaba los pechos y su lengua se burlaba de la suya, volviéndola felizmente loca.

Ella trató de mantener la cordura, pero a medida que él seguía besándola, tocándola, hizo añicos su control sobre eso también.

Hasta que solo fue él. Solo ella.

Como si los peligros más allá de su cámara no existieran.

Los gritos de ella se entrelazaron con los rancos murmullos de él. Ella se arqueaba mientras él se hundía profundamente en su interior una y otra vez. Y con cada caricia de él, ella ascendía más alto. Hasta que su mundo estalló con una lluvia de niebla púrpura y remolinos de lavanda.

Entonces se encontró flotando, a la deriva, entre los brazos de Duncan, con la boca de él reclamando cada uno de sus gritos, el temblor de su cuerpo igualando el de ella.

La justeza del momento la hizo anhelar todo lo que nunca podría tener. Moviéndose entre sus brazos, se acomodó contra su pecho. ¿Cómo podía dolerle a uno el corazón e hinchársele en el mismo instante? Pero el suyo lo hacía, dolorosamente. Amaba de verdad a Duncan, y el reconocimiento hacía que el dolor de dejarle fuera aún más insoportable.

—¿Duncan?

Ante el susurro saciado de Eleonor, un soplo de satisfacción masculina se deslizó a través de él.

—¿Sí?

—¿Por qué tardaste tanto en volver?

Recostó la cabeza contra la curva del cuello de ella y se permitió este momento de paz. Pero mientras escuchaba los lentos latidos del corazón de ella, no podía disipar la inquietud que le había causado la ignorancia de Robert sobre su viaje o el de su grupo al Priorato de Beaulieu.

—Tomé otra ruta de regreso.

Ella le acarició la mejilla.

—¿Por qué?

—Me reconocieron los hombres que me buscaban.

—¿Qué? —Ella intentó incorporarse, pero él la atrajo hacia sí para darle un beso tranquilizador.

—No te preocupes —dijo él contra su boca—. Conozco las calles y me escondí en un callejón hasta que pasaron.

La preocupación parpadeó en sus ojos.

—Esperaba que te equivocaras cuando sospechabas que los hombres que te seguían habían llegado a Glasgow.

Él asintió.

—Por mucho que deseara que pudiéramos volver a hacer el amor, esta noche tenemos que viajar a un lugar más seguro.

—¿Por eso me arrastraste a la cama a tu regreso? —se burló ella.

—¿Te arrastré? —Él bajó el hocico y besó su camino hasta su pecho.

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien se lanzó a mis brazos. —Y le besó con tal intensidad, que la lógica había nublado su mente.

Ahora, con su cuerpo saciado, resurgieron sus dudas sobre la razón de ella para estar en las Tierras Altas. ¡La ira de una espada! Odiaba este no saber. Cuando había llegado, debería haberle preguntado por la ignorancia de Robert sobre cualquier misionero francés que visitara Escocia. Sus preguntas tendrían respuesta y sus dudas desaparecerían.

¿O no?

Ella le había ocultado el hecho de sus esponsales. Incluso si ella le confesaba su verdadera razón para viajar a Inglaterra, ¿podría él confiar en que le estaba contando todo?

Desgarrado, la atrajo a su lado. Deseaba que estos secretos entre ellos no existieran, pero

hasta que no hubiera entregado la cédula y pudiera contarle el motivo de su propia misión, ¿no era él igual de culpable de ocultar información?

Ante su silencio, Eleonor levantó la cabeza y el deseo de sus ojos parpadeó.

¡La ira de una espada! No debería haber permitido que volvieran a hacer el amor hasta que supiera la verdad.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

Aunque la controlaba, oyó la fragilidad de una mujer que había sufrido demasiados golpes de la vida, una mujer que podía erigir barreras emocionales con una eficacia letal y dejar fuera a todo el mundo.

Incluido él.

Duncan despreciaba manchar sus últimos momentos de intimidad, pero para su propia tranquilidad, necesitaba una explicación.

—Mientras hablaba con mi amigo de nuestra necesidad de alojamiento seguro y pasaje a Francia, me informó de que no había oído nada sobre misioneros franceses en Escocia.

—¿Un amigo? —susurró ella, con voz cada vez más fría.

No, ella no iba a evitar su pregunta esta vez.

—¿Por qué has venido aquí?

Ella intentó apartarse rodando, pero él la detuvo.

Su mirada se volvió cautelosa.

—¿Crees que te he mentado?

—¿Lo hiciste?

—¿Por qué me lo preguntas cuando es obvio que crees que lo he hecho? —Maldita sea su evasiva.

—Confíame la verdad.

—Confía. —Aunque ella exhaló la palabra, él oyó la trampa en su voz, la prueba de que ella luchaba contra cualquier límite que le impidiera decírselo—. *Oui*, confío en ti. Más de lo que es prudente.

—¿Eres misionera?

Las pestañas miel bajaron.

—Te he dicho todo lo que puedo.

—¿Lo has hecho? —El arrepentimiento en los ojos de ella le hizo doler el corazón, pero la oleada de culpabilidad que rondaba su rostro espoleó su ira. Duncan le agarró las muñecas cuando ella se intentaba alejar—. ¿Por qué...?

—Están cerca —llamó la voz grave de un hombre desde fuera. ¡Los hombres de Bernard! Duncan le hizo un gesto para que guardara silencio.

Con los ojos muy abiertos por el miedo, asintió.

Con afinado sigilo, se deslizó de la cama, se arrastró hasta la ventana y se asomó.

—¿Qué ves? —susurró Eleonor.

Se volvió, encontrando ironía en el hecho de que aún la quisiera a la luz del peligro inminente.

—Nuestros perseguidores están fuera.

Agarró sus ropas.

—Debemos escabullirnos antes de que registren la posada.

—Sí —respondió mientras se ponía su atuendo y luego se apresuraba a ponerse la cota de malla.

Sophie tiró de su camisola, las voces apagadas de los hombres al otro lado de la ventana la dejaron estremecida. Pero esa no era ni mucho menos su única preocupación. ¿Cómo había sabido el amigo de Duncan que ningún misionero francés había viajado a Escocia? ¿Quién era exactamente ese hombre?

Como habían tenido que huir de la posada, había evitado responder, pero Duncan no descansaría hasta recibir una respuesta satisfactoria. De alguna manera debía evitar el tema hasta que se separaran. Su ignorancia de su vínculo real era la única forma de mantenerlo a salvo.

Echó un vistazo por la ventana y luego se volvió.

—¿Estás lista?

—*Oui*. —Se puso la capa. Se le estrujó el corazón al contemplar la cámara por última vez. Al menos habían tenido unas horas de intimidad. Una vez que hubiera navegado a Francia y entregado la orden, nunca la encontraría.

Tras asegurar su espada, Duncan se puso la capa. La ternura tocó su rostro.

—Todo se resolverá.

No se resolvería. Nunca podría.

En silencio, abrió la puerta y se asomó.

—No hay nadie fuera en este momento. Podemos irnos. —Tomándola de la mano, la condujo fuera de la posada.

Mientras viajaban, ella contempló la creciente noche. Una bruma turbia cubría la luna, tiñendo la ciudad de un tono sangriento. El pavor se enroscó con fuerza en su interior. ¿Era una premonición? ¿Presagiaba la muerte de Duncan?

¿O la suya?

Aminoró la marcha cuando llegaron al final del callejón, recorrió la concurrida esquina. A la luz amortajada, los duros ángulos de su rostro se esculpieron en un ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien?

Un dolor empezó a martillearle en la nuca.

—Estoy bien. Tenemos que darnos prisa. —Suficiente peligro había a su alrededor como para que ella entorpeciera su paso.

—Ya casi hemos llegado y entonces podrás descansar.

La preocupación en su voz la conmovió. Aunque estaba enfadado con ella, aunque le había hecho daño, aún encontraba compasión. Y, lamentablemente, ella le causaría más disgustos.

Se adelantó a ella con gracia felina, sus pasos seguros, su cuerpo tenso, preparado para reaccionar.

El guerrero.

—¿Qué ocurre? —susurró, estudiándola con una intensidad desconcertante.

—Nada. —Pero lo había. Duncan nunca le había dicho con quién se había reunido antes. Su amigo era claramente un hombre bien informado que aparentemente conocía las idas y venidas de los misioneros y podía destruir su historia.

—No podemos entretenernos. —Él se puso en marcha.

Ella le siguió, con la mente dándole vueltas a las posibilidades. ¿Estaba Duncan tan decidido a descubrir sus secretos que podría arruinar inadvertidamente cualquier oportunidad que ella tuviera de regresar a Francia?

Presa del pánico, aminoró la marcha. No podía arriesgarse a enfrentarse a quienquiera que fueran a encontrarse. Sophie echó un vistazo a las calles que ofrecían cualquier cosa menos seguridad. Tampoco podía arriesgarse a abandonar la protección de Duncan.

*Mon Dieu*, ¿qué iba a hacer?

## Capítulo 13

Sophie siguió el ritmo de Duncan mientras este serpenteaba por las oscuras calles. En la siguiente esquina se detuvo y echó un vistazo al callejón. Al cabo de un momento, se encaró con ella, con las cejas fruncidas en un ceño preocupado. Le hizo un gesto para que le siguiera y se puso en marcha.

Una débil luz se derramaba delante de ellos, entretejiéndose en las lúgubres sombras que envolvían las calles. Cada oscuro pasadizo encerraba la promesa del peligro.

O de una posible muerte.

Un escalofrío la recorrió. No podía permitir que nadie la reconociera; tampoco podía arriesgarse a escabullirse de Duncan y viajar sola por esta peligrosa parte de la ciudad. Hasta que no se encontrara con quienquiera que la condujera, tampoco sabría si su identidad se había visto comprometida. Luchando por mantener la calma, Sophie miró a Duncan. Le recordaba a su padre, a su amor por una causa impopular, y luego a su demostración de cómo podía alcanzarse un objetivo impensable. Al ofrecer su apoyo a los escoceses, su padre se atrevió a enfrentarse al rey Eduardo, consciente de que sus acciones podían incitar a la guerra. Al igual que Duncan, valoraba la libertad.

Seguramente su padre encontraría favor en este valiente escocés. Exhaló un áspero suspiro. A menos que se enterara de que ella había entregado a Duncan su inocencia.

¿Y qué hay de su prometido? Se había convencido a sí misma de que a Gaston de Croix no le importaría si ella llegaba a él sin ser casta. Pero, ¿y si se había equivocado? ¿Y si, furioso por su infidelidad, su prometido insistía en su encarcelamiento en un convento para el resto de su vida? ¿O exigiría la muerte de Duncan? Un miedo helado la atravesó. No, cualquier restitución necesaria sería solo suya.

Duncan tiró de ella hacia las sombras y luego se detuvo. Le apretó suavemente la mano.

—Lamento los numerosos callejones que hemos recorrido, pero creo que esta es la ruta más segura. —Con una suave caricia, rozó su boca con la de ella, y luego rompió el beso—. Estás temblando.

—Estoy cansada. —No era mentira, pero estaba lejos de ser verdad.

Con un suspiro, le apartó un mechón de pelo y se lo colocó detrás de la oreja.

—Debemos continuar.

La condujo a través del callejón, pero las paredes envejecidas se veían borrosas a través de sus lágrimas. Peor aún, como había ocultado su identidad, Duncan no tenía ni idea de los peligrosos límites que había cruzado.

Al pasar junto a una esquina iluminada por una lámpara de aceite, Duncan vislumbró el

rostro de Eleonor. Su palidez le preocupó. Si el informe del obispo no hubiera indicado la fuerte presencia de los caballeros del duque inglés en Glasgow, habría aceptado la oferta de Robert de utilizar su carruaje.

Pero no se arriesgaría a una conexión entre él y el obispo. Tal enlace acabaría con su capacidad de transmitir comunicaciones vitales para la causa rebelde. Eso no aliviaba su sentimiento de culpa por cómo sus vínculos le impedían dar un respiro a Eleonor de su agotamiento.

El eco de las campanas repicó cerca.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Mira adelante.

En la luz mortecina, una enorme estructura se alzaba de la tierra. Con duros ángulos de piedra que se arqueaban para enmarcar ventanas de elaborado diseño, la arquitectura parecía hecha para la realeza.

—La catedral de Glasgow —respiró—. ¿Ese es nuestro destino?

—Sí. —El alivio en su expresión alivió sus recelos de que ella hubiera mentido sobre ser misionera. Un músculo trabajó en su mandíbula mientras Duncan escudriñaba las calles. Odiaba sus dudas. ¿Por qué no podía borrar sus sospechas?

Confiado en que nadie les observaba, la guió hacia la parte trasera de la iglesia. Racimos de enredaderas tupidas de hojas les protegían mientras bajaban apresuradamente por un camino de escalones de piedra abrazados por el musgo que se curvaban hasta una gruesa puerta de roble.

Golpeó dos veces la sólida madera. Hizo una pausa. Luego volvió a golpear tres veces en rápida sucesión.

Sin hacer ruido, la puerta se abrió. La forma ensombrecida de Robert llenó la sombría luz. Les hizo un gesto para que entraran.

—Deprisa.

Después de que entrara Eleonor, Duncan la siguió y aseguró la puerta. El frescor de la tierra de abajo contrastaba con el calor del exterior. Robert echó un vistazo superficial a su forma encapuchada antes de encontrarse con la mirada de Duncan.

—Has estado fuera demasiado tiempo. Empecé a preocuparme.

Duncan se echó hacia atrás la capucha.

—Era necesario eludir a los caballeros que nos buscaban.

El obispo asintió comprensivo.

—Lo sospechaba. Aunque dudo que alguien visite las bodegas de la catedral a estas horas, no debemos demorarnos. Seguidme. —Levantó un candil, se dio la vuelta y comenzó a bajar por un estrecho pasillo.

El aroma de la edad, el roble y la mirra les rodeó a medida que se adentraban en el interior. Toneles de vino apilados a ambos lados presumían de la riqueza de la catedral. Más adelante, el pasillo se curvaba y luego se abría a unos robustos escalones que conducían a la cámara que Duncan había visitado horas antes.

En lugar de subir, el obispo se dirigió detrás de la escalera hacia una puerta oculta. Les indicó que entraran.

Duncan notó la sorpresa de Eleonor al entrar en la cámara oculta. Varias velas sobre una pequeña mesa iluminaban la habitación, su olor a humedad confirmaba su uso poco frecuente. El suelo de tierra yacía desnudo, las paredes carecían de adornos y una gran tela cubría un montón indiscernible en un rincón. En la habitación también había una cama y provisiones.

Recordó la primera vez que Robert le había traído aquí. Le llevó, corrigió. Había tenido la desgracia de cruzarse con tropas inglesas borrachas. Bajo su interpretación de las órdenes del rey Eduardo de sofocar hasta la sumisión a cualquier escocés que encontraran, casi había muerto. A salvo de miradas indiscretas, se había recuperado en esta habitación.

Eleonor se echó hacia atrás la capucha y se volvió hacia Duncan, con la mirada aprensiva.

Le cogió la mano.

—Mi señor obispo, permítame presentarle a lady Eleonor, la noble de la que le hablé antes.

Robert le hizo una reverencia cortesana.

—Mi señora.

—Lady Eleonor, permítame presentarle a milord Robert Wishart, obispo de Glasgow. — Dado que Eleonor era una misionera, Duncan había esperado reconocimiento una vez que hubiera revelado el nombre de Robert, pero nada de miedo. ¿Por qué iba a tener miedo? No tenía sentido. En un viaje religioso, ¿no encontraría alivio en la santidad de la iglesia? ¿O al menos consuelo al aterrizar bajo la protección del obispo?

—Mi señor obispo, es un honor —respondió ella.

Su porte volvió a parecer regio a Duncan, su voz entonada con fría discreción, como si estuviera acostumbrada a reunirse con dignatarios. Lo cual, como hija de un noble prominente, sería normal. Entonces, ¿por qué presentía que algo mucho más importante se estaba desarrollando ante él?

Las cejas del obispo se fruncieron profundamente mientras la estudiaba.

—¿Nos conocemos?

Eleonor palideció.

—No.

Duncan la creyó, más que nada porque su amigo nunca olvidaría a una mujer que se le presentara entre las filas de la nobleza, especialmente a una tan bella como Eleonor. Entonces, ¿por qué la presencia del obispo la inquietaría?

—Necesito hablar contigo en privado. Tengo noticias importantes que no pueden esperar —dijo Robert, cortando las cavilaciones de Duncan.

—Estaré allí en un momento —respondió él, frustrado. En lugar de encontrar respuestas sobre ella, se encontró con más preguntas.

El obispo dirigió una mirada perspicaz a Eleonor y se marchó. Con la respiración agitada, se quedó mirando la puerta a su paso, con los dedos apretados.

Confundida, Duncan la observó. ¿Temía que Robert la hubiera reconocido? ¿Exija la

verdad! Con la mandíbula apretada, miró hacia la puerta. La ira de una espada, Robert le estaba esperando. Dirigió su mirada hacia ella.

Sus ojos se encendieron y luego se enfriaron.

Había obtenido un breve respiro. Por su malestar, ambos lo sabían. Con una maldición silenciosa, se dirigió a la entrada, abrió la puerta de un tirón y miró hacia atrás.

—Volveré pronto.

Con un suspiro frustrado, aseguró el panel envejecido. Al subir las escaleras, encontró a Robert esperándole en lo alto. Duncan hizo una pausa.

—¿La conoce?

El obispo estudió a Duncan con mirada solemne.

—Nunca había visto a lady Eleonor. ¿Te ha dicho ella su nombre completo?

El aliento que había contenido salió entre dientes apretados.

—Cuando se lo pregunté, se negó. —Tampoco se lo había dicho después de haberse entregado a él de la forma más íntima.

—¿Ha hablado ella de qué región de Francia procede? —Ante la vacilación de Duncan, las cejas de Robert se alzaron—. ¿Ni siquiera lo sabes?

—Hemos viajado mucho —respondió él, avergonzado de haber podido hacer el amor con ella y no conocer la ubicación de su hogar, y mucho menos su nombre completo.

—Tú llevas la escritura —dijo Robert frunciendo el ceño—. No es propio de ti poner en peligro un documento de importancia por entretener la presencia de un extraño, y mucho menos arriesgarte a ofrecerle escolta a través de las Tierras Altas.

Duncan asintió, el calor encendía sus mejillas ante el más que merecido escarmiento. Con Eleonor, había actuado como un muchacho inexperto que saborea su primer beso.

—Mientras escapaba de los hombres de Bernard, fui alcanzado en el hombro por una flecha. Eleonor me encontró inconsciente y me salvó la vida. No pude dejarla. No cabe mencionar que después del ataque a su grupo, ella necesitaba consuelo y comprensión, no que me entrometiera.

—Dada la situación, puedo entender que la ayudaras y respetaras su intimidad. Pero después de los días que habéis viajado juntos, sobre todo teniendo en cuenta la importancia de que llegaras hasta el rey Felipe, habría esperado que tomaras todas las precauciones para saber todo lo posible sobre ella. Los peligros suelen venir de lo aparentemente inocente.

Se puso tenso.

—¿Cree que Eleonor es una amenaza?

—No para tu misión. —El obispo se preocupó por la cruz que llevaba al cuello—. No es propio de ti dejar tantas cosas sin respuesta.

Estuvo de acuerdo. Nunca antes había permitido que sus emociones anularan su sentido común. Una razón por la que se le buscaba para las misiones más difíciles de los rebeldes, y por la que a menudo era llamado por Robert Bruce, cuando el Guardián de Escocia necesitaba un hombre en quien confiar. Vergonzosamente, desde que había conocido a Eleonor, parecía que su

lógica había huido.

—Pero entonces —continuó el obispo, suavizando su voz—, excepto por Shenna, nunca te he visto tan embelesado por una mujer.

Cogido por sorpresa, Duncan miró fijamente a su amigo.

—¿Qué quiere decir?

Robert apoyó la mano en el hombro de Duncan.

—Nos conocemos desde hace demasiados años como para no ver el calor que hay en tus ojos cuando la miras. Pero te aconsejo que, antes de involucrarte con la muchacha, aprendas más sobre ella, yo lo haría. —Estudió a Duncan y luego dejó caer su mano—. ¿O ya es demasiado tarde?

Recuerdos de él y Eleonor haciendo el amor inundaron la mente de Duncan.

—Me preocupo por ella profundamente.

—Sabes poco de ella —advirtió Robert.

—Tal vez, pero me he enterado de que es auténtica y cariñosa. —Hizo una pausa—. Después de entregar la cédula, deseo volver a por ella.

El ceño del obispo se frunció.

—¿Crees que es prudente?

—No —respondió Duncan con total honestidad. Además de sus esponsales, ella no confiaba en él lo suficiente como para contarle el secreto que ocultaba, ambas sólidas razones por las que debía dejarla marchar—. Pero Eleonor me importa demasiado como para olvidarla.

—De amigo a amigo, solo te pido que sopeses con cuidado tus futuras decisiones respecto a ella antes de actuar. No desearía veros heridos a ninguno de los dos.

—¿Qué noticias tiene? —preguntó Duncan, cambiando de tema, comprendiendo la preocupación de Robert.

—He recibido noticias de que tres barcos están amarrados en el muelle, uno de ellos el Fenway. Tu amigo, lord Michael Madigan, conde de Brenton, es el capitán.

El alivio le invadió.

—Que será mi transporte a Francia. —Una vez que su amigo de la infancia supiera su destino, junto con el motivo, le ofrecería el pasaje.

—Está planeando navegar a Portugal con la marea de la mañana.

Un impulso urgente inundó a Duncan.

—Entonces partiré hacia los muelles inmediatamente.

—¿Y lady Eleonor?

—Le pido que la mantenga a su cuidado hasta que pueda conseguirle pasaje para navegar a Francia. Me niego a someter a una dama al Fenway. Aunque Brenton navega con ánimo de lucro, ambos sabemos que más a menudo él y sus hombres surcan los mares para aliviar a los barcos ingleses de suministros destinados a sus tropas.

Robert asintió.

—Me complace que la lealtad de Brenton esté con los escoceses. Con respecto a Eleonor, me aseguraré de que se mantenga a salvo.

Habiendo llegado el momento de dejarla, se encontró lejos de estar listo para partir.

—Mi agradecimiento por velar por ella. —La tristeza acechaba en los ojos de su amigo, y Duncan lo comprendió. Puso su mano sobre el hombro del obispo—. Mi corazón está apesadumbrado por la pérdida de McNaughton. Todavía me aflijo.

—Está en manos de Dios, un pensamiento que me ofrece un gran consuelo. —Robert soltó un suspiro triste—. Cuídate, amigo mío. Que Dios bendiga tu camino y te vea a salvo.

—Y a usted también. —El silencio abrazó a Duncan mientras bajaba los escalones de la bodega, el aire mohoso espeso y rico en aromas de edad y tierra. Se colocó detrás de la escalera y abrió la puerta.

—¿Quién va ahí?

La rica suavidad de la voz de Eleonor encendió una necesidad de él que superaba con creces la física. Frunció el ceño. Eleonor había dejado claro que no quería que hablara con su padre. ¿Debía respetar sus deseos y, cuando se fuera, no volver a verla?

¿Podía?

—Soy Duncan. —Entró. La necesidad le golpeó al verla sentada en la cama. Abrazada al resplandor de varias velas, Eleonor irradiaba belleza.

Todo lo que él deseaba en una mujer.

Y más.

Duncan cerró la puerta con un suspiro tranquilizador.

—Un barco está en el puerto y se prepara para zarpar mañana. Debo partir.

El pánico brilló en sus ojos y luego cambió a esperanza cuando se puso en pie. Sus hombros se relajaron.

—¿Nos vamos?

Le dolía el corazón por su despedida, por la posibilidad de no volver a verla.

Entonces pensó en su prometido.

Un hombre con el que había jurado casarse pero al que no amaba.

Cuando hablara con su padre, ¿podría convencer al poderoso señor de que liberara a Eleonor de un futuro infeliz? Y si su padre accedía, esperarían que Duncan le ofreciera su mano.

Se puso tenso. Tan desalentador como la idea de volver a confiar en su corazón, reconoció que ella había despertado sensaciones que nunca había creído posibles.

¿Pero equivalían a amor?

Antes de reunirse con su padre estaría seguro.

—La nave no está diseñada para la comodidad sino para la velocidad.

Una sonrisa de alivio tocó su boca mientras cogía su capa.

—La comodidad no importa.

—Voy solo —afirmó—. Es demasiado arriesgado llevarte conmigo.

Ella tiró de su capa.

—¿Como si no nos hubiéramos enfrentado ya a más peligros de los que nos corresponden?

La ira de una espada.

—Antes no teníamos elección.

Sus ojos se abrieron de pánico.

—Debo zarpar hacia Francia inmediatamente.

La mezcla de miedo y tristeza en su voz hizo que él se acercara.

—El obispo se asegurará de que embarques pronto en un barco en el que estarás a salvo.

—Pero...

—No discutiré. —Ante su expresión afligida, necesitado de ofrecerle consuelo, Duncan se acercó a ella y reclamó su boca. Su cuerpo tembló bajo la avalancha de emociones que ella le inspiró, necesidades que le sacudieron hasta lo más profundo. La pena por tener que dejarla le desgarraba, y se apartó. Le acarició la mejilla con el pulgar—. Te echaré mucho de menos.

Sophie respiró entrecortadamente y luchó contra las lágrimas. ¿Cómo podría convencerle de que la llevara con él a Francia? Eso les daría unos días más juntos. No mucho tiempo, pero ante la posibilidad de estar separados toda la vida, ella reclamaría cada momento posible.

Se encogía ante la idea de convertirse en la esposa de otro hombre, de permitirse intimar con alguien que no fuera Duncan.

—Debo marcharme.

La cruda emoción de sus palabras la detuvo en seco. Como en acatamiento, Sophie se quitó la capa y luego la arrojó sobre la cama. Despreciaba el secreto de su herencia, la amenaza que había supuesto para la vida de Duncan. ¿Llegaría algún día en que su sangre real no dictara su destino?

Tampoco podía olvidar su mayor necesidad: llegar hasta su padre y explicarle su secuestro. Tenía más peso que todo lo demás.

Incluso su amor por Duncan.

Su expresión se suavizó en arrepentimiento.

—No quiero irme con ira entre nosotros. Que sepas que si pudiera llevarte conmigo, lo haría.

Ante el cansancio en su rostro, ella extendió la mano.

—Lo sé. Bésame —susurró.

—Yo... —Murmuró una maldición. Entonces Duncan atrapó su boca en un beso feroz.

Sophie cedió a su deseo hasta que su cuerpo se encendió bajo el suyo en un hambre que solo él podía saciar.

Con una respiración agitada, se separó.

—Es hora de irse. Ya me he quedado demasiado tiempo.

La tristeza la inundó. Creía que la mantenía a salvo, pero lo que no comprendía era que su propia misión pesaba más que la protección que le ofrecía el obispo. Cada día que pasaba traía un mayor peligro para la causa de Escocia.

Consciente de lo que debía hacer, Sophie observó cómo Duncan se preparaba para partir. Una vez que saliera de la catedral, con los materiales que ella había encontrado dentro de un escritorio protegido por la tela, entintaría una explicación de sus acciones al obispo para que no se preocupara por su desaparición. Después, seguiría a Duncan hasta los muelles. De alguna manera, ella se abriría camino a bordo.

—Mis bendiciones para tu viaje. —No se separarían, pero él no lo sabía.

Un músculo trabajó en su mandíbula.

—Ojalá pudiera ser diferente.

—Yo también lo desearía.

—Me preocupo por ti, Eleonor. Intento mantenerte a salvo.

—Lo sé, pero no siempre estarás ahí para mí.

Cuando la puerta se cerró tras Duncan, Sophie mojó la pluma en la tinta y escribió una misiva al obispo explicando su ausencia. Dejando la nota sobre la cama, Sophie tiró de su capa y se deslizó hacia el pasillo.

Estaba vacío.

La ansiedad se deslizó por ella. ¿Había utilizado la puerta del sótano? ¿La salida principal de la catedral? ¿Quizá había salido por la parte trasera del edificio? Empezó a avanzar.

—Se ha ido —declaró el obispo, sus pasos sonaban como un golpecito confiado mientras descendía las escaleras.

Sophie se detuvo, sorprendida por el aspecto del clérigo, aún más desconcertada por la seriedad de su voz. Le hablaba como si supiera quién era. Ella frunció el ceño. Lo cual era imposible. No se conocían.

—Esperaba encontrarme con Duncan.

—Aquí estás a salvo.

Ante el énfasis de sus palabras, ella tragó saliva con dificultad. Si la hubiera reconocido cuando se la presentaron, ¿no habría utilizado su dirección correcta? Lentamente, rezando por equivocarse y que él no la hubiera identificado, se volvió.

El obispo se había detenido a varios pasos, con el rostro sumido en las sombras.

Deseó poder ver su expresión.

—Agradezco profundamente su oferta de protección —dijo, agradecida de que su voz no revelara nada de su angustia—. Duncan me ha informado de que ha hecho los preparativos para mi partida. Se lo agradezco también.

—Es un placer. Solo desearía que no hubiera peligro y poder ofrecerle una habitación más digna de su posición.

La inquietud la recorrió.

—La cámara que me ha proporcionado es adecuada.

Dio un paso hacia la luz, su mirada era sagaz.

—Lo sería si tu padre no fuera el rey Felipe.

## Capítulo 14

**A** Sophie le temblaron las piernas, pero el orgullo la mantuvo inmóvil.

—¿Sabe quién soy?

El obispo asintió lentamente.

—Visité a su padre hace dos años. Estando allí, vi un cuadro suyo en el solar. —Su boca se acomodó en un ceño templado—. ¿Por qué no se lo ha dicho a Duncan?

Por mucho que deseara negar la verdad, no serviría de nada.

—Al principio —admitió—, porque era un extraño.

—Después de lo de Shenna, su engaño será un gran golpe para él. —Enarcó una ceja—. ¿Supongo que sabe de ella?

La pena brotó en su interior.

—Nunca quise hacerle daño. —Su boca se tensó.

—Pero lo hará.

—Debo hacerlo. Si mi padre se enterara de nuestras...

—¿Indiscreciones? —suplió el obispo.

El calor calentó su rostro.

—*Oui*. Si mi padre lo supiera, podría desatar su ira exigiendo la vida de Duncan. Un riesgo que no puedo correr.

—Conozco a Duncan desde la infancia. Es un buen hombre y ostenta un título formidable. Tal vez si hablo con su padre, sea posible...

Sophie sacudió la cabeza, hizo acopio de todo su coraje al enfrentarse a este hombre de Dios, necesitando admitir su pecado.

—Estoy prometida a Gaston de Croix, duque de Vocette. —Le dolía el corazón mientras esperaba a que el obispo hablara, a que le impusiera la condena que se había ganado.

Sus dedos frotaban la cruz que colgaba de su cuello mientras una triste comprensión ensombrecía su mirada.

—Duncan se preocupa por usted más de lo que cree. —La observó atentamente—. ¿Y qué hay de usted?

Una lágrima traicionera resbaló por su mejilla.

—Estoy enamorada de él, pero eso no me excusa de nada.

—¿No le ha contado a Duncan sus sentimientos?

—No. Solo complicaría una situación ya de por sí grave.

El nerviosismo tensó el rostro del obispo.

—Después de lo que ha pasado entre ustedes, Duncan tiene derecho a conocer su identidad.

—En circunstancias normales, estaría de acuerdo. Pero siendo mi padre el rey de Francia, nada de esta situación es normal. Y decírselo a Duncan no cambiará nada. Lo más seguro para él es que yo desaparezca.

—¿Lo es? No estoy tan seguro. —Hizo un gesto hacia la cámara oculta—. Intente descansar. Reflexionaré sobre la situación. Una noche de sueño puede ofrecerle una solución que nunca ha considerado.

Con la garganta atascada por la emoción, Sophie asintió, pero sus palabras no le entusiasmaron. Dándose la vuelta, volvió a entrar en la cámara, frustrada por el retraso. A pesar de que el obispo la había reconocido, nada había cambiado. Como había planeado, esperaría unos instantes y luego se escabulliría.

Duncan llegó a los muelles cuando las primeras briznas del amanecer atravesaban la capa de nubes. El aroma del mar flotaba en el aire, espeso con la promesa de lluvia. Esbozó una sonrisa de pesar. Había vuelto a superar a los hombres del duque inglés.

Bajo la vacilante luz de las antorchas, los marineros de Brenton se apresuraban a cargar cajas a bordo del Fenway. A varios pasos de distancia, otro hombre subía tambaleándose el tablón, como si hubiera celebrado demasiado a lo largo de la noche.

Desde las sombras, Duncan estudió la actividad en curso, captando todos los matices pero a la caza de... allí. En la esquina más alejada, cerca de una pila de cajas, acechaban varios caballeros ingleses, y tres más montaban guardia cerca del barco.

Había previsto que el duque inglés habría dado instrucciones a sus hombres para que vigilaran el puerto, pero esperaba equivocarse. Su presencia lo complicaba todo.

Una mancha de lluvia le abofeteó la cara. Los truenos retumbaron y la lluvia golpeó los muelles. Los caballeros se lanzaron hacia los salientes de los edificios cercanos.

Aprovechando su preocupación, Duncan se ciñó más la capa y se adentró en el muelle entre los marineros, que, acostumbrados al tiempo adverso, seguían trabajando.

Cuando se acercó a varios hombres que transportaban un contenedor, levantó un borde, mantuvo la cara hacia la carga y cayó al paso. En el Fenway, se apresuró a subir la plancha.

Cerca de la parte superior del alcázar, un marinero musculoso con una barba desaliñada y empapada por la lluvia le bloqueó el paso.

—Diga cuál es su asunto.

Aunque protegido por la lluvia, el amanecer próximo ayudaría a exponerle a los ingleses. Duncan se adelantó.

—Necesito ver a lord Brenton inmediatamente.

Una fría advertencia brilló en los ojos del marinero un segundo antes de que desenvainara

su daga.

—El capitán está ocupado.

Antes de que el marinero se diera cuenta de su intención, Duncan agarró la muñeca del hombre.

—Dígale a su capitán que lord Donnells solicita su presencia. —El viento que soplaba en el muelle se calmó y la lluvia empezó a amainar. A su derecha, los caballeros ingleses avanzaban hacia los muelles—. ¡Ahora!

—¿Duncan?

Al oír la voz de Brenton, Duncan soltó su agarre del brazo del marinero.

—Sí.

—Déjale pasar —ordenó el capitán.

—Una calurosa bienvenida —murmuró Duncan mientras subía a cubierta y estrechaba la mano de su amigo, cuyo largo pelo negro y penetrantes ojos de ébano le recordaban a los de un bandolero. Un título contra los ingleses que su amigo cumplía a menudo.

La mirada del capitán se estrechó sobre los caballeros del duque inglés, que rastreaban el muelle por debajo.

—Han estado peinando el muelle desde que llegué a puerto. Busquen a quien busquen, están decididos a encontrarlo.

Duncan hizo una mueca.

—Me buscan a mí.

La diversión apareció en los ojos de su amigo.

—Ven a mi camarote, donde podremos hablar libremente.

En su camarote privado, Brenton se echó hacia atrás la capucha. El agua goteaba sobre una cubierta de madera manchada por el salitre del mar y el paso del tiempo.

—Me sorprende que estés en Glasgow. Cuando te vi hace un mes, te dirigías a las *Highlands*.

Duncan sacudió la lluvia de su capa.

—Que es donde estaba hasta que un asunto me obligó a marcharme.

—¿Un asunto? —Levantó una ceja—. ¿Tendría algo que ver con el secuestro de la hija bastarda del rey Felipe?

—¿Así que te has enterado? —preguntó Duncan, sin sorprenderse. Al igual que el obispo, su amigo tenía muchas conexiones bien informadas.

—No te preocupes. La información me llegó a través de... ¿cómo decirlo? Canales discretos pero fiables.

El humor tiró de la boca de Duncan.

—Robert Bruce necesita tener tu oído en ocasiones más que aleatorias.

Brenton cruzó los brazos sobre el pecho.

—Mi señora es el mar.

—También en tierra hay consuelo —dijo Duncan, intrigado al ver que la proposición de pasar tiempo con Eleonor solo le producía felicidad—. ¿Crees que alguna vez dejarás de navegar?

—Jamás. Tengo todo lo que necesito bajo mis pies.

Duncan comprendió la razón de su amigo para encontrar socorro en el mar: la mujer que le había roto el corazón.

Si se lo hubieran preguntado un mes antes, Duncan habría estado de acuerdo en que sus deberes como conde y la lucha de su país por la libertad colmaban sus necesidades. Eleonor lo había cambiado todo.

—Quizá conozcas a una mujer que te convenza de lo contrario.

El capitán descruzó los brazos.

—¿Son esas las palabras de la experiencia, amigo mío?

Asintió y esbozó una sonrisa apenada.

—Su nombre es lady Eleonor.

—Ah. ¿Quizás no sean solo los asuntos del rey los que te traen a Glasgow, entonces?

Duncan se puso sobrio al recordar su misión, junto con Eleonor, a quien había dejado en la catedral.

—No. Nos conocimos en el camino. Ella y otros misioneros habían entregado suministros al Priorato de Beaulieu. Mientras viajaban por las Tierras Altas, su grupo fue atacado.

—¿Por los ingleses?

Duncan asintió, recordando el horror de Eleonor al contarlo y dolida por su pérdida.

—Sí.

—Los bastardos.

—No pude dejarla sola.

—El maldito bastardo. No es un espectáculo para cualquiera, mucho menos para una muchacha. —Brenton hizo una pausa—. ¿Tiene familia cerca?

—Su grupo zarpó de Francia.

—¿Francia? —Su amigo se rascó la barbilla—. Pondrá un grano en el culo al rey Felipe cuando se entere del ataque.

—Ojalá el ataque a los misioneros fuera el mayor problema del rey francés.

—¿Te has encontrado a su hija, entonces?

—No que yo sepa.

Hizo una mueca.

—Tienes suerte de haberme pillado en puerto. Hubiera partido ayer, pero esperaba varios cargamentos de lana. Han llegado y mis hombres los están cargando ahora. Zarparé hacia Portugal con la marea de la mañana. —Estudió a Duncan con interés—. ¿Y cómo supiste dónde

encontrarme?

—El obispo de Glasgow.

Brenton soltó una sonora carcajada.

—Veo que no soy el único con la oreja en el suelo. Entonces, ¿qué es lo que puedo hacer por ti? Por eso estás aquí, ¿verdad?

—Necesito navegar a Francia.

—¿Francia? —Hizo una mueca de dolor—. Maldita sea, ¿por qué necesitas navegar hasta allí?

—Por un asunto de grave importancia.

—Ah... ¿Así que vas a entregar la orden al rey Felipe?

¿Por qué había creído que su amigo no lo sabría?

—Demasiado para mantener mi misión en secreto.

Una sonrisa malvada curvó la boca de su amigo.

—Una suposición educada. —Profundas líneas surcaron su frente—. Aunque había oído que Robert Bruce envió a sir McNaughton para la tarea.

Duncan tragó con fuerza.

—Los hombres del duque inglés lo capturaron. Está muerto.

—Por lo clavos de Cristo. McNaughton era un hombre decente.

—Sí, lo era. Por eso debo partir hacia Francia inmediatamente.

Brenton maldijo mientras caminaba hacia la mesa. Se volvió, con los ojos encendidos.

—Si otro me hubiera pedido que desviara a los Fenway, podría irse al diablo

—Lo sé.

—¿Qué hay de la mujer que escoltaste desde las Tierras Altas? ¿Tendré una muchacha a remolque también?

Por mucho que quisiera llevar a Eleonor con él, viajar a bordo del Fenway era demasiado peligroso. Después de que él hubiera entregado la orden, Duncan la encontraría.

—No. Robert cuidará de ella.

—Eso es algo, entonces —murmuró.

—¿Cuántas horas faltan para la marea de la mañana? —Sonó un fuerte golpe en la puerta.

Duncan deslizó una mirada interrogante hacia Brenton.

El capitán sacudió la cabeza en señal de advertencia silenciosa.

—Entren.

Un marinero con el que se habían cruzado antes se apresuró a entrar.

—Capitán, los caballeros que estuvieron aquí ayer exigen otra búsqueda.

Brenton maldijo.

—Iré en un momento. Asegúrese de que no suban a bordo hasta que yo llegue. Como antes, infórmeles de que les escoltaré por la nave personalmente.

—Sí, capitán. —El marinero se apresuró a salir.

—¿Otra búsqueda?

Brenton frunció el ceño.

—Efectivamente.

El temperamento de Duncan se encendió.

—¿Cómo puedes estar tranquilo cuando están seguros de que me encontrarán? ¿O crees que no querrán estar revisando cada centímetro de tu nave? —Sin forma de escapar, en los próximos minutos podría estar preso.

O muerto.

El capitán se dirigió a un cofre en la esquina de su camarote y lo apartó. Debajo había una trampilla. Abrió la trampilla.

—Haré que uno de mis hombres te esconda en un cajón en los muelles hasta que los caballeros hayan partido.

El alivio lo invadió.

—Mi agradecimiento.

—Entra ahora, mientras yo me encargo del *Sassenach*.

Duncan sonrió ante el término poco halagador de su amigo para referirse a los ingleses.

—Sí, lo haré. —Se deslizó por la abertura y aterrizó en la bodega de carga. Le disgustaba que su presencia a bordo del Fenway aumentara los peligros a los que se enfrentaba su amigo por atreverse a navegar hacia el puerto de Glasgow. Pero Brenton entró en puerto preparado para los problemas. No como Eleonor, una noble varada en un país extranjero.

Por mucho que creyera lo contrario, su fuerte voluntad y determinación no la defenderían de quienes, por cualquier motivo, la buscaban.

Saliendo por una escotilla, Duncan bajó por una escala de cuerda hasta el muelle. Los hombres del duque inglés estarían informados de su pasada asociación con Brenton, sin duda un hecho que les había llevado a registrar de nuevo el Fenway.

Brenton apareció en lo alto de la pasarela y empezó a hablar con uno de los caballeros mientras un marinero que le había ayudado arriba subía rápidamente la cuerda tejida.

Al notar la postura fácil de su amigo, Duncan se relajó. No le habían visto partir. Si lo hubieran hecho, los caballeros ingleses se habrían apoderado del barco. Agradecido, se subió la capucha y siguió a uno de los hombres de Brenton hacia una gran pila de cajas.

Para cuando uno de los hombres de Brenton ayudó a Duncan a bajar de la caja y le dijo que era seguro embarcar, las olas, engendradas por un viento enérgico, rastrillaban la bahía. Por encima del agua, el sol aparecía como un círculo de fuego. Los rayos de color rojo sangre se filtraban a través de las nubes irregulares que osaban deslizarse por su camino. Los bastardos se habían tomado su tiempo en su búsqueda de los Fenway.

Los nervios le hormiguearon por el cuello y buscó por la calle a sus espaldas. Nada.

Incapaz de disipar la sensación de inquietud, se ajustó la capucha contra la cara y siguió al marinero a través de la bulliciosa multitud.

A mitad del muelle, dos de los hombres del duque inglés aparecieron a la vista.

Duncan se tensó. Al pasar, captó parte de su conversación. Por la descripción que hizo uno de los hombres de una encantadora moza con la que se había acostado la víspera pasada, su interés en ese momento distaba mucho de consistir en buscarle.

En el Fenway, observó que Brenton daba órdenes a un marinero.

El capitán le vio, le hizo un gesto sutil para que se diera prisa en subir a bordo y luego reanudó su tarea.

—¡Por aquí! —gritó un caballero desde detrás de él.

¡Le habían visto! Duncan echó mano a su espada, oculta bajo su capa.

Cuando el golpeteo de los pasos se hizo distante, se volvió.

Los caballeros corrían hacia el callejón.

Aliviado, aceleró el paso, dirigiéndose hacia el tablón. La distracción le permitiría embarcar sin contratiempos.

Un grito de mujer rasgó los alaridos.

¿Eleonor? Con el corazón latiéndole con fuerza, se giró y miró más allá de los marineros, ahora detenidos en sus tareas y esforzándose por ver a quién habían capturado los caballeros.

No podía ser ella.

La había dejado a salvo en la catedral horas antes.

—Deprisa —le llamó Brenton.

—Un maldito momento. —El pavor invadió a Duncan. Eleonor estaba ansiosa por llegar a su tierra natal, pero ¿estaba tan desesperada como para seguirle y poner su vida en peligro?

La preocupación le hizo avanzar a zancadas por el muelle. Se abrió paso a través del mar de marineros hacia donde los caballeros del duque inglés se congregaban en torno a una figura embozada.

Las filas de los caballeros se rompieron.

Uno de ellos arrastró a su prisionera con fuerza contra su pecho.

Su cautiva agitó los brazos en un intento de liberarse. La capucha cayó hacia atrás.

El rostro pálido y aterrorizado de Eleonor apareció a la vista.

## Capítulo 15

Aterrorizada, Sophie se retorció en un intento de escapar de su captor. Tenía que llegar al barco.

El caballero apretó su agarre.

—¡Quieta!

Ella clavó sus uñas en la cara del hombre. Furiosos regueros de sangre corrieron por su mejilla.

—¡Maldita seas! —Le llevó la mano a la espalda.

El dolor le subió por el brazo. Sophie aspiró aire para gritar y él le tapó la boca con la mano.

Los hombres del duque se acercaron, sus cuerpos la protegían de la vista de los hombres del muelle.

Se esforzó por ver más allá de los caballeros, hacia donde había divisado a Duncan momentos antes. Nada. Su corazón se hundió. Había abordado el barco.

—Llévala al callejón —ordenó un fornido caballero al hombre que la sujetaba. Ella luchó contra su captor, pero este la arrastró hacia la estrecha calle.

La piedra de mortero le bloqueaba la vista del muelle. ¡No! ¡Debe llegar hasta Duncan!

Sophie mordió la mano de su captor. Él maldijo y la soltó.

—¡Socorro!

Las bravatas de los trabajadores, el chillido de las gaviotas y el traqueteo de las mercancías arrastradas por la madera ahogaron su grito.

—Nadie va a ayudarte —gruñó el hombre mientras le tapaba la boca con la mano una vez más.

De nuevo, Sophie intentó hundir los dientes en su carne.

Con un gruñido, le rodeó la garganta con los dedos y apretó.

—¡Te arrepentirás de eso, hija bastarda del rey Felipe o no!

Ella jadeó. Un velo gris cubrió su visión. «¡Duncan, ayúdame!». Aturdida por la falta de aire, se desplomó contra el hombre. Él aflojó su agarre y ella empezó a toser.

—Intenta escapar de nuevo y la próxima vez no seré tan amable. —Tiró de un trozo de tela de su atuendo y le aseguró la mordaza sobre la boca. Otro caballero se adelantó y la envolvió con una manta, sumiéndola en la negrura.

La amarga tela se clavó en su boca y Sophie luchó por liberar la mordaza. No pudo desatarla.

Por la gracia de María, ¿qué iba a hacer? Duncan no sabía que ella le había seguido hasta los muelles. El obispo Wishart la creía dormida y no se daría cuenta de su desaparición en horas. Tras leer su breve explicación de por qué se había marchado y creerla a salvo con Duncan, aunque el obispo enviara a un corredor para asegurarse de que había llegado al barco, no la encontraría ahora.

—Vete —ordenó la voz profunda de un hombre. Unas botas de cuero golpearon la piedra húmeda mientras el caballero que la sujetaba caminaba.

—¡Duncan! —llamó contra la tela retorcida. Sophie escuchó cualquier señal de un posible rescate. Excepto por los sonidos de los hombres en la distancia y los gruñidos de los caballeros que caminaban a su lado, el trabajo en los muelles continuaba sin interrupción.

Negándose a rendirse, retorció las manos con la esperanza de aflojar sus ataduras. Tras varios intentos infructuosos, con la piel de sus muñecas ardiendo, se aquietó.

¿Por qué no había permanecido escondida en el callejón unos segundos más? Con la inminente partida del barco, Duncan se habría visto obligado a llevarla con él.

Había visto a los hombres del duque inglés, pero vestida con la capa de una plebeya y habiendo sido ignorada por las pocas personas que había visto de camino a los muelles, no había previsto problemas. Si un marinero que llevaba un gran saco no hubiera tropezado con ella y la hubiera hecho caer desplomada, los caballeros nunca la habrían visto.

¿Qué harían ahora con ella los hombres del duque inglés? Después de su anterior huida, no volverían a bajar la guardia.

¿O eliminarían cualquier riesgo de que se escapara y la matarían?

Sophie intentó mantener la calma, pero un sollozo se agolpó en su garganta. No le había dicho a Duncan que le amaba. Ahora, nunca tendría la oportunidad.

¿Y qué hay de su padre? ¿Había llegado hasta él el duque inglés? ¿Lo había llenado de mentiras? ¿Había empezado a cortar los lazos financieros con los rebeldes? Sin el tan necesario apoyo de Francia, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que Escocia cayera en manos inglesas? ¿Meses? ¿Un año? A menos que ocurriera un milagro, sin el respaldo financiero de Francia, era solo cuestión de tiempo que el rey Eduardo se apoderara de Escocia.

Gritos airados estallaron en la distancia

¿Alguien había presenciado su secuestro? No. Manteniéndose a una distancia prudencial y siguiendo a Duncan en las sombras, se había asegurado de ello.

—¡A las armas! —gritó un hombre, esta vez más cerca.

—¡Deténganlos! —llamó una voz más grave pero a metros de distancia. La esperanza se encendió. ¡Alguien se había dado cuenta!

El caballero que la sujetaba se volvió. Sin previo aviso, la apartó de un empujón.

Cegada, Sophie retrocedió dando tumbos. El acero siseó contra el cuero a su lado. Una mano la agarró. Antes de que pudiera forcejear, le arrancaron la manta.

Duncan estaba ante ella, con el pecho agitado y pánico en los ojos.

—¡No te muevas!

El destello de su cuchillo pasó por su cara y la mordaza cayó. El aire entró a toda velocidad en sus pulmones.

—¡Quédate detrás de mí!

Ella obedeció. Su esperanza de huir se desvaneció al evaluar el número de caballeros ingleses que les rodeaban. ¿Cómo podrían escapar?

Los gritos llenaron el aire mientras los trabajadores que empuñaban dagas asaltaban a los hombres del duque inglés.

El silbido del Fenway atravesó el estruendo.

¡El barco no podía partir sin ella y Duncan! Tres caballeros cargaron contra Duncan.

Hundió su espada en el agresor más cercano, se dio la vuelta y, con varias estocadas certeras, se deshizo de los otros dos.

—¡Cuando te lo diga, corre por el callejón!

¿El callejón? Sophie miró hacia el extremo del muelle, donde varios marineros desataban las amarras preparándose para zarpar. Tenían que dirigirse hacia el barco. Si no embarcaban, se quedarían atrás.

Por el rabillo del ojo, captó a Duncan dando un golpe defensivo. El sudor manchaba su rostro y sus brazos temblaban de cansancio. Inclinando su espada, atrapó la estocada de su siguiente oponente. Duncan giró la empuñadura, empujó al hombre hacia atrás y luego miró hacia ella.

—¡Vete!

—¡No sin ti! —Buscó algo que pudiera utilizar como arma, agarró una espada que yacía junto a un caballero caído.

Uno de los caballeros del duque inglés la divisó. Cargó.

Con el pulso acelerado, levantó la espada para bloquear su golpe, se preparó para el impacto.

Antes de que sus espadas se encontraran, la feroz expresión de su agresor se transformó en conmoción. Su arma repiqueteó contra la piedra húmeda y quedó inmóvil, con una daga enterrada en su espalda.

Un desconocido de largo cabello negro salió del tumulto. Los ojos de ébano brillaron con expectación mientras recuperaba la daga del hombre caído.

—Brenton —llamó Duncan.

—Sí —respondió el desconocido mientras envainaba su espada.

—Es más seguro si la llevo por el callejón hasta el barco. Me reuniré contigo al otro lado del muelle.

El desconocido asintió.

Con una fuerte estocada, Duncan clavó su espada en otro atacante y luego retiró su espada. Agarró la mano de Sophie.

—¡Corran!

El golpeteo de sus pasos resonó a su alrededor mientras corrían hacia la libertad.

—¿Por qué abandonaste la catedral? —preguntó Duncan.

—Te lo dije —dijo ella entre jadeos—, debo regresar a Francia.

Él le lanzó una mirada dura.

—Una vez que lleguemos al Fenway, me explicarás qué era tan malditamente importante para que arriesgaras tu vida (todas nuestras vidas) por ello. ¿Está claro?

Sophie siguió corriendo, resignándose a su destino. Una vez a bordo, le diría la verdad.

Abrazados a las calles decadentes, con el tintineo de las espadas como telón de fondo, el amor que habían hecho no parecía más que un sueño, la ternura de él más aún.

El silbido del barco surcó el aire, anunciando su inminente partida.

No iban a lograrlo. Sophie aminoró la marcha, pero él tiró de ella hacia delante.

—Tenemos que volver a los muelles. De lo contrario, llegaremos demasiado tarde. —Duncan señaló hacia un edificio en ruinas a poca distancia por delante—. Podemos acortar por ahí. Entonces daremos la vuelta.

Se acercaron a la casucha y encontraron la puerta entreabierta.

Él se deslizó dentro, con ella muy cerca, y luego cerró la puerta de un tirón. La oscuridad los envolvió, impregnada del olor a pan rancio y cerveza. Navegó entre las vigas rotas y los escombros con pasos seguros, y luego la condujo al siguiente callejón.

A lo lejos, el desconocido de pelo oscuro al que Duncan había llamado Brenton estaba de pie al borde del muelle. Les hizo señas para que avanzaran y luego se deslizó por el borde.

El roce de la madera gimió contra el muelle. Las cuerdas chapotearon en el agua.

Con el corazón palpitante, sacudió la cabeza.

—¡El barco ha abandonado el muelle!

Duncan envainó su espada.

—¡Vamos!

Empujó su cuerpo cansado para mantener el paso. En el borde del muelle desgastado, un pequeño bote dio un golpe al poste de madera que había debajo. Se sintió aliviada cuando vio al amigo de Duncan sentado dentro, con las manos preparadas en los remos.

El desconocido miró hacia el otro lado del muelle, donde continuaba una melé de hombres y espadas.

—¡Deprisa!

Duncan saltó a la embarcación, giró y apoyó los pies en el casco.

La alcanzó.

—Ven.

Ella no dudó, agradecida cuando sus poderosos brazos rodearon su cintura.

La pequeña embarcación se balanceó cuando Duncan los empujó desde el muelle.

—¡Rema!

El agua se deslizó desde la proa contra las eficaces brazadas del desconocido, cada una de las cuales se adentraba en el mar para impulsar la robusta embarcación hacia delante.

Duncan ayudó a Sophie a sentarse en el suelo de listones de madera. Con un suspiro de alivio, se dejó caer junto a ella.

Ella se preparó para la ira de Duncan, evidente por las profundas líneas de su frente. En lugar de eso, la abrazó, la sostuvo con una compasión tan feroz que las lágrimas le quemaron los ojos. Estremecida por lo cerca que habían estado de morir, se hundió contra su pecho, su fuerza fue como un bálsamo bienvenido contra las incertidumbres del día.

—Cuando vi a los caballeros arrastrándote al callejón, pensé... —Los labios de Duncan temblaron cuando él apretó un beso contra su frente—. Ahora estás a salvo, es lo único que importa.

—Estabas subiendo al barco cuando los caballeros me atraparon —dijo ella—. No creí que nadie me hubiera visto.

—Te oí gritar. —Él le ahuecó la cara, su mirada preocupada añadió otra capa a su culpabilidad—. El obispo Wishart habría hecho arreglos para tu paso.

—Lo sé, pero no podía esperar.

—La ira de una espada, ¡casi te matan!

Ella asintió, todavía trabajando para calmarse después de su casi captura.

—Oh, Dios. —Él la atrajo hacia sí y la besó.

Saboreó su miedo, su vehemencia por protegerla. Sophie le devolvió el beso y deseó que todo fuera diferente. Que pudiera decirle a Duncan que le amaba. Que pudieran tener un para siempre.

El desconocido de pelo oscuro soltó una carcajada victoriosa.

—No había probado una pelea así desde Cádiz hace un año.

Duncan rompió el beso y miró al hombre con el ceño fruncido.

Impertérrito, la sonrisa del desconocido se ensanchó.

—Llevas demasiado tiempo escondido en las Tierras Altas. —Sus cejas se alzaron con aprecio masculino mientras estudiaba a Sophie—. Esta es la bella Eleonor, supongo.

Duncan murmuró una maldición, lo que le valió otra carcajada del intimidante desconocido.

—Mi señora —dijo el hombre de pelo negro con una calma fácil, como si detrás de ellos el muelle no estuviera enredado en una batalla de carne y acero.

¿Quién era? Les había ayudado, así que obviamente era un amigo de Duncan.

—Lady Eleonor —ofreció Duncan, su expresión estaba lejos de ser divertida—, permítame presentarle a mi amigo, Michael Madigan, conde de Brenton, capitán del Fenway.

—¿El capitán? —El calor le quemó las mejillas.

El hombre de aspecto notorio le guiñó un ojo.

—¿Creía que todos los amigos de Duncan eran tan aburridos como él?

Duncan gruñó ante su comentario.

Los músculos se tensaron mientras el conde arrastraba los remos por el agua.

—El muchacho no comprende la emoción que se encuentra en la batalla. La satisfacción que produce despojar a los barcos ingleses de su oro. O las armas.

Vaciló.

—¿Es usted un bandolero?

La alegría centelleó en sus ojos.

—Para algunos, quizás.

Sin saber qué pensar de este hombre intimidante y a la vez intrigante, Sophie dirigió una mirada hacia Duncan. Bajo su mirada feroz, las preocupaciones sobre el capitán y sus esfuerzos de dudosa reputación se desvanecieron.

Cuando se acercaban al Fenway, un marinero les tendió una cuerda.

—Quédate aquí. —Con la gracia de quien lleva mucho tiempo acostumbrado a moverse en los confines de un barco, Duncan se acercó a la proa. Recogió el cabo flotante y los acercó mientras Brenton guardaba los remos dentro de la pequeña embarcación.

Con un ruido sordo, chocaron contra el casco del barco. Sophie miró hacia atrás, aliviada de que el ángulo del barco les impidiera ver nada en tierra.

Un marinero en cubierta dejó caer una escalera de cuerda, que repiqueteó contra el costado.

—Vamos —instó Duncan a Eleonor. Cuando ella se puso en marcha, él la siguió. Un temblor le recorrió al recordar lo cerca que había estado ella de la muerte. Gracias a Dios que la había oído gritar.

—Ha estado muy cerca —dijo Brenton, con la cara enrojecida por la emoción, mientras subía a cubierta siguiendo a Duncan. El capitán estudió a Eleonor con preocupación—. ¿Se encuentra bien, milady?

—*Oui*. Muchas gracias.

Por su palidez, Duncan tenía sus dudas.

—La atenderé en tu camarote.

—Me reuniré contigo una vez que hayamos salido a salvo del puerto —dijo Brenton.

Duncan asintió, luego guió a Eleonor al camarote del capitán y cerró la puerta. Solo, la abrazó, aterrorizado por lo cerca que había estado de perderla.

Eleonor le rodeó con los brazos, su pulso frenético era testimonio de que aún revivía su pesadilla.

—Te dije que te quedaras con el obispo —ronroneó—. Había hecho planes para asegurarme de que navegaras a Francia sin peligro.

Una franja de color rosa manchó sus mejillas y dio un paso atrás.

—Te agradezco todo lo que hiciste por mí.

—¿De veras?

El dolor oscureció sus ojos, pero ella le sostuvo la mirada.

—Sé que mereces respuestas. Si pudieras aceptar sin cuestionar que mis razones para abandonar la protección del obispo son sólidas, estaría en deuda contigo.

Duncan entrecerró los ojos mientras la miraba fijamente, el dolor de sus palabras era inmenso. Si lo hubiera intentado, no podría haberle hecho más daño.

—Hicimos el amor, Eleonor. No quiero que estés en deuda conmigo como si fuera alguien de quien pudieras alejarte. —Él se movió hacia ella, pero por su orgullo, ella se mantuvo firme—. En esto no me dejaré influenciar. Dime por qué.

Le tembló el labio inferior, pero permaneció en silencio.

—¿Es tan difícil de explicar? —preguntó él, descorazonado al comprobar que después de todo ella seguía dudando.

—*Oui*.

La expresión de pánico de ella le hizo condenarse una y otra vez.

—La ira de una espada. No soy un bastardo despiadado dispuesto a destruir tu futuro. —Suavizó su voz—. Si no me importaras, la petición sería fácil. —Le acarició la mejilla con el pulgar—. ¿Crees que no veo el arrepentimiento en tus ojos?

A ella le temblaba la respiración.

—Pero si te lo digo, tú...

—¿Qué?

—Me odiarías.

¿Odiarla? Dios misericordioso. Jamás. Se preocupaba por ella. Más de lo que era prudente. Y sin embargo, por la autocondena en sus ojos, ella creía lo contrario. En el silencio, él la observó luchar por la compostura, notando cómo se aferraba a su regio semblante como un guerrero a su espada.

—Es una larga historia —dijo finalmente.

El barco se mecía cómodamente bajo ellos mientras surcaba las aguas azotadas por el viento hacia mar abierto.

Dejó caer las manos a los costados, dio un paso atrás.

—Tengo tiempo.

Eleonor miró hacia donde un rayo de sol perdido se derramaba sobre el oleaje para astillarse en un millón de pedazos.

—No he viajado a Escocia para llevar ayuda o bienes muy necesarios al Priorato de Beaulieu —dijo con solemne autoridad.

Los pelos de la nuca le hormiguearon. Había previsto esta posibilidad.

—Continúa.

—Mi nombre... no es Eleonor. —Ella rozó con los dedos la madera envejecida de la abertura, le lanzó una mirada nerviosa—. No es el nombre por el que se me conoce, al menos.

El corazón le retumbó en el pecho.

—¿Cuál es entonces ese nombre?

Ella levantó la cabeza con una inclinación regia.

—Primero, debes prestar juramento de secreto de que no dirás a nadie lo que estoy a punto de revelarte.

—¿Juramento? —Su ira aumentó. El dictado sonaba demasiado fácil, como si estuviera acostumbrada a que se le concedieran sus peticiones.

—Por favor —dijo Eleonor con solemnidad—. Debo tener su juramento.

Duncan puso la mano sobre su corazón.

—Te presto juramento de que lo que me digas quedará entre nosotros.

El alivio relampagueó en su rostro. Luego respiró hondo y exhaló.

—Mi nombre completo es Sophie Eleonor Dupont, y mi padre es...

—El rey Felipe —terminó Duncan, mientras con una claridad de infarto los fragmentos de pistas que había revelado desde que le había salvado encajaban en su sitio.

## Capítulo 16

Duncan respiró hondo, abrumado por todas las ramificaciones a medida que se aclaraba cada pista desde que se habían conocido.

Encontrarla sola.

Los hombres a la caza de una mujer. Su urgencia por llegar a Francia.

Sí, había acariciado la idea de que fuera la hija bastarda del rey, y la había desechado con la misma rapidez. La ira de una espada, ¿por qué no lo había considerado más? Dio un suspiro frustrado. Como si ahora importara.

Su verdadera identidad explicaba su acto desesperado de seguirle hasta los muelles, pero no justificaba cómo podía haberle dado su inocencia.

La cédula que portaba no era más que un documento. Una vez entregado, podía olvidarse.

—¿Por qué no me dijiste antes quién eras?

—Cuando nos conocimos, estabas herido y eras un extraño y no me atreví a darte mi confianza. A medida que viajábamos y me di cuenta de que empezaba a preocuparme por ti... —Sacudió la cabeza—. Estaba en una encrucijada sobre lo que debía hacer.

Ella lo alcanzó, pero él retrocedió. No podía dejar que le tocara ahora y empañar su lógica con otra oleada de emoción. Necesitaba tiempo para pensar, para comprender cómo Eleonor podía ocultarle algo de tanta importancia.

¿Eleonor?

No, Sophie, la hija bastarda del rey Felipe.

Duncan estrechó la mirada hacia la muchacha que nunca había conocido de verdad, una mujer que le había hecho olvidar a Shenna, y una mujer sobre la que había planeado hablar con su padre para romper su compromiso. ¡Maldita sea toda la situación! Con un áspero suspiro, asintió.

—Continúa.

El arrepentimiento ensombreció sus ojos.

—Me sentí abrumada por todo lo que me hiciste sentir. Todo lo que me hiciste desear. No sabía si mis emociones estaban nublando mis decisiones. Tampoco podía hacer nada que pusiera en peligro llegar hasta mi padre.

Mientras él guardaba silencio, la angustia ensombreció su rostro.

—¿No crees que quería decirte quién era? Odiaba mi indecisión. Despreciaba ocultarle algo tan importante a un hombre por el que me preocupaba profundamente. Cada vez que consideraba decirte la verdad, pensaba, ¿y si me equivoco y él es leal a Inglaterra? Con la libertad de Escocia en juego, no podía correr semejante riesgo. Incluso —dijo con una mirada

introspectiva—, a riesgo de perderte.

Duncan se apretó las manos hasta que los nudillos se le ensangrentaron.

—Me llevé tu inocencia.

—No —replicó ella suavemente—. Eso te lo ofrecí. No sabías nada de mi prometido ni de mi herencia real. Si hubieras sabido alguna de las dos cosas, me habrías dejado intacta. —Ella vaciló—. Te deseaba, Duncan. Más que a nada. Atrapada en mis deseos, me di cuenta demasiado tarde de las consecuencias de que hiciéramos el amor. Al principio creí que mi estado de inocencia no importaba en el lecho conyugal. Ahora me doy cuenta de lo insensato que era ese pensamiento. Me aterra pensar en las reacciones de mi padre y de mi prometido si se enteran de la verdad. Sin proponérmelo, he puesto en peligro tu vida. Debes comprender que intentaba protegerte.

—¿Diciéndome mentiras? —exigió él, lejos de apaciguarse.

—Era la única forma que se me ocurrió para mantenerte a salvo. Una vez que nos separáramos, desaparecería. Aunque hubieras intentado encontrarme, sabiendo el nombre de Eleonor, ignorando mi vínculo real y dónde vivía en Francia, nunca me habrías encontrado.

Una verdad que Duncan condenó.

Las lágrimas brillaron en sus ojos y se las enjugó.

—Esperaba que te frustraras en tu búsqueda de mí y que, al final, llegaras a odiarme. Después de la intimidad que compartimos, ¿cómo no ibas a hacerlo? —Su labio inferior tembló—. Pero al menos sabría que estabas a salvo.

La sinceridad envolvía sus palabras, una honestidad desgarradora que hizo que Duncan deseara atraerla a sus brazos. Una acción que no resolvería nada.

Los ojos verde musgo suplicaron a los suyos.

—Aunque no espero que me perdones, por favor, intenta comprender por qué no te dije la verdad.

Tristemente, sus razones para ocultar su lazo real tenían sentido, lo que ayudaba poco.

—Lo siento.

Al igual que él.

—¿Cómo escapaste de tus secuestradores? —preguntó Duncan, mientras él se debatía sobre la mejor manera de proceder.

Su ceño se arrugó con sorpresa.

—¿Oíste hablar de mi secuestro?

—Sí. Cuando las acciones del duque de Bernard llegaron a oídos de Robert Bruce, este convocó una reunión de emergencia en las Tierras Altas, la zona en la que nuestros espías creían que estabas escondida.

—¿Así que también estás al tanto del motivo?

—Efectivamente. —El retorcido humor de la situación no se le escapaba. Había viajado a paso de diablo para informar al rey Felipe del verdadero culpable del secuestro de Sophie cuando a cada paso ella viajaba a su lado. Le lanzó una sonrisa irónica—. Tú eres la razón por la que

estoy de camino a Francia.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

Duncan sacó el documento forrado de cuero que había escondido en las Tierras Altas.

—Es una explicación de Robert Bruce, Conde de Carrick, Guardián del Reino de Escocia, al rey Felipe, explicando el secuestro del Duque de Bernard y su razón: utilizarte para enfurecer a tu padre hasta el punto de romper los lazos con Escocia.

—Antes, cuando casi nos atrapa el arroyo —dijo ella, su voz iba cayendo a un susurro—, me confiaste el escrito cuando...

—Creí que iba a morir.

Ella asintió, pero Duncan no pasó por alto el dolor en sus ojos que le producían los pensamientos sobre su mortalidad, y su ira se derritió aún más.

—Aunque solo fuera por tu abnegación durante nuestros primeros días juntos, aprendí que eras una mujer en cuya palabra podía confiar. En cuanto a tu verdadera identidad, debería haber creído en mis instintos iniciales.

—¿En qué sentido?

—Había muchas pistas —dijo—, algunas sutiles, otras no. Para empezar, eres francesa.

—Pero te había dado una razón para mi presencia.

—Sí. Luego está tu porte regio, que te pones como una capa cuando te enfadas.

Sus labios se entrecerraron ante su comentario.

—No es un rasgo que puedas cambiar —dijo Duncan—, sino algo tan esencial para ti como tu próximo aliento, tan inherente como tu fuerza y tu preocupación por los necesitados. —Su ceño cada vez más fruncido le aseguró que estaba debatiendo si sus palabras eran de las que había que aceptar o desechar.

—Si tenías sospechas, ¿por qué nunca preguntaste si yo era la hija del rey Felipe?

—Entre tu razón para estar en Escocia y la probabilidad de que la hija de un rey escapara de los hombres del duque inglés, y las probabilidades de que me encontrara contigo sola en las Tierras Altas, descarté la posibilidad. Hablando de eso, ¿cómo es que escapaste?

—Después de entrar en un castillo de las Tierras Altas que Bernard había tomado, sus caballeros me dejaron en una cámara con un solo guardia. —El humor tocó su rostro—. Como tú, me creyeron la hija bastarda, mimada e indefensa de un rey francés.

Duncan asintió con la cabeza.

—Es cierto que subestimé a la hija bastarda de un rey, pero no a Eleonor.

Ante su confesión, sus ojos se empañaron.

—No —estuvo de acuerdo—. Nunca subestimaste a Eleonor. Y por eso te doy las gracias.

Otra pieza del rompecabezas de esta compleja mujer encajaba en su sitio. A lo largo de los años, llevando la marca de hija del rey, bastarda o no, ¿cuántos habían pensado en ella como una muchacha indefensa que se dejaba llevar por su propio egoísmo?

¿Había sido tan culpable?

Sus palabras sobre la alta burguesía egoísta fueron ofrecidas por conocimiento de primera mano. En su posición real, habría presenciado y experimentado una dosis enfermiza de mimos. Con su naturaleza fuerte e independiente, ese trato la habría alejado aún más de ese círculo.

Que por fin supiera la verdad le complacía, pero ¿qué razón le daría a su padre para permitir que Sophie pusiera fin a su compromiso sin amor? No era como si pretendiera ofrecerle la mano de Sophie. Aunque pensar en ella como parte de su vida le traía una sensación de paz, no la amaba.

¿O sí?

Desgarrado por las emociones que le asaltaban, Duncan paseó por la cubierta, insensible al embate de las olas atravesadas por la madera bruñida de la proa. Sophie le importaba profundamente. Le hacía reír, disfrutaba de su rápido ingenio y con ella entre sus brazos se sentía completo. ¿Pero equivalía eso a amor?

Inseguro, se quedó mirando una hebra fragmentada de alga que flotaba a la deriva en la superficie del agua. Cuando pasó flotando, ella se acercó a su lado.

Apoyó los dedos en su brazo.

—Por equivocada que esté, atesoraré los recuerdos de nuestro momento de hacer el amor.

Duncan se puso rígido, deseándola desesperadamente. Sin embargo, mantuvo la mirada clavada en el mar.

—El deseo, por fuerte que sea, no es razón suficiente para darme el regalo más preciado que una mujer puede ofrecer.

—Toda mi vida los hombres han buscado mi atención con la esperanza de la conexión real que el matrimonio conmigo traería. Por una vez quise experimentar las alegrías que da un hombre que sinceramente se preocupaba por mí, y al que yo también apreciaba. Eso... tú me lo diste.

Se enfrentó a ella, doliéndose y deseándola con el mismo aliento.

—¿Y ahora qué? ¿O no hay elección?

Ella dejó caer la mano.

—No.

Un grito desde fuera del camarote recordó a Duncan que navegaban hacia Francia. Necesitaba distancia. Si era prudente, se iría, teniendo en cuenta todo lo que habían hablado. Entristecido ante la idea de dejarla, atrajo a Sophie hacia su abrazo. Después de todo, ¿cómo podía sentirse tan bien en sus brazos?

Ella apoyó la cabeza contra su hombro, su aliento cálido contra su cuello.

Duncan le estampó un beso en la frente.

—Ojalá hubiera sido diferente —susurró ella.

Al igual que él. Nunca en su vida se había sentido tan indefenso. Una batalla que podía librar. Atacantes a los que podía rechazar. Con Sophie prometida a otro hombre y su voto sancionado por un rey, Duncan no podía hacer nada.

Un pensamiento se deslizó por su mente y se aquietó.

—Sophie, tu padre está en posición de hacer esponsales. Por la misma autoridad real, puede romperlos.

La tristeza brilló en sus ojos.

—He dado mi palabra a mi padre. No puedo romper mi juramento.

¡La ira de una espada!

—¿Así que te casarías con un hombre al que no amas para complacer a tu padre?

El rojo subió por sus mejillas.

—No lo entiendes. A lo largo de los años mi padre siempre me apoyó cuando, como hija bastarda, fácilmente podría haber pasado por alto mi existencia. Hay tantas cosas por las que le estoy agradecida, que no le avergonzaré pidiéndole que rompa un voto después de todo lo que ha hecho. —Hizo una pausa, con su mirada escudriñando la de él—. Me consuela saber que él nunca me emparejaría con un hombre que fuera cruel.

—¿Así que eliges vivir una vida de servidumbre?

El dolor oscureció sus ojos.

—Independientemente de cómo desearía estar contigo, mi voto ha sido dado. Es demasiado tarde.

—¡No! —Él levantó la mano cuando ella quiso hablar—. Tienes una elección. Puedes conformarte y ser infeliz o vivir la vida que elijas. Piensa en tus elecciones. Es todo lo que pido.

Sophie permaneció en silencio.

Por mucho que despreciara la idea de que se casara con un hombre al que no amaba, ¿cómo podía intervenir si no estaba dispuesto a pedir su mano? Frustrado, Duncan se paseó por la habitación. Cuando se volvió hacia ella, le vino a la mente un nuevo y preocupante pensamiento.

—Con la guardia del rey protegiéndote, ¿cómo pudo alguien secuestrarte?

Unos ojos preocupados se encontraron con los suyos.

—Es una pregunta que me he hecho muchas veces desde que me raptaron. Mis conclusiones fueron pocas e inquietantes.

—¿Qué ocurrió?

—Una joven vino a mi casa en mitad de la noche. Suplicó mi ayuda, explicándome que su madre estaba sufriendo y que su bebé estaba a punto de nacer. Cuando le expliqué que tenía que buscar a la curandera, me dijo que lo había intentado y que le habían dicho que estaba fuera ayudando a otra. —Sophie sacudió la cabeza, con los ojos empañados por los recuerdos—. Acompañé a la niña a su casa bajo la escolta de mis guardias. Cuando entré, varios hombres me agarraron.

—¿Y tus guardias?

Su mirada se tornó preocupada.

—No estoy segura.

—¿Qué quieres decir con que no estás segura?

—No oí ruidos de lucha fuera.

Con un giro enfermizo comprendió.

—¿Crees que los caballeros que te asignaron eran hombres de Bernard y que la historia de la chica fue diseñada para atraerte hasta donde ellos esperaban?

—*Oui* —respondió ella, mientras la ira se deslizaba por su voz—. Lo que significa que alguien del círculo de confianza de mi padre es un traidor.

Dos días más tarde, el barco gimió cuando las olas, alimentadas por la tormenta, zarandearon la embarcación antes de hundirla en la depresión que se avecinaba.

El agua se estrelló sobre la proa con una fuerza violenta. El sólido mástil cortó el mar ennegrecido que pasaba a toda velocidad. En la siguiente marejada, la embarcación fue lanzada de nuevo hacia arriba.

Duncan apoyó las rodillas y se aferró al cabo mientras otra oleada de agua de mar pasaba a toda velocidad.

—La cuerda está asegurada en este extremo —gritó a un hombre que hacía un nudo en el lado opuesto de una caja.

El hombre dio un último tirón del nudo.

—Asegúrelo aquí también. —Otra ola se estrelló contra la proa. El agua inundó la cubierta.

En un esfuerzo por no ser arrastrados por la borda, los marineros se agarraron a los costados del casco y apuntalaron los pies.

Después de que el oleaje los arrastrara por la borda, Duncan utilizó el cabo y se dirigió hacia la popa.

—¿Está asegurada la carga? —Brenton se braceó mientras el barco se inclinaba hacia abajo y se hundía.

Otra ola enorme inundó la cubierta y luego se derramó por el costado para unirse al agua agitada de abajo. Con un estremecimiento, el barco volvió a inclinarse hacia arriba.

—Sí —respondió Duncan, pero incluso preocupado por asegurarse de que todo estaba atado, no pudo evitar preocuparse por Sophie. Desde el inicio de la tormenta, dos días atrás, se había mareado. Con cada hora que pasaba, había empeorado hasta que ahora no podía salir de su cama.

Maldecía cada segundo que pasaba lejos de ella. El día anterior, había sido incapaz de retener lo poco que había intentado comer. Con su cuerpo continuando purgándose, no podía tolerar mucho más.

Una vez ancladas las cajas, Brenton gritó a los hombres menos esenciales que se apartaran del peligro y luego se dirigió a Duncan.

—El mar está de mal humor —dijo señalando con la cabeza el imponente oleaje que rodaba hacia ellos.

—Sí —estuvo de acuerdo—. Después de dos días esperaba que hubiéramos navegado fuera de la tormenta o que al menos hubiéramos dejado atrás lo peor de ella.

Brenton apretó con fuerza la cuerda mientras el barco se precipitaba por la siguiente depresión.

—No hay nada que decir con una tormenta de primavera. Pueden precipitarse con todo viento y furia y abandonarte en una hora. O... —frunció el ceño ante el remolino de nubes furiosas— puede estancarse y durar varios días. A nosotros nos ha tocado una testaruda.

Duncan escrutó el cielo turbulento. Hasta que terminara la tormenta, no podrían orientarse y saber cuánto se habían desviado de su rumbo.

El capitán hizo una mueca hacia donde varios de sus hombres trabajaban para mantener el timón firme y el barco de cara al viento.

—¡Manténganlo firme!

—Sí, capitán —le gritó uno de los marineros.

Duncan miró hacia el camarote de Brenton.

—Necesito ver cómo está Eleonor. —En deferencia a Sophie, había mantenido su identidad en secreto.

—Iré con usted. —Brenton le siguió—. No puedo creer que salváramos esas cajas. Cuando la última ola barrió la cubierta, pensé que las habíamos perdido.

—O un trozo del barco si la carga se hubiera desprendido y golpeado contra el costado.

El capitán asintió sombríamente.

—Efectivamente. —Abrió la puerta de su camarote, manteniéndose firme. Entraron y él la cerró rápidamente contra el azote de la lluvia del exterior.

Mientras su visión se ajustaba lentamente al tenue interior, Duncan cruzó hacia Sophie.

Al acercarse, ella gimió. Duncan se encontró con la mirada preocupada de Brenton.

—Lo está pasando mal —susurró su amigo.

—Sí —convino él, frustrado por haber agotado no solo sus conocimientos sobre remedios para el mareo, sino los de todos los marineros de a bordo. Ninguna de las hierbas o pociones le había aportado más que una muestra de alivio.

Había sido testigo de marineros inexpertos en su primer crucero atrapados en las heces de este mal. La reacción de cada persona era diferente. Algunos experimentaban un caso leve de náuseas mientras que otros se ponían tan enfermos que no podían comer, beber ni estar de pie. Cualquier intento de moverse agitaba su ya extrema condición. Al llegar al primer puerto, los marineros afligidos desembarcaron para no volver jamás al mar.

—¿Duncan? —murmuró ella.

Él se arrodilló a su lado y le estampó un beso en la frente.

—Estoy aquí. —Una fina capa de sudor cubría su piel. Ella le había hablado de su malestar estomacal en su viaje forzoso a Escocia. Él supuso que la tormenta que azotaba el exterior había debilitado su ya frágil resistencia.

Las pestañas de miel se abrieron. Ella le miró fijamente con el ceño grogui.

— Te habías ido.

—Sí, arriba se necesitaban todas las manos. —Él daría cualquier cosa por aliviarla de esta miseria. Odiaba la impotencia, sin saber si la tormenta terminaría este día o se prolongaría durante varios más.

Brenton levantó su taza y frunció el ceño.

—No está bebiendo suficiente agua.

Conteniendo una maldición, Duncan le acarició el pelo.

—Intentará beber más. —Ambos estaban preocupados por su debilitado estado. El hecho de que su amigo hubiera venido a verla cuando el barco necesitaba su guía subrayaba la profundidad de su preocupación.

Los párpados de Sophie cayeron, como si el acto de mantenerlos abiertos fuera una proeza en sí mismo.

El brutal choque de otra ola reverberó contra el casco.

Brenton hizo una mueca al levantar la vista.

—Debo volver al timón. —Los ojos de ébano se encontraron con los de Duncan con intención—. Cuida de la muchacha.

—Lo haré.

Cuando su amigo se marchó, Duncan la ayudó a sentarse. El barco gimió contra las marejadas mientras le acercaba la taza de agua a los labios.

—Toma.

Ella sacudió la cabeza.

— No puedo.

La débil respuesta de ella avivó su preocupación.

—Un sorbo. Por favor, inténtalo.

Sophie se esforzó por beber un trago, pero cuando intentó tragar, acabó tosiendo en su lugar.

Con una maldición silenciosa, dejó el agua a un lado. La atrajo contra su pecho, sintiendo cada uno de sus temblores, lo frágil que se sentía entre sus brazos. «Por favor, Dios, ayúdala».

Como burlándose de su impotencia, otra ola sacudió el casco.

Duncan la acunó mientras el barco se hundía en la siguiente depresión, y él rezó para que pasara la tormenta. Con la mano temblorosa, le acercó la copa a la boca.

—Un poco más.

Con sorda aceptación, ella tragó saliva.

—Suficiente.

—Por ahora. —Pero él no se rendiría. Le acarició el pelo con movimientos lentos y suaves, agradecido cuando ella sucumbió a un sueño exhausto. Pero con cada hora que pasaba, a medida que ella se volvía más lánguida, el miedo se apoderaba de él al pensar que aunque los vientos se calmaran, sería demasiado tarde.

Presas de su interminable lucha contra las náuseas, Sophie perdió la noción del tiempo. Los días se sucedían, cada uno cargado con el hedor de la sal, el olor rancio de la madera y el grito del viento cuando la tormenta aullaba su indignación.

Trozos y pedazos de los últimos días se fragmentaban en su mente; el rostro preocupado del capitán, Duncan instándola a beber y, a veces, a comer. Mientras yacía en la cama temblorosa y agotada, no había querido hacer ninguna de las dos cosas, pero por Duncan lo había intentado. Y a través de todo ello, en la medida de lo posible, había permanecido firme a su lado.

—¿Estás despierta?

Ante la voz preocupada de Duncan, abrió los ojos. Un rayo de sol que entraba por la ventana la hizo cerrarlos. Entonces se dio cuenta de que el barco ya no era asaltado por las olas sino que se mecía suavemente bajo ella.

Lentamente, esta vez preparada para la brillante luz, levantó la mirada hacia él.

Aunque cansada, la sonrisa de su rostro le calentó el alma.

Le rozó la mejilla con los dedos.

—Llevas mucho tiempo dormida.

Sophie frunció el ceño al observar el ángulo del sol. Empezaba a ponerse.

—¿Cuántos días han pasado desde que salimos de puerto?

—Ocho; nos desviamos mucho del rumbo.

Rayos de color rosa anaranjado cortaban el cielo azul, anunciando la llegada de la noche.

—Todo está borroso.

—Has estado muy enferma.

El miedo que sentía por ella endurecía su voz, las tensiones del cansancio arrugaban su rostro y las sombras rondaban sus ojos. Un testimonio de su propio sacrificio.

—Necesitas dormir —dijo ella, conmovida por el hecho de que él hubiera puesto en peligro su propia salud al permanecer despierto para atenderla.

—Te necesitaba más a ti.

La mano de Sophie tembló al tenderla hacia él.

Duncan entrelazó sus dedos con los de ella y la atrajo hacia sí, su beso fue tan suave como el rocío sobre el brezo en la primera luz de la mañana.

Abrumada por aquel hombre asombroso, derramó su amor por él en su beso. ¿Cómo sería capaz de afrontar la vida sin él, de despertarse cada día y no encontrarlo a su lado?

Las palabras de Duncan la atormentaban. «Puedes conformarte y ser infeliz o vivir la vida que elijas». ¿Podría pedirle a su padre que pusiera fin a su compromiso?

Tan rápido como el pensamiento llegó la culpa. Las exigencias diarias del reino de su padre lo mantenían secuestrado en reuniones para asegurar la estabilidad de la corona, junto con sus muchas otras preocupaciones. Y con Inglaterra y Escocia atrapadas en un enfrentamiento desesperado, y el rey Eduardo haciendo ruidos amenazadores hacia Francia, su padre ya tenía bastante en lo que pensar sin complicaciones por su parte.

Duncan rompió su beso y le pasó la yema del pulgar por el labio inferior.

—Tu salud ha mejorado mucho, pero el descanso te hará aún más fuerte.

Ella le dedicó una sonrisa suplicante en contradicción con sus inquietantes pensamientos sobre su futuro.

—Quiero sentir el viento sobre mi cara, y el calor purificador del sol. Y necesito salir de la cama un rato antes de volverme loca. Por favor —añadió mientras un ceño fruncido comenzaba a dibujarse en su boca—. Después, te prometo que descansaré.

Él vaciló.

—Si comes primero. Y solo durante un rato.

Antes de que cambiara de opinión, ella se incorporó en la cama. Con celo, se comió las gachas y luego un trozo de pan. Con un suspiro de satisfacción, Sophie se pasó la servilleta de tela por los labios, la dejó caer en el cuenco vacío y le sonrió. La cabeza le daba vueltas y las piernas amenazaban con ceder cuando él la ayudó a levantarse, pero no se quejó. Enclaustrada en los confines de este camarote, por temporal que fuera, haría cualquier cosa por escapar.

Duncan la sostuvo mientras se tambaleaba ligeramente al ponerse en marcha. Cuando llegaron a cubierta, el sol estalló a su alrededor en un torrente de luz dorada, las brillantes bandas de luz se extendían sobre el oleaje en una brillante estela.

Los inquietantes pensamientos de momentos antes huyeron. Sophie se deleitó en el calor, inhalando el aroma del sol y del mar, maravillada por el cielo aguamarina salpicado de rayas de la noche que se aproximaba.

—Es como si Merlín hubiera lanzado un hechizo —susurró, conmovida por la obra maestra de la naturaleza.

Duncan arqueó una ceja curiosa.

—¿Merlín?

Los recuerdos la invadieron de calidez.

—Cuando tenía ocho años, después de que mi padre regresara de uno de sus muchos viajes, me regaló un libro lleno de historias sobre el rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. Desde entonces, cada vez que me visitaba, me leía uno de los cuentos antes de partir.

Mientras Duncan la guiaba por la cubierta, ella se deleitó con la cálida presión de su mano contra la parte baja de su espalda.

Él se detuvo, y ella se apoyó en la barandilla y luego sonrió cuando él se acomodó a su lado, entrelazando sus dedos con los suyos.

—Tu padre debe quererte mucho.

Su corazón se hinchó al recordar los preciosos momentos que habían pasado juntos durante su juventud.

—*Oui*. Un amor correspondido, te lo aseguro.

Duncan le acarició la palma con el pulgar.

—El rey Felipe no es muy conocido por su naturaleza gentil.

—No —convino ella, cerrando su mano sobre la de él—. La posición de mi padre exige un gobernante firme. Bajo su terso semblante, es un hombre amable y gentil. —Se apoyó en el pecho de Duncan, aliviada por el pulso firme de su corazón. Podría quedarse aquí para siempre mientras el mar se deslizaba con un susurro mágico—. ¿Cuándo terminó la tormenta?

—Anoche, tarde. Con el suave vaivén de las olas, nunca creerías que horas atrás el agua bramaba con la ira de un *brownie*.

—¿Un *brownie*? —Ella arqueó la ceja—. ¿Otra de tus hadas escocesas?

—Sí —dijo, pero la sonrisa de Duncan no borró las líneas de fatiga de su rostro.

Por mucho que ella quisiera quedarse fuera, él estaba casi dormido sobre sus pies. Bostezó para dar credibilidad a sus palabras.

—Estoy cansada y lista para volver a la cama.

—No te preocupas por mí, ¿verdad? —dijo él con asombrosa perspicacia.

—¿Se ha levantado, entonces? —La profunda voz del capitán retumbó mientras caminaba hacia ellos, con su largo pelo negro sujeto con una tira de cuero, su contoneo era el de un hombre acostumbrado a capear el mal tiempo y sus ojos de ébano brillantes de diablura. A medida que se acercaba, su aguda mirada se posó en ella, como si evaluara su estado.

—Por el momento —respondió Duncan.

Brenton se detuvo ante ellos.

—Haré que uno de los hombres le traiga estofado, mi señora.

—Gracias. —Después de la comida que había ingerido, no estaba segura de poder tragar más, pero lo intentaría. Antes de que llegaran a puerto, necesitaba recuperar todas sus fuerzas—. ¿Cuándo llegaremos a Francia?

—¿El polizón desea desembarcar en Francia? —Le guiñó un ojo—. Duncan me habló de su determinación de volver a casa.

Ella se quedó helada. ¿Qué más habían compartido?

—Eleonor es una mujer decidida —dijo Duncan, el uso que hizo de su segundo nombre la tranquilizó hasta cierto punto.

—*Oui*, estoy ansiosa por volver —dijo con una calma forzada—. Mi padre estará preocupado por mí.

Brenton le dedicó una sonrisa encantadora.

—Deberíamos llegar a puerto con la marea de la mañana. Una vez que hayamos atracado, haré los arreglos que cualquiera de ustedes necesite.

Duncan asintió y luego miró fijamente a Sophie.

—Viajaremos juntos.

—Si yo tuviera a mi lado a una mujer tan hermosa, tampoco dejaría que se alejara de mí —se burló el capitán. Brenton la estudió durante otro momento—. Parece cansada. Vaya abajo y descanse, mi señora. Me aseguraré de que su comida llegue pronto.

—Mi agradecimiento.

—Que nunca se diga que he tratado a una muchacha con modales groseros. —El capitán hizo una reverencia formal y se dirigió hacia la popa del barco, donde uno de los miembros de la tripulación trabajaba en torno a una olla colgada de un trípode de acero. Debajo de ella, sobre un grueso y alisado trozo de arena, ardía un fuego.

Sophie se volvió hacia Duncan.

—Tiene razón. Estoy lista para acostarme.

—¿Todavía preocupada por mí?

Ella frunció el ceño, frustrada de que él hubiera visto a través de su intención.

—En los últimos días, deberías haber dormido en lugar de permanecer despierto a mi lado. Y no lo niegues. Excepto cuando ayudaste a asegurar las cajas, cada vez que me despertaba, me cogías de la mano.

Enarcó una ceja divertido.

—¿Lo hacía?

—No seas tan difícil.

Con una risita, Duncan la ayudó a volver al camarote. Para cuando la había metido en la cama, un tripulante apareció en la entrada.

—He traído comida para los dos —dijo el marinero.

Duncan se acercó y aceptó los cuencos.

—Huele a un buen estofado.

—El cocinero ha añadido un poco de cebolla y salvia, y el pescado es fresco. Lo pesqué yo mismo. —Radiante de orgullo, se marchó.

Duncan se acomodó a su lado, llenó la cuchara y se la llevó a la boca.

—Come.

Sacudió la cabeza.

—Todavía estoy llena de la comida anterior. Adelante.

—Necesitas comer más para recuperar fuerzas —le instó él, con la preocupación sopesando sus palabras.

—Comeré cuando hayas terminado.

Un músculo trabajó en su mandíbula.

—No comeré a menos que compartas esta comida conmigo.

Ella dio un largo suspiro.

—Eres testarudo.

Una sonrisa tocó su boca.

—Decidido. Cuando hayamos terminado, si aún tienes hambre te traeré más.

Sophie tomó el bocado que le ofrecía, junto con una rebanada de pan. Masticó despacio y luego tragó mientras Duncan se comía la siguiente cucharada antes de volver a llenar la cuchara.

Le acercó el caldo a la boca y su mano se detuvo.

Ella se encontró con su mirada y se le cortó la respiración, el deseo que sentía en su interior le hizo darse cuenta de que su propio pulso había empezado a acelerarse. Sophie aceptó la comida.

—Es tu turno —respiró, mientras su necesidad de él casi le robaba el aliento.

—Así es. —Duncan se inclinó hacia delante y reclamó su boca, su cálido sabor nutriéndola. Con la misma rapidez, retrocedió—. Lo siento. Estás demasiado débil para...

—Te necesito —susurró ella mientras aprendía hacia él, pero él la agarró por los hombros, su agarre suave pero inflexible.

—Hay otras razones por las que no deberíamos —dijo él.

—Sé que me equivoco al pedírtelo, más aún al no querer que termine lo que tenemos. —Ella acarició la fuerte curva de su mandíbula—. Haz el amor conmigo, Duncan. Tengamos esta última vez juntos.

—Aún estás débil.

—Por favor.

—Yo... —Con un gemido, él reclamó su boca con un suave beso, y ella se rindió por completo. El ligero repiqueteo del cuenco resonó desde algún lugar lejano, pero a ella no le importó. Mientras el Fenway seguía navegando sobre las prístinas aguas del Mar del Norte, él la atraía hacia sí, sus besos cada vez más desesperados, y lo único que ella sabía era que en ese momento nunca se había sentido más viva.

Sonó un golpe seco en la puerta.

—Duncan —llamó Brenton desde el exterior del camarote.

El rubor de Sophie tentó a Duncan a ignorar a su amigo. En lugar de eso, se puso el traje mientras ella se apresuraba a vestirse. No había tenido intención de hacerle el amor, sobre todo con ella recién recuperada de su ataque de mareo, pero a lo largo de la noche, cuando ella se había vuelto hacia él con un tierno contacto y susurros silenciosos, había sucumbido a lo que dudaba que ningún hombre pudiera negar.

Si estaba condenado por haberla tomado, que así fuera. Pero antes de ceder a sus anhelos, había tomado una decisión. Una vez que hubiera terminado de entregar la cédula de Robert Bruce, suplicaría a su padre que la liberara de su compromiso. Si accedía, cortejaría a Sophie. No estaba seguro, pero en ese momento, con ella en cada uno de sus pensamientos, deseándola como nunca había deseado a ninguna otra mujer, no podía dejarla marchar.

—Sí —llamó Duncan a su amigo una vez que ambos estuvieron vestidos. Brenton entró en el camarote, con el rostro tenso—. Tenemos un problema.

El casco del Fenway rozó el muelle de madera, anunciando que habían llegado a puerto. Los gritos de la tripulación asegurando el barco resonaron desde el exterior.

Duncan metió el escrito para el rey Felipe en el pliegue oculto de su camiseta interior.

—¿Qué ocurre? —Se inclinó y cogió su capa mientras Sophie recogía la suya.

—Los hombres de Bernard están aquí. —Sophie jadeó.

Con una maldición, Duncan se dirigió a un punto de observación oculto y escudriñó las cubiertas.

Entre la mezcla de marineros, cargueros y mercaderes que regateaban en el muelle, se movían los caballeros del duque inglés.

—¡La ira de una espada, no puedo creer que estén aquí!

—Sí —convino Brenton—. Mi suposición es que fueron enviados a cada puerto con la esperanza de interceptarles.

El pánico brilló en los ojos de Sophie.

—¿Qué vamos a hacer?

—Encontraremos la forma de escabullirnos de ellos —afirmó Duncan.

Le temblaba el labio inferior.

—¿Podemos zarpar y fondear más lejos de la costa?

El capitán negó con la cabeza.

—Ya hemos fondeado. Partir sin descargar ningún cargamento levantaría sospechas.

—Tendremos que desembarcar aquí —dijo Duncan.

— ¿Cómo? —preguntó Sophie.

—Les esconderemos a los dos dentro de nuestra carga —explicó Brenton—. Cuando descarguemos el barco, haré que mis hombres coloquen la caja en la que estáis escondidos al final del muelle, detrás de otras provisiones. Una vez que los caballeros hayan partido, mis hombres os llevarán a donde necesitéis ir.

—Un buen plan —estuvo de acuerdo Duncan. El peligro existiría, pero sin la amenaza de la guardia del duque inglés, disminuiría sustancialmente.

Un marinero se detuvo en la entrada.

—Capitán.

Brenton se giró hacia su hombre.

—¿Sí?

—Varios caballeros están en la pasarela exigiendo registrar el barco.

—Pueden besar al diablo —gruñó el capitán.

—Eso mismo pensaba yo —coincidió el marinero con una mirada seca—, pero llevan el sello del rey Felipe.

—Lo que les da autoridad explícita para hacer un control exhaustivo de cada barco que llega —espetó el capitán—, incluyendo el derecho a romper e inspeccionar cualquier carga sellada.

¡La ira de una espada! No podían correr el riesgo de esconderse dentro de un cajón y ser descubiertos.

— El duque debe haber hablado con el rey Felipe. —Subrayando la razón por la que necesitaban llegar al rey Felipe sin demora. Duncan rezó para que quedara tiempo para deshacer

cualquier traición que el noble inglés pudiera haber engendrado.

—Sí —asintió el capitán—. Puedes estar seguro de que si los hombres de Bernard te encuentran, tienen órdenes de no entregarte al rey Felipe.

«O a Sophie», añadió Duncan en silencio. La matarían a ella también y luego devolverían su cuerpo a las Tierras Altas para que lo encontraran como prueba de sus sucias acusaciones.

—Tendré que permitirles embarcar. —Brenton hizo un gesto a su hombre—. Ve arriba y asegúrate de que a nuestros invitados —dibujó, el sarcasmo adornando sus palabras—, no se les permita subir al barco hasta que yo llegue.

—Sí, capitán. —El marinero se apresuró a salir.

La preocupación nubló los ojos de Sophie mientras miraba de un hombre a otro.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos quedarnos aquí, pero no hay forma de escapar.

Brenton vaciló.

—Hay otra forma de llegar a la orilla.

—No. —Duncan comprendió la intención de su amigo, pero se negó a poner en peligro su vida—. Apenas se ha recuperado y está demasiado débil para intentarlo.

—¿Demasiado débil para intentar qué? —exigió. Duncan miró a Brenton con el ceño fruncido.

—Nada.

—A menos que desees ser capturado o que luchemos e intentemos zarpar de puerto, es tu única opción —insistió su amigo—. No he dicho que tenga que gustarte.

Sophie enderezó los hombros y fulminó con la mirada a los dos hombres.

—Si hay otra forma de salir de este barco, la tomaremos. —Lanzó a Duncan una desafiante mirada—. Sea lo que sea, me mantendré firme.

## Capítulo 17

Por el ceño fruncido de Duncan, comprendió exactamente qué método de huida estaba sugiriendo el capitán y no le gustó. Pero con los caballeros ingleses en cubierta exigiendo una búsqueda, poco importaba lo que él aprobara. Entrecerró la mirada.

—Dígamelo.

Ante el obstinado silencio de Duncan, el capitán se aclaró la garganta, con rostro adusto.

—Debe escapar por una escotilla en el costado del barco utilizando una escala de cuerda. Haré que uno de mis hombres asegure un pequeño bote en el fondo para...

—No. —Duncan la fulminó con una mirada que indicaba claramente que no iría a ninguna parte—. Estás demasiado débil.

—¿Cómo te atreves a descartar mi participación en esto? —argumentó Sophie, furiosa de que lo intentara.

El rojo acuchilló la cara de Duncan.

Las voces alzadas que resonaban entre los guardias enfatizaban el hecho de que quedaba poco tiempo para escapar, y mucho menos para discutir.

—Comprendo tu preocupación —dijo Sophie, suavizando la voz. Su obstinación provenía de la preocupación por ella.

—A menos que quiera arriesgarse a esconderse a bordo del barco —dijo el capitán, con su voz tensa—, no hay otra opción.

Sophie mantuvo sus ojos fijos en los de Duncan.

—Como tienen autoridad para registrar cualquier contenedor sellado, no la hay. —Después de la carnicería que habían presenciado en la masacre de sus amigos, Sophie no se hacía ilusiones sobre su destino o el de Duncan si les atrapaban. Si bajar por el costado del barco les mantendría a salvo, ella lo haría.

Se irguió hasta su estatura completa, reconociendo su gesto como regío, tal y como había afirmado Duncan.

—Que bajen la escalera por la borda —dijo Sophie al capitán con tranquila autoridad.

El capitán arqueó una ceja divertido hacia Duncan.

—Sí, mi señora. —El ceño de Duncan se frunció, pero asintió con la cabeza.

Su actitud protectora calentó a Sophie, pero Duncan debía aceptar que no siempre estaría allí para defenderla.

—Retrasaré a los guardias hasta que reciba noticias de mi tripulación de que usted está en

camino —dijo Brenton—, entonces les permitiré registrar el barco.

Duncan exhaló un áspero suspiro.

—Dejaré mi correo dentro de tu cofre.

—Si los guardias lo piden —dijo Brenton—, lo reclamaré como propio. —Estrechó la mano de Duncan—. Buena suerte.

—Buena suerte a ti también.

El capitán apretó un casto beso en los nudillos de Sophie.

—Cuídese, mi señora.

—Gracias. Me aseguraré de que mi padre se entere de su valentía.

—No, muchacha, mi ayuda se presta gratuitamente. —La maldad chispeó en los ojos del capitán—. Además, no necesito que se hable de mi nombre ante tu padre ni ante ningún otro poderoso señor. —Con una sonrisa pícara, se marchó.

—Brenton ha tenido varios encuentros con padres nobles indignados —explicó Duncan secamente mientras se quitaba la cota de malla y la guardaba en el cofre de madera labrada.

Eso se lo podía creer.

—¿Hacia dónde ahora?

—La ira de una espada, no estás en condiciones de bajar por una escalera de cuerda.

—Un hecho que ignoraste anoche —acusó ella, no es que no fuera igual de culpable por pedirle que hicieran el amor. Sin secretos entre ellos, una paz la había envuelto con cada caricia suya. Solo deseaba pasar más tiempo con él.

Y que él la amara.

En su interior se arremolinaba la frágil esperanza de que pudieran compartir una vida juntos. Una vida fuera de su alcance a menos que hablara con su padre y le pidiera que pusiera fin a sus esponsales. Dividida entre el deber y el deseo de Duncan, se encontraba en un callejón sin salida. Por la Gracia de María, nunca disgustaría a su padre, pero amando a Duncan, ¿podría conformarse con una vida sin felicidad?

La tristeza pesaba sobre Sophie mientras seguía a Duncan a través de la bodega. Dentro de un día llegarían hasta su padre. Entonces Duncan se marcharía y ella no volvería a verle.

¿Cómo podría vivir sin él? ¿Cómo podría romper su juramento?

Luchando contra sus emociones, se apresuró hacia donde un marinero les hacía señas para que se acercaran a la escotilla. A su rápido paso, su respiración se agitó y sus piernas se rebelaron, pero se esforzó. Un calambre en el costado la obligó a aminorar la marcha.

Con el ceño fruncido, Duncan la cogió del hombro.

—¡No estás lo bastante bien para hacer esto!

Los pasos de los hombres armados repiquetearon en los tablones de madera de encima.

—Maldita sea. —La estrechó entre sus brazos.

—Puedo caminar.

La miró fijamente.

—Pronto necesitarás tus fuerzas.

Mientras él la cargaba, ella permaneció en silencio. Discutir no serviría de nada y posiblemente les haría llamar la atención de los caballeros que registraban el barco. Y estaba cansada. Le dolían todos los músculos del cuerpo. Una vez que llegaran al pequeño bote, agradecería la oportunidad de descansar.

—Tenga cuidado al bajar —le advirtió el marinero cuando llegaron a su lado.

Duncan la puso en pie.

—El barco está asegurado abajo —continuó—. Tenga cuidado al embarcar. Si se suelta, la fuerte corriente la arrastrará. —Señaló un grupo de árboles que se amontonaban en la orilla donde las ramas, espesas de hojas, se alzaban para rozar la superficie del agua—. Remen bajo ellos y aseguren allí la embarcación. La recuperaremos al anochecer.

Aliviada por la consideración del marinero, el ánimo de Sophie se levantó.

—Muchas gracias.

Unos pasos impacientes repiquetearon por encima, esta vez más cerca de la entrada que les llevaría a la bodega de almacenamiento.

—Deprisa, ahora —instó el marinero—. Por lo que parece, el capitán no va a poder evitar que bajen mucho más tiempo.

Duncan se dirigió hacia la salida.

—Yo iré primero. Baja después de mí, pero mantente cerca.

Ella asintió.

Una vez que hubo desaparecido por la borda, el marinero ayudó a Sophie a subir a la escalera de cuerda. Sus brazos temblaban mientras se aferraba al cáñamo fuertemente atado, haciéndose desconcertantemente clara la magnitud de lo débil que se había vuelto durante su enfermedad.

—¿Sophie?

La preocupación en la voz de Duncan la obligó a dar un paso hacia abajo.

—Ya voy. —Sus brazos temblaban mientras iniciaba el descenso. Tras varios pasos, cometió el error de mirar hacia abajo.

Muy por debajo, las olas chocaban contra el costado del barco.

Las náuseas se agolparon en sus entrañas. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la cuerda, con la frente resbaladiza por el sudor. Podía hacerlo.

Tenía que hacerlo.

—¿Qué ocurre? —llamó Duncan.

—Estoy bien. —No lo estaba, pero no se lo diría. Abrió los ojos, se concentró en la madera labrada del casco y empezó a bajar. La cuerda raspó sus manos cuando se agarró al peldaño más bajo. Las olas seguían golpeando el casco lleno de cicatrices y los gritos de las gaviotas que había sobre ella resonaban como burlándose de ella.

Cuando empezó a bajar el pie, su visión empezó a nublarse. Apretó con fuerza el áspero cordel.

—¿Sophie?

—Yo... —Se le revolvió el estómago. Se iba a poner enferma.

—¡Agárrate! —La escalera se retorció cuando Duncan subió al peldaño que había debajo de ella.

Le rodeó la cintura con el brazo.

—Vamos a volver.

Ella quiso discutir, pero con las náuseas subiendo por su garganta, todo lo que pudo hacer fue asentir.

La escotilla de arriba se cerró de golpe.

La maldición murmurada de Duncan coincidió exactamente con los pensamientos de Sophie.

—Déjame ir —dijo, frustrada cuando su voz vaciló—. Puedo bajar.

—Estás temblando —contraatacó, sonando lejos de estar convencido.

Su demora los ponía en mayor peligro.

—Necesitaba un breve descanso. Ahora estoy bien.

La escalera se movió mientras él se movía.

Una gota de sudor resbaló por su cara mientras se esforzaba por seguirla. Su visión volvió a nublarse y su pie no alcanzó el peldaño inferior. Por pura voluntad, se concentró lo suficiente para enganchar la cuerda con su zapatilla.

—Lo estás haciendo bien.

La voz de Duncan le llegó desde algún lugar en la distancia. Una ráfaga de viento golpeó su cuerpo y se fundió con la tormenta que se formaba en sus oídos. «Concéntrate», se ordenó a sí misma. Pero sus ojos se negaron, y entonces su cuerpo empezó a temblar.

Y el mundo empezó a desvanecerse.

—¡Duncan!

Ante el pánico en su voz, Duncan se inclinó hacia un lado hasta que pudo verle la cara. Su piel se había vuelto blanca como la tiza.

—¿Sophie? Sophie, ¡mírame!

Ella no respondió.

—Aguanta. Estoy subiendo. —Sobre él, su cuerpo se hundió.

¿Por qué la había escuchado? Nunca debió permitir que ella intentara bajar. Cuando empezó a acunar su cuerpo contra el suyo, su mano derecha perdió el agarre; se cayó.

Duncan le cogió la mano. A duras penas.

Ahora peso muerto, ella colgaba al final de su brazo. Los músculos de su hombro herido chillaban mientras se esforzaba por mantenerla agarrada.

—¿Sophie?

—¿Duncan?

Al oír su débil susurro, su corazón latió con fuerza.

—¡No te muevas! —Su agarre sobre ella era precario en el mejor de los casos.

Un golpe sonó cerca de la escotilla de arriba. Otro golpe resonó en el interior del casco, más lejos.

Los guardias debían de estar registrando cada caja. Gracias a Dios que no habían regresado e intentaban esconderse.

Sophie gimió. Entonces, como si tomara conciencia de su precaria posición, con la mano libre se abalanzó sobre la cuerda.

La escalera se tambaleó violentamente hacia la izquierda.

—¡Duncan! —Ella arañó en busca de un mejor agarre—. ¡No puedo sujetarme! —Sus dedos dentro de los de él resbalaron.

—¡Quédate quieta!

El terror crudo llenó sus ojos.

—¡Te estoy perdiendo!

Para bracear, Duncan atascó su bota contra el lateral del peldaño. Con la escalera balanceándose salvajemente, falló. Desequilibrado, se lanzó para agarrar un peldaño mientras luchaba por mantener agarrada a Sophie.

Su brazo se agitó. En un agarre salvaje, su mano libre atrapó su pierna. La escalera se retorció violentamente.

Duncan perdió el agarre. El aire, agudo con el sabor de la sal, se precipitó por su garganta mientras él se precipitaba hacia abajo, con Sophie cayendo a su lado.

—¡Ayúdame! gritó ella.

—Sujétame la mano cuando...

El agua fría los envolvió con un rugido, la fuerza la arrancó. Las burbujas corrieron a su alrededor en una sábana de blanco roto y la borraron de su vista.

Duncan utilizó las manos para frenar su descenso y luego dio una patada para impulsarse hacia arriba. El agua explotó a su alrededor mientras salía a la superficie. Jadeando, escudriñó el borrrón de olas que se formaba bajo la enérgica corriente del viento.

¿Dónde estaba?

Una pizca de blanco destelló en las profundidades de tinta.

¡Dios, no!

Aspirando una enorme bocanada de aire, se zambulló. Duncan le tendió la mano, las yemas de sus dedos rozaron los de ella. Sus pulmones pedían aire a gritos, pero se zambulló más hondo. Esta vez, enganchó su capa. Tiró de ella hacia él.

La forma de Sophie chocó contra él como una muñeca flácida.

Con el corazón palpitante, mantuvo su agarre sobre ella mientras nadaba hacia arriba. Rompieron la superficie y ella empezó a toser.

¡Estaba viva! Se le hizo un nudo en la garganta de la emoción mientras la atraía contra sí al tiempo que avanzaba por el agua.

—Te tengo agarrada. Ahora estás bien. —A salvo era otra cuestión.

Al menos con el viento constante, las olas seguirían creciendo. Si alguno de los caballeros ingleses escudriñaba la bahía, las olas proporcionarían un escudo bastante eficaz.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, con palabras lentas.

—Te llevaré al barco. —Luchó por mantener la calma mientras nadaba con ella en brazos. Casi la había perdido. ¿Y si no la hubiera visto bajo las olas? No, él no pensaría en eso—. Agárrate a mí.

En respuesta, la mano de ella se apretó a su cuello.

No le importó que ella no hablara. Estaba viva, eso era lo único que importaba. Usando su brazo libre, nadó hacia el barco.

En lugar de acercarse a la embarcación, se alejó más.

A su derecha, flotando sobre el agua, notó el cabo flojo. Le vino a la mente la advertencia del marinero. Cuando habían caído en la bahía, el impacto de las olas debió de soltar el cabo.

—¡La ira de una espada!

—¿Qué ocurre?

Al notar el cansancio en su voz, se tranquilizó. Lo último que deseaba era alarmarla aún más.

—El bote está suelto, solo tardaremos un momento en cogerlo. —Duncan nadó tras él, manteniendo a Sophie a flote a su lado.

La pequeña embarcación se balanceaba en el agua con alegre abandono, la distancia entre ellos se ampliaba rápidamente hasta varias brazas.

Negándose a rendirse, nadó con más fuerza, su miedo aumentaba con cada brazada.

La embarcación había quedado atrapada en la corriente.

Los ojos crudos de miedo se volvieron hacia Duncan.

—No vamos a alcanzarlo, ¿verdad?

—Sí. —Duncan nadó con más fuerza. Sus músculos gritaban. El agua se arremolinaba. La distancia entre ellos y el barco crecía.

Respirando con dificultad, hizo una pausa, empezó a pisar el agua.

—¿Y ahora qué? —murmuró, su palidez aumentaba su preocupación.

Oteó los muelles, luego el Fenway. No podían arriesgarse a que los atraparan.

—Nadaremos con la corriente hasta la orilla.

Con brazadas seguras y firmes, se acercó al muelle y los mantuvo dentro de las sombras de los barcos amarrados. Afortunadamente, la multitud que se agolpaba en el muelle de madera de

arriba, junto con la altura de las olas crecientes, les protegían.

Para cuando llegaron al refugio de los árboles cercanos a la orilla, el cuerpo de Sophie temblaba incontrolablemente.

Como si tuviera fuerzas para intentar nadar en primer lugar.

Su sentimiento de culpa crecía. Ella no se había recuperado de su mareo, ni él le había permitido dormir bien la noche anterior. Pero cuando ella le había devuelto el beso, él se había perdido en las pasiones que ella despertaba.

En toda su vida, nunca nadie le había respondido con tanta plenitud. Y con cada palabra de ella, con cada caricia de ella, llenaba el vacío que le atormentaba. Ahora, por culpa de su egoísmo, había puesto su vida aún más en peligro.

Su bota rozó una roca y se puso de pie. El agua manaba de sus cuerpos mientras levantaba a Sophie y la llevaba por el empinado terraplén.

Le castañetearon los dientes y levantó la cabeza grogui.

—Fr... frío.

—Lo sé. Pronto entrarás en calor. —Y con ella mirándole con tanta fe, él haría lo que hiciera falta para que su afirmación fuera cierta.

A través del escudo de hojas, de pie en el muelle, sujetando la cuerda a la pequeña embarcación, Brenton, acompañado de varios caballeros ingleses, apareció a la vista.

Duncan suspiró aliviado. Su percance había sido una bendición disfrazada. Al menos su amigo había recuperado su embarcación, y eso pondría fin a cualquier sospecha que los caballeros pudieran tener de su presencia a bordo del Fenway.

Ahora debía encontrar ropa seca y refugio para Sophie. Volviéndose, se agachó bajo una rama baja. Se mantuvo bajo las ramas salientes mientras avanzaba por la orilla. Tras robar una manta y ropa para ella de un tendal detrás de una choza maltrecha, Duncan se escondió en un refugio abandonado y la ayudó a cambiarse.

—¿Sophie?

Ella le miró con el ceño fruncido, confundida.

El pánico brotó de sus entrañas. Ella le escrutó como a un extraño.

—¿Sophie? —Silencio.

La ira de una espada, su agotamiento combinado con la frialdad del agua de su baño le estaban haciendo perder el conocimiento.

Rezó una oración silenciosa mientras la envolvía en la manta y la acunaba contra su pecho. Tenía que encontrar refugio, un sanador y calentarla rápidamente. Duncan le apretó un beso en la frente.

—Voy a cuidar de ti. Te lo prometo.

La preocupación por el deterioro de su estado le empujó a correr riesgos; entró en el pueblo que había querido bordear. Se metió por callejones que de otro modo habría evitado. A veces captó las miradas interesadas de la gente que vivía en esta peligrosa parte del pueblo. Duncan les lanzó miradas de advertencia para que mantuvieran las distancias y siguió adelante.

Recorrió varias calles, agradecido por haber visitado esta zona en algunas ocasiones. Al menos conocía su camino, así como las partes del pueblo que los hombres del duque probablemente ignorarían.

Al doblar una esquina, apareció a la vista una posada decrepita. Por su estado caído, dudaba que hospedaran a muchos clientes. Exactamente el tipo de lugar que buscaba. Cuanta menos gente les viera, mejor.

Sophie gimió.

—Ya casi hemos llegado. —La abrazó contra sí y se apresuró a entrar. La madera crujió y luego se asentó con un ruido sordo cuando Duncan cerró la puerta de un empujón. El aroma de las velas de sebo aguijoneaba el aire mientras su vista se ajustaba a la cámara estrecha y tenue. Una pequeña mesa labrada se encontraba a la derecha, las sillas que la acompañaban diseñadas para la durabilidad y no para la belleza, pero en general, la posada estaba más limpia de lo que había esperado.

—¿Qué desea? —le preguntó la áspera voz de una mujer.

Miró hacia la mujer de mediana edad cuyo pelo negro estaba retorcido en una trenza desordenada.

—Una habitación —respondió, sin hacer ningún gesto que ella pudiera considerar amenazador.

—Mi marido aún no ha quitado el cartel; ya no aceptamos huéspedes.

Aún mejor. Cualquiera que los buscara no buscaría aquí.

—Mi esposa está enferma y necesita descansar. Por favor, cualquier habitación servirá. Tengo dinero para...

—No.

Duncan sacó dos monedas y se las tendió para que las inspeccionara.

Ella olfateó.

—Tengo una pequeña habitación, pero no tiene más que una cama y un hogar. Puede pasar allí la noche.

Agradecido, recuperó cinco monedas más, pago más que suficiente para una estancia en la mejor posada de Glasgow.

—¿Tres días? —Tiempo, rezó, que permitiría a Sophie recuperarse.

Un ceño se frunció mientras la mujer le estudiaba. Tras un momento, asintió.

Gracias a Dios. Desesperado ante el debilitamiento de Sophie, ya había decidido que, quisiera o no, la posadera les permitiría quedarse. Su cooperación lo hacía todo más sencillo. Le puso el dinero en la palma de la mano.

Como una mujer curtida en el trato con personajes poco recomendables, guardó rápidamente las monedas entre los gruesos pliegues de su desteñido vestido.

—Sígame. —Tras una rápida mirada a Sophie, se dirigió hacia una cámara trasera. En la entrada, abrió una puerta.

El olor rancio de una habitación sin ventilar asaltó a Duncan mientras llevaba a Sophie al

interior. Lo que daría por llevarla a una cámara digna de su posición; una cama con las sábanas más finas, un hogar encendido con un fuego rugiente y una tetera fresca de su té de cama. Al menos la cama parecía limpia.

Y lo que era más importante, estaban a salvo.

Ahora debía abordar su siguiente problema.

—Mi esposa necesita un curandero. Alguien discreto —añadió con una mirada cómplice.

La preocupación parpadeó en sus ojos mientras estudiaba a Sophie.

—Pagaré los honorarios que sean necesarios.

—Iré a buscarla. —Su vestido crujió al marcharse.

Al cerrarse la puerta, descartó la idea de que la mujer pudiera haber reconocido a Sophie. Su cautela provenía del trato con clientes sin escrúpulos. En este lado de la ciudad, no dudaba de que trataba a menudo con gente de mala muerte. Duncan se acercó a la cama y dio la vuelta a la colcha.

Sophie gimió contra su cuello.

La preocupación le invadió mientras la tumbaba sobre el colchón de paja escasamente cubierto y subía la manta. Le dio un beso en la frente.

—Un sanador está en camino. —Por mucho que deseara despojarla de sus ropas y añadir su calor corporal al de ella, no podría hasta que el sanador se marchara.

Sophie tosió.

Ante sus continuos temblores, Duncan encendió un fuego y luego se tumbó a su lado y la atrajo contra sí.

—Tranquila, muchacha. —Le peinó el pelo mojado que se le pegaba a la cara. Y con cada escalofrío de ella, cada tos áspera, crecía su temor ante el empeoramiento de su estado. Aterrorizado, cerró los ojos.

Y rezó.

El ceño de la curandera se hundió en un ceño demacrado mientras examinaba a Sophie.

—¿Cuánto tiempo lleva así de débil?

Duncan ignoró la agudeza de su tono, agradecida por su competencia y por el hecho de que realmente parecía importarle.

—Desde esta mañana.

No explicó el episodio de mareo de Sophie. Aunque dudaba que la información interesara a la curandera, no corría el riesgo de que llegara a oídos de los caballeros de Bernard la noticia de que un hombre y una mujer llegaban en barco y se alojaban en esta posada.

Como si fuera capaz de leerle la mente, los ojos de la curandera se entrecerraron en él.

—¿Ha estado enferma?

Su fría mirada avivó su inquietud. Estaban demasiado lejos del palacio real donde alguien reconocería a la hija bastarda del rey. Su reciente huida de los Fenway acrecentó sus sospechas.

—Sus ropas le quedan mal —insistió la mujer ante su silencio.

—Sí, hace unos días, pero había empezado a recuperarse. Entonces, esta mañana, mientras entregaba mercancías en los muelles, estalló una pelea. Mi esposa cayó accidentalmente al agua. —Una explicación razonable para el olor a mar de sus ropas, así como su estado empapado.

La sanadora hizo una mueca.

—Procure que se mantenga caliente y beba mucha agua. Le dejaré hierbas que deberían evitar que desarrolle fiebre y le ayudarán a dormir.

Sophie parecía muy frágil.

—¿Vivirá? —preguntó Duncan, incapaz de evitar que la preocupación asomara a su voz.

La mujer lo estudió un largo momento.

—No estoy segura.

El miedo se hizo bola en su pecho, un gemido tan profundo que le desgarró el corazón.

—No puedo perderla. Por favor, si hay algo más que pueda hacer para ayudarla... —Sabía que sonaba desesperado, pero no le importaba.

—Dios y el tiempo decidirán su destino.

—Quédese —casi le exigió.

Líneas de cansancio estropearon la curtida frente de la sanadora.

—He hecho todo lo que he podido y tengo otros que necesitan mi atención.

Duncan quiso discutir, ordenarle que se quedara. Al final, llegó a un compromiso.

—¿Puede volver mañana?

—Lo haré. Si empieza la fiebre, me mandarán llamar inmediatamente. Pregunte a la posadera; ella me traerá. —Ella le dirigió una mirada perspicaaz—. ¿Se quedará con ella?

—Sí.

—¿Es usted escocés? —preguntó ella con soltura conversacional mientras se acercaba al cesto de hierbas que había traído y sacaba varias bolsitas.

Receloso, dudó. En la mirada de ella, leyó un interés aburrido.

—Estamos aquí por negocios.

—Sus motivos son suyos —dijo ella encogiéndose de hombros. Midió una pequeña cantidad de hierbas y las puso en una pequeña bandeja. Tras aflojar la bolsa de otro saco, cogió una pizca de un polvo blanco y lo espolvoreó sobre las hojas machacadas. Con cuidado, las mezcló—. Sujétele la cabeza mientras le doy esto.

Él obedeció mientras ella le daba a su paciente el brebaje, y luego la animó a beber un poco de agua.

En su estado grogui, Sophie se esforzó por tragar, y finalmente, se terminó la última de las hierbas.

La curandera dio un paso atrás.

—Ahora necesita descansar.

—Lo hará. —Empezó a buscar dentro de su ropa monedas para pagar a la curandera.

Ella negó con la cabeza.

—Liquidaremos lo que se deba a mi regreso. Por ahora, cuide de ella. Eso es lo importante. —En silencio, guardó sus provisiones con pulcra precisión y se puso en marcha. En la puerta se volvió, con su mirada enjuta clavada en él—. No hay que moverla.

Al oír su énfasis en lo último, otra brizna de inquietud le subió por el cuello.

—Sí.

Después de que la sanadora se marchara, Duncan aseguró la puerta, persistiendo su inquietud por la sanadora. ¿Por qué? Sus ojos ancianos habían escudriñado a Sophie con experiencia, había hecho preguntas prudentes y era experta en su oficio, como lo demostraba la forma en que había seleccionado las hierbas necesarias sin vacilar. De hecho, durante su breve visita, la curandera se había comportado más como una madre cariñosa que como una extraña.

Se quedó quieto.

¿Había reconocido a Sophie? ¿Enviaría un mensaje al rey Felipe?

Tembloroso, bajó la mirada.

El pecho de Sophie subía y bajaba a un ritmo constante, sus respiraciones eran uniformes; dormía. Duncan desechó sus preocupaciones. Con el cansancio pesando en su mente, tras haber eludido a los hombres de Bernard durante días y días, además de su temor por la vida de ella, buscó el engaño a cada paso. Ahora, cuando encontraba a una mujer que se preocupaba por aquellos a los que atendía, la tachaba de amenaza. La tensión de su cuerpo se relajó y la habitación vaciló ante él.

Más que dispuesto a descansar un poco, Duncan se despojó de sus ropas mojadas y cruzó hasta la cama. Se subió junto a Sophie, se quitó también sus ropas empapadas y luego la atrajo contra él.

Cada estremecimiento de ella le atravesaba como una lanza.

—Estoy aquí —susurró. El fuego que había encendido antes calentaba la habitación con una escasa eficacia, pero no ofrecía el calor que ella necesitaba.

Maldijo el hecho de que las circunstancias le hubieran obligado a elegir un tugurio tan lúgubre y no podía confiar en que nadie de los presentes enviara un mensaje al rey Felipe sobre la seguridad de Sophie. Ella necesitaba los mejores cuidados posibles. En lugar de eso, yacía helada a su lado.

Acurrucada contra su pecho, murmuraba incoherencias y seguía temblando.

Las horas pasaban, cada una avivando su miedo. «Por favor, Dios, haz que se ponga bien».

Ella lo era todo para él.

Y mucho más.

Sacudido por la profundidad de sus sentimientos hacia ella, Duncan se quedó mirando a Sophie como si la viera por primera vez. Su corazón temblaba.

La deseaba. La necesitaba.

Para siempre.

De un trago duro, esperó la oleada de miedo, la oleada de pánico ante los pensamientos de permanencia.

En lugar de eso, encontró fuerzas renovadas y una necesidad tan profunda que cualquier pensamiento de alejarse de Sophie le dejaba destrozado. La amaba.

Un gemido angustiado cayó de sus labios.

—Ya está, muchacha. —Duncan le deseó que se sobrepusiera a la desdicha que sufría mientras él abrazaba sus nuevos sentimientos, abrumado, exultante y ansioso por compartir su realización—. Te quiero, Sophie.

Ante su susurro empapado de alma, ella frunció el ceño.

Como si en su estado él hubiera esperado que ella respondiera. Pero él se lo había dicho, continuaría diciéndole cuánto la amaba hasta que ella pudiera comprenderlo.

Le vinieron recuerdos de cuando ella le había confesado cuánto le quería. Con la forma en que ella se había entregado cuando habían hecho el amor, cómo le había tocado, acariciado con infinito cuidado, él se negaba a creer que ella no sintiera más.

Ella se estremeció en sus brazos.

—Te quiero, Sophie. —Le acarició el pelo con los dedos. Por las llamas de la chimenea que iluminaban la habitación, notó que un ligero brillo de sudor había empezado a cubrirle la frente. Apretó los dedos contra su frente. ¡La ira de una espada! Había empezado a tener fiebre.

Debía enviar a buscar a la curandera. Y si no la encontraba, buscaría un caballo y cabalgaría con Sophie esta noche hasta su padre. No importaba el riesgo; haría lo que fuera para asegurarse de que Sophie viviera.

Duncan deslizó suavemente una bata sobre su cabeza y luego la arrojó bajo las mantas.

—No tardaré. —Le besó la mejilla. Mientras se ponía lo último de su atuendo, sonó un suave golpe en la puerta.

Con una mueca, desenvainó su espada y se acercó sigilosamente a la puerta.

—¿Quién es?

—La sanadora. He vuelto para ver a su esposa.

El alivio lo invadió. Gracias a Dios. Aseguró su espada y empezó a abrir la puerta.

—Estaba a punto de...

La madera labrada fue arrancada de su agarre.

Espadas en alto, varios guardias armados con los colores del rey irrumpieron en el interior. El caballero más cercano le agarró la muñeca. Otro le agarró el hombro herido. Le golpearon contra la pared.

Las estrellas estallaron en la cabeza de Duncan.

—Lady Sophie está allí —espetó la sanadora—. Este escocés dice ser su marido, pero miente. Ella me ha ayudado a tratar a los enfermos durante muchos años.

¿La curandera había trabajado con ella? Duncan recordó que Sophie le había dicho que vivía cerca de la costa y que ayudaba a una curandera que ayudaba a los que no podían

permitirse una atención adecuada. Con pesar, recordó cómo antes había desestimado su malestar por la presencia maternal de la mujer.

La anciana miró a Duncan como si fuera un engendro del diablo.

—Sin duda es uno de los rebeldes que están detrás de su secuestro.

—Espere —jadeó Duncan—, ¡puedo explicárselo!

—¿Explicar qué? —gruñó el hombre apretando su hombro izquierdo—. ¿Cómo secuestró a lady Sophie y la esconde hasta que se cumplan sus exigencias al rey Felipe, o cómo la ha maltratado hasta dejarla al borde de la muerte?

La ira de una espada, ¡lo tenían todo mal!

—Soy Duncan McAlpin, conde de Donnells, un mensajero enviado por Robert Bruce, conde de Carrick, Guardián del Reino de Escocia para entregar un escrito al rey Felipe —explicó, manteniendo la calma en su voz, negándose a ceder ante el miedo que le atenazaba—. La encontré en las Tierras Altas y la escoltaba hasta su casa.

La curandera frunció el ceño.

—Otra mentira.

—¡No, digo la verdad! Se mareó mientras navegábamos hacia Francia. Cuando atracamos, no se había recuperado del todo. Por accidente, cayó en la bahía —explicó, maldiciendo el hecho de que le temblara la voz—. Aterrorizado por su vida, la traje aquí y llamé al sanador. —Duncan escrutó los rostros de los guardias. Cada uno le miraba como si desearan rebanarle el gástrico y dárselo de comer a los perros—. Lo último que yo, o mi país, deseáramos es que le ocurriera algo malo.

Con una maldición, el guardia que había supuesto que estaba al mando se adelantó.

—Una mentira bien urdida. —Una fría satisfacción curvó su boca mientras agarraba la garganta de Duncan—. En nombre del rey Felipe, queda usted detenido por el secuestro de lady Sophie.

—Espere —se atragantó Duncan mientras la habitación empezaba a nublarse—, ¡tengo pruebas! —Las fosas nasales del guardia se encendieron con incredulidad.

Duncan luchó por recuperar el aliento.

—Está escondida en mi túnica.

Los ojos del guardia se entrecerraron.

—Intente escapar y le aseguro que me daría la excusa para clavarle mi espada en el corazón. —Señaló con la cabeza a los hombres que le sujetaban—. Soltadle.

Los guardias le soltaron y dieron un paso atrás.

Duncan jadeó mientras metía la mano en la bolsa oculta de su camisa interior. No había pensado en la escritura desde que habían escapado del barco. Sus dedos rozaron el cuero. ¡Gracias a Dios que aún estaba allí!

Su mano tembló al sacar el pergamino de la cubierta de cuero empapado, mostrando el sello intacto.

—Como ya he explicado, no he raptado a lady Sophie sino que la devuelvo a Francia. Este

documento es la prueba de que las palabras que digo son ciertas.

Los caballeros le miraron con incredulidad.

Su líder levantó una ceja escéptica.

—Ábranlo.

Duncan negó con la cabeza y bajó el pergamino enrollado.

—Es solo para los ojos de su rey.

—Cogedlo —atronó el caballero líder. Antes de que Duncan pudiera impedirlo, dos guardias le inmovilizaron las manos contra la pared. Luchó por liberarse, pero el caballero principal se adelantó y le arrebató la escritura de las manos.

—Ahora —dibujó, sus palabras sonaban como el hielo—, veremos qué verdades entregas —gruñó, mientras estudiaba el sello de Robert Bruce—. Es fina artesanía —sus ojos parpadearon—, quien lo hizo.

Un músculo trabajó en la mandíbula de Duncan.

—Estoy diciendo la verdad. —El caballero soltó un bufido indignado.

Un movimiento desde la cama captó la atención de Duncan. Con palabras suaves, la sanadora enjugó la frente de Sophie.

La ira de una espada, necesitaba descansar, no estar sometida a palabras airadas.

—Ábrala —le ordenó Duncan—. Pero el rey Felipe pedirá su cabeza cuando se entere de su hazaña.

Sin vacilar, el guardia rompió el sello. Desenrolló el pergamino húmedo y hojeó el escrito. Con el rostro tenso, el caballero levantó la mirada, sus ojos eran negros como las puertas del Hades.

—¡Llévenlo al calabozo!

—¡Esperad! —Duncan forcejeó contra los guardias—. ¿No lo ha leído?

—¿Leer qué? —siseó entre dientes apretados—, ¿palabras emborronadas como si fueran escritas por un niño? —El pergamino se arrugó cuando empujó el escrito ante la cara de Duncan.

Las rodillas de Duncan casi cedieron. El mensaje escrito por Robert Bruce ya no adornaba la página. En su lugar, feas manchas negras manchaban el pergamino, las palabras eran ilegibles. Durante la travesía del río crecido, o cuando él y Sophie habían caído en la bahía, el escrito se había empapado, la tinta se había corrido.

—Lamentarás haberte atrevido a secuestrar a lady Sophie —gruñó el caballero líder.

El corazón de Duncan se golpeó contra su pecho.

—Se equivoca. Necesito hablar con el rey Felipe.

—La única persona a la que visitarás es al verdugo del rey. —Con desprecio, el caballero arrojó el escrito al hogar. Las llamas lamieron ávidamente el papel empapado, ennegreciendo y luego destruyendo el frágil pergamino hasta que se desmoronó en las brasas que había debajo, los trozos de cera burbujearon en el fuego como sangre fundida—. ¡Lléváoslo!

Los guardias le arrastraron hacia la puerta.

—¡Se equivocan! —gritó Duncan mientras luchaba contra ellos, pero apretaron el agarre y continuaron. Frenético, miró a Sophie.

Presa de la fiebre, se retorció en la cama. ¡No podía dejarla!

—Muévete. —Uno de los guardias que tenía detrás clavó el pie en la espalda de Duncan, empujándolo.

El pánico le desgarró, Duncan salió a trompicones al pasillo. Debido a sus falsos cargos, nunca volvería a verla, a abrazarla ni a ver cómo se le iluminaban los ojos cuando le decía que la amaba.

Y sin la cédula como prueba de su inocencia, al enterarse de que el secuestrador de su hija había sido capturado, el rey Felipe creería que era uno de los rebeldes escoceses implicados en su secuestro y cortaría su apoyo a Escocia.

La deshonra manchaba cada una de sus respiraciones, la autocondena aún más. Le había fallado a su país, le había fallado a Sophie.

Y con los hechos condenatorios en la mano, el rey ordenaría lo que creía una sentencia justa.

La muerte de Duncan.

## Capítulo 18

Sophie abrió los ojos, haciendo muecas de dolor. Una lúgubre luz gris la abrazó. El suave repiqueteo de las gotas de lluvia al golpear el cristal de una ventana resonó en su miseria. Apartó otra oleada de malestar, frunció el ceño al darse cuenta de que yacía bajo una colcha. ¿Dónde estaba? ¿Y por qué le dolía el cuerpo?

Frunciendo el ceño cuando no obtuvo respuestas, escudriñó la habitación. Un tapiz de seda tejido en rojos, azules y verdes, que creaba la imagen de un castillo lejano, adornaba la pared del fondo. Dentro de un hogar de piedra, enmarcado a cada lado por intrincadas tallas de mármol de leones haciendo guardia, rugía un fuego que ofrecía calor. Inclinado sobre una repisa se hallaba un volumen de cuentos del rey Arturo, con la encuadernación de cuero desgastada por el uso. A su izquierda, sobre un arcón de madera envejecida, estaba sentada una muñeca que le regalaron cuando era niña.

Una sonrisa curvó su boca. La casa de su padre. Esta era la habitación que utilizaba siempre que lo visitaba.

Sophie aspiró el aroma de los juncos frescos entrelazados con el aroma de la madera y el aire purificado por la lluvia mientras la paz la invadía. El colchón de plumas contra su piel la acunaba como en un sueño.

—¿Estás despierta? —El alivio llenó una voz profunda y familiar.

La ternura envolvió a Sophie mientras miraba a la noble figura de pie en la puerta de su habitación, con su sobrevesta y su manto de vermeil forrado de armiño.

—Padre.

El rey Felipe se acercó y rozó su mejilla con un beso.

—He estado preocupado por ti.

—Preocupado; ¿por qué? —Ella buscó a tientas una razón. Vagas imágenes de un hombre con el pelo color whisky y profundos ojos azules parpadearon en su mente. Recuerdos de ser perseguida. De esconderse. Con la misma rapidez, se desvanecieron.

Unas líneas surcaron el ceño de su padre.

—¿No te acuerdas?

—Yo... —Más fragmentos se deslizaron en su lugar. El aullido del viento. El golpeteo del mar.

Su padre la observaba, expectante.

—Hubo una tormenta.

—Fuiste secuestrada por los escoceses. —La ira persistía en sus palabras.

—¿Secuestrada por los escoceses? —Ella hizo una mueca, encontrando de algún modo incorrecta su afirmación.

—El incidente no es un tema sobre el que debas insistir. Estás a salvo; eso es lo que importa.

Tal vez, pero ella vio el cansancio oculto en sus ojos causado por la preocupación. Conmovida y necesitada de ofrecerle seguridad, posó su mano en el brazo de su padre.

—Estoy bien.

—No lo estás. Has estado enferma desde tu llegada hace dos días. Durante la noche por fin te bajó la fiebre. —Él cubrió su mano con la suya—. Debes continuar descansando. Con el tiempo tu memoria volverá.

El suave repiqueteo de unos pasos que se acercaban atrajo su mirada hacia la puerta.

Entró un hombre alto y digno. Caminaba hacia ella, con su sobrepelliz heráldico hilado de seda azul real y bordado con flores de lis doradas. Su pelo castaño liso le rozaba el borde de los hombros, unos ángulos duros perfilaban su mandíbula cuadrada. Los ojos color avellana se encontraron con los de ella, suavizándose con alivio.

¿Conocía a este hombre? Por la confianza con la que entró en su habitación, podría parecer que sí. Pero ella no lo recordaba.

—Sire —dijo mientras se inclinaba ante su padre. Se encaró a Sophie, con una tierna sonrisa rozando sus labios—. Me alegro de verte despierta. —La inquietud ensombreció su mirada cuando miró hacia el rey y luego de nuevo a ella—. Y estamos agradecidos por tu regreso a salvo.

—Sophie, permíteme presentarte a Gaston de Croix, duque de Vocette, tu prometido.

¡Prometido! Sophie se agarró a las sábanas, incapaz de sacudirse la inquietud que le producía este encuentro.

—¿Nos hemos visto antes? —Su corazón latía con fuerza mientras esperaba su confirmación.

—No —respondió Gastón mientras le levantaba la mano. Le dio un beso en los nudillos—. Es un placer, mi señora.

El calor le acarició la cara porque no estaba segura de qué decir, y estaba aún más confusa por cómo se le aceleraba el pulso. ¿Por qué conocer a su prometido le causaría tanta angustia? Debía de ser consciente de su próximo matrimonio.

—Lo siento —dijo Sophie, luchando por mantener la calma—, tengo dificultades para recordar.

—Comprensible después de tu ordalía —dijo el duque.

Ordalía. Se refería a su secuestro, un acontecimiento del que ella no recordaba nada.

—Como estamos prometidos, por favor, use mi nombre de pila, Sophie.

Él asintió.

—Por favor, hágame el honor de llamarme Gaston.

—Por supuesto. —¿Por qué pensar en él de un modo tan familiar la ponía de los nervios?  
La mirada de su padre se desvió hacia el duque.

—¿Se ha ocupado de la tarea que discutimos?

—*Oui, Sire.* —Su mandíbula se tensó con ira—. Nos ocuparemos de él hoy mismo.

Un escalofrío recorrió a Sophie ante la frialdad de las palabras de su prometido. Miró a su padre.

—¿Con quién se las verá?

La boca del rey se afinó en una línea dura.

—Hemos capturado a uno de los escoceses implicados en tu secuestro. Antes de que termine, nombraré a todos los implicados.

—Una acción de la que se arrepentirán —afirmó Gastón.

Un escalofrío recorrió a Sophie. Aunque nunca había presenciado los métodos que utilizaban los guardias de su padre para arrancar confesiones, había oído hablar del potro, los azotes y otras técnicas empleadas para soltar una lengua poco dispuesta.

Una sensación de urgencia la invadió, pero el aturdimiento que cubría su mente ahogó su capacidad de encontrar el motivo.

—Padre, yo... —¿Por qué no podía recordar las últimas semanas? Y cuando lo hiciera, ¿desearía lo contrario?

El rey se inclinó más cerca.

—¿Qué ocurre?

Un golpeteo bajo se acumuló en su cabeza mientras ella se esforzaba por recordar.

—Tiene algo que ver con el escocés.

—No debería haber hablado de su captura —dijo su padre—. Te he alterado cuando necesitabas mantener la calma y descansar.

—No, yo... —Ella se impulsó hasta quedar sentada—. Hay algo importante que debo decirte, es solo que... —Su mente se nubló.

—Sophie, debo añadir mi acuerdo al de tu padre —añadió el duque—. Todavía estás débil.

El rey Felipe agitó la mano en un gesto sutil, y un hombre delgado y sombrío apareció.

—Encárguese de que le den hierbas para ayudarla a dormir.

El hombre se inclinó.

—*Oui, Majestad.*

Reconoció al médico personal de su padre.

—Preferiría no...

—Debes descansar —declaró su padre. Discutiremos esto más tarde.

Su prometido volvió a llevarse la mano a la boca y le estampó un beso en los nudillos.

—Volveré a visitarte después de que cenemos. —Con una reverencia formal, él partió, su

paso era seguro, el de un hombre confiado en sus habilidades. Un hombre que cuidaba de lo que era suyo.

La frialdad la invadió al pensar en esto último. ¿Por qué? Debería alegrarse de su actitud protectora, un rasgo tan parecido al de su padre.

—Mi señora. —El médico de su padre le tendió una taza de agua calentada en el fuego y rociada con hierbas; el vapor ascendía en tenues zarcillos.

Agotada, aceptó el brebaje curativo. Tras un sorbo para asegurarse de que no estaba demasiado caliente, engulló el líquido en tres tragos y luego devolvió la taza a la mesa auxiliar.

Su padre asintió satisfecho y despidió al médico.

Solo, el rey se arrodilló junto a su cama, con el ceño arrugado por la preocupación.

—Volveré en cuanto me informen de que has despertado. —Apretó un beso en su mejilla y luego salió de la cámara.

Un calor letárgico se deslizó a través de ella. Sophie abrazó el entumecimiento, hundiéndose en la lujosa comodidad de su cama. Mientras se entregaba a un sueño dichoso, persistía en ella el fastidio de haber olvidado algo de gran importancia.

Más allá de la húmeda celda de Duncan, las lejanas llamadas de los prisioneros resonaban con macabra finalidad. Fuera, la lluvia seguía azotando el castillo.

Tirado en el suelo, luchaba contra el ennegrecido vacío de dolor que amenazaba con succionarlo de nuevo. ¿Cuánto tiempo había perdido el conocimiento esta vez? En algún momento entre cuando le habían arrastrado de vuelta a su celda y ahora, los rayos rojizos y anaranjados del amanecer habían quedado sofocados por la furiosa agitación del gris.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, luego otro. Exploró su entorno, el hedor casi le daba náuseas. Excepto que, después de las últimas horas de ser torturado para obtener una confesión, no podía reunir la energía para moverse, y mucho menos para tener arcadas.

Esperó el eco de los pasos que anunciaban la llegada de los guardias. Volverían una y otra vez, hasta que admitiera su participación en el secuestro de Sophie.

Aunque fuera mentira.

Duncan apretó los dientes mientras otro espasmo de dolor le desgarraba el cuerpo.

Su visión se nubló, pero se obligó a permanecer despierto.

La ira de una espada; ¿por qué se molestaba siquiera? Debería dejarse ir, sucumbir al oscuro vacío. Al menos entonces no sentiría. O recordaría estos últimos días de miseria.

Puesto que el rey le creía uno de los rebeldes escoceses que habían participado en el secuestro de su hija, nunca podría volver a ver a Sophie ni decirle que la amaba.

El remordimiento ahondó su pena cuando pensó en ella luchando contra la fiebre mientras los guardias le sacaban de la posada. Se quedó mirando las paredes grises estropeadas por la sangre envejecida y el óxido de las cadenas olvidadas.

Unos pasos repiquetearon junto a su celda. A poca distancia, se detuvieron. Voces apagadas.

El crujido de una puerta al abrirse. Una orden seca.

La súplica de un hombre para que le perdonaran la vida reverberó en el calabozo.

Duncan luchó por sofocar su miedo, la sensación de inevitabilidad. ¿Cuántas veces desde su encarcelamiento había oído lo mismo, o el estruendo de la multitud en el exterior mientras aclamaba que el verdugo blandiera su hacha? Tragó saliva con fuerza. Era un destino que podía imaginar demasiado bien.

Volvieron a sonar pasos. Esta vez se detuvieron frente a su celda. Las llaves rechinaron en la cerradura, un tintineo pesado y fuerte.

Se preparó.

La puerta se abrió con un gemido estremecedor. El ruido sordo de las botas contra el suelo de piedra le anunció que tenía visita. Varios, de hecho.

—Mírame —ordenó un guardia mientras clavaba su bota en el costado de Duncan.

Apretando los dientes contra el dolor, este obedeció. En lugar del rostro canoso de un guardia de mazmorra, le miraba un hombre bien vestido. Enmarcados por un pelo dorado del color de la luz del sol, había unos ojos tan llenos de odio que, si hubiera afirmado ser el diablo, Duncan le habría creído. Atónito, reconoció al hombre vestido con una sobrevesta y un manto de vermeil: el rey Felipe.

A medida que el monarca estudiaba a Duncan, su expresión se volvía más ominosa.

—Levantadle. —El veneno rasgó sus palabras.

Los guardias levantaron a Duncan.

Ante la agonía que recorría su cuerpo, ahogó un grito.

Otro hombre de pelo castaño, lacio y largo hasta los hombros, se acercó al lado del rey. Unos cáusticos ojos color avellana le atravesaron.

Duncan no reconoció al hombre, pero las flores de lis doradas cosidas en su sobrevesta, junto con su postura arrogante, acabaron con cualquier duda. El prometido de Sophie. El corazón le dio un golpe en el pecho. El hombre con el que se casaría.

Duncan quería gritar que Sophie le pertenecía. Que la amaba.

—Sire —forzó, intentando que su lengua creara las palabras, consciente de que era su única oportunidad de explicar el malentendido.

El rey asintió a su guardia.

El puño del hombre arremetió; la cabeza de Duncan se echó hacia atrás.

—¿Cómo te atreves a secuestrar a mi hija? —retumbó el rey Felipe.

El sabor cobrizo de la sangre llenó la boca de Duncan. ¡Por la gracia de Dios! El rey Felipe no sabía la verdad; Sophie debía tener aún fiebre, como había sospechado. O...

¡Dios, no!

Sus rodillas se doblaron y la negrura amenazó. Duncan luchaba por recobrar el conocimiento. No podía estar muerta.

—Yo...

El rey asintió de nuevo al guardia.

El puño del hombre se clavó en las tripas de Duncan.

Con un gemido, se dobló sobre sí mismo. Antes de que pudiera recuperar el aliento, el prometido de Sophie agarró el pelo de Duncan y le levantó la cabeza de un tirón.

—Pero eso no fue suficiente para ti, ¿verdad? —El duque señaló con la cabeza a un guardia. El hombre clavó su puño en la mandíbula de Duncan.

Los huesos crujieron. Un zumbido reverberó en los oídos de Duncan y la habitación empezó a dar vueltas. Necesitado de explicaciones, volvió a recobrar el conocimiento.

A duras penas.

—Mi médico me ha informado de que mi hija ha perdido la inocencia —acusó el rey Felipe con letal amenaza. Empujó la mandíbula de Duncan contra la pared de piedra—. Tenía moratones alrededor del cuello, en las muñecas y en otras partes del cuerpo. Se arrepentirá de haberla atado y violado.

Visiones de hacer el amor con Sophie se deslizaron por la mente de Duncan, de su belleza, de su despertar sensual. No la brutalidad que su padre pintaba o que su prometido creía.

—No, nosotros... —Duncan luchó por explicar que había adquirido los moratones cuando los ingleses la habían agarrado en el muelle de Glasgow, así como en su huida del barco, pero el dolor aplastó sus palabras. «Hicimos el amor», terminó en silencio.

—Admita la verdad —exigió el prometido de Sophie.

Duncan miró fijamente al rey Felipe, forzó la boca para formar las palabras que deseaba decirle a Sophie en su lugar.

—La amo.

—¿La amas? —La indignación del rey retumbó en la celda. Sus fosas nasales se encendieron—. ¿Cómo te atreves a tergiversar tus depravadas acciones en justicia propia?

—No. —La mente de Duncan se nubló. De algún modo, tenía que hacer entender a su padre—. Sophie...

—¡Silencio! ¿Cómo te atreves a pronunciar el nombre de mi hija? Eres indigno de respirar. Ahora —dijo con mortal autoridad—, ¡pagarás por tus transgresiones!

Duncan intentó hablar, pero su lengua, hinchada y reseca, entorpeció sus laboriosos intentos.

—Yo no la secuestre —logró forzar—. El duque de... —Su garganta trabajaba mientras luchaba por hablar—. El duque de Bernard...

—¡Basta de mentiras! —rugió el rey.

—Sí —asintió su prometido con disgusto—. El duque de Bernard nos advirtió que el escocés intentaría acusarle de tal traición.

—Pregúntele a su hija —ronroneó Duncan mientras miraba frenéticamente de un hombre a otro, siendo trágicamente ciertos sus temores de que el duque inglés hubiera llegado a oídos del rey antes de su llegada.

Una ominosa sonrisa se dibujó en el rostro del rey Felipe.

—Así es. Gracias a Dios que no recuerda nada. Pero usted... —Su mirada atravesó a

Duncan como una daga clavada en su pecho—. Te arrepentirás del día en que te atreviste a tocarla. —El rey se dirigió a la puerta abierta. Al entrar, fulminó a Duncan con la mirada—. Al amanecer, decapítalo.

Como enjambres de avispones enfurecidos alrededor de su colmena, el zumbido de la multitud cortó el sueño de Sophie. Aturdida, miró a su alrededor.

Su manta yacía arrugada, como si hubiera dado vueltas en la cama mientras dormía. Cerca de ella, una jarra de agua estaba medio llena y su taza estaba volcada, una prueba más de su sueño perturbado.

Se oyó un estruendo en el patio. La multitud vitoreó.

—¿Papá?

Se había quedado sola.

Con el ceño fruncido, se restregó el sueño de los ojos, frustrada por no poder librarse de la sensación de que algo iba mal.

Otra ovación del exterior se sumó a su inquietud.

Sophie se volvió hacia la ventana abierta, con los postigos abiertos de par en par, dejando al descubierto un cielo pálido, despejado y azul como el de la mañana.

Como había dormido toda la noche, en una de sus visitas tras el paso de la tormenta, su padre debió de abrir la ventana.

Los vítores se levantaron de nuevo.

Apartó las mantas que le quedaban. Su cabeza se agitó mientras se ponía en pie.

—Sophie, ¿qué haces fuera de tu cama?

Al oír la voz preocupada de su criada, se puso en marcha.

—Felyse. —Luchó por ocultar su estado debilitado mientras su criada entraba en su habitación, no deseando preocuparla más. Con los años se habían hecho amigas. Y siempre que se había puesto enferma, Felyse la cuidaba como si fuera su propia hija.

—No deberíais estar fuera de la cama, mi señora —la reprendió suavemente. En otra aclamación distante, la mujer esbelta con su pelo canoso cuidadosamente sujeto en una trenza frunció el ceño hacia la ventana. La furia brilló en sus ojos mientras se acercaba y cerraba las contraventanas con un rápido chasquido.

Una luz sombría asfixió la habitación.

—¿Están ejecutando al escocés? —preguntó Sophie. Su criada se puso rígida.

—*Oui*.

Perturbada por la idea, Sophie se frotó los brazos contra el repentino frío. Incluso con la ventana cerrada, podía oír que los gritos crecientes habían adquirido un tono febril, los abucheos y las llamadas a la muerte se filtraban en el silencio protegido.

—¿A cuántos hombres han capturado?

—Solo a uno.

De algún modo, ella lo había sabido.

—Me gustaría verle cuando camine entre la multitud. —Tal vez su rostro le refrescara la memoria.

La criada frunció los labios con desagrado.

—No es prudente que esté levantada, ni desearía que soportara más angustia.

—Por un momento. Por favor.

—Insisto en que vuelva a la cama. —La doncella vaciló, como si meditara sobre la conveniencia de conceder, y luego asintió—. Por poco tiempo. —Abrió la ventana y se apartó a regañadientes.

Punzadas de tensión recorrieron a Sophie mientras cruzaba la cámara, hundiendo los pies en la alfombra de lana burdeos extendida sobre el frío suelo. En la ventana, apretó la piedra, aún fresca por la lluvia.

Abajo, la multitud se extendía ante ella como un mar macabro para presenciar la ejecución de un hombre.

Asqueada por su grotesco fervor, miró más allá de la muchedumbre que llenaba el patio hasta donde se alzaba una plataforma elevada de madera. Un gran hombre encapuchado con un hacha esperaba cerca del centro. Buscó entre la multitud al hombre que era conducido por los guardias de su padre.

¿Por qué los pensamientos sobre su secuestrador le causaban tanta preocupación?

Su criada le tocó el antebrazo.

—Estás temblando. Debes volver a tu cama.

—Un momento más.

—Ni un suspiro más, mi señora.

El pulso de Sophie se aceleró mientras oteaba el camino hacia las mazmorras. La multitud se agitaba y luego retrocedía.

Los guardias de su padre avanzaron, otros tras ellos. Entre ellos, un hombre tropezó a la vista.

El prisionero.

Los abucheos se elevaron sobre la multitud cuando le hicieron pasar.

Al oír el grito agudo que pedía la muerte del escocés, Sophie se asomó a la ventana con la esperanza de verle mejor. Seguía sin poder distinguir su rostro.

Frustrada, se retiró, se detuvo. Apoyado en una repisa cerca de la chimenea estaba el volumen de cuentos del rey Arturo que su padre le había regalado en su octavo cumpleaños. Un libro repleto de relatos sobre Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda.

Como las aguas de la inundación cuando se apresuraban a engullir todo a su paso, los recuerdos inundaron su mente. Su viaje a través de Escocia con Duncan. Su posterior viaje a Francia. Cómo habían hecho el amor. Y lo mucho que ella le amaba. Las lágrimas empañaron sus ojos.

*Mon Dieu, ¿cómo había podido olvidarle?*

Empezó a temblar.

Felyse la cogió por los hombros.

—No debería haber consentido que te levantas. Necesitas descansar, no preocuparte por un hombre que está mejor muerto. —¡La escritura! Estaba equivocada. El hombre de abajo no podía ser Duncan. Una vez que hubiera mostrado a los guardias el documento de Robert Bruce, le habrían escoltado inmediatamente hasta su padre, que habría leído del Guardián de Escocia la advertencia sobre la traición del duque inglés de Bernard.

Excepto que su padre no había mencionado el escrito. Y sus referencias al escocés habían estado llenas de disgusto.

—Adelante ahora. Es descanso lo que necesitas, no quedarte despierta y cansarte más.

El presentimiento llenó a Sophie.

—¡Dígame el nombre del hombre!

La mujer mayor frunció el ceño.

—Es el conde de Donnells.

¡No podía ser!

—¿Y la orden? —Ante la mirada perdida de su criada, comprendió. Su padre no lo había visto. ¿Lo había perdido Duncan cuando había nadado con ella hasta la orilla?— Ha habido un error. El conde de Donnells no me secuestró; me salvó la vida.

Su criada lanzó una mirada frenética hacia la ventana.

¡*Mon Dieu!* Sobre miembros temblorosos, Sophie se liberó y corrió hacia la puerta. En la entrada, agarró el hombro de un guardia.

—Encuentre al rey. Debe detener la ejecución.

—*Oui*, mi señora. —Los pasos resonaron cuando el guardia se apresuró a cumplir su orden.

Una aclamación resonó desde abajo. Luego un cántico por la muerte se elevó desde la multitud.

El pánico la invadió. Duncan debía estar acercándose a la plataforma. Si esperaba la intervención de su padre, ¡podría ser demasiado tarde!

Ignorando las protestas de su cuerpo, Sophie echó a correr por el pasillo. Y rezó para no llegar demasiado tarde.

## Capítulo 19

El guardia empujó a Duncan.

—Muévete.

Debilitado por los días de tortura, Duncan tropezó. Se enderezó.

A duras penas.

—¡Matadle! ¡Matadle! ¡Matadle! —coreaban los espectadores mientras se separaban ante él como un mar enfurecido.

Una manzana demasiado madura le golpeó el costado de la cara, el asqueroso jugo le embadurnó la mejilla. Un trozo de barro le salpicó el pecho.

Sobre piernas temblorosas, Duncan avanzó.

—Retrocedan —bramó un hombre del rey.

En su lugar, escupiendo maldiciones y amenazas, la multitud se lanzó hacia delante. Las manos rasgaron las ropas de Duncan, su pelo, despojándole de todo lo que pudieron arrancarle. Bajo el asalto, cayó de rodillas.

Los puños le golpearon.

Una bota le golpeó las costillas con un crujido.

El dolor estalló en su interior y empezó a desplomarse. Maldiciendo, hundió las manos en el estiércol y luchó por mantenerse consciente.

—¡Atrás! —ordenaron los guardias, interponiéndose entre Duncan y los atacantes, haciendo retroceder lentamente a la multitud.

Con la sangre latiéndole con fuerza, Duncan recuperó la concentración. Un tajo fresco le cruzaba el pecho, le dolían las costillas y la sangre de varios cortes se filtraba en un charco de agua bajo él, enmarcado en el estiércol.

Apretó la mandíbula contra el dolor y se puso en pie con dificultad. Con la multitud a su alrededor desvaneciéndose, obligó a sus piernas a moverse.

Mientras avanzaba penosamente, escudriñó las ventanas de la torre. Deseó que Sophie estuviera allí.

Que lo viera. Que lo recordara.

Las ventanas permanecían vacías. Un penetrante dolor creció en su pecho, mientras luchaba contra la pena que le consumía. Nunca volvería a verla, jamás. Cuando su memoria regresara, sería demasiado tarde. Entumecido, se tambaleó hacia delante.

Como en respuesta a su deseo, la figura de una mujer apareció en una de las ventanas de la torre central. El cabello color miel ondeaba con la ligera brisa.

¡Sophie! La esperanza estalló en su interior. La mujer desapareció de su vista.

Su corazón se golpeó contra su pecho. ¿No le había visto?

—Adelante. —El guardia empujó.

La mugre salpicó su cara mientras Duncan caía de rodillas. Se limpió la mugre y se negó a perder la esperanza. Por Dios, ¡ella le había visto!

Con la respiración agitada, trabó los codos y miró hacia arriba. En lugar de la ventana de Sophie, la plataforma del verdugo le bloqueaba la vista.

El pavor le recorrió mientras escudriñaba los escalones llenos de cicatrices, los tablones desgastados por sus predecesores, la madera labrada manchada por su sangre.

Ante los vítores de la multitud, miró hacia allí.

Un hombre encapuchado, con los brazos gruesos como bueyes, estaba de pie en el centro de la plataforma. Cuando sus ojos se encontraron, sus dedos sobre el hacha se tensaron.

Duncan aspiró con fuerza, luchó contra la agitación del pánico. Un guardia le cogió del brazo y le levantó.

—Muévete.

Su bota repiqueteó en el escalón inferior con morbosa finalidad. Tragó saliva con fuerza mientras forzaba el pie para subir el siguiente peldaño y se enfrentaba a la verdad.

Se había equivocado.

La mujer de la ventana había sido otra muchacha. Cualquier esperanza de decirle a Sophie que la amaba se desvaneció.

Presas del pánico, Sophie se abrió paso a codazos entre la multitud.

—¡Duncan!

El rumor de voces excitadas ahogó su grito.

¡*Mon Dieu!* El agua y el barro mancharon el dobladillo de su vestido y le golpearon las piernas cuando apartó a otra persona. Al rodear el pozo, a través del mar de gente, vislumbró al hombre que amaba.

—¡Duncan!

Se desplomó sobre los escalones de la plataforma.

¡No!

La multitud vitoreó.

La furia la invadió. ¡No moriría!

—¡Sophie!

Al grito de su padre, ella se volvió.

Con sus largas túnicas rodeándole, estaba de pie en los lejanos escalones del castillo, con su prometido a su lado. Con el rostro enrojecido, su padre le hizo señas para que se acercara.

Preso del pánico, se volvió hacia la plataforma. Duncan se balanceó cuando un guardia le puso en pie.

Se apretó las manos. ¿Por qué su padre no había detenido la ejecución? Mientras la multitud abucheaba, el pavor la invadió y comprendió. Con el tamaño de la reunión, el guardia había sido incapaz de transmitir su mensaje.

—¡Padre, detenga la ejecución!

Su padre frunció el ceño y luego hizo un gesto a sus guardias para que se acercaran a ella.

Las lágrimas le quemaron los ojos. No había tiempo para abrirse paso hasta él y explicárselo. Se abrió paso a empujones.

Una mujer dio un paso atrás.

Sophie se deslizó más allá. Se abrió un hueco delante y ella se apresuró a atravesarlo.

Un hombre y una mujer se movieron delante de ella, estirando el cuello en un esfuerzo por ver el macabro espectáculo que se desarrollaba en la plataforma.

—¡Háganse a un lado! —Sophie se interpuso entre ellos.

El hombre se revolvió, el reconocimiento estalló y su indignación se transformó en rápidas disculpas mientras retrocedía.

Ella se adelantó a toda prisa.

Una ovación llenó el patio.

El pánico la azotó mientras miraba hacia delante.

A lo lejos, Duncan avanzaba a trompicones hacia el centro de la plataforma.

¡*Mon Dieu!*

—¡Detengan la ejecución! —Los gritos de la multitud ahogaron su orden.

El guardia agarró las muñecas de Duncan, arrancándoselas hacia la espalda. Otro hombre le aseguró las manos.

Las lágrimas nublaron la visión de Sophie mientras avanzaba.

Con las muñecas atadas, un guardia empujó su cabeza contra el bloque. La madera fría y áspera se clavó en la mejilla de Duncan. Dirigió la mirada a su verdugo. Si iba a morir, sería mirando a su verdugo a los ojos con el coraje de un escocés.

Tragando con dificultad, se aferró al hecho de que una vez que Sophie recuperara la memoria, le contaría la verdad a su padre. Entonces fracasaría el intento del bastardo de Bernard de disolver los lazos de Escocia con Francia.

Con un gruñido, el hombre amortajado blandió su hacha.

El acero se clavó en el bloque con un ruido sordo a un palmo de la cara de Duncan.

Un rugido surgió de la multitud.

Con el corazón palpitante, dio gracias a Dios por haberle bendecido con Sophie. Rumores de excitación recorrieron la multitud cuando el hombre levantó su hacha. La sombra de la hoja cayó sobre Duncan.

Un silencio expectante se apoderó de la multitud mientras todos esperaban el golpe final, el tajo del acero contra la carne.

En una plegaria, Duncan aspiró por última vez.

—¡No! —El grito de Sophie perforó el silencio.

Con la sangre palpitando caliente, Duncan soltó la cabeza y escrutó a la multitud. Con una maldición, el verdugo bajó su hacha.

—¡Sujetadle!

—¡Esperad! —gritó Duncan mientras dos hombres le agarraban la cabeza, golpeándole contra la madera—. ¿No has reconocido la llamada de la hija del rey?

El verdugo gruñó con disgusto.

—¡Silencio! Los gritos de la mujer no eran para ti. Nadie salvará tu inútil culo. —Con el ceño fruncido, levantó su hacha—. ¡Este rebelde escocés que se atrevió a amenazar a nuestro rey —bramó—, sentirá ahora la mordedura de la justicia! —Con un gruñido, comenzó su golpe descendente.

—¡Alto, en nombre del rey Felipe! —ordenó Sophie.

Sacudido por la furiosa demanda de la mujer, el verdugo perdió el suave ritmo de su balanceo. El hacha se hundió a un dedo de distancia del cuello de Duncan.

Murmullos sorprendidos ondularon entre la multitud cuando Sophie, vestida con una toga blanca y salpicada de barro, se liberó de la furiosa multitud ante la plataforma.

El alivio le invadió, junto con una ráfaga de amor.

—¡Sophie!

—¡Duncan! —Las lágrimas rodaron por su rostro mientras subía con dificultad un escalón y luego empezaba a zigzaguear.

¡Maldita sea! Duncan se abalanzó contra la sujeción del guardia para alcanzarla. Unas manos fuertes lo sujetaron con fuerza.

—¡Quieto!

Duncan se retorció contra la sujeción, maldijo mientras otro hombre le ayudaba a sujetarle.

Jadeando, Sophie se agarró a la barandilla y se levantó paso a paso.

—¡Sophie, detente! —El rugido indignado de su padre resonó en el patio. Los caballos relincharon.

La gente se dispersó cuando el rey Felipe cabalgó hacia la plataforma.

Su prometido cabalgaba a su paso, con el rostro enrojecido por la furia y la capa ondeando con palmadas desiguales.

Jadeando, Sophie alcanzó la cima, con los ojos oscuros de terror. Miró fijamente a los guardias que sujetaban a Duncan.

—¡Soltadle!

Con la boca abierta por la sorpresa, los hombres retrocedieron.

—¡Mírate! —jadeó ella mientras se agachaba a su lado mientras él se arrodillaba.

Alegría, alivio y amor le asaltaron.

—Sophie, yo...

—Mira los cortes, los moratones —sollozó ella mientras le arrancaba las ataduras de las muñecas.

Temblando, Duncan la envolvió en sus brazos.

—Está bien, ahora estás aquí.

—¡No! Mira lo que te has visto obligado a soportar, porque —dijo entre sollozos—, perdí temporalmente la memoria. Perdóname.

—Sophie —ronroneó él, con su aroma llenando cada una de sus respiraciones, su valentía, su alma—. No es culpa tuya. —Oh, Dios, había tanto que necesitaba decirle, tanto que necesitaban discutir.

—¡Sophie!

Ante la furiosa llamada del rey Felipe, ella se apartó, con la preocupación oscureciendo sus ojos.

—Lo explicaremos juntos.

Duncan había visto antes esa expresión obstinada. Era la misma que había visto a lo largo de su viaje cuando ella había tomado una decisión y no se echaba atrás.

Pocas mujeres se habrían atrevido a escapar después de ser secuestradas, o a atravesar Escocia para preservar un país que no era el suyo. Tragó saliva con fuerza. ¿Cómo podía haber contemplado vivir su vida sin ella? ¿O haber dudado en entregarle su amor?

Ella le cogió del brazo, sus dedos se clavaron en sus músculos. Juntos se pusieron de pie y se enfrentaron a su padre.

El rey Felipe desmontó. Con el rostro enrojecido, caminó hacia ellos, con el duque a su paso.

Mil ojos se concentraron en ellos, la expectación era lo bastante espesa como para tallarla con una espada.

Al llegar a lo alto de la plataforma, la mirada del rey se clavó en la mano de Sophie aferrada a Duncan. La indignación moteó su rostro.

Los ojos de Gastón se entrecerraron al percibir la postura protectora de Sophie.

Duncan se preparó. Aunque había viajado a Francia al servicio de su rey, no solo había comprometido a la hija bastarda del rey Felipe, sino a la prometida de otro hombre.

—Sire. —Se esforzó por inclinarse ante el acercamiento del rey Felipe, casi perdiendo el equilibrio. Se enderezó y luego asintió al duque—. Alteza.

—Silencio —ordenó el rey Felipe. La preocupación y el amor libraron su propia guerra en su expresión mientras fruncía el ceño hacia su hija—. Sophie, exige una explicación.

El orgullo brilló en sus ojos.

—Duncan McAlpin, conde de Donnells, ha sido acusado injustamente —dijo ella, con voz

firme—. Él no me secuestró, sino que arriesgó su vida para devolverme a Francia.

Murmullos atónitos recorrieron la multitud. La mirada escéptica de su padre se desvió hacia Duncan.

Se encendió la esperanza de que con Sophie a su lado, el rey le escucharía.

—El duque de Bernard estaba detrás de su secuestro —carraspeó Duncan, con voz inestable—. Llevé un escrito explicando la estratagema del noble inglés.

—No he visto ningún escrito —afirmó el rey Felipe.

—Tras un accidente —continuó Duncan—, el escrito se empapó y la tinta se corrió. Los guardias que me arrestaron creyeron que mentía porque el documento era ilegible y arrojaron a las llamas la misiva de Robert Bruce, conde de Carrick, Guardián del Reino de Escocia.

Unos ojos sagaces se volvieron hacia su hija.

—Explíqueme cómo llegó a conocer a este escocés y a confiar en él.

—Escapé de los caballeros del duque de Bernard —respondió Sophie, con orgullo en la voz—. De camino a un puerto de Escocia, encontré a lord Donnellis herido y le atendí.

—Me salvó la vida —dijo Duncan, con palabras sombrías—. Una vez curado, la escolté hasta Francia.

Con lágrimas en los ojos, Sophie asintió.

—Si no hubiera sido por el conde, nunca habría regresado sana y salva. Le debo la vida.

El rey la estudió durante un largo momento y luego susurró al prometido de Sophie.

La irritación relampagueó en el rostro del duque.

El rey Felipe se dirigió a Duncan.

—Te debo mi más profundo agradecimiento por salvar la vida de Sophie. —Le tendió la mano—. Y una disculpa.

Lleno de emoción, Duncan estrechó la mano del rey.

—Si hubiera estado en su lugar, *Sire*, yo también habría tenido dudas. —Una vez superada la amenaza de su muerte inminente, Duncan se preguntó cuál sería la reacción de su padre cuando, ese mismo día, ofreciera una compensación para poner fin a los esponsales de Sophie y luego pidiera su mano.

El rey Felipe levantó la mano ante sus súbditos. La multitud enmudeció.

—Ha llegado a mi conocimiento que el conde de Donnellis ha sido acusado injustamente —anunció el rey—. El escocés no secuestró a lady Sophie, sino que le salvó la vida. —Asintió hacia Duncan con gratitud—. Por su valentía, será honrado.

La sorpresa, luego asentimientos de comprensión, ondularon entre la multitud.

El rey Felipe se encaró con Duncan.

—Después de que haya descansado y haya sido atendido por mi médico, discutiremos en detalle la traición de Bernard. —Señaló a un guardia cercano—. Asegúrese de que el conde sea colocado en una de nuestras mejores cámaras y de que le traigan comida y un baño caliente. Avise a mi médico para que le atienda inmediatamente.

—*Oui*, Majestad. —El guardia hizo una reverencia y se alejó apresuradamente.

—Añado también mi humilde gratitud por salvar la vida de Sophie —ofreció su prometido.

Duncan asintió, pero no pasó por alto la frialdad del tono del duque, ni dudó de que la furia de aquel hombre, si se le presionaba, podía volverse letal.

## Capítulo 20

Sophie asintió al médico cuando salió de la cámara de Duncan y luego se dirigió al guardia que estaba ante su puerta.

—No nos molesten.

Hizo una cortante reverencia.

—*Oui*, milady.

Todavía abrumada por el alivio de haberle perdonado la vida a Duncan, entró y cerró la puerta.

Cerca de una pequeña mesa, el hombre que había reescrito su propósito en la vida estaba de pie, de espaldas a ella, poniéndose una túnica limpia.

El calor se acumuló en su interior mientras observaba la ondulación de los músculos, el grácil poder que formaba parte integral de él, una fuerza que manejaba con una precisión feroz tan rápida como tierna.

Se movió y aparecieron unos feos moratones amarillos y negros, un potente recordatorio de lo cerca que había estado de la muerte. De cómo, incluso después de todos los desafíos a los que se habían enfrentado, no se había asegurado un futuro entre ellos.

La frialdad la invadió al recordar la petición de su prometido de una audiencia privada con ella una vez que hubieron abandonado el patio.

La preocupación de su padre porque ella necesitaba descansar había retrasado la inevitable confrontación. Si Gastón se enteraba de esta visita con Duncan, dado su disgusto por el favor que ella le había hecho, se pondría furioso. Con la respiración agitada, se adentró en la habitación.

Al oír el suave roce de su zapatilla, Duncan se volvió. La sorpresa cruzó su apuesto rostro, luego el deseo.

—¿Sophie?

Las lágrimas llenaron sus ojos cuando entró en su cálido abrazo, la necesidad de estar con él era tan elemental como respirar.

—Oh, Dios. —Él la rodeó con sus brazos y rozó su boca con la de ella, suave, lentamente, como saboreando su gusto, mientras temblaba de desesperación.

Ella se fundió en sus exigencias, dándolo todo y necesitando más. Tal vez podía esperar un milagro, que su padre la liberara de su compromiso. Sobre todo, deseaba que Duncan la quisiera para siempre.

Con los ojos oscuros por la pasión, rompió el beso y la miró fijamente, como si absorbiera

cada uno de sus matices.

—N... nunca pensé que volvería a verte —ronroneó, el peaje de los últimos días ensombrecía su rostro—. Hay tantas cosas que quiero contarte. —Tragó con fuerza—. No pensé...

—Estás a salvo. —Sophie le rozó con el dedo un cardenal morado en la mandíbula y su culpabilidad creció—. Mira tu cara, tu cuerpo. Lo siento mucho. Yo...

Le cogió los dedos y se los llevó a los labios.

—No importa.

Temblosa, Sophie retiró la mano.

—Sí que importa. ¿Cómo podría olvidarte ni siquiera por un momento?

—Estabas enferma.

Tal vez, pero para ella eso no excusaba nada.

—Una vez que recuperé la memoria, envié a un guardia a informar a mi padre para que detuviera la ejecución. Insegura de si le llegaría la noticia a tiempo —dijo, necesitada de compartir su mayor temor—, tuve que intentar llegar a ti.

—Y lo hiciste.

Él la miró fijamente, su expresión era tan intensa que ella se encontró creyendo que él podía perdonarla cuando ella luchaba por perdonarse a sí misma. ¿Cómo podría cuando ella le había engañado durante la mayor parte de su viaje, y había hecho el amor con él sin revelar que estaba prometida a otro?

—Sophie.

Ante lo sombrío de su tono, se le cortó la respiración. Se equivocaba, él no le había perdonado nada. Iba a decirle que una vez que hubiera hablado con su padre, se embarcaba de regreso a Escocia.

—¿Qué? —Ella contuvo la respiración.

—Te quiero.

En el mismo momento en que él hablaba, desgarrada por el dolor de su partida, ella soltó:

—Sé que debes volver a Escocia. Y entiendo que no me perdones, pero... —Su declaración resonó en su mente y ella se detuvo, mirándole incrédula—. ¿Me quieres?

La ternura arrugó su rostro mientras sus ojos se oscurecían de necesidad.

—Sí, mucho. —Entonces su boca capturó la de ella en un beso largo y ardiente. Al retirarse, él la observó, sus ojos se mostraban solemnes.

La alegría estalló en ella; lo deseaba, lo necesitaba para siempre.

—Te quiero tanto. Temía que...

—Tengo que explicártelo. Sabía que me importabas, profundamente. Mientras yacías enferma y en un delirio en la posada, la idea de no volver a verte o de no hacer el amor contigo era impensable. —Duncan le rozó tiernamente la boca con un beso—. Los guardias llegaron y me arrestaron antes de que estuvieras lo bastante lúcida para que pudiera decírtelo. Que sepas

esto —ronroneó—, no puedo imaginar mi vida sin ti, sin compartir la más mínima alegría contigo, o que pase un día sin ver tu sonrisa. —Tragó con fuerza—. Mientras me llevaban ante el verdugo, mi mayor temor era no volver a verte, que nunca supieras cómo me siento.

Ante su sincera confesión, las lágrimas empañaron sus ojos. Cuando él empezó a hablar, ella sacudió la cabeza.

—Quiero explicarte por qué te oculté tantas cosas.

—Sophie, entiendo...

—Por favor, escucha.

Él asintió.

Ella soltó un largo e inseguro suspiro.

—A lo largo de los años he aprendido que los hombres no me querían a mí, sino un vínculo con mi padre. A lo largo de nuestro viaje, dudé en exponer mis verdaderos sentimientos porque temía que me hirieran. Después de hacer el amor quise decírtelo, pero tú no sabías quién era yo. Entonces me di cuenta de la gravedad de mis actos egoístas. Temía por tu vida si mi padre o mi prometido se enteraban de nuestra intimidad. —Su labio inferior tembló—. Nunca lamentaré nuestra intimidad. Pero como no eras consciente de las posibles repercusiones, me equivoqué al seguir permitiendo tu ignorancia. Por eso lo lamento. Al menos ni mi padre ni mi prometido están al tanto de mis indiscreciones.

—Lo saben —dijo Duncan en voz baja.

La culpabilidad la invadió y despreció aún más sus actos.

—*Mon Dieu*, ¿cómo podrás perdonarme?

—¿Cómo no voy a hacerlo? Te quiero —susurró—. Tampoco yo estoy libre de culpa. Nunca habíamos dicho nuestros votos ante Dios dentro de la santidad de la iglesia, y sin embargo vine a tu cama.

El calor barrió sus mejillas.

—Te di pocas opciones.

Su ceño se frunció con diversión.

—Estoy de acuerdo en que el hecho de que seas una mujer asombrosa y hermosa dificultó mi decisión. Pero —dijo, su voz se volvió sombría—, consciente de que eras una inocente, conocía también las responsabilidades de mi decisión.

Tal vez, pero teniendo en cuenta todos los hechos, sus acciones estaban lejos de absolverlo del pecado.

—¿Y ahora qué?

—Ahora —dijo Duncan, cogiéndole la mano—, voy a pedir la mano de la mujer que amo.

Una angustia le oprimió el pecho mientras retrocedía. Entumecida, dolorida, odiando lo que debía decir, se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

—Por mucho que lo desee —susurró—, por mucho que los pensamientos de una vida contigo colmen todos mis sueños, lamentablemente, no es posible.

Los pasos silenciosos de Duncan se detuvieron tras ella. Un sollozo se agolpó en su garganta.

Él la cogió por el hombro y la giró suavemente. Unos ojos crudos de tormento escudriñaron los suyos.

—¿Por qué no?

Una lágrima se deslizó por su mejilla en un camino frío. Con un resoplido, se la limpió.

—Tal vez pueda creer que se puede hacer que mi padre acepte nuestra indiscreción, pero por los modales de Gastón, le aseguro que no es posible.

Sus ojos azules se entrecerraron.

—¿Amas al duque?

Ella le miró con incredulidad.

—¿Cómo puedes preguntar eso después de todo lo que acabo de decir? Has conocido a Gastón, has visto de primera mano su feroz intención de conservar lo que es suyo.

Un músculo trabajó en su mandíbula.

—¿Es eso lo que eres, una posesión que hay que ganar?

Sophie se erizó.

—Soy mi propia mujer. Pero también hice un voto a mi padre, un hombre que me crió con amor cuando muchos nunca habrían reconocido a una hija bastarda. Nunca desearía hacerle daño.

— ¿No le harías más daño casándote con un hombre al que no amas?

Sophie se aquietó. A lo largo de su vida, agradecida por el amor de su padre, siempre había cumplido sus deseos. Cuando llegó a la edad casadera, sin sentimientos por nadie y con la expectativa de él de que se casara, había contraído esponsales concertados sin dudarlo. Con la pregunta de Duncan, se preguntó cuál sería la reacción de su padre si ella pidiera ser liberada de su acuerdo de casarse con el duque.

Se le retorció el estómago. Nunca antes había desafiado las órdenes de su padre, pero ya no era una niña. Le cogió la mano y se la puso sobre el corazón.

—Te amo y quiero una vida contigo. Hablaré con mi padre y le pediré que rompa los esponsales.

Con ojos fieros, la mirada de Duncan sostuvo la suya.

—No te he encontrado solo para dejarte marchar.

Aplastó su boca sobre la de ella, pero por mucho que lo amara, la atormentaba la duda de que su padre denegara su petición.

Las nubes cubrieron la luna, arrojando sobre el patio una débil luz. Con el corazón oprimido, Duncan continuó hacia los establos.

Unos pasos suaves cayeron detrás de él y se volvió.

Atrapado por un parpadeo de la luz de las antorchas, el esbelto cuerpo de Sophie se acercaba. Se puso rígido.

—Vuelve al torreón.

Ella se detuvo, su postura era feroz pero sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—Necesitaba verte.

—Tras la decisión de tu padre esta noche de denegar mi petición de tu mano, no es prudente que nadie nos encuentre solos. Vete.

Ante su enérgica orden, esa mirada decidida que tanto le gustaba endureció su rostro.

—Sophie —suplicó mientras en su interior una parte de él moría—, debes irte. Por favor.

En un parpadeo de la luz de la luna, sus ojos reflejaron su agitación, su ira y su dolor.

¡La ira de una espada! Quería besarla, hacer el amor con ella y quedarse con ella para siempre. Con la negativa del rey a romper los esponsales, tal posibilidad había dejado de existir.

Estar aquí con ella a un palmo de distancia no hacía más que aumentar la enormidad de su angustia. A grandes zancadas, Duncan se adentró en los establos, donde podría estar solo, pensar, encontrar de algún modo la forma de lidiar con el dolor de perder a Sophie.

Y se preguntó si alguna vez podría.

¿Cómo se superaba la pérdida de la mujer que era la otra mitad de su alma? ¿La mujer que hacía que su vida fuera completa?

Mechones de luz de antorchas lejanas fracturaron los oscuros confines a medida que se adentraba. El olor familiar de los caballos y el heno ofrecía un bálsamo tranquilizador, la negrura una vía de escape.

El suave roce de unas zapatillas fracturó el silencio a su paso.

Duncan se preparó contra las emociones que la visión de ella siempre evocaría. Se volvió.

—Sophie, yo...

Ella corrió hacia él. Antes de que pudiera advertirle que se alejara, su boca se apretó sobre la suya con pasión.

Luchó contra el impulso de devolverle el beso. Pero ante la cruda desesperación de su tacto, sucumbió.

Al oír los suaves gemidos de ella, Duncan bajó los dedos para estrecharla contra él. Con el cuerpo ardiendo, la arrinconó contra la caseta y profundizó el beso. Ella se estremeció bajo él.

Un caballo a su derecha resopló. Otro hacia la parte trasera del establo se agitó inquieto.

Sacudido por la forma en que ella podía despojarlo de su control, Duncan se soltó, con la respiración agitada, el cuerpo duro por el deseo no consumido. ¿En qué estaba pensando? Cualquiera podía echárseles encima. Sacudió la cabeza.

—No, está mal.

—Mi padre se equivoca al no poner fin a los esponsales —se apresuró a decir ella, con la pasión aferrándose a sus palabras.

—Es un rey que ama a su hija pero que también tiene que considerar los intereses de su país. Tu prometido es un hombre poderoso.

—Y un hombre al que no quiero —dijo ella—. Después de que te fueras, le rogué, le supliqué, pero se negó a cambiar de opinión. —Ella resopló—. Es a ti a quien quiero, a ti a quien necesito.

Como si él no sintiera lo mismo. La calidez de sus lágrimas manchó su cuello y se fundió con las suyas. Durante largos momentos la abrazó, saboreando la sensación de su cuerpo contra el suyo, la forma en que su aliento acariciaba su piel, cómo traía paz a su corazón.

Al cabo de un largo rato, los sollozos de ella se calmaron.

Con un áspero suspiro, besó su frente, condenando su decisión.

—Mañana me iré.

Ella jadeó.

—¿Por qué? Por tu valentía, mi padre te ha invitado a quedarte quince días.

—Y si me quedo, ¿qué? ¿Puedes garantizarme que no volveríamos a vernos donde nadie pueda vernos? ¿Que no haríamos el amor? —La soltó, paseó hasta un puesto cercano y luego regresó—. Me juré a mí mismo no tocarte. Sin embargo, aquí, donde cualquiera podría toparse con nosotros, nos arriesgamos al mayor de los pecados. Si creyera que es seguro, haría el amor contigo. Eres una tentación a la que no puedo resistirme.

Una ráfaga de viento esparció volutas de heno por el patio mientras el llanto de un bebé resonaba en algún lugar de la noche, mezclándose con las risas lejanas de los guardias en el paseo de la muralla. Sophie permaneció en silencio, pero el parpadeo de las luces de las antorchas en el patio dejó al descubierto las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Confío en que tu padre encuentre a los responsables de tu secuestro —dijo Duncan, necesitado de cambiar de tema.

—No puedo perderte —susurró.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—No hay elección.

El silencio cayó entre ellos, frío, duro con el dolor de la verdad. Ella resopló.

—Odio esto.

—Yo también.

—Si Bernard sigue en Francia —dijo ella con venganza—, lamentará no haber huido a Inglaterra cuando tuvo la oportunidad.

—Sí —replicó Duncan, a fuerza de voluntad controlando sus emociones—. Pero su implicación no explica ni de lejos cómo pudo burlar a tus guardias y secuestrarte.

—Un enigma que mi padre dice que él y Gastón han discutido largamente.

Ante el familiar uso que hizo del nombre de su prometido, Duncan se estremeció, condenado de nuevo por no poder influir en el rey para que pusiera fin a los esponsales.

—Fue una osadía por parte del duque inglés solicitar una audiencia con mi padre para plantar falsas acusaciones contra los rebeldes escoceses.

—Sí, un acto descarado que convenció al rey Felipe de una mentira.

—Y que también persuadió a Gastón. —Ella hizo una pausa—. Tampoco puedo olvidar cómo Gastón le recordó a mi padre la advertencia del duque de Bernard.

Su mandíbula se tensó al recordar la advertencia de su prometido al rey.

—Me parece interesante que tu prometido fuera tan inflexible a la hora de dar crédito a la palabra de un inglés, más aún con el apoyo del rey Felipe a Escocia.

—Tal vez —dijo Sophie—, su afirmación se debía más a su antipatía por ti que a su creencia en tus razones para venir a Francia.

Duncan hizo una mueca, lejos de apaciguarse.

—Tal vez. — Sus ojos se abrieron de par en par.

—*¡Mon Dieu!*

Se aquietó.

—¿De qué se trata?

—¿Y si —susurró ella—, Gastón ayudó a planear mi secuestro?

La tensión le recorrió por dentro.

—¿Por qué lo haría, con tu mano ya prometida a él? No ganaría nada involucrándose. — Ella asintió.

—Mis divagaciones eran las de una soñadora. Si efectivamente hubiera conspirado con Bernard, mi padre no dudaría en romper los esponsales. —Por absurda que pareciera la idea de su prometido implicado en un complot de traición contra su soberano, Duncan no podía desechar el pensamiento.

—Su implicación explicaría cómo tu secuestro se produjo sin acontecimientos.

Hizo una mueca.

—Lo haría, pero no responde a por qué Gastón correría semejante riesgo. Incluso si estuviera implicado, ¿cómo podríamos encontrar pruebas?

—¿Podríamos? —La ira le golpeó fuerte y rápido—. No permitiré que ponga en peligro tu vida. Si conspiró con Bernard, lo averiguaré.

—¿Cómo? —exigió ella—. No tienes motivos para estar cerca de mi prometido. Como su pretendida, se espera mi presencia a su lado.

—¡La ira de una espada! No harás nada para atraer sospechas sobre ti. —La terquedad de sus ojos aseguró a Duncan que no haría caso de su advertencia. Le lanzó una mirada fría—. He decidido aceptar la oferta de tu padre de permanecer aquí durante quince días. Si tu prometido estuvo involucrado, encontraré pruebas.

Una sonrisa tocó su boca.

—Puedo ayudar...

—No harás nada. Tendré tu promesa.

—¿Promesa? —exigió su prometido con un filo peligroso mientras entraba en el establo.

Duncan giró para enfrentarse al duque, empujando a Sophie detrás de él mientras agarraba

la empuñadura de su espada.

—Sería imprudente desenvainar —le espetó el duque—. Si le matara, sería en defensa propia.

Al menos no se les había echado encima antes, cuando había besado a Sophie.

—No es prudente escuchar a escondidas.

—Menos lo es que un hombre participe en un encuentro clandestino con mi pretendida —dijo Gastón con quebradiza frialdad—. Como ha salvado la vida de Sophie, le concederé permiso para esta cita ilícita. Pero si vuelvo a encontrarle a solas con mi prometida, le mataré.

Duncan gruñó. Si le desafiaba, el bastardo moriría. El duque extendió la mano.

—Sophie, ven aquí.

Ella se puso rígida detrás de Duncan.

Odiando lo que debía hacer, la atrajo hacia sí.

—Hablaemos más tarde.

—¡No lo haréis! —Las fosas nasales del duque se encendieron—. Salvo en reuniones públicas, ella no debe reunirse con usted. Se lo prohíbo.

El cuerpo de Sophie tembló de furia.

—Usted no dictará a quién debo ver.

—No es un tema que debatiré en público —afirmó Gaston con fría advertencia.

—Vete — dijo Duncan.

—Por ti —dijo ella en voz baja al pasar junto a él. Con la cabeza alta, caminó hacia su prometido.

Duncan maldijo el momento en que puso su mano en la del duque, maldijo que el decoro le obligara a ver a la mujer que amaba alejarse con un hombre al que despreciaba. Tampoco podía arriesgarse a perder su libertad. Tenía quince días para descubrir la verdad. Si Gastón había participado en el complot para secuestrar a Sophie, lo averiguaría.

## Capítulo 21

Los aromas difuminados de jabalí asado, pavos reales y cisnes tamizaban el aire mientras los criados retiraban los restos de la cena de celebración. Las risas ondulaban por el gran salón procedentes de la multitud de bienquerientes reunidos en él mientras Sophie sorbía el último trago de su vino especiado y devolvía la copa a la mesa, temerosa de los festejos previos a su boda.

Bajo las pestañas entrecerradas, miró hacia donde Duncan estaba sentado terminando su comida.

Unos profundos ojos azules se clavaron en los de ella. El deseo ardía desde sus hipnotizadoras profundidades mientras sus dedos se apretaban alrededor de su copa.

Temblorosa, miró hacia abajo y descubrió que su propia mano se había enroscado en un puño. ¿Cómo podía seguir adelante con esta burla de matrimonio? ¿Pero qué otra opción le quedaba? Dos días atrás, en privado, había vuelto a buscar a su padre y le había exigido que rompiera los esponsales.

Una vez más, él se lo había negado. Presa del pánico ante la idea de perder a Duncan, había amenazado con huir a Escocia. Y con sus ojos clavados en los de ella con fría intención, le había dejado claro que si lo intentaba tontamente, no solo sería capturada y devuelta sino que lord Donnells sería ahorcado. Con el rostro ensombrecido por la furia, le explicó que tras enterarse de que el escocés le había arrebatado su inocencia, independientemente de que ella acudiera a él voluntariamente, solo el hecho de que el noble le hubiera salvado la vida le había convencido para permitirle vivir. Luego se había marchado furioso.

—¿Has terminado, querida? —preguntó Gaston desde su lado.

Sophie se sobresaltó y se encontró con su mirada, inquieta por su cercanía y deseando estar sola.

—Estoy cansada. —La verdad. Los últimos días se había sentido aletargada y a veces con el estómago un poco revuelto, sin duda debido a su reciente enfermedad. Ansiosa por alejarse de su compañía, asintió—. Me retiraré ahora.

Esta noche, una vez que todos estuvieran en la cama, se escabulliría a la cámara de Duncan. Durante tres días, por miedo a las repercusiones prometidas por su padre, no le había dirigido la palabra más allá de un breve y distante saludo diario. Desde que Gaston había interrumpido su encuentro en el establo, el duque la había escoltado desde el amanecer hasta el anochecer.

Si tan solo hubiera esperado a elegir pretendiente. Para ser justos, si no hubiera conocido a Duncan, con el aspecto llamativo y los modales educados de Gastón, lo más probable es que la suya hubiera sido una relación pacífica.

La discordia entre ella y Gastón surgió de su muestra de favor a Duncan cuando había detenido su ejecución. Ella había avergonzado al duque. Su encuentro con ella y Duncan en el establo había servido para aumentar la ira de su prometido. Para complicar aún más las cosas, sus sospechas de que él estaba implicado en su secuestro aumentaron su angustia.

Con el paso de los días, Duncan no se había enterado de nada que pudiera vincular a Gastón con su secuestro. Tampoco es que su espionaje encubierto al duque hubiera aportado nada importante.

Sophie se puso en pie.

Inmediatamente, su prometido se levantó a su lado.

—Señor, si me lo permite, acompañaré a lady Sophie a su aposento.

Con el ceño fruncido, su padre la estudió.

—Sophie, has estado callada durante toda la comida y has comido poco. ¿Estás enferma?

Ella forzó una sonrisa en sus labios.

—No, padre. Simplemente cansada, y tengo poco apetito.

—Tardarás en recuperarte totalmente de tu terrible experiencia. Aunque —dijo el rey, sus ojos oscuros con significado—, me pregunto si tu insomnio puede tener más que ver con tus próximos votos.

Inquieta, permaneció callada. Gastón la cogió suavemente del brazo.

—Ven.

Lanzó una mirada anhelante a Duncan y, con pesar, permitió que el duque la condujera fuera del gran salón.

Una serie de antorchas sujetas en apliques ornamentados iluminaron su camino mientras subían los desgastados escalones.

—A mí también me preocupa tu silencio esta víspera —dijo cuando llegaron arriba y comenzaron a caminar por el pasillo hacia su cámara.

Por delante del duque, Sophie habló por encima del hombro.

—Como ya informé a mi padre, estoy cansada.

—Ya veo.

Tal vez, pero ella oyó sus dudas. Sophie se detuvo ante su puerta.

Tomó su mano, rozó su piel con el pulgar.

—Eres una mujer hermosa.

Inquieta, retiró la mano.

—Te deseo buenas noches —dijo, luchando por mantener el pánico en su voz.

Gastón se inclinó hacia delante.

Iba a besarla. A un dedo de distancia, ella se apartó y su boca rozó su mejilla.

Con un suspiro pesado, él le cogió la barbilla.

—Sé que crees que te importa el escocés, pero es porque te salvó la vida. Con el tiempo, tus sentimientos por el conde se desvanecerán.

Sophie no contestó, dolida ante la idea de vivir sin Duncan, el frío vacío de su vida por delante. Ella nunca dejaría de amarle.

Ante su continuo silencio, la mirada de Gastón se estrechó hasta convertirse en peligrosas rendijas, una grieta en su bien pulido barniz.

Por primera vez desde que se conocían, la recorrió el temor de que, si la presionaba, el duque le haría daño.

—Es tarde y...

—Escucha bien y presta atención a mis palabras —siseó él—. Es conmigo con quien te casarás. No toleraré ninguna apariencia de impropiedad. Hasta que se vaya, nunca más hablarás con el escocés.

El muy pomposo. Ella se soltó.

—¿Cómo se atreve a hablarme con tal falta de respeto? El rey es mi padre y debo...

—No hagas nada. —Le agarró la mandíbula, sus dedos se clavaron en su suave carne mientras la empujaba hacia él—. ¿Crees que ignoro el hijo que llevas? —se burló—. Deberías estar agradecida de que me importe poco tu infidelidad. Casarme contigo me dará acceso al trono.

Atónita, le miró fijamente, sus palabras se fundieron en un solo pensamiento. ¿El hijo que llevaba? Ella no estaba... El cansancio persistente, su incapacidad para comer mucho últimamente y su aversión al olor de muchos alimentos, todo ello lo había atribuido a su reciente enfermedad. Con su acusación, los signos de su embarazo eran evidentes.

Su corazón se tambaleó. Un niño.

Una vida que ella y Duncan habían creado.

La emoción la embargó al pensar en su bebé en brazos, en sus ojos azules mirándola con asombro mientras sus diminutos dedos se enroscaban alrededor de su pulgar con una sonrisa. Duncan estaría tan emocionada de saber...

Duncan.

A pesar de la advertencia del duque, debía decirle que iban a tener un hijo. ¿Y qué pasaría con su padre? En cuanto supiera la noticia, ¿quizás pondría fin a los esponsales?

La alegría la invadió al pensar en una vida con Duncan, en el comienzo de su familia, en los años venideros y en compartir su amor.

—¿Creías que no descubriría que la semilla del rebelde crece dentro de ti?

Las duras palabras de Gastón la arrastraron a un primer plano.

Se calmó, la comprensión apareció en su rostro. La soltó con una risa fría.

—Donnells no lo sabe, ¿verdad?

—No —susurró ella, con el pulso acelerado mientras se frotaba la muñeca donde él la había sujetado—. Mi padre...

—No sabe nada del engendro del escocés. Como tu prometido, y con el rey no disponible por asuntos urgentes, el médico me informó.

Ella tragó con fuerza. Esto explicaba cómo se había enterado el duque de su estado.

—Le aseguré que transmitiría la noticia a tu padre. Pero preferí evitarle más vergüenza al rey Felipe.

El dolor la desgarró.

—¡El amaría a mi hijo!

—¿Otro bastardo? —Con los ojos entrecerrados, se inclinó más cerca—. ¿No comprendes la desgracia que tu padre ha soportado desde tu nacimiento? ¿Nunca te has preguntado por qué te ha mantenido secuestrada en la costa con una protección mínima? ¿O por qué rara vez te invita a visitarle?

—¡Mientes! Su casa siempre está abierta para mí. Me quiere.

Se irguió en toda su estatura con una risa fría.

—¿Lo hace? ¿Es eso lo que tu corazón desesperado desea creer? ¿O que al rogarle que te liberara de nuestros esponsales no revelaste lo evidente?

Atónita, se quedó quieta, el dolor era inmenso.

—¿Él... él te dijo que yo le presioné para que pusiera fin a nuestros esponsales?

—Efectivamente. Está ansioso por sacarte de su vida. —La lástima ensombreció el rostro de Gastón—. No te quiere y nunca te quiso.

Asqueada, una sensación de traición la invadió mientras los recuerdos de su infancia se derrumbaban en su mente. De niña, cuando había mostrado interés por las hierbas y la curación, su padre había dispuesto que viviera en el pueblo costero. Además de permitirle seguir su pasión por la curación, le había dado libertad frente a los pretendientes que buscaban su mano para conseguir un vínculo real.

Sophie comprendió la explicación de su padre de que las responsabilidades de la corona le permitían visitas poco frecuentes. Cuando se le presentaba la oportunidad de alojarse en uno de sus castillos, ¿no la había visitado siempre al comienzo de cada jornada, leyendo historias de magia y tierras lejanas?

Un escalofrío la recorrió. ¿Y la reciente amenaza de su padre hacia Duncan? ¿Tenía razón Gastón?

—Mi padre me quiere —dijo, pero las dudas llenaban sus palabras.

Cerró los ojos y exhaló un fuerte suspiro. Cuando los abrió, su mirada se suavizó.

—Siento haber sido demasiado duro. Fue un error por mi parte haber compartido algunas de las confesiones que tu padre me hizo con tanta franqueza. Perdóname.

¿Algunas de las admisiones de su padre? ¡*Mon Dieu!* ¿Qué más le había contado al duque? Con el corazón dolorido, dio un paso atrás; lo único que quería era estar sola.

Una sonrisa cansada tocó su boca, se desvaneció.

—He permitido que los celos guíen mi lengua. Pero veo por el dolor en tus ojos que sabes que mis palabras son ciertas. —Con una mueca, señaló hacia la torreta—. Ve, entonces. Habla

con el rey. Pregúntale si mi afirmación es mentira.

No, no podía ser verdad. Temblando, Sophie supo que debía moverse, que debía buscar a su padre y averiguar la verdad. Y, sin embargo, sus pies se negaban a moverse.

—Aunque no me ames —dijo Gastón con inesperada ternura—, creo que el nuestro puede ser un matrimonio confortable. No espero nada más que tus deberes como mi esposa. Cuando nazca un heredero, si así lo deseas, tendrás tu intimidad. Pero te esperaré a mi lado cuando la ocasión lo requiera.

Un heredero, su hijo, cuando el de Duncan crecía dentro de ella. Un bebé que ella deseaba desesperadamente.

—Mi única estipulación es que los escoceses permanezcan ignorantes del niño —dijo el duque—. Sería un mal presagio para su vida si osaran enfrentarse de nuevo al rey o a mí.

El miedo la invadió y Sophie puso una mano protectora sobre su vientre, donde descansaba su bebé. Si Duncan se enteraba de su embarazo, haría lo que fuera para reclamarla como esposa.

—Piensa en lo que te he dicho —dijo el duque en voz baja—. Mañana tendré tu palabra de que cumplirás. —Se alejó.

Abrumada, ella le vio marchar con paso seguro. Una vez que él desapareció en la torrecilla, ella abrió de un tirón su puerta y entró dando tumbos.

Su criada se precipitó hacia ella.

—¿Estás enferma?

—No. —Levantó la mano para impedir que la mujer se acercara—. Por favor, necesito estar sola.

Felyse frunció el ceño.

—Le dije a tu padre que era demasiado pronto para que estuvieras por aquí, pero insistió en que era tu deber pasar tiempo con tu prometido. —Ella hizo un sonido de chasqueo con la lengua—. Si me lo preguntas, el rey está ansioso por que te cases. —Las palabras de la mujer helaron aún más a Sophie—. No me hagas caso; la preocupación me hace divagar. —Ella le dedicó una sonrisa reconfortante—. Deja que te ayude a acostarte y luego seguiré mi camino.

Ella permaneció en silencio. Cuando su criada se marchó, Sophie se hizo un ovillo pero no pudo dormir. Las duras palabras de Gastón se repetían en su mente. ¿Su padre la amaba o todo lo que había afirmado era mentira? Odiaba las dudas, los celos que socavaban el apoyo de su padre, que nunca antes había cuestionado.

Y Duncan... estaría encantado con la noticia. Ella se lo imaginaba fácilmente sosteniendo a su hijo o hija, el orgullo, el amor en sus ojos mientras le contaba a su bebé historias de los *fey*. Pero él nunca sabría que habían creado un hijo.

Con un suspiro frustrado, apartó el cubrecama y se levantó. De ninguna manera iba a dormir esta noche. Sin estar segura de nada, se acercó a la ventana y miró fijamente la noche.

Una fina capa de nubes ocultaba las estrellas en lo alto.

Cuando empezaba a girarse, un movimiento en la pared llamó su atención. Estrechando la mirada, intentó distinguir la turbia figura. Falló. Alguien se ocultaba en las sombras, cerca de una saetera.

¿Por qué?

¿Un intento de asesinato contra su padre?

Se le aceleró el pulso mientras estudiaba al encubierto desconocido. Fuera cual fuera su intención, debía informar a los guardias de su presencia.

Cuando empezó a retroceder, divisó a otro hombre que bajaba a toda prisa por el paseo de la muralla.

La luz de la luna se derramaba desde una brecha en las nubes, iluminando a la solitaria figura.

Gastón.

Frunció el ceño, sorprendida por su presencia, creyendo que había regresado a su cámara. O, tan turbado como ella por las noticias que le había dado, ¿quizá no podía dormir tan bien?

Sophie calmó sus emociones y miró hacia el hombre oculto en las sombras. Cuando su prometido se acercó, el desconocido salió de su escondite.

Iba a atacar a Gastón. Empezó a gritar una advertencia, pero cuando el duque vio al hombre, le hizo un gesto para que volviera a las sombras.

Ambos hombres se deslizaron en el escudo de la oscuridad.

La inquietud la recorrió. Una reunión planeada. ¿Por qué? ¿Estaba la cita de Gastón relacionada de algún modo con su secuestro? La vergüenza la invadió ante ese pensamiento, impulsada por el miedo. Si realmente su prometido tenía razón, había vivido una mentira, las palabras de amor de su padre no eran más que simpáticas ofrendas de un hombre que había intentado apaciguar a una niña no deseada. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Su fundamento de amor no era más que una historia, conjurada como uno de los cuentos del rey Arturo.

¡El rey Arturo!

Tan atrapada en sus dudas, aturdida al darse cuenta de su embarazo y devastada por haber perdido a Duncan, el pensamiento racional había huido.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Sophie salió disparada hacia la chimenea. Apoyado en una repisa estaba el volumen de los cuentos del rey Arturo, con los bordes desgastados por el uso. Cogió el volumen encuadernado en cuero.

Con dedos inseguros, hojeó el pergamino escrito a mano.

A través del borrón de sus lágrimas, leyó la inscripción.

*Mi queridísima Sophie. Tu nacimiento es una bendición. Eres una hija que me llena de alegría y a la que doy la bienvenida a mi vida, a mi hogar y a mi corazón. Un día, cuando hayas crecido, mi mayor deseo es que tú también seas bendecida con un hijo creado por el amor.*

*Tu padre, Felipe IV*

El frágil pergamino tembló entre sus dedos. Sophie cerró el volumen y lo deslizó sobre la repisa, luego apretó los puños.

Gastón había mentido.

La ira se anudó en una dura bola en su pecho. El bastardo pensó que podía convencerla de que no era deseada, hacerla creer que alguna vez podría dejar de amar a Duncan o al hijo que llevaba en su vientre.

Su ira subió otro escalón. El bastardo había jugado con sus miedos al amor, sus dudas de que algún hombre la quisiera si no fuera por su vínculo real. Antes de haber conocido a Duncan, podría haber creído sus palabras.

Ya no.

A través de la confianza, la amistad y la paciencia de Duncan, él le había enseñado que era una mujer a la que un hombre podía amar, no por el vínculo real sino porque tenía un corazón bueno y honesto. Con Duncan, se sentía completa.

Sophie miró hacia donde Gastón permanecía enclaustrado en las sombras con el desconocido. ¿Qué otras tortuosas decisiones había tomado? ¿Se extendían a su secuestro? Agarrando su capa, salió corriendo por la puerta.

*Mon Dieu*, ¡ella lo averiguaría!

Agazapado en las sombras a lo largo del muro, Duncan escuchó la conversación en voz baja entre el prometido de Sophie y un desconocido que había permanecido en el fondo del gran salón durante la cena.

Por la capa de polvo que se aferraba al atuendo del hombre, este había cabalgado mucho para llegar a esta cita.

Con pasos tranquilos, Duncan se fue acercando.

Ahora podía moverse sin dolor ni mareos, pero su recuperación hacía poco por aliviar su mente agitada. La cena de celebración de Sophie esta víspera había sido un potente recordatorio de su inminente matrimonio, una unión que se llevaría a cabo a menos que encontrara pruebas que relacionaran al duque con su secuestro.

Un búho ululó a lo lejos. Pasó una ráfaga de viento, espesa con olor a lluvia.

Contempló las nubes que se agitaban en lo alto, robándole poco a poco la luz de la luna que lo guiaba. Los rayos plateados se desvanecieron. A excepción de un vacilante resplandor de luz proyectado por las antorchas, la negrura envolvía el castillo.

El raspar del cuero sonó cerca.

¡Maldita sea! Se aplastó contra la piedra.

Atrapados por el viento, los suaves murmullos de los guardias lejanos y el chirrido de los grillos llenaban la noche.

Duncan hizo otro lento barrido. Satisfecho de que el sonido procedía de lejos, se acercó sigilosamente.

El crujido de la ropa sonaba desde la entrada del paseo de la muralla. Se aquietó, con los ojos entrecerrados.

Con sigilo, una figura embozada se movió desde las escaleras.

Otra ráfaga de viento pasó azotando. Fragmentos de luz de luna cortaron la ruptura en el agitado cielo. Los rayos plateados dejaron al descubierto varios mechones de pelo color miel que

se agitaban sobre la capucha asegurada. Las nubes que se agitaban sobre ella se cerraron, asfixiándola en la negrura.

¡Sophie!

Con cuidado, Sophie se acercó hacia donde el duque susurraba en las sombras con el desconocido, con la rabia por haber sido tomada por tonta aún muy caliente. Se esforzó por oír su conversación.

—Le dije que nunca viniera aquí —espetó Gastón.

El hombre arrastró los pies.

—Alteza, yo...

—¡Silencio! Si alguien lo oyera, nos costaría la vida a los dos.

¿Sus vidas? La ira se fundió con la aprensión. Ella se acercó más.

—Lo siento —respondió el desconocido.

Su prometido miró a su alrededor. Como si estuviera satisfecho de que no hubiera nadie, se encaró con el hombre.

—¿Por qué está aquí?

—Al quedar al descubierto nuestro intento de secuestro, el duque de Bernard teme por su vida. Le ruega que organice su pasaje de regreso a Inglaterra inmediatamente.

—Le dije que me ocuparía del asunto en cuanto fuera seguro —siseó Gastón—. Infórmele de que debe permanecer oculto y le avisaré cuando se hayan hecho todos los preparativos. No volverá a visitarme aquí. ¿Está claro?

—*Oui*, Alteza.

Asqueada, Sophie cerró los ojos. Su prometido había participado en su secuestro. Maldito fuera, pagaría por su traición.

Gaston sacudió la cabeza y bajó la voz.

Sophie se inclinó hacia delante, pero sus palabras eran demasiado suaves para que las entendiera. Manteniéndose agachada, se acercó sigilosamente.

—El duque de Bernard también afirma que el resto del pago se enviará una vez que esté a salvo.

Su prometido maldijo.

—No era el acuerdo que hicimos.

—No soy más que un mensajero —se apresuró a decir el hombre, con la voz temblorosa por el miedo.

—Váyase —gruñó Gastón.

—Sí, Alteza.

¡La voluntad de María! Si miraban en esta dirección, ¡la verían! Sophie se volvió hacia la torre, pero su zapatilla se enganchó contra la piedra. Con el pulso acelerado, se estabilizó.

—¿Ha oído algo? —preguntó el desconocido.

La luz de la luna parpadeó para dejar al descubierto las duras líneas del rostro de Gastón. La furia y luego la macabra satisfacción se instalaron en sus ojos, dejándola helada hasta los huesos.

—Sophie. Es una pena que me hayas seguido.

## Capítulo 22

Temblando con una mezcla de rabia y miedo, Sophie se apartó de su prometido, sin perder de vista a su cómplice.

—Tú ayudaste a planear esto —dijo con desprecio—. ¿Y en qué más estás involucrado?

El duque se abalanzó.

Sophie intentó huir, pero él la atrapó.

De un tirón, la atrajo contra su cuerpo.

—Deberías haberte ido a dormir como insistí —siseó—. Ahora, cuando te encuentren despatarrada en el suelo, será con pesar que informe a tu padre de que tu delirio ha vuelto. —Su expresión simulaba tristeza.

Ella tembló de furia.

—Cuando mi padre se entere de tu engaño, será tu vida la que...

Gastón le tapó la boca con la mano, amortiguando su grito.

—¡Perra despreciable! Nadie podrá oírte hasta que sea demasiado tarde. —Dio un gruñido indignado—. Ahora sabes demasiado. Si me hubieras escuchado, tú, junto con el hijo del bastardo escocés, habrías vivido.

Duncan se detuvo mientras avanzaba, las noticias del duque golpeaban su mente.

¿Estaba embarazada de él?

Ante el grito ahogado de Sophie, Duncan contuvo la euforia y avanzó. ¡Tenía que salvarla!

En las ráfagas de luz de luna errante, el terror ensanchó los ojos de Sophie mientras su prometido forcejeaba con ella hacia el borde.

¡El bastardo! Duncan cargó contra Gaston.

—Alteza —gritó el desconocido—, ¡detrás de usted!

El duque se volvió, dando a Duncan el tiempo que necesitaba. Con los dientes apretados, agarró el cuello de Gaston, tirándolo hacia atrás.

Sophie se soltó.

—¡Corre! —gritó Duncan mientras hundía su puño en la mandíbula del duque. En lugar de eso, Sophie jadeó—. ¡Detrás de ti!

Duncan giró.

Puñal en mano, el desconocido cargó.

Con un rápido giro, esquivó el ataque del hombre. Antes de que el asaltante pudiera frenar, Duncan le agarró el antebrazo y le tiró hacia delante.

El desconocido cayó de rodillas, con las manos raspando la piedra. El impulso le hizo deslizarse hacia delante, y un grito le arrancó los pulmones al caer por el paseo de la pared. Segundos después, su cuerpo se estampó contra la tierra.

Jadeando, Duncan rodeó al duque.

Profundas líneas surcaban su rostro mientras el noble, con la espada en alto, cargaba.

La furia hacia aquel hombre que se había atrevido a amenazar la vida de Sophie respaldó el golpe de Duncan. El metal raspó contra el metal mientras desviaba la hoja del agresor.

Ante el siguiente ataque del duque, Duncan se agachó. El acero forjado siseó sobre él por escasos centímetros. Aprovechando que Gaston tenía el arma baja, cargó.

Las espadas gritaron.

Se trabaron.

Duncan empujó. El duque retrocedió tambaleándose.

El sudor corría por el rostro de Duncan mientras avanzaba con una serie de golpes brutales. No la perdería. Ella era su vida.

—¡Cede!

—¿A un escocés? —Con una maldición, Gaston se abalanzó sobre Duncan, estrechó la distancia, blandió.

Duncan rechazó el golpe, hizo avanzar su espada. El deslizamiento de la carne del duque contra el afilado acero ofreció su propia recompensa.

Conmocionado, Gastón contempló la herida que cruzaba su brazo izquierdo, una línea limpia que separaba la piel del hueso. Las cejas se fruncieron con indignación.

—¡Por eso morirás!

El ruido sordo de unos pasos resonó cuando los guardias se precipitaron hacia ellos.

—¡Alto! —ordenó uno de los caballeros del rey.

Con los ojos llameantes, el duque atacó.

Duncan repelió el golpe.

—Esto —dijo entre dientes apretados—, ¡es por Sophie! —Esquivó y empujó, hundiendo la punta de su espada profundamente en las tripas del noble.

El arma del duque cayó estrepitosamente al suelo, se deslizó por la piedra, se tambaleó en el borde y luego se volcó. Con los ojos muy abiertos por la conmoción, el duque contempló la sangre que manchaba su túnica en un rastro lento y perezoso y se desplomó de rodillas.

Duncan fulminó al noble con la mirada. Casi le había costado a Escocia su tan necesaria ayuda, había participado tanto en el asesinato de Stephano y su familia como en el de McNaughton, había herido a Sophie y había puesto en peligro la vida de su hijo. El bastardo no volvería a hacer daño a nadie. Duncan levantó su espada para asestar el golpe fatal.

Sophie dio un paso adelante.

—¡No!

Los dedos de Duncan temblaban sobre la empuñadura.

—Merece morir.

—Lo merece —convino Sophie, con voz inestable—, pero su vergüenza será mayor si su sentencia es pronunciada por mi padre y presenciada por sus propios siervos.

Por mucho que Duncan anhelara acabar con la vida del bastardo, bajó su arma. Permitiría que el rey impusiera el castigo merecido.

—¿Por qué ayudaste a secuestrar a Sophie?

Los ojos desafiantes se alzaron hacia Duncan. Silencio

—Por la moneda que mi secuestro le reportaría —dijo Sophie.

El duque la fulminó con la mirada.

—Lo escuché a él y al hombre con el que se reunió.

Duncan hizo un gesto a los guardias para que se detuvieran a su alrededor.

—Arresten al duque de Vocette por conspirar contra el rey Felipe.

Los caballeros lo detuvieron.

—Cuando le interroguen —declaró Duncan, sus palabras sonaban como el hielo—, será intrigante ver qué dispositivos eligen para obtener su confesión. Métodos que no dudo le tendrán rezando por la muerte mucho antes de que sea servida.

El miedo cuajó en los ojos del hombre e intentó ponerse en pie. Sus piernas cedieron y aterrizó con fuerza. Con los ojos muy abiertos, el pánico barrió su mirada.

—No —suplicó—, si tienes piedad, mátame ahora.

—¿Piedad? —dijo Sophie con disgusto—, no te has ganado ninguna. —Señaló con la cabeza a los guardias—. Llévenlo al calabozo.

—Le ayudaré —suplicó Gastón, mientras los guardias se lo llevaban—. Le daré la cantidad de monedas o tierras que pida.

Los caballeros empujaron al duque hacia el torreón, con sus súplicas de muerte resonando a su paso.

Con el corazón palpitante, Duncan atrajo a Sophie hacia sus brazos. El cuerpo de ella temblaba contra el de él.

—¡Tenía tanto miedo!

—Estás viva. —Duncan tragó con fuerza, le rozó la mejilla con la yema del pulgar—. ¿Estás encinta? Estoy...

—¿Sophie? —la voz del rey retumbó de miedo.

Con ella en brazos, Duncan se enfrentó al poderoso soberano.

Su padre, seguido por varios de sus caballeros que portaban antorchas, se acercó. A un paso, se detuvieron. La feroz mirada del rey Felipe se estrechó sobre Duncan.

—¡Exijo saber qué está pasando!

—Duncan me salvó la vida —afirmó Sophie con orgullo. El soberano arqueó una ceja dubitativo.

—Señor —dijo Duncan—, hay un hombre tendido en el patio de abajo. Hace unos momentos, se reunió con el duque de Vocette en secreto, un encuentro que tanto lady Sophie como yo oímos por casualidad.

Los ojos del rey se desviaron hacia Sophie.

—¿Es cierto?

—*Oui*. Hablaron de mi secuestro. Parece que Gastón estaba involucrado en todo el plan, y fue él quien les condujo hasta mí.

Un músculo se tensó en la mandíbula de su padre.

—Esto explica por qué te raptaron tan fácilmente.

—Sí —estuvo de acuerdo Duncan—. Su cómplice también reveló que el duque de Bernard sigue en Francia. Se está escondiendo hasta que se hagan los arreglos para que navegue de regreso a Inglaterra.

Una sonrisa sin humor tocó los labios del rey.

—Se harán arreglos, pero lejos de los que él espera. Bernard se arrepentirá de haberse atrevido a intentar arrancarme el apoyo de Escocia secuestrando a mi hija. —Bajo la luz de las antorchas, la mirada del rey se volvió sombría al evaluar a Duncan—. Ya son dos las veces que me has ayudado. Te ofrezco mi mayor agradecimiento.

Duncan se inclinó.

Con el rostro tenso por la preocupación, el rey Felipe contempló a su hija.

—Temí por tu vida. Si algo te hubiera sucedido... Te quiero, Sophie.

—Yo también te quiero, padre. —Las lágrimas rodaron por su rostro mientras Sophie corría hacia él y le daba un fuerte abrazo, sus dudas y temores se desvanecían. El vínculo entre ellos era sólido. Nunca más dudaría ella de que él la quería en su vida.

Una sonrisa sincera tocó la boca de su padre.

—Pero nunca me acostumbraré a tus maneras independientes.

Duncan dio un paso adelante.

—Un hecho del que estoy más que dispuesto a hacerme cargo, *Sire*.

Con las cejas arqueadas, el rey estudió al escocés.

El orgullo llenó a Sophie cuando Duncan sostuvo la mirada de su padre con feroz resolución.

—Soy consciente de que la situación dista mucho de ser la adecuada —declaró Duncan—, pero solicito permiso para la mano de su hija en matrimonio.

—¿Y su razón? —exigió el rey.

La ternura arrugó el rostro de Duncan cuando se volvió hacia ella con una mirada tan llena de amor que le dolió el corazón.

—Porque, *Sire*, estoy enamorado de Sophie. Quiero cuidar de ella, ayudar a criar a nuestra hija y quererla el resto de su vida.

A la luz de las antorchas, el asombro brilló en los ojos de su padre cuando miró de Duncan a Sophie.

—¿Una niña? ¿Es cierto?

Las lágrimas corrieron por sus mejillas mientras asentía.

—*Oui*.

Una sonrisa feliz curvó el rostro de su padre.

—A la luz de los recientes acontecimientos, pongo fin a tus esponsales. Eres libre de casarte con el hombre que elijas.

Ella le dio otro abrazo.

—Me has hecho muy feliz.

Asintió a Duncan.

—Tienes mi bendición. —El rey le estampó un beso en la frente y luego dio un paso atrás mientras Duncan se movía a su lado.

Con la felicidad inundándola, Sophie se volvió.

Con la respiración agitada, Duncan ahuecó su rostro.

—Te quiero, Sophie. Quiero envejecer contigo, compartir la felicidad de cada día y abrazarte mientras vemos crecer a nuestros hijos. Cásate conmigo; eres todo lo que necesito para completar mi vida.

La emoción le apretó la garganta mientras miraba fijamente al hombre que era su vida, su amor y con quien quería estar para siempre. Se arrojó a sus brazos.

—¡*Oui*!

En la cámara iluminada por las velas, Sophie miró fijamente a Duncan, sus cuerpos aún estaban unidos por haber hecho el amor.

—Cuando pienso en que casi te mueres...

Duncan la silenció con un suave beso, su sabor la invadía, tentándola a hacer el amor con él una vez más.

—Ya ha pasado. Han pasado quince días desde que Bernard fue capturado.

Persistían los recuerdos de cómo, cuando su padre se había enterado de la ubicación del escondite del noble inglés, había salido furioso a realizar personalmente el arresto.

—Lamentará su participación en el engañoso complot.

—Sí, con su vida. Pero —Duncan la besó hasta que sus pensamientos se nublaron—, se me ocurren muchas cosas que hacer esta noche además de hablar de la ira de tu padre, o de aquellos que intentarían usurpar la libertad de Escocia.

Ella se estremeció contra él, este momento colmaba todas sus esperanzas y sueños.

—Te amo, Sophie. Nunca me cansaré de decírtelo.

—Ni yo a ti. Eres mi corazón, mi vida. Nunca creí que encontraría a un hombre que me quisiera para él. —Ella sonrió—. Entonces fui bendecida contigo.

La ternura se mezcló con la pasión de sus ojos.

—Soy yo el bendecido. —Reclamó su boca en un tierno beso y, con insoportable lentitud, la saboreó, sin prisa, saboreando. Cuando él mordisqueó la piel a lo largo de la curva de su garganta, ella solo pudo gemir mientras se deleitaba con cada una de sus caricias.

Horas más tarde, Sophie yacía junto a Duncan, con el pulso aún acelerado por haber hecho el amor. Una sonrisa le rozó los labios al ver su ajado ejemplar de los cuentos del rey Arturo, que había recibido en su octavo cumpleaños.

Durante toda su vida había creído que los valientes caballeros que adornaban las páginas no eran más que personajes creados para entretener a los niños y hacer suspirar a las mujeres adultas. Pero había resultado que eran ciertos. Al igual que sir Lancelot, Duncan había cabalgado hasta su vida, la había arrebatado y se había ganado su corazón.